

EVE BABITZ

El otro Hollywood

*Football field of
Hollywood High
painted
Gym.*



*Mother,
Mae
Babitz*

*her
author*

LITERATURA RANDOM HOUSE

El otro Hollywood

EVE BABITZ

Traducción de
Cruz Rodríguez Juiz



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

QUERIDO LECTOR

Quiero hablarte un poco de mí. En realidad soy artista, no escritora. Por tanto, me gusta el aspecto de los números arábigos en una página. Cuando digo que alguien tiene 15 años, me gusta el aspecto de 15. Me gusta cómo queda 9 millones y odio cómo queda nueve millones. 9 me parece más un número.

Además, creo que los lugares deberían escribirse en mayúscula. Por lo que a mí respecta, Norte, Sur, Este y Oeste son lugares, me da igual lo que piensen los demás. Cuando pienso en el Norte, va con mayúsculas. El Oeste, especialmente, es un lugar serio que debería llevar SIEMPRE mayúscula. Además, suena más aventurero ir al Oeste que ir al oeste.

Puesto que el libro es mío y James Joyce ya existió, ¿por qué no hacerlo a mi manera? Es una nadería y, piénsalo, podría ser James Joyce y llenarlo todo de latinajos.

DEDICATORIA

Principalmente, a Mae y Sol Babitz.

Pero también a Mirandi y Laurie, que viven junto al mar.

Y Diane Gardiner, sin la cual se habrían pasado por alto menos rarezas.

Y a Earl McGrath, a quien, lo admito, le debo Todo.

Y al presidente de mi discográfica favorita, Ahmet Ertegun.

Además de a cualquier otro Ejecutivo de Atlantic Records que me haya invitado a cenar, piense hacerlo o me haya dicho alguna vez: «Ten, haz la portada de este disco».

Y a Annie Leibovitz y su compañero fiel, Ciudadano Wenner, que recogen musgo en el Norte. Y a Grover Lewis, que disipa melancolías con sus ojos azules en una ciudad triste de alfombras azules, Texanamente. Y a Sara y Charlie y la chica de la coca.

Y a Brian G. Hutton, siempre el Príncipe, pero nunca, gracias a Dios, Don Perfecto.

Y a Carol Grannison-Killorhan, anfitriona de santuarios y cocinera de ocas.

Y a mi agente de Hollywood favorito, Mike Hamilburg, de ojos verdes. Y a mi editor de Boston favorito, Seymour Lawrence, un cliente exigente.

Y a Ginny Ganahl, si tienes que preguntar, nunca lo sabrás.

Y al hotel Beverly Hills.

Y a Robert L. Marchese, mi compañero de conversaciones sobre Lawrence

de Arabia. (Un bellezón.)

Y a Marva, la mejor peluquera del mundo, y además te deja guapa.

Y a la Rainier Ale.

Y a Andy Warhol y Paul Morrissey, para quienes haría cualquier cosa con tal de que pagaran.

Y a los Didion-Dunne, por ser lo que no soy.

Y a Ned Doheney, postales de los espléndidos pavos reales de Hollywood.

Y a todos los bellezones artistas, en especial, a Ron Cooper, el poseído, y a Wudl y a Larry Bell, el maestro del cristal, y a Billy Al Bengston, a quien pido disculpas por apagar un cigarrillo en su suelo blanco hace 10 años. Y a Kenny Price. Y a Ed Ruscha, un hombre de gustos sencillos pero nadie hace alas así, o sea que se ha quedado con un Rolls blanco y sin alas.

Y a Barney.

Y a Derek Taylor. Diles lo grande que soy, Derek. Como cuando me presentaste a un Beatle como «la mejor chica de América».

Y a Robert y Harry Deustch, por su persistencia impresionante. Pero no a Phyllis.

Y a Marie, una amiga.

Y a L. Rust Hills, por el cuento del helado y el de tomar partido y los anagramas. Ese *Esquire* se cae a pedazos. Babe Vizet es mío.

Y a los huevos Benedict y al Beverly Wilshire.

Y a Ingolf Dahl, a Clark House y a otros del pasado.

Y a Jim Morrison, siguiendo los pasos de Rimbaud.

Y a Stephan Stills, por «Everydays» y por permitirme encargarme del grafismo.

Y al lenguado de Musso's, a la florentina de berenjena, al tipo que prepara las tortitas y a mi amigo del aparcamiento (no el de planta, al que te aparca el coche, el joven). Y a los buñuelos de cangrejo de Don the Beachcomber.

Y a Joseph Heller, a Speed Vogel y al tipo que se fugó con la niñera. Y a la inspiración de Milo Minderbinder.

Y a Anne Marshall, una bella amiga para todos nosotros.

Y a Michelle Guilliane, por llamar antes de traerme a Kim Fowley a casa.

Y a Kim Fowley, al menos por los 6 dólares.

Y a Van Dyke Parks, por nada por lo que se digne a saludar.

Y a Simon Rodia.

Y a la majestad de las montañas púrpuras sobre la llanura y sus frutos.

Y a Linda Ronstadt por «Long, Long Time», los pendientes, Arizona y esa voz, Dios mío.

Y a Glen Frey de los Eagles, para que no me retire la palabra.

Y a la sección de crítica literaria del *New York Times* y a cada uno de sus críticos.

Y a Chuck Berry, un guapo de ojos castaños que sabe lo que le gusta aunque sea el césped artificial y los televisores de 21 pulgadas. Y a Bo, por contarnos lo de la cama.

Y a Sara Harrison, a Noel Harrison, a Simon Harrison, a Harriette Harrison, a Kathy Harrison, a Zoe (mi amiga) Harrison, a Margaret Harrison y a los nuevos gemelos.

Y a Stuart Reed, en quien creo.

Y a Jackson Browne de todos modos.

Y a Billy James, que me salvó.

Y a Virginia Team, como la conocen aquellos que la conocen.

Y a Aivars Perlback.

Y a Pauline Kael, a quien descubrimos un feliz día en KPFA y cuyas frases tampoco son correctas sintácticamente. (Me dijo lo mismo. Me quedé de piedra.)

Y a la futura buena voluntad de Consumer's Liquor, la mejor licorería de

Estados Unidos y muy bien bautizada.

Y al Chateau Marmont.

Y a Joseph Cornell. Un Artista de Verdad.

Y a la tempura.

Y a Camilla McGrath.

Y a Terry Melcher, por Culver City Blues Again.

Y a Dickie Davis, por su lealtad a pesar del suelo manchado del lavabo de señoras del Troubadour.

Y al doctor Boyd Cooper, ginecólogo extraordinario.

Y a Kate Steinitz, a quien le gustaban mis colegas antes de que los tuviera.

Y a Jock, Michaela, a Nini, a Jocky, Brook, a los huesos picantes imposibles, a la tarta de queso y berros, a cualquier cosa con vinagreta y un buen vino.

Y al señor Major, siento haber salido así.

Y a la tierra, a la playa, a los árboles, a las colinas, al cielo, al edificio Bradbury, a Broadway Hollywood y a todas las flores de primavera.

Y a Marc Foreman y Wilhelm Reich.

Y a las autovías.

Y a Dan, a la señora Alcerro y al episodio Valentino.

Y a Orson Welles, la luz de mi vida.

Y a los tiempos inmemoriales y a la suspensión de la incredulidad.

Y a Connie Freiberg, las cruces que carga hechas de cabello de ángel pero que pesan en unos hombros tan quemados.

Y a Marcel Proust.

Y a Sally Stevens.

Y a «LUNCH Poems».

Y a Sandy & John Gibson, arrinconados.

Y a Fred Roos, otro Jeque que podría haber protagonizado esta película, y

a su perro silencioso, Rover.

Y a Alan Sororti, nuestro miembro de la asamblea a dieta.

Y a las pastas de té, a los conejos de chocolate, a Pupi's, Clifton's y a las flores de calabacín fritas à la Ron Cooper.

Y a David Anderle y a Michael Monroe por elevar el tono.

Y a Michael McClure, cuyos secretos están a buen recaudo en la cabeza de Jean Harlow.

Y a Marshall Ephron, por el primer libro, y al mariachi Ubu.

Y a Kuilli Anton, la chica más bella de Lake Arrowhead.

Y a Bonnie Jean, a The Fred C. Dobbs y al chile psicodélico.

Y a la crema agria.

Y al Hawaii Theater de mi juventud.

Y a Les Noces.

Y a Terry O'Shea y sus tiras mágicas que brillan en la oscuridad hechas de marfil y esmeraldas de plástico y que no debería haberle contado a nadie.

Y a Joyce Haber y su Francis Albert, una Saga de L. A.

Y a Jack Smith, el cronista travieso.

Y a Claudia Martin, por la vida de Ginny.

Y a David Geffin y al Picasso perdido encontrado en Silver Lake. Yo sigo pensando, David, que Picasso vino y se lo llevó.

Y a Colman, por el vino.

Y a la señora Bungay, por el abrigo de pieles de Año Nuevo, porque sí.

Y por aquel Año Nuevo y por Wudl, un Dill y un Arnoldi en casa de Berrigan y la salsa mole. No, Arnoldi pasó.

Y a Brandon's Memorabilia, de la 3.^a planta del 13 de la calle 53E por estar ahí cuando los necesitaba.

Y a Michael Bloomfield y su guitarra cálida y su mirada fría, o viceversa.

Y al otro lado de aquel muro de Paul Butterfield, donde siempre he

pensado que suena una armónica y es más verde.

Y al Corey's.

Y al color verde.

Y a See's Candy, el Bordeaux es mi favorito desde siempre.

Y a las pastas del té. Y a los brioches.

Y a Leon Bing, una chica con pasado.

Y a Michael Elias, ¡a la huelga!

Y a los Ford, los Harrison, no los Henry.

Y a Dianna Gould, una mujer de noches tormentosas y días llorosos que se ríe.

Y a Jack Gross y al Chateau Nose.

Y a los espejos. Sobre todo, a los que pueden manipularse.

Y a las FRESAS y los ESPÁRRAGOS, comienza la temporada.

Y al Champán y la Pascua.

Y a cómo en el Polo Lounge te sirven la nata montada en una salsera de plata cuando pides un café irlandés. Y a cómo te sirven la nata montada en una copa de plata en el Cafe Antico Greco de la Via della Croce en Roma cuando pides chocolate caliente con panna (que es nata montada en italiano).

Y al tartuffo con panna de la Via Buffalo o de la Piazza Navona, donde piensas que por fin has comido suficiente chocolate. Y puede que sea verdad.

Y al sábado.

Y a Nick de Custom Print.

Y a David Giler, que tampoco podría haber salido como le habría gustado al señor Major. Con lo de Nancy Kwan y demás...

Y a Fred Myrow y su mujer, Elana, pese a la cena.

Y a Alan King Moffitt y a Frances por mi dentadura (la mejor de la familia).

Y a sor Mary Agnes Donahue por su cara de cromo y por dejar el jardín

para siempre. Y a Goode.

Y a MacGillivray y Nuuhiwa por el bautismo de sangre del mar.

Y a Guido y Adolpho.

Y a Art Pepper por tocar TAN bien. Y decirlo todo.

Y a Wickham y Ochs, un matrimonio de conveniencia.

Y a Clair Miller.

Y al Desbutal, al Ritalin, al Obetrol y al resto de estimulantes. No es que no os quisiera, pero era demasiado duro.

Y a Dennis Morgan, Valentines, Enrico Macias y les choses Françaises.

Y al fotomatón.

Y al retsina barato.

Y a los teléfonos.

Y al observatorio donde solía buscar a James Dean cuando murió.

Y al mundo, barahúnda.

Y a Steve Martin, el coche.

Y a ese cuya mujer rabiaría solo con que pusiera sus iniciales.

Y a Margaret.

Y para Chico con amor y sordidez y ayo silver.

—¿De dónde eres?

—Hollywood.

—¿De nacimiento?

—Sí.

—¿Cómo era?

—Diferente.

HIJAS DEL PÁRAMO

Mi madre emigró a Los Ángeles de joven, durante la Gran Depresión. En la ciudad donde vivía —Sour Lake, Texas— había un cura católico nacido, criado y formado en Chicago. El hombre entendía perfectamente la absoluta necesidad de mi madre de salir de Sour Lake y le organizó el viaje a Hollywood a casa de unos amigos y creo que también le consiguió trabajo. Mi madre trabajó una temporada de recepcionista del médico cuya mujer, Mary Astor, escribía un diario sobre su relación con George Kaufman, pero no creo que fuera el empleo que le buscó el cura.

A mi madre la cautivó Los Ángeles y la abrumó hasta el punto de que se hizo artista. Dibujaba las casas porque le encantaban.

Mi padre emigró desde Brooklyn a Los Ángeles cuando tenía 16 años, con su madre, su padre y dos hermanas. Vivían en Boyle Heights, que es donde vivían por entonces todos los judíos de L. A. La tía de mi padre, que era la hermana de mi abuela, era actriz de cine. No era una estrella, pero sí importante. Interpretaba a mamás yidis e hizo fortuna. Mi padre había estudiado violín clásico desde pequeño y a los 15 años había ganado la medalla de oro al mejor violinista infantil de Nueva York.

En aquellos tiempos, entrar en un estudio como músico de plantilla era cuestión de nepotismo igual que lo sería hoy si todavía quedaran músicos de plantilla. Mi tía abuela, Vera Gordon, la actriz, convenció a su amigo Harry Lubin para que concediera a mi padre una oportunidad de tocar en su

orquesta, lo que se consideraba un buen trabajo porque daba seguridad y montones de dinero. Mi padre llevó una partitura de Stravinsky.

«¿Cómo iba a decidir si tu padre sabía tocar? —se ríe Harry, todavía divertido por la broma que mi padre ejecutó con toda solemnidad—. ¡Si yo ni siquiera sabía leer la partitura para ver si tocaba las notas correctas!»

En mi familia todos tenían algo que ver con «las Artes» y, por tanto, mi hermana y yo crecimos rodeadas de «las Artes».

No recuerdo la edad que tenía la primera vez que oí describir Los Ángeles como un «páramo» o «siete suburbios en busca de una ciudad» o cualquier otra de las ocurrencias habituales.

Para los que nos criamos allí nunca fue así.

Para empezar, siempre pasaban muchas cosas, había mucha gente variopinta y mi madre organizaba constantemente cenas y veladas.

De todos modos, no entiendo la palabra «páramo» porque físicamente está claro que no podían pensar que fuera un páramo: tiene montones de cítricos y crecen flores por todas partes.

Sé que se refieren a «culturalmente». Pero no lo es.

Culturalmente, L. A. siempre ha sido una jungla húmeda rebosante de proyectos que supongo que la gente de otros lugares no ve. En cualquier caso, se necesita un tipo particular de inocencia para que te guste L. A. Hace falta un tipo de simple felicidad interior para ser feliz en L. A., para elegirlo y ser feliz aquí. Cuando la gente no es feliz, se enfrenta a L. A. y dice que es un «páramo» y da otras descripciones igual de útiles.

Vera Stravinsky una vez me contó que en 1937 fue en unas limusinas a un pícnic que había preparado Paulette Goddard («porque estaba hecha una gourmet...», dijo Vera). Al Pícnic acudieron los Stravinsky, Charlie Chaplin y Paulette Goddard, Greta Garbo, Bertrand Russell y los Huxley. Se subieron a los coches en busca de un buen sitio, pero no encontraron ninguno y

siguieron conduciendo. Salíamos de una sequía y todo estaba reseco, no había nada de hierba, y al final atisbaron el irrisorio «río» Los Ángeles y decidieron extender la manta en sus ridículas márgenes y sacarle el máximo partido. El «río L. A.» es un hilillo que solo recuerda remotamente a un río cuando ha diluviado tres meses seguidos y ni siquiera entonces parece un río. En fin, dispusieron la comida, el champán, el caviar, el paté y todo lo demás y se sentaron a orillas del «río» bajo un puente por el que circulaban los coches.

—¡Eh!

Levantaron la vista y vieron a un motorista de la policía con los puños en las caderas y cara de enfado.

—¿Sí? —Bertrand Russell se levantó a preguntar.

Un cartel advertía de que no se permitían las comidas campestres junto al «río».

El policía señaló el cartel y miró a Russell y luego dijo:

—¿Es que no sabe leer?

Si los detalles difieren, si fue otro año y los Huxley no estaban, sigue siendo una anécdota del «páramo» de L. A. Es una historia de L. A.

El policía cedió cuando reconoció a Garbo.

Mi vida de niña giraba en torno a situaciones y ocasiones como esa. En nuestro páramo, para conciertos teníamos las Noches en la Azotea y los Festivales de Ojai. Ambas, organizaciones que no había creado el ayuntamiento ni nada parecido porque el ayuntamiento de Los Ángeles nunca se ha preocupado por la cultura. No le interesa y punto. Así pues, las Noches en la Azotea eran pequeños conciertos de música de cámara a cargo de músicos de estudio (que no obstante eran músicos de verdad como mi padre) y los Festivales de Ojai los patrocinaban las señoras de Ojai, una pequeña comunidad de ancianas encandiladas por John Bauer, un inglés que hacía infinidad de cosas en Los Ángeles a fuerza de encanto y energía y las hacía

porque en esencia era un niño y los niños adoran L. A. Un niño de 1,93.

El Luau, un polinesio hortera, era el restaurante favorito de Stravinsky. Solo les gusta a los niños.

Mi padre coleccionaba discos de Dixieland. Tiene miles de viejos 78rpm y me crié escuchando a Ledbelly cantar «... vuela al este, vuela al oeste, vuela a donde prefieras». Cuando éramos lo bastante mayores, nos ponía discos picantes de Bessie Smith. Y cuando ya fuimos mayores de verdad, nos puso discos sobre drogas como «If You The Viper», donde Stuff Smith finge, o no, darle una calada rápida a un porro antes de arrancarse por... «Soñé con una trompeta de metro y medio... la María Juana, pero suave». Yo sabía quién era María Juana. No sufrí privaciones culturales.

Mi padre solía tocar con Stuff Smith y Nat King en un bar de enfrente de la NBC en Sunset con Vine, donde trabajaba de músico de estudio.

Los músicos de estudio y los músicos en general, hombres que han crecido practicando detalles minuciosos toda la vida, son especiales. La norma general según los músicos dicta que a los violinistas les gustan las mujeres hasta extremos extravagantes, los oboístas están locos y los trompistas son sexis. El resto son convencionales, todo lo convencionales que quepa imaginar, y si vas a un ensayo de la Filarmónica de L. A. verás a un puñado de contables sentados con sus camisas de cuadros y comprenderás que nadie se somete al Arte como ellos. ¡Imagina ceñirte a las limitaciones de una orquesta, bajo la batuta del director, obligado a tocar algo que escribió otro hace 200 años!

La única clase de músicos que frecuentaban mi casa eran gente como Stuff Smith, que estaba loco, o compositores. Los músicos eran demasiado convencionales para que mi padre quisiera pasar con ellos más tiempo del que ya compartían.

Las cantantes de ópera eran harina de otro costal. Un día entré en el salón

donde mi padre estaba ensayando. Estaba sentado al clavicémbalo explicando a Palestrina en tono serio y, en una silla plegable con los pies calzados de rosa cruzados delicadamente por los tobillos encima del asiento de otra silla plegable, había una adolescente. Vestía chaleco y pantalones de cuadros verdes y una camisa de la Ivy League. Llevaba la melena pelirroja recogida en rulos que se había cubierto con un pañuelo atado como se lo ataban todas ese año en el instituto. Levantaron la vista al oírme entrar después del colegio. No les interrumpí, me metí en mi cuarto. La voz que sonó a continuación brotó del manantial cristalino de un fiordo, fría, clara y natural. Estuvo a punto de partirme el corazón. Solté los libros encima de la cama y corrí de vuelta al salón. Era la adolescente, cantando.

Me senté en las escaleras y escuché el resto del ensayo. La adolescente en ningún momento quitó los zapatos rosas de la silla de delante, cantó en italiano, latín vulgar, alemán y francés y, entre uno y otro, habló en un suave californiano que decía *wader* en lugar de *water*.

Era lo que, en Hollywood High, calificarían de «mona».

Al acabar, mi padre dijo que se llamaba Marni Nixon. Marni Nixon lo hizo todo. Cantó canciones medievales e interpretó las voces de *West Side Story* y *El rey y yo* y tuvo varios hijos. Era una de los habitantes del páramo.

A Marilyn Horne, la cantante de ópera a quien según *The New York Times* sus amigos llaman «Jackie», sus amigos, yo incluida, la llaman Jackie. Una vez me reconoció que Marni Nixon le provocaba lo mismo que a mí y no solo eso «sino que su tono...». Supongo que se refería a que Marni estaba siempre ahí con su voz cristalina e informal, deslizándose por la cima, en un tono...

Joseph Szigeti, el violinista recién fallecido, vivía en Palos Verdes. Me encantaba y me contestaba a las cartas, o sea que probablemente le caía bien. Vivía en la casa más bonita que he visto en la vida y fue allí donde probé los higos por primera vez. Antes de eso no comía higos porque me parecían viles

amenazas a la felicidad, pero en aquella casa de la colina con vistas al Pacífico y una piscina oval rodeada de macetones de hormigón con geranios, copas de cristal y vino blanco (hasta para los niños) y su maravillosa mujer, comí higos. Me alegraba que mi padre fuera amigo suyo, pero, claro, mi padre era amigo de toda clase de seres fabulosos.

Había un compositor llamado Bennie Herrmann. Bernard Herrmann, rezaban los créditos como responsable de la música de la mayoría de las películas de Alfred Hitchcock y *Ciudadano Kane*. Pero yo no sabía nada de su pasado en el teatro Mercury y esas cosas. Sencillamente mi hermana y yo los queríamos, a él y a su mujer, nos invitaban a nadar en su piscina en verano y nosotras creíamos que habíamos muerto y estábamos en el cielo. Lucy Herrmann, la mujer, nos servía limonada y flotábamos en balsas y bebíamos limonada y Lucy nos contaba cuentos con su preciosa voz de Vassar. De hecho, hasta el día de hoy, me lleva mucho tiempo empezar a ponerme nerviosa al oír una de esas voces de Vassar porque Lucy tenía una y nosotras sencillamente la adorábamos. De hecho, no ha sido hasta hace poco, cuando he conocido a una chica tan espantosa con su «¡Qué divino!» lanzado al aire, cuando mi recuerdo de Lucy se ha visto ensombrecido y ha terminado imponiéndose en mí el ODI natural que sienten la mayoría de los estadounidenses por ese sonido nasal.

Eugene Berman, un hombre que diseñaba decorados para la Metropolitan Opera y que era un pintor maravilloso, estaba casado con Ona Munson (la que regentaba el burdel en *Lo que el viento se llevó*, la que despertaba los celos de Vivien Leigh por las visitas de Clark Gable al establecimiento) y vivían a una manzana de nuestra casa. A ella nunca la conocí, solo a él, y siempre se comportó como un príncipe conmigo hasta que crecí y empezó a tratarme igual que trataba a la mayoría de los adultos, que era con impaciencia caprichosa y comentarios desagradables. Pero si estabas fuera de

la ciudad te escribía y a mí me escribió justo antes de morir. Me escribió desde su casa de Roma y me contó que no estaba enfermo, que se encontraba perfectamente.

Cuando mejor lo pasábamos era cuando Edward James venía a la ciudad y nos contaba lo que había estado haciendo. Edward James es un inglés de madre estadounidense («por tanto teníamos baño con agua corriente en todos los dormitorios, ¡una obscenidad para la época!», se reía). Pobre Edward, una vez me contó: «Cuando murió papá, acababan de cambiar los impuestos sucesorios de tal manera que mamá y las chicas recibían 10.000 libras anuales cada una ¡y a mí solo me tocaron los castillos y los cuadros!». Edward vive en una catástrofe perpetua. En su vida pasan tantas cosas constantemente que avergonzaría a una ráfaga de disparos. Para empezar, Edward colecciona serpientes. Le gustan y se las lleva al Prado de Ciudad de México, donde una vez se le escapó una en el vestíbulo. Edward fue la primera persona no francesa que compró un Picasso («Después lo cambié por 40.000 cabezas de ganado y una hacienda en el sur de México»). Vino A América a ver a su «querido amigo Lawrence», como se refería a D. H., pero Lawrence falleció enseguida y Edward y Huxley siguieron hacia el Oeste, a L. A. «Por entonces estaba escribiendo una novela —explicaba Edward—, y quería titularla *Viejo muere el cisne*, pero Aldous se adelantó y no pude impedirlo.» Edward escribió una novela titulada *El jardinero que vio a Dios* y es una maravilla al estilo inglés y dandi e incluye un apartado sobre Ottoline Morelle que es una delicia, pero, claro, el libro entero es una delicia y supongo que si no fue bien fue porque Edward era tan rico que nadie lo creyó. En 1939 o 37, diseñó con Dalí el Pabellón para la Exposición Universal. Edward James era otro ejemplo de nuestras privaciones culturales, del páramo desierto que habitábamos. Edward me dijo que era tan guapa como la bisnieta del Marqués de Sade, ¡incluso más! La amiga que tenía

sentada al lado casi se muere de envidia y disgusto, el Marqués de Sade era su persona favorita.

Kenneth Rexroth y Kenneth Patchen visitaban nuestra casa para los recitales de poesía. Mi madre era una loca de la poesía pero a mi hermana y a mí nos aburría y nos distraíamos, así que enredábamos a alguien como Lucy Herrmann para que nos contara cuentos en otra habitación. O nos quedábamos con mi madre en la cocina, donde estaba cocinando en lugar de escuchando poesía.

Robert Craft rondaba por ahí cuando era pequeña y siempre estuve loca y perversamente prendada de él, incluso a los 10 años. Era malísimo, ¿cómo no iba a enamorarme? Una vez expulsó a una arpista del escenario hecha un mar de lágrimas en pleno ensayo. Y otra vez, cuando acabábamos de volver de Japón, me enseñó un libro de arquitectura japonesa y rompió a llorar ante tanta belleza. Ahí me mató, ya no pude resistirme. La gente hacía comentarios celosos malintencionados sobre Robert Craft, pero yo siempre pensaba: «Lo odian todos menos Stravinsky». Y ahora que he leído su obra, asusta lo buena que es. De joven lo «adoptaron» los Stravinsky y venía a casa a ensayar a Corelli, fue la primera vez que pensé que la música era hermosa. Y era malísimo, la arpista que huyó entre lágrimas del escenario del Royce Hall solo regresó cuando llegó Stravinsky, menudo y envuelto en sus bufandas de lana de cuadros.

Vera Stravinsky es la persona de naturaleza más aristocrática del planeta. Desde que veo, desde la época en que los niños miran a los adultos y los encuentran falsos y repulsivos, Vera siempre se mantuvo al margen de ese círculo crítico porque Vera era Vera y su inocencia resplandeciente es algo tan encantador y tan sensual y tan pura vida que tienes que haber estado ahí, tienes que haberla escuchado reírse, tienes que haber visto su cuarto repleto de flores y sus capas de satén púrpura confeccionadas en Roma y forradas de

tafetán iridiscente para saber que algo así es posible, que Todo es Posible y que una mujer hilada con la seda más fina da la sogá más resistente. Esperé a tenerla cerca para comer caviar, sabía que de lo contrario no le habría pillado el punto.

Stravinsky era Stravinsky.

Era menudo y feliz y brillante y un borracho. Solía pasarme vasos de whisky por debajo de la mesita del café cuando mi madre no miraba, cuando yo tenía 13 años. Para la fiesta de mi 16 cumpleaños me vestí de blanco (un blanco muy escotado, por supuesto) y cuando mi madre no miraba Stravinsky me metía pétalos de rosa por el escote.

Habida cuenta de que la ciudad de Los Ángeles es como es, la Filarmónica de L. A. nunca tocaba nada más allá de Brahms, salvo en una ocasión en que permitieron a Stravinsky dirigir una de sus piezas y mi padre me llevó a verla. Yo tendría unos 3 años. Nos sentamos en el gallinero y mi madre no estaba y mi padre dijo:

—¿Ves a ese hombrecillo de allá abajo?

—Ajá.

—Es Stravinsky.

Puesto que el teatro entero parecía centrar la mirada en aquel hombrecillo, me llevé la impresión de que Stravinsky era más grande que la mayoría de las cosas a pesar de ser menudo.

Para Navidad un año mi hermana y yo le regalamos una granja de hormigas pero desgraciadamente, nos contó, murieron todas. Coleccionaba insectos en estuches de cristal, preciosos.

Tenían Picassos por toda la casa.

Mi padre conoció a Stravinsky al principio de su aventura americana y le ayudó a dominar el arco y otros asuntos de violines y violas con los que se topa un compositor. Mi padre también tocó el violín en *L'Histoire du Soldat*,

que fue la primera vez que escuché música así. Tenía 5 años.

Interpretaron la obra en el Festival de Ojai y Stravinsky dirigió el ensayo con vestuario (Edward Rebner fue quien dirigió la función). Yo los vi ambos. Victor Burton, que tocaba la batería en la Red Nichols 5 Pennies, se encargó de la percusión. Fue la primera vez que oí hablar del diablo (trata de ese hombre que vende su alma al diablo a cambio de la princesa y dinero). Durante años tuve pesadillas con el diablo que saltaba como un muñeco de resorte por detrás de la cama de la princesa. Saltaba TRES METROS del suelo con sus cuernos y una cola negra. Mi padre me contó que la cola era en realidad una lengua muy larga que salía de la boca situada donde debería estar el culo del diablo, ya que el diseñador de vestuario era un cachondo. Pero no fue aquello lo que me provocó pesadillas. Fueron los TRES METROS.

L'Histoire du Soldat sigue emocionándome a lo ruso y recordándome al diablo.

De pequeñas siempre nos llevaban a los ensayos y probablemente por eso los prefiero a los conciertos. Hay algo en el hecho de escuchar a un grupo de gente intentando una y otra vez tocar algo bien hasta por fin conseguirlo que crea una tensión dramática que no se alcanza cuando interpretan el concierto de punta en blanco. Para conseguirlo cada director tiene su estilo. Robert Craft hace llorar a las arpistas. Otros, sin embargo, como Henry Lewis, que es negro y está casado con la cantante de ópera Marilyn Horne (Jackie), era más sutil. Elegía unos cuantos compases anteriores a lo que no funcionaba y aseguraba que esa era la parte que debían pulir, con lo cual solía ocurrir que los músicos se concentraban tanto en el fragmento que ya estaban tocando bien que el que se les resistía se arreglaba sin pensar.

¿Cómo es que no me convertí en una música consumada en lugar de en una rubia de playa?, cabría preguntar. Cuando tenía 5 años mi padre me entregó mi «primer» violín (se entendía que vendrían más conforme fuera

creciendo). No podía hacer nada, estaba atrapada. Pero era una niña espabilada y sabía que habría alguna manera de escapar de la tortura y casi por casualidad resultó que era incapaz de afinar el instrumento. No sabía cuándo estaba desafinado. Ensayaba con el violín desafinado. Sacaba de quicio a mi padre (lo mismo que él a mí), así que se acabó. Durante toda mi vida he sufrido la privación cultural del violín.

No conocíamos a ninguna estrella de cine y, como todo el mundo, estábamos absolutamente enamorados de ellas. Robaba *Photoplays* por las fotografías de Tony Curtis.

Si mi hermana y yo nos criamos en un páramo, nos costó verlo así en su momento y sigue costándome todavía hoy. Como es natural, la ciudad la dirigían como si fuera Kansas y el museo solo exponía paisajes y animales disecados. Pero la gente que podía hacer cosas dependía de sus propios recursos y tenía que apañárselas sola porque el alcalde solo asistía al Desfile de la Rosa. Al fin y al cabo, alguna adversidad tenía que haber entre tanto sol y tanto dinero. Y no es que gente como Stravinsky y Schoenberg y Thomas Mann y demás hablaran solos en el baño por falta de compañía.

La gente fue siempre muy amable con nosotras, con mi hermana y conmigo, mientras crecíamos. Tanto Eugene Berman como Szigeti seguían escribiéndome poco antes de morir y en realidad los dos solo me conocieron de niña. Nadie se enfadó aquella vez que mi hermana y yo nos quedamos pegadas con chicle en mitad del estreno de una pieza de Schoenberg, el punto álgido del Festival de Ojai de aquel año. Nos entraron entre bastidores y nos despegaron con alcohol y nos reímos.

Pero probablemente de no haber sido un páramo, para empezar, no habría habido chicles.

HOLLYWOOD CON VINE

A los 14 años empecé a escribir un libro, mis memorias, titulado *No criaría a mis hijos en Hollywood*. Unas semanas antes había dejado que un hombre espectacularmente atractivo me llevara a casa en coche después de una fiesta a la que no me estaba permitido asistir, y cuando le dije que tenía 14 años, me bajó a una manzana de casa y me aconsejó en tono paternal, antes de darme un beso inolvidable y nada paternal: «No te subas al coche con cualquiera, podrías acabar mal». No volví a verlo salvo en las portadas de prensa al cabo de un par de años cuando lo encontraron muerto en el cuarto de baño de Lana Turner. Se llamaba Johnny Stompanato, pobre. Más o menos antes de aquello ya estaba escribiendo el libro, pero después de aquello me puse en serio. Desde entonces, no he dejado de escribirlo.

Fue el mismo año, solo que más adelante, en verano, alrededor de agosto, cuando vi a una pequeña familia de turistas de pie delante del Broadway en Hollywood. Los vientos de Santa Ana habían barrido a todos del mapa salvo a ellos. Azotados por el viento mientras una rodadora se escoraba hacia ellos y luego seguía volando por en medio de la calzada junto al autobús 91W, se veían polvorientos y demasiado abrigados, sobre todo la madre. Estaba flaca y demacrada, vestía de azul marino con topos blancos y suspiraba con un desaliento inadvertido: «... Bueno... aquí estamos... Hollywood con Vine».

Mi padre era músico de estudio en la plantilla de la Fox (como escuchábamos decir despreocupadamente a los adultos). De manera que mi

hermana y yo crecimos a apenas 10 manzanas de ese cruce de Hollywood con Vine por el que la gente suspiraba abatida. Pero Hollywood nunca se dejaba ver, aunque para 1956 hasta el Hollywood invisible estaba siendo aplastado por los tacones con espuelas del Zapata de Brando. Brando era joven y no quedaban más Cary Grants.

Mi padre, como tantos otros músicos de estudio, era un intérprete excelente que anhelaba tocar música de verdad en lugar de música para cine, así que, una vez al año, contrataba a la orquesta para los Festivales de Ojai, fines de semana de tres días en un lugar impresionante llamado Ojai, entre Ventura y Santa Bárbara. Prósperas damas de edad proveya acogían a los músicos y sus familias en sus casas durante los tres días del festival. Nuestra dama tenía una magnífica semigranja con montones de gatitos, lo cual era una suerte porque a mi hermana y a mí nos volvían locas los gatitos y los animales compensaban tener que asistir a los conciertos, cosa que, al menos a mí, nunca se me ha dado bien. La única otra cosa que había en Ojai aparte de los festivales y las señoras adineradas (tercera generación de la aristocracia californiana) eran colegios privados para los hijos y las hijas de los más ricos, a los que mandaban allí para alejarlos de Hollywood. Según leería después en la prensa, a Cheryl Crane, la hija de Lana Turner, también la mandaron a Ojai: a la Happy Valley School. Para entonces yo ya no tenía que ir allí. Podía quedarme en casa, en Hollywood, leyendo y escribiendo.

A excepción de los Festivales de Ojai y un par de semanas estivales en que mi padre exponía a la familia a unas «vacaciones» (perpetuos mareos míos en el coche aderezados por malhumorados comentarios sobre por qué no podía quedarme en casa), a excepción de unos 20 días al año, crecí y me afiancé en Los Ángeles y en nuestra aureola de ángel de atrezzo, Hollywood. El único otro lugar donde me he sentido a gusto es Roma, y para mí Roma es igual que Hollywood. Roma satisfacía mi gusto por chapucerías, afectos y efectos,

fachadas falsas pero espléndidas, lágrimas de relumbrón y gente paseándose por ahí como si estuviera en *Marruecos* o *Lo que el viento se llevó*. Me dejó llevar y funciona, estoy lista para que un puño atravesase el parabrisas o alguien arroje un anillo al puerto. Creo en lebreles afganos con correas de piel de serpiente. Caigo rendida ante las entradas en escena espectaculares, un «querido» lanzado por encima de un café por una rubia con pieles de zorro y un destello sobrenatural de diamantes que tiende grácilmente las manos para abrazar al «querido». Para mí Roma era un destilado de Hollywood, sabía que era por *La Dolce Vita*. Mastroianni, recuerdo pensar en su momento, no tenía gracia. Yo, por mi parte, instigaría y secundaría la ostentación y el esplendor y trataría de estar a la altura de las ocasiones más espléndidas.

Tendría 13 años cuando comprendí que existía toda una expansión enorme, inexplorada y excitante, de hombres que básicamente eran aventureros con talento que confiaban en penetrar la carcasa de Hollywood antes de que fuera demasiado tarde. Recuerdo el día que lo entendí, estaba en la acera de enfrente de lo que hoy es el Cyrano, en el Strip, cuando un Jaguar blanco descapotable que venía del Oeste giró en redondo y un joven increíblemente estiloso, despeinado, de dientes blancos, ojos azules, piel morena y pestañas largas refrenó el vehículo y permaneció un momento en silencio frente a mí antes de decir: «Oh, eres una cría», y dar otra media vuelta ruidosa para seguir su camino. Yo tenía 13 años, era 1956, llevaba mi bañador de piel de leopardo y estaba comiéndome un cucurucho de helado de chocolate con almendra tostada de Will Whright, y el tipo me partió el corazón.

Soñaba con lo sucedido y empecé a fijarme en que había otros muchos tipos como aquel. Descubrí que todos estudiaban interpretación con gente como Jeff Corey y Sandy Meisner por la tarde y salían por el Crescendo o el Luau por la noche. En la canícula estival iban a State Beach después de recoger el talón del paro en Santa Monica Boulevard. Para mí ir a las oficinas

del paro tenía glamour y, por suerte, contaba con una amiga mayor que a veces me llevaba con ella.

Como no era probable que nadie me llevara al Luau, imaginé que la única opción sensata pasaba por tomar lecciones de interpretación, aunque jamás en toda la vida me había interesado ser actriz. El hombre que me dio lecciones era el tipo que se despeñaba en *Rebelde sin causa*, se llamaba Cory Allen (Buzz en la película) e intentaba enseñar a actuar a un puñado de personas, la más joven de las cuales me sacaba tres años. Cory tendría unos 27, calculé, y yo 14, y me enamoré de él sin remedio mientras intentaba enseñarnos a «actuar». (Que alguien te enseñe a «actuar» es algo sobre lo que meditar en tu tiempo libre.) Yo nos imaginaba viviendo juntos y comiendo perdices, pero lo único que pasó es que aprendí definitivamente que no sabía «actuar». A las clases de Cory no asistía nadie con estilo y encima yo no sabía «actuar», así que al poco tiempo las dejé.

Jamás he poseído la habilidad necesaria para suspender mi incredulidad el tiempo suficiente para actuar en un escenario o delante de una cámara con palabras ajenas. Además, hasta yo podía ver que a Hollywood le pasaba algo, aunque no supiera que fuera terminal. Y aquellos jóvenes estilosos en Jaguar, cuando por fin crecí lo bastante para conseguirlos, sucumbían a un escrutinio más atento y resultaban tener nombres tan tontos como Sean, Carlo o Phillippe, y para entonces habíamos entrado en la era de los quejicas y soy incapaz de que me gusten los quejicas. ¿Es lo único que se les ocurría hacer con Montgomery Clift, James Dean y Brando? ¿Quejarse?

Los Cincuenta, como todo el mundo destaca, fue una época sin encanto para ser adolescente, pero nadie se sintió jamás más afortunado que yo acompañando a una amiga mayor a la oficina de desempleo e inventando vidas para despreocupados jóvenes entrevistados en Jaguars.

Aunque no tengo hijos y Hollywood no existe, creo firmemente que, sin

embargo, existió. Y como en Roma, ahora vivimos entre columnas derruidas y patios con tendederos, en las ruinas de un imperio de los enamorados de sí mismos que una vez, brevemente, fue más devastador que el de César y todavía atrae a familias respetables hasta un cruce caluroso y ventoso en pleno agosto para suspirar con desaliento inadvertido: «... Bueno... aquí estamos... Hollywood con Vine».

BUNKER HILL

En el principio de Los Ángeles fueron los edificios de adobe y la Plaza, la arquitectura de la tierra, que avanzó orgánicamente hacia el Norte con el Camino Real y los Franciscanos. Sin embargo, no hubo de pasar mucho tiempo antes de que la angelinidad mostrara su baza y, cuando las Damas Estadounidenses se trasladaron al Oeste y aterrizaron en L. A., se edificaron unos hogares que ahora prácticamente han desaparecido pero que en otro tiempo se concentraron generosamente en Bunker Hill. Mi madre se enamoró de esas casas a primera vista. Para ella tenían sentido.

Mi madre venía de Texas, donde nada tenía sentido para ella. Llegó en los años 30 para escapar de Texas y encontrar una vida nueva. Se casó con mi padre y al principio vivieron cerca del centro, o sea que en coche no estaba lejos de Bunker Hill y me llevaba a menudo. Se llevaba su tablero de dibujo y unos lápices buenos, excelentes, que tenía que afilar con papel de lija, y dibujaba las casas en un rugoso papel para acuarelas lo bastante inocente para retener las casas sin que aparentaran falsa modestia.

Yo me ponía un vestido de cuadros blancos y lavandas y me sentaba a su lado en nuestro viejo Mercury mientras recorríamos Sunset en dirección a Bunker Hill. Los lápices se guardaban en una caja de puros de madera con pestillo. Todo olía a madera nueva.

Bunker Hill estaba poblado por vagabundos y borrachines, caballeros que conocían a mi madre y que a veces podían permitirse vivir en las casas,

reducidas a tugurios, que dibujaba. Yo les daba conversación mientras ella trabajaba y solía sentarme en la acera al lado de los borrachines, me apoyaba como ellos en la tapia de piedra de enfrente de las casas mientras el sol nos caía encima y a veces nos lloraban los ojos por la polución.

Las casas eran de madera y victorianas como las que tienen en San Francisco solo que no estaban tan pegadas unas a otras y, además, eran barrocas en lugar de austeras al estilo de labios prietos que predomina en el norte. Eran coloniales en el desierto/valle tropical y tejas, tallas, gabletes y puertas se habían esculpido deliciosamente de memoria, flanqueadas por palmeras, guisantes de olor, rosas silvestres y flores de Pascua.

En algunos puntos la lantana rastrera, una flor liliácea a juego con mi vestido y el motivo de que me gustaran los morados, crecía por encima de la tapia donde nos apoyábamos al sentarnos. Las flores atraían a pequeñas mariposas marrones, monarcas, colas de golondrina y blancas, las blanquitas de la col. Cuando terminaba de hablar con los hombres, mi madre me daba una bolsa de papel marrón que yo llenaba con las mariposas que cazaba, de modo que para cuando teníamos que marcharnos y el sol se disponía a esconderse con ese vaporoso ámbar florentino con el que se pone por allí hacia las 6 de la tarde en verano, había atrapado un montón.

Esperaba a que cargara el coche y arrancáramos y entonces yo abría la ventanilla, rasgaba rápidamente la bolsa y contemplaba la silenciosa explosión de color que salía volando del interior. «Recordaré esto siempre — pensaba—, siempre.»

Luego llegaba a casa y cenaba, supongo, no lo recuerdo.

ABUELO

Mi abuelo murió y descubrí quién era en su esquila del *Jewish Voice*. Yo creía que era «el abuelo» y estaba siempre reunido.

—¿Dónde está el abuelo?

—En una reunión.

Jamás se me ocurrió preguntar en qué tipo de reunión y lo que allí se hacía. El abuelo presidía los séderes y bebíamos vino Manischewitz en vasitos de colores que eran bonitos vacíos y eran bonitos llenos. La comida judía era algo que solo conocías de verdad cuando, después de odiarla durante toda tu niñez y pensar que todo, desde el rábano picante del pescado *gefilte* a los nopostres, carecía de compasión por el ser humano, terminabas sola y fría en un lugar desconocido y de pronto descubrías que tenías que comer *kasha* si no querías marchitarte y morir. Pensaba que las reuniones del abuelo debían de ser como séderes solo que llenos de viejos como él.

Sus fotografías de juventud mostraban unos ojos vacíos a lo William S. Hart porque aún no habían descubierto cómo conseguir que se vieran los ojos azules. Mi abuela me enseñó una fotografía de ellos dos que acababa de encontrar y en la que parecen el Príncipe y la Princesa.

—¿Sabes de cuándo es? —preguntó.

—¿De cuándo?

—Estábamos en Nueva York. Acabábamos de llegar de Toronto, recién casados, y Papa no tenía dinero, éramos muy pobres. Entonces consiguió un

trabajo de un día y le pagaron 5 dólares. Así que, en lugar de comprar comida o algo, nos sacamos una foto. Es esta, costó 5 dólares. ¿A que éramos guapos?

—Sí.

El abuelo nació en una pequeña población de Rusia y murió a los 80 años exactos en L. A. (La mejor descripción condensada de F. Scott Fitzgerald que he leído era una biografía breve que empezaba así: «Francis Scott Fitzgerald nació en 1896 en St. Paul, Minnesota, y murió a los 44 años en Hollywood».)

Lo que descubrí de Abraham Babitz (pronunciado Abram Bahbich) además de que había dirigido el *California Jewish Voice* fue que era «una voz respetada en el Sindicato Internacional de Trabajadoras del Textil» y que conoció a mi abuela en Toronto en 1907 en una especie de bohemia que por lo visto existía por allí y de la que formaba parte mi tía abuela actriz de cine. Mi abuelo era un activista laboral y sionista, dice la necrológica.

Pero mi parte favorita es «Al inicio de su carrera ... Babitz se ganó la reputación de ser un escritor iconoclasta con un gran sentido del humor con el que era capaz de aplastar mediante una sola frase a un orador que llevara dos horas hablando ... era amable pero endemoniado...».

También lo describen como «ingenioso, gracioso, brillante y una fiera de las causas que defendía».

Cuando me muera, no tendrán que cambiar un ápice. Al menos, así lo espero.

Ni siquiera conocía a mi abuelo. Solo sé que era capaz de gastarse sus únicos 5 dólares en una fotografía porque era guapísimo y que su mejor amigo lo llamó endemoniado en su obituario.

ABUELA

Los nietos judíos de L. A. llaman «Zaidie» al abuelo y «Bahboo» a la abuela hasta que se dan cuenta. Luego los llaman «abuela» y «abuelo» como todo el mundo.

Mi abuela es extraordinariamente encantadora y una absoluta manipuladora y una quejica y tiene una risa que consigue que los pájaros enmudezcan para ver si aprenden algo. Un día que yo estaba haciendo la única buena acción de toda mi vida, llevarla a las tiendas de cachivaches de Pasadena, me contó cómo había conseguido para mi padre la medalla de oro que ganó él tocando el violín cuando tenía 15 años y cómo solía acompañarlo a las clases y memorizarlas por si al llegar a casa a mi padre se le olvidaba algo. Tiene una voz hermosa y siempre afina y mi padre sobrevivió a la infancia con solo un par de desgarros graves en el corazón y el cerebro.

La abuela tiene unos 75 años. Tiene unos ojos que chispean como el día que nació y una piel que luce tersa como la de una niña. Dejó Rusia con 13 años porque estuvieron a punto de pillarla con documentos a favor de la Revolución. Tuvo que tirarlos en una letrina y marcharse a Canadá. Una vez me contó que, en Rusia, por la Revolución, aprendió a disparar con rifle. Cuando tenía 6 o 4 años se escondió de un pogromo en el sótano de unos gentiles simpatizantes de los judíos.

La familia en pleno trata de tenerlo presente, pero eso no parece impedir que se cuelguen teléfonos de mala manera y se alce la voz. Nadie en la

familia alza la voz salvo la Abuela. Ella sí sabe hacerlo.

Hace poco le entraron en casa mientras estaba fuera y se asustó tanto que al final mi madre le arrancó el motivo. La Abuela pensaba que era un pogromo.

Tratamos de tenerlo presente.

—Evie, cariño —dice la Abuela—, ¿cuándo vas a casarte?

—... —Teléfono colgado de mala manera.

—¿Quién era? —pregunta un amigo.

—Mi puta abuela de los cojones.... —chillo, furibunda.

—¿Te refieres a la abuela que conocí en la fiesta en casa de tu madre?

—Sí.

—Por Dios, si era fantástica. Ojalá tuviera una abuela como ella. Se puede hablar con ella, es guapísima, inteligente, divertida...

Mi abuela quiere que me case como ella y que tenga hijos y nietos desagradecidos que me cuelguen el teléfono. Cuando tenía 6 o 4 años vivió un pogromo.

Tratamos de tenerlo presente.

He heredado su piel.

(Sería injusto por mi parte no mencionar que mi abuela es responsable de que todos sus hijos y nietos consideren el arte la única ocupación posible.)

AGNES

Mi madre dejó para siempre Sour Lake, Texas, y a Agnes hacia 1930. Agnes vivía en Sour Lake y tenía tres hijos. Uno se llamaba Woodrow Wilson, a otro le puso Eugene Debs y a la tercera Lily Mae. Los dos niños eran de un padre distinto del de la niña, que era la mayor y se apellidaba Laviolette. Antes de dejar Sour Lake mi madre se llamaba Lily Mae Laviolette. Ahora se llama Mae Babitz. Solo tiene acento texano cuando se enfada. («¡Sois una mierda pinchada en un palo!», nos amenazaba cuando éramos asquerosamente jóvenes.)

Agnes llevaba un restaurante en Sour Lake llamado Agnes's, la culminación de un empeño nacido años atrás con un dólar cincuenta de capital que gastó en preparar chili para los trabajadores de los campos petroleros. Agnes prepara un chili increíble. Además nunca, tras un par de lecciones vitales, se permitió depender económicamente de nadie que no fuera ella misma.

Una vez que declaré ante el Comité del Senado sobre el LSD, Bobby Kennedy me preguntó a cuánta gente conocía que fumara marihuana. Proclamé descaradamente: «Todo el mundo que conozco fuma marihuana menos mi abuela».

—¿Por qué no convences a tu abuela para que fume? —me preguntaría después la señora del *New York Times*.

—Ella flipa sola —repliqué.

Las dos abuelas se enteraron.

Mi abuela judía me mandó una fotografía que ilustraba un artículo en alguna fugaz y moderna publicación neoyorquina moderna sobre «la abuela que flipaba sola» y lo cierto es que lucía una sonrisa radiante y beatífica.

Los parientes de Beaumont de la otra abuela la telefoneaban para picarla. Sin inmutarse, Agnes contestaba: «Evie tiene otra abuela, ¿sabes?». Me pregunto a cuál me refería yo.

CARMELITA

En Hollywood las niñas pequeñas aprendíamos ballet en el Estudio de Danza Perry de Highland Avenue bajo la mano de hierro de marcar caliente de una integrista española llamada Carmelita Marachi. Seguía su estela la ayudante, Peggy, que intentaba salvar las carnes chamuscadas que dejaban las ácidas observaciones de Carmelita.

«Eres un elefante patoso», decía entre dientes Carmelita, echando atrás la cabeza en un gesto seco como un látigo, con la larga melena negra disciplinada en un moño immaculado.

Peggy la seguía, dispensando ternura.

Lo que nunca llegué a comprender era qué tenían que ver todos aquellos años de lecciones, décadas de puntas y pies empolvados, con Margot Fonteyn en un sueño entre plumas muriendo cual cisne con las alas rotas. No entendía cómo íbamos a pasar de donde estábamos nosotras a donde estaba ella.

Carmelita una vez me regaló el cumplido supremo de decirnos, a mi madre y a mí, que yo era «grácil» y «debería seguir». Mi madre se quedó muy satisfecha con un halago hasta entonces desconocido. Pero yo había observado atentamente por los gemelos y había visto cómo ponía las manos Margot Fonteyn, juntando los dedos corazón a los meñiques mientras los otros barrían el aire como si fuera el Loira, y había aprovechado ese detalle para sacarle el «grácil» a Carmelita sin tener que hacer plisés.

Era una cría siniestra, perezosa y cínica.

EL CHOKE

Los pachucos frecuentaban el Pop's, a una manzana de Le Conte, y yo solía echarle un vistazo de camino a casa desde la escuela, atraída irresistiblemente por una red cargada de emocionantes ensoñaciones en una playa de pánico. De vez en cuando me convencía de que el Pop's era «solo un puesto de perritos», pero no duraba mucho y a veces me iba sin el cambio, con el corazón latiéndome a mamporrazos. El resto del camino hasta casa me abrumaba la intimidación hasta que mi gato salía corriendo a recibirme e íbamos a tumbarnos juntos en el jardín de atrás, donde recuperaba mi equilibrio adolescente.

Anhelaba ser invisible para poder entrar en el Pop's y observar sus vidas excitantes y salvajes: sus vidas de verdad, lo contrario de mi vida sin rumbo de niña de 13 años donde lo único que hacía era desear que alguien me secuestrara para esclavizarme y llevarme a Pago Pago o lo que fuera en lugar de tumbarme con mi gato a escuchar cómo iban calmándose los latidos del corazón. Ellos tenían vidas de verdad, los habían expulsado del instituto por llevar navaja, robaban coches, se peleaban y su estilo de baile, el Choke, era de una elegancia tan llena de abandono que te paralizaba la envidia. Los que tenían vidas de verdad se llamaban pachucos. Y por mucho que yo practicara lo único que hacían por lo que no te trincaban, no conseguía ser lo bastante pachuca para el Choke.

Quizá, pensaba serenándome en el césped frío mientras miraba al gato a

los ojos, si tuviera un compañero pachuco... Pero era imposible porque los pachucos eran demasiado austeros para mezclarse con nosotros.

Conforme se sucedían los días indistinguibles con olas de calor en «invierno» y días frescos en julio, íbamos pasando de curso en curso y cada semestre cambiábamos de taquilla. Así que, cuando llovía, una descarga eufórica recorría la columna vertebral de nuestra escuela como una cinta eléctrica.

Cuando llovía, nos permitían dedicar la clase de educación física en el gimnasio a un «baile social». En lugar de tener que ponernos la odiosa indumentaria deportiva y salir a jugar al odioso voleibol, conservábamos la ropa de calle y bailábamos al son de los discos que tenían para los Bailes Escolares. De noche bailaban al ritmo de discos como «Sincerely» y «In the Still of the Night». Pero eran demasiado lentos para que bailáramos juntas y por tanto siempre elegíamos a Chuck Berry y Little Richard porque eran los más rápidos y una canción de El Dorados titulada «Crazy Little Mama» que siempre me pareció genial. Nos lanzábamos a bailar con la temeridad de un día lluvioso y la histeria de niñas de 13 años encerradas toda la jornada en aulas bochornosas. A veces hasta abandonábamos nuestras poses descuidadas para olvidarnos de todo y bailar la polca, que era como carreras de choques o derbies de demolición en las que terminábamos amontonadas en mitad del suelo, desternillándonos... Pero solo si llovía.

Por supuesto, habida cuenta de cómo son los profesores de gimnasia, no podían dejarnos en paz, tenían que decirnos lo que teníamos que hacer y por tanto solían organizar «concursos de baile» con eliminatorias y envidias y todo lo demás. La idea era aplaudir a quien te pareciera mejor —se llama sentencia de los pares— y ganaban quienes más aplausos recibían. Solo los profesores de gimnasia decidían qué aplauso resonaba más y nunca coincidía con la pareja pachuca, por obvio que resultara. Porque ¿cómo iban a ganar

unas chicas que no eran blancas y a las que habían mandado a Le Conte porque las habían expulsado de otros colegios? Por tanto, siempre ganaban las segundas.

Todo el mundo estaba al corriente de lo que ocurría pero no cambiaba nada. Seguía ocurriendo.

Las segundas eran siempre dos chicas sanotas y enérgicas que se entregaban por completo al Bop de manera que sus faldas de algodón guateado volaban perpendiculares a las cinturas y por debajo asomaban las estúpidas crinolinas y balanceaban los brazos como hamacas entre raudales de buen humor. Normalmente llevaban aparatos y coletas de pelo ratonil y la exuberancia les soltaba del cinturón las blusas de algodón. Eran muy blancas. El hermano Malcolm, al describir el Bop, jamás podría haber adivinado en qué se convertiría en un colegio de secundaria a 5.000 kilómetros de distancia. Y si alguien intentaba insuflar cierta *joie de vivre* en el Bop se interceptaba inmediatamente y pasaba a llamarse en secreto «el boogie guarro».

O sea que, si querías hacer algo, tenías la impresión de que te cortaban las alas. Tenían normas para todo, pero no se imaginaron el Choke, y cuando llegaron las pachucas lo trajeron con ellas y no era guarro. El Choke era una anarquía rabiosa que en clasicismo mítico pasaría por danza. Que yo sepa, jamás encontraron la manera de blanquearlo.

El Choke era un invento pachuco. Pachuco era como llamábamos a los chicos que hablaban con acento mexicano fueran o no mexicanos y que llevaban vidas de verdad. El Choke parecía una versión mortal y totalmente apache del jitterbug solo que cuando veías bailar el Choke nunca pensabas en el jitterbug. Era flamenco angelino, pachuco, delictivo.

Se bailaba sobre los talones.

Y las rodillas, a diferencia de en el boogie guarro, se mantenían

irremediablemente pegadas. Los brazos simplemente, en lugar de balancearse, cuando no se empleaban para dar una pista fugaz, quedaban olvidados. De manera que caían de cualquier modo, como si pertenecieran a un muerto. Los hombros se encorvaban y no se relajaban ni una sola vez durante el baile por lo que el contraste entre los brazos muertos y los hombros encorvados resultaba siniestro como el villano de una película sonriendo con un cuchillo en la mano.

Pero no era únicamente el baile lo que convertía en emocionantes a los pachucos en aquellos días de sémolas presbiterianas. (Ni siquiera decían «Iglesia Presbiteriana»: la llamaban «la Primera Pres», así rebajaban la textura de un protestantismo de por sí inocuo y aguado.) Era todo, pero en especial la ropa.

Quizá en sus blanqueados corazones inmaculados las chicas como Judy y Susan en realidad imaginasen que bailaban mejor que C. C. y Nina. Quizá sus cartillas impolutas de NtSbSb (Sb significaba comportamiento y actitud Sobresalientes) debieran hacerlas automáticamente mejores que las que sacaban SII (las I significaban Insuficientes, y lo eran). Quizá pensarán que tanto algodón y las faldas confeccionadas en > Tareas Domésticas eran más correctos que los suéteres corales de las bailarinas que danzaban un baile de verdad con la autoridad de un mundo real donde pasaban cosas graves, heladoras. Pero yo nunca lo creí. Nadie con un ápice de simpatía por el estilo o incluso un gusto pasajero por el diseño habría preferido jamás a aquellas chicas descoloridas que nunca serían sexis al peligro explosivo de las pachucas.

C. C. había pasado por otros tres colegios antes de que la mandaran lo más lejos que pudieron de Temple Street y la metieran en Le Conte. Temple Street y Alpine eran dos pandillas enfrentadas y C. C. pertenecía a la división auxiliar femenina de la primera. El último colegio del que la habían

expulsado era el Virgil y el Virgil era el colegio más duro del que nosotras teníamos noticia. Tenía reputación de sexo, violencia y seducción, tentadoras historias de cómic sobre chicas peleándose a navajazos después de clase bajo la autopista, en combinación negra. (¡Combinación negra!)

A C. C. la habían expulsado del Virgil. Solo le quedaba Betsy Ross, para chicas delincuentes, o el estilo Americana. Probaron con el Americana.

C. C. se vestía de pachuca hasta el último detalle. Incluso con ropa de gimnasia llamaba la atención, y no solo por el tatuaje de las manos:



que llevaban todos. Se adivinaba desde la otra punta del campo de béisbol que era una chica dura por el peinado. Te peinabas de tal manera que el pelo formara una larga V a la espalda con la punta señalando al culo como una flecha cuanto más larga mejor. El resto del pelo se cortaba entre 12 y 15 centímetros alrededor de la cara en unos rizos prietos que después se levantaban para añadir unos 7 centímetros de altura, muy conveniente si eras una mexicana bajita. Los rizos te enmarcaban la cara y te hacían adorable y solamente de espaldas veías la V mortal y te preguntabas si serían ciertos los rumores de que en la maraña rizada de arriba escondían las navajas con las que sus amigos mataban a otros chavales después de clase.

Llevaban las orejas perforadas —todas— y adornadas con pequeños aros dorados o pendientes de estrás.

La escritura del tatuaje c/s es el mismo tipo de letra que todavía afea edificios por todo L. A., solo que ahora en lugar de brochas usan botes de aerosol. Sería capaz de matarlos por algunos de los lugares que han elegido para afearlos y donde es casi imposible quitar la pintura, pero no sé... a veces, cuando estoy fuera demasiado tiempo, lo pienso y no me importaría ver los puñeteros garabatos pachucos ni aunque fuera en los acantilados de Malibú, solo para sentirme de vuelta en L. A.

De modo que incluso con ropa de gimnasia se sofocaba en modo alguno la individualidad de C. C. Tal vez por eso los marineros se tatúan.

Yo me vestía a su lado en el gimnasio (al otro lado tenía a una chica muy maja llamada Cathy cuyo único defecto era ser algo crédula y eso impidió que me impresionara demasiado verla en la portada de la revista *Life* acucillada bajo una roca con el resto de la «familia Manson» y con el sobrenombre de la Gitana). C. C. se vestía con otra pachuca, una niña callada llamada Amy de origen oriental pero que hablaba el mismo mexicano-inglés apocopado y despectivo que el resto de pachucos.

De manera que pude verla vestirse de cerca a diario durante un semestre entero y tenía tanta ropa que fue entonces cuando aprendí el significado de la palabra «afanar». Significaba ir al Broadway y largarse sin pagar. Pero todas sus prendas habían sido modificadas para adaptarlas al particular estilo al que aspiraba C. C.

C. C. medía solo 1,52 y tenía 14 años. Usaba una 80E de sujetador, tenía cinturilla mexicana y caderas anchas y planas. Las piernas eran cortas y bonitas y los brazos con hoyuelos y, de haber vivido en México, ya estaría casada o a punto de casarse, pero vivía en L. A. y era dura y quería sus muebles y un marido paddy. «Paddy» significa blanco en pachuco. Lo descubrí por Amy, que se tomó una especie de interés paternalista en mí cuando se enteró de que leía los tebeos de la Pequeña Lulú y sabía recitar

pasajes enteros de memoria. Amy y yo mantuvimos una amistad a distancia mucho después de que la transfirieran al Betsy Ross y hasta que se casó con un paddy y me deprimió tanto que la bella Amy se casara con un garrulo blanco que lo dejé estar, las diferencias culturales eran demasiado insalvables a pesar de la Pequeña Lulú. (Nuestra frase favorita era una en que Tobi llama a la puerta de Lulú un día y dice: «Hola, repelente», da media vuelta y se va.) C. C. y Amy se vestían a una taquilla de mí y a veces cuando llovía y solo teníamos que calzarnos las deportivas, nos alterábamos tanto que echábamos a correr hacia la pista de baile para llegar las primeras a los discos (a saber qué pincharían si llegaban primero las blancas, uno de sus discos preferidos era «Mr. Sandman», lo peor de lo peor).

De modo que incluso con ropa de gimnasia, C. C. con sus orejas relumbrantes y Amy con su desdén japonés y una sorna prácticamente natural no eran presbiterianas y, aunque lucían pesadas cruces de oro, tampoco eran católicas al uso.

Sus voces, cuando hablaban con la autoridad, transmitían burla y cinismo al exagerar las consonantes y pronunciar las vocales con un estilo propio. En los discos de gente de L. A. de aquella época, hasta los negros hablaban con cierto deje pachuco. El pachuco más descarado era Little Julian Herrera (que probablemente sigue en prisión por abuso de menores: ¿cómo es que nunca condenaron a los Beatles por abuso de menores?, ¿porque eran blancos?). Y los Medallions y los five Satins también hablaban así, como una especie de Nat King Cole mexicano. Decían «amool» en vez de «amor» y frases enteras del tipo «Tiiii darué mi amool». Lo probé, pero no me salía. Si pensabas hacer algo, tenías que hacerlo todo, y me daban miedo las llaves de hierro para cambiar neumáticos y que me mandaran al reformatorio y robar tapacubos, así que me conformaba con observar y desear ser invisible.

La ropa que C. C. llevaba al colegio transmitía el mismo espíritu que

Monroe en *Niágara* combinado con una puta de La Habana de Batista. Se ponía faldas tan estrechas (del Broadway modificadas) que el semestre después de que la expulsaran, la nueva regla del Código de Vestimenta especificaba que las faldas debían permitir un margen de movimiento de un mínimo de diez centímetros entre las rodillas. Las de C. C. dejaban poco más de dos. Intenta caminar así y verás que Monroe tenía el mismo atractivo que las chinas que se vendaban los pies: no podía escaparse, lo cual es sexy si te va ese rollo, las cadenas y eso... Normalmente las faldas de C. C. eran de tonos pastel y cuadros enormes con rebecas abotonadas a la espalda (para ceñir más la delantera) y calcetines de lana a juego en una suerte de tributo vestigial a algo tipo Costa Este y «colegial».

Sus zapatos, eso sí, eran los mejores. Cuando llegó a Le Conte calzaba, el primer día y toda la semana siguiente, un tipo de zapatos llamados Bunnies. Eran zapatos blancos flexibles que cubrían más el empeine que los mocasines y tenían un par de orejitas en la punta y otras dos en el talón. Podías enfundarte un pie del 38 en un Bunny y parecía que calzaras un 34. Al acabar la semana, la mitad de las chicas de la escuela tenían unos Bunnies y la otra mitad intentaban apañárselas acusando a las primeras de vulgares.

Aprendimos que existían toda clase de zapatos diseñados para que los pies parecieran el culo de una goma de borrar y C. C. los tenía todos y eso que ya calzaba un 34, de modo que sus piecitos parecían muñones. Una doble amenaza con las rodillas ya cosidas, si te va ese rollo (que le va a casi todo el mundo). Estaban los zapatos de escalera: de punta redonda con dos correas; los de lágrimas: de punta redonda, hebilla y lágrimas de cuero recortado; y las merceditas, como los de las niñas. Todos parecían de niña pequeña salvo los Bunnies, una novedad. En el curso de mis primeros años de secundaria gasté unos cinco pares de Bunnies. Todos los zapatos eran blancos y también subversivos.

Un básico de la Contención en el Código de Vestimenta era que ninguna soportábamos los zapatos de cordones de ante o bicolors. Todas querían calzar zapatos planos. Como las manoleínas. Los zapatos planos quedaban bonitos y la dirección no quería que nadie fuera bonita y por tanto decidieron que, si querías calzar plano, debías llevar calcetines. El zapato plano con calcetín parece de niña de 3 años. Así que teníamos que elegir entre quedarnos castigadas después de clase por llevar zapatos planos sin calcetines o calzar zapatos de cordones. Cuando llegaron los Bunnies, resultó que quedaban mucho más Lolita con calcetines. Eran sexis. Así que, a la semana de llegar C. C., la mitad de las chicas tenía un par.

Pues bien, vista con cierta distancia, la impresión que daba C. C. era la siguiente. Era una chica bajita, adorable, con hoyuelos, pies minúsculos, peinado alto, cuca y con una cruz de oro y pendientes brillantes y una hostilidad que relumbraba como un nimbo para que todos vieran que no podían con ella. Y tenía un tatuaje.

Y después estábamos nosotras, con montones ridículos de algodón, tratando de tener un aspecto digno con zapatos de cordones a lo Pat Boone, deseando que nos rescataran. Algunas estaban tan embelesadas que se cambiaron de bando sin echar la vista atrás. Pero a mí me daba miedo entregarme por completo a algo tan de una pieza. Amy era más ecléctica que la mayoría de ellos y mantuvimos una amistad que sobrevivió al tiempo y las grandes distancias (porque Amy vivía en el centro a una hora de trayecto en autobús), pero aun así yo seguía anhelando poder olvidarme de todo y hacerlo sin más, ser una de ellos.

Sobre todo cuando C. C. bailaba el Choke los días lluviosos. O cuando la veía con su novio Mario en el Pop's al volver del colegio. Pensar en tener un chico como pareja, en particular uno como Mario, descaradamente impenetrable, bastaba como decía antes para paralizarme en una playa de

pánico. Y solo me atrevía a mirarlos un segundo, echar un vistazo al pasar, mientras que en gimnasia se suponía que debía juzgar a las bailarinas y por consiguiente podía mirar cuanto quisiera.

La pareja de C. C. era una chica alta que también acabó en el Betsy Ross llamada Nina, y Nina hacía de hombre.

Nina bailaba de manera invisible, como una campeona experta en yoyó que jamás se mueve a pesar de que el yoyó haga de todo y vaya a todas partes y, aunque no se movía, todo volvía a ella dado que había puesto en órbita a C. C. girando sobre los talones. Los hombros estrechos de C. C. y sus tacones como balas (llevábamos remaches en los tacones, muy ruidosos) parecían una avalancha controlada que dibujaba un círculo de órbitas complejas alrededor del hombre, arrojada lejos y devuelta de un tirón, enroscándose sobre un cordel invisible con los dedos de los pies contraídos como uñas balinesas, lejos del suelo y apuntando a las espinillas.

Las pistas transmitidas en braille pachuco mandan a C. C. enroscarse en los brazos de Nina, de tacón, y paralizarse en la trampa entre dos tiempos de un compás antes de recibir la señal de salir girando por detrás de Nina mientras se rozan durante una minimísima fracción temporal y se separan otra vez, «a contarle a la tía Mary lo del tío... él dice que ella está triste pero...». Sin pensar, C. C. ha acatado la orden de girar hacia el infinito, da vueltas a ciegas, sobre los tacones, cuando de pronto Nina mueve un brazo y le toca la mano con un dedo lánguido que la devuelve al redil de la órbita para que no vague eternamente sola por el universo como un cometa. Nina, el hombre, se yergue erecta e implacable cual Manolete en su última corrida, atrayendo al toro, capeando pases cada vez más cortos, mojándose el traje de luces con la sangre de la muerte de ambos.

La chica, C. C., en ningún momento levanta la vista del suelo, es recatada, los picadores le han inutilizado la musculatura de los hombros y por tanto los

encorva y sujeta la cruz de oro, un arma, para que no salga volando durante el baile. El brazo derecho espera rígido las pistas temporales de Nina sin alejarse del cuerpo. Todo muy estricto salvo el brazo izquierdo, que cae flácido, rendido a la gravedad.

El hombre está rígido, los brazos pegados a los costados y los hombros encorvados, duro y austero, con las rodillas unidas como si tuviera frío, estuviera helado. Entonces, basta con que mueva la mano derecha, aunque tú no lo ves, solo ves a C. C. girando en un sentido y en otro, rozándole la espalda con la espalda y el repiqueteo de los tacones. Él no la ve, tiene la vista clavada en el futuro, mucho después del baile, en el lejano horizonte de algún dominio mortal, puramente masculino.

Parecen saltar chispas: demasiado para una órbita demasiado pequeña y demasiado controlada y realizado con demasiado desdén por alguien que ni siquiera participa, que no se mueve, cuyos ojos miran a lo lejos, a una lejanía que la profesora de gimnasia nunca alcanzará y las presbiterianas no pueden permitirse.

Los pensamientos que despierta este día lluvioso se aplastan inútilmente proclamando «ganadoras» a otras como si nadie hubiera escuchado los aplausos. Pero las banderas desplegadas de tierras ignotas, una vez vistas, no pueden borrarse como la lluvia limpia el polvo del asfalto.

Estaba en Roma en una fiesta de una embajada donde dejaban entrar a la gente del cine, por eso había acabado en una velada tan chic. Me dirigí de cabeza a los entremeses e iba por el segundo caviar cuando noté unas manos que me aupaban de la cintura y volvían a bajarme de cara a un hombre que mi corazón consideró despampanante pero a cuyo atractivo rostro no supe poner nombre.

—¡Hola! —saludó, encantado de haberme reconocido.

Fue un «hola» estadounidense, un «hola» californiano, no italiano, aunque por el traje de raya diplomática y aberturas y el pelo negro y las largas pestañas lo parecía, y me tendió la mano para estrechar la mía al modo italiano y europeo.

Le miré la mano tratando de ganar tiempo, presa de un desconcierto que solo empeoró cuando vi las cicatrices blancas que había dejado la máquina que elimina tatuajes y que uno, cuidadosamente borrado y convertido en un fantasma, correspondía a una cruz y las letras c/s entre el pulgar y el índice igual que el de C. C.

—Hum —dije, intentando pensar.

—Ibas a Le Conte, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, pero...

—Mario —se presentó—. Solía verte allí...

Estaba eufórico y feliz y me contó que se había hecho pachuco porque era la única opción sensata. Habían depuesto a su familia del gobierno de un país centroamericano y estaban exiliados en L. A. y como de todos modos hablaba español y todo lo demás le parecía desastroso, decidió esperar a que llegara su momento divirtiéndose. Para entonces, siguió contando, ya habían derrocado al nuevo gobierno centroamericano y ahora él, Mario, ¡era embajador en Italia! Vivía en un piso enorme en Vigna Clara y le alegraba tanto encontrarse con alguien de California que tenía que ir a visitarlo, tenía que ver el Mercedes nuevo que había pintado de rojo manzana de caramelo por razones sentimentales, ¡tenía que ir!

—¡Dios mío! —dije.

Estábamos bebiendo champán en la terraza, más allá del suelo de marquetería encerado del que habían retirado la alfombra para la fiesta. Llevaban toda la noche sonando canciones de Umberto Bini, esos temas

deliciosamente sensibleros con los que te deslizas mientras el chifón te resbala de los hombros. Estaba de moda el twist, además del Mashed Potato, y como ya se habían marchado parte de los invitados más ilustres, el anfitrión puso música para los modernos y eligió «Runaround Sue»: «... esta es mi historia... triste pero cierta».

No es Little Richard, pero era lo más rápido que se permitían los italianos y Mario y yo salimos a bailar Le Twist.

No recuerdo cuántos segundos tardé en reconocer la rigidez que allí solo podía resultarme familiar a mí en los hombros de Mario, el torso curiosamente encorvado y los brazos en absoluto naturales, detalles que no correspondían a Le Twist. Sin levantar la vista, porque ya para entonces miraba al suelo y me agarraba el collar de perlas con la mano izquierda para que no saliera volando, deslicé la mano derecha en la suya y también sin pensar, recordando solo mediante el cuerpo, me fue guiando por el Choke como había hecho con C. C. Hacia sus brazos y cambio, afuera, alrededor y detrás solo una fracción de un par de compases de mis tacones sin remachar, sin apartar la vista del suelo aunque mi vestido fuera de satén brocado y llevara el pelo liso y flequillo. Los romanos detuvieron Le Twist y nos observaron porque la precisión resultaba obvia e innata al baile y, no obstante, jamás la habían presenciado. No pude resistirme y, durante una décima de segundo, miré a Mario, por encima de sus pies inmóviles y sus rodillas pegadas y su cuerpo acaballado, a aquella cara impenetrable, desabrida, que en el patio había parecido tan animada y urbana.

Hacía mucho que su mirada se había perdido por la ventana, pasado el Campotellini, pasado Gibraltar y el Medio Oeste estadounidense, tal vez de vuelta al Pop's donde yo lo veía por las tardes con C. C.: las tardes neblinosas normales, cuando me moría por ser invisible y tener una vida de verdad.

RICHARD GREENE, EL VIOLINISTA

Richard Greene, el vertiginoso violinista de bluegrass, suena como La Chica del descapotable cuando se pasa los dedos por la melena color miel en el semáforo para liberar momentáneamente al cabello de su propio peso.

A veces un violín suena espeluznante y te preguntas cómo pueden tocarlo. Cuando Richard Greene empieza a tocar, lo recuerdas. El sonido del arco sobre las cuerdas de Richard Greene, el tono, podría haber convencido fácilmente a los Muros de Jericó para que cayeran.

El semáforo ha cambiado, La Chica ya no está y estás varada de nuevo en la mortalidad mientras Richard Greene se aparta del micro, el solo ha terminado.

MIRADAS GÉLIDAS

Al pasado se entra por una verja de hierro chirriante tejida de niebla y el fino suspiro del recuerdo de Joan Fontaine diciendo «... a veces pienso en Mandalay». Así comienza la película *Rebeca*. La lección de Hitchcock siempre es que nada es lo que parece, el pasado también lo enseña: y el truco consiste en ir desenmarañándolo con una mano y reorganizándolo con la otra de modo que se igualen los ritmos de la mecánica compleja de ciertos tramos temporales. Pero ni siquiera Hitchcock lo cuenta todo y al final de la película en realidad no sabes si a Rebeca la mató su marido o ella lo utilizó para suicidarse. Hitchcock sabe que nunca podrás saberlo todo porque el tiempo va cambiando las combinaciones, el tiempo revela detalles a posteriori, la vida no puede transgredir el tiempo salvo por momentos atrapados en miradas gélidas.

Las verjas de mi pasado no están oxidadas, ni chirrían ni las teje la niebla. Son el zumbido brusco que expelían las puertas traseras de un autobús cuando me apeaba, impaciente por zambullirme en los días abiertos y calurosos del verano de mis 14 años. Descalza en los rugosos escalones de goma, saltaba del autobús y adelantaba a toda prisa a los viejos de las Palisades, me lanzaba por las frías escaleras de cemento hacia el puente que cruzaba la autopista del Pacífico y me volvía loca de contento al ver el día de calor refrescado tan solo por momentos congelados del verano, aislados como cactus espinosos al amanecer.

En las mañanas de aquel verano solía levantarme de verdad a las 7.30, temerosa ya de que fueran las 7.45 o, qué tragedia, las 8... pero no. El bañador me esperaba en el suelo arenoso donde lo había dejado la noche anterior al quitármelo y junto con la vieja camisa mexicana de mi padre, 66 centavos para el autobús, una moneda de 10 para un granizado y una de 5 para una Look helada me acompañaba a buen recaudo en el bolso cuando salía de casa. A veces mi madre me lanzaba una naranja antes de que llegara a media manzana o un sándwich de huevo frito, pero en aquella época no tenía apetito, solo ansias por darme prisa en llegar a la playa.

La playa de aquel verano se llamaba Roadside. Era 1958 y la frecuentaban muchos jóvenes del Oeste de L. A., chicos duros con navajas, cuchillas, barras de hierro y coches bajos. Nadie de mi escuela ni de las escuelas de los alrededores iba a Roadside, ellos iban a Sorrento, donde nunca se organizaban peleas y donde la mayoría de los chicos de Hollywood High, Fairfax y Beverly pasaban los veranos escuchando «Venus» en la radio o jugando a voleibol. Si hubiera conocido Sorrento, nunca habría ido a la playa con tanta pasión, puesto que Sorrento era una playa desapasionada dedicada principalmente a las ramificaciones propias de la secundaria de la buena sociedad, las hermandades, la revista *Seventeen*, los jugadores de fútbol americano y evitar mojarte el pelo.

Me enteré de la existencia de Roadside por la prima de una amiga una semana antes de que la escuela dejara paso al verano. Se llamaba Carol y no se parecía a nadie que hubiera conocido, aunque tenía el aspecto adecuado como compañera de juegos de unas vírgenes de 14 años como nosotras y además era unos meses más joven. Podría haber sido una de esas pizpiretas con coleta y los bajos de los vaqueros enrollados calificadas de «adorables» porque era menuda y de grandes ojos azules. Pero tenía algo lujuriosamente corrupto ya aquel primer día en casa de mi amiga donde estábamos nadando.

Se quejó de las piscinas mientras se reclinaba voluptuosamente en el colchón de lona, sin tratar de disimular su total inmersión en la sensualidad de estar viva y mojada bajo el sol. Habló despacio, arrastrando con una indiferencia nasal de niña rica el comentario de que las piscinas estaban bien, suponía, pero lo suyo era el océano, las olas.

—¿A qué playa vas? —preguntó mi amiga de colegio normal a su prima de Beverly Hills.

—A Roadside —musitó Carol—. Tiene las mejores olas.

A mi amiga le sorprendió y le escandalizó una confesión tan franca de vulgaridad (las chicas solo iban a Roadside si eran «vulgares»). Pero la decadencia de Carol era mucho más elaborada que la simple vulgaridad y no fue hasta un par de años después cuando me enteré por otra amiga, Joy, de que Carol, aquel verano que la conocí, mantenía varias aventuras simultáneas con un concertista de piano amigo de sus padres, un ladrón de casas al que había pillado en el salón de la suya un sábado y el hermano de Joy que más tarde se ahorcaría en Chicago y a quien Carol nunca pudo engatusar, su muerte fue su *adieu* final.

Pero hasta yo me daba cuenta de que la coleta de Carol guardaba relación con su sentido del humor, que era oscuro, insensible y bailaba a un son diferente. Y escandalizar a su prima con cuentos de Roadside le proporcionaba el mismo placer que algunas personas obtienen al volante de cualquier coche que funcione. Yo escuchaba atentamente y luego urdía planes para encontrármela en la playa cuando terminara el colegio.

Desde pequeña siempre he pasado horas en el océano cuando lo he tenido cerca, pero lo más que sabía hacer con una ola era zambullirme por arriba o por abajo antes de que rompiera y me atrapara. Carol me enseñó a cabalgarlas hacia la playa, a esperar enormes olas preñadas de peligro con un dominio vertiginoso para poder descargar contra ellas el miedo instintivo y flotar hasta

la arena, convertida en un cuerpo varado, exultante, lista para enfrentarme de nuevo a las olas una y otra vez hasta no terminar nunca estampada contra el lecho del océano con la barbilla hundida en la arena, sin distinguir arriba de abajo, hasta que perdí incluso el vértigo y me deslizaba mar adentro a esperar las olas esclavizada por sus ritmos hipnóticos. Me transformé en un mamífero marino deslizante. Fieras y arbitrarias olas de varias toneladas escapaban a la complicada mecánica de las cosas de no ser lo que parecen de tal manera que al final hasta mis instintos se alteraron y lo que antes había sido una muerte segura se convirtió en un juguete, que yo recibía tranquilamente con una mirada serena a la busca, tal vez, de un reto mayor. Esos eran los días abiertos y calurosos de verano que me despertaba deseando apasionadamente cada mañana a una hora y media de trayecto en autobús.

Pocos chicos de Beverly iban a Roadside, y los que lo hacían, como Carol, acudían por sus propias razones y no para codearse con otros chavales de Beverly, así que Carol y yo nos convertimos en cómplices en el mar y extendíamos las toallas juntas sobre una arena en la que apenas hablábamos. (¿Estaría recuperándose de sus amantes al trabar amistad conmigo, cuya única depravación consistía en un empeño incontenible de dominar el océano? ¿La entretenía mi aprendizaje? Entonces nunca me lo pregunté, aunque cuestionarse los motivos es una lección que al final he tenido que empollarme.)

Los pandilleros de verdad, los que iban en serio y habían pasado la noche anterior peleándose con barras y palancas o tirándose a chicas «vulgares», pasaban los días dormitando completamente vestidos o solo descamisados en mantas pegadas a la pared que rodeaba los servicios. El resto, también Carol y yo, nos tumbábamos mucho más cerca del agua junto al puesto del socorrista y llevábamos bañador. Pero no había una norma fija y se establecía un intercambio libre entre la gente que «se metía» y «los de la pared».

La «pared» estaba autografiada con los nombres de la mayoría de los pandilleros que se tumbaban allí y la mayor pintada, metro y medio de letras rojas gigantes, reproducía torpemente el nombre del PREDICADOR.

Desde la primera vez que fui a Roadside nada más terminar las clases, no pasó un día en que no se mencionara al Predicador. Se rumoreaba que «saldría» en julio y entonces... bueno, entonces se acabarían las partidas de medio pelo, las reyertas a medias, los silencios opacos cuando los polis de paisano se aventuraban en la playa. Cuando el Predicador saliera las cosas iban a ponerse chungas... «¿Te enteraste de la vez aquella que el Predicador tiró una chica desnuda al puesto del socorrista con el jefe delante?»

Carol solo lo conocía de oídas, con lo que estábamos en el mismo barco, y había escuchado las extravagantes anécdotas que se contaban en su ausencia con los ojos azules abiertos como platos mientras el sol le secaba la coleta engañosa.

El día que el Predicador salió la textura de la playa cambió, emanó de la pared con impulsos de locura peligrosa. Había tres socorristas en lugar de uno y se apeaban con frecuencia de los jeeps que patrullaban la playa. ¿Hacían falta tres porque los socorristas no van armados? Pasé a toda prisa junto a la pared tratando de resultar invisible pero fascinada e inquieta y escuché: «Eh, pásale la botella al Predicador». Eran las 9.15 de la mañana.

Carol estaba tumbada boca abajo cuando llegué a nuestra zona y me tiré en mi toalla, colocada a su lado, tratando de volver a la abertura y el calor relajantes después de la tensión y la temeridad mareantes de la pared. El sol me redujo los huesos a restos de la marea y me abrasó todos los pensamientos salvo el color blanco, y a las diez quemaba tanto que Carol y yo nos levantamos a una sin mediar palabra y nos encaminamos al Oeste. El gran Pacífico verde cedía el paso a horas de espléndidas olas asesinas para que las humilláramos y las adaptáramos ferozmente a nuestras estelas espumosas. Y

luego volvíamos a por más... la ola y nosotras, para probar otra combinación.

A mediodía nos acercamos al puesto de perritos y pedimos nuestra ración diaria de granizado (el mío de piña, el suyo de cereza) y chocolatinas Look congeladas, que aplastábamos en el mostrador antes de desenvolverlas y comernos los trocitos con sabor a paraíso: turrón dulce y discreto baño de chocolate. El paraíso.

De regreso, justo al llegar a la pared, estalló una pelea ruidosa y violenta con gente que se levantaba de repente para que no les cayeran encima ni los golpearan por accidente. Un pandillero jovencito corría perseguido de cerca por el Predicador, que lo siguió durante media manzana por la arena caliente y bajo el sol abrasador hasta que lo derribó y se le echó encima morado de rabia. Los mirones se apiñaron alrededor, tapándonos la visión, así que pregunté el motivo de la reyerta y me explicaron que el chico había acusado al Predicador de hacer trampas a las cartas, lo cual era cierto, pero todo el mundo sabía que no podías decirlo. Un espantoso grito de dolor emanó del centro del gentío, de la pelea, un gemido de sorpresa y horror, seguido por un murmullo de incredulidad del resto del grupo. Nos llegó que el Predicador le había arrancado una oreja al chico de un mordisco y de pronto mi Look helada me pareció incomible.

La reyerta terminó, unos pandilleros trasladaron al chico a urgencias del hospital, el Predicador encabezó el desfile de atemorizados de vuelta a la pared con la cara ensangrentada y, según contaban, la oreja en el bolsillo. Carol y yo, al final del gentío, seguíamos paralizadas con otros incapaces de moverse cuando aquella fuerza arbitraria pasó por delante y se detuvo de pronto, mirando a Carol desde seis metros de distancia con los ojos de un holandés loco, y luego se acercó tambaleándose y se paró a recoger un puñado de dinero de la partida de póquer abandonada. La gente empezó a apartarse de Carol, dejándola sola, pero yo me aproximé, creo que para ver

mejor.

—Eh, zorra estirada de Beverly Hills —gruñó, dando justo en el clavo, el Predicador, que parecía mucho mayor de lo que yo había imaginado que sería y mucho más ajado: alguien me había dicho que tenía 20 años, pero aparentaba 30 mal llevados. Pensé que intentaría arrancarle el bañador a Carol, pero le mostró el dinero sacudiéndolo ante sus ojos impasibles, que miraban recatadamente al suelo—. Las ricachonas sois todas unas putas de Babilonia, pero puedes apostarte ese culito de zorra que mi pasta no te la quedas.

Esperó, recuperando fuerzas, loco y mortal.

Desde su rostro cálidamente bronceado Carol abrió sus caros ojos azules antes de entornarlos y transformarlos en los ojos de un animal aristocrático cuya defensa dependía de un rápido veneno paralizante que lanzaba por las pupilas y que paró en seco al Predicador. Carol removió el granizado mientras le daba tranquilamente un repaso desde la cara ensangrentada hasta los pies arenosos y el bolsillo sanguinolento y luego bajaba la vista al suelo, se encogía de hombros y avanzaba por el hueco que le había abierto el gentío conmigo flotando detrás, que no tenía el menor deseo de quedarme después de haber presenciado aquel enfrentamiento de miradas gélidas.

Muchos años después me enteré de que habían matado al Predicador, un marido furioso le había disparado cinco veces en el estómago y las últimas palabras del Predicador habían sido: «Venga, dispara».

Así que las verjas de mi pasado son el zumbido brusco de las puertas del autobús dejándome salir al verano abierto cuando empezaba a aprender acerca de la complicada mecánica de las cosas que no son lo que parecen de manera que después tuve la impresión de que el Predicador, como Rebeca, tal vez se hubiera suicidado y de que Carol sabía ver las cosas tal cual eran, más allá de la apariencia.

Pero entonces qué debía ser Carol, aquella criatura de 14 años que cabalgaba olas, se tendía boca abajo como la seda bajo el sol de los calurosos días estivales e introducía a novicias como yo en la práctica de obviar el instinto, de vencer el vértigo, hasta que pude tratar a cierto tipo de muerte como un juguete y otear tranquilamente por encima a la busca de un reto mayor. Aquel verano me atrajo por los caminos de los entretenimientos lujuriosos y corruptos de la época, a Mandalay... Al menos es lo que parece, sobre todo después del modo en que ella enfrentó a su aspirante a asesino con su propia muerte en las horas de más calor del día en que todo se paralizó en una mirada gélida.

ANGELS FLIGHT

Cuesta cinco centavos subirse al Angels flight, la vía férrea más breve del mundo, antaño situada en el centro de L. A. y hoy desaparecida. El vagón subía y bajaba por la empinada ladera de Bunker Hill todo el día para que la gente no tuviera que subir con la compra la escalera interminable, paralela a la vía. Era un tren de lujo.

Arriba había solo un hombre que recogía la moneda de cinco de los viajeros que subían y que cogía la moneda antes de que bajaras. Despachaba los billetes desde una pequeña cabina y también conducía el funicular/ferrocarril.

Mi madre me llevaba y compraba un billete doble para las dos, de ida y vuelta. Una vez le pregunté al hombre:

—¿Alguna vez se ha... estrellado?

Dirigió nuestras miradas a la tienda que había cruzando la calle a los pies de la colina, lista para recibir un impacto directo.

—Bueno, una vez se rompió el cable.

—Oh.

EL POLAR PALACE

Se me alisaba el pelo aunque lo rociara con un bote entero de laca Tweed (89 centavos) cada viernes por la noche cuando iba a patinar con Sue al Polar Palace. Se me alisaba aunque le pusiera bigudíes y no me los quitara hasta que estábamos en el vestuario de mujeres calzándonos los patines. Se me alisaba y se me aplastaba, mientras que el pelo de Sue se rizaba cada vez más en la niebla blanca que emanaba del hielo blanco.

Aunque lo peor del Polar Palace no era que se me aplastara el pelo pese a la niebla y la laca, era que no me gustaba. Iba porque Sue iba siempre y, además, la intensidad del airado verano anterior en Roadside chocaba tanto con el instituto Le Conte que me rendí. Tal vez la Americana mohosa atrapada en el sur de California y el aburrido Le Conte habían terminado afectándome, pero fuera lo que fuera, me rendí. Ya no me importaba que la risueña confianza de Le Conte se alejara sin saberlo de la vida real hacia el precipicio de la extinción. Me sumé al grupo y mi pelo, liso, se aplastó. Lo pasé fatal,apestaba a Tweed.

El Polar Palace era un equipamiento viejo que los Ice Capades utilizaban para entrenamientos y pruebas. Una gran pista de hielo cubierta rodeada de tribunas de madera que llegaban hasta las vigas donde nadie en toda mi vida se sentó salvo los chavales a besuquearse. Estaba entre los estudios Paramount y el viejo cementerio judío de Santa Mónica donde los críos se colaban a magrearse en las tumbas entre las palmeras, que allí crecen incluso

en los cementerios. Sin embargo, delante del Polar Palace no crecían palmeras. Dentro olía a madera seca y patines y en los pasillos resonaba un ejército preparándose para la batalla. En cuanto salías del pasillo y empujabas las puertas de vaivén que daban a la zona de la pista principal, ya solo oías la propulsión imaginada de círculos helados y los discos de «Winter Wonderland» y otras músicas pasadas que no nos gustaban. Una vez por noche pinchaban un tema para los patinadores más rápidos, «Rock Around the Clock», normalmente. Entonces los que calzaban patines de carreras se tensaban y electrificaban y volaban alrededor de la pista como rodamientos centrífugos enviados por los demonios del presente, visibilizados por fin mientras Bill Haley and the Comets segaban durante un par de minutos los tríos femeninos y la música de órgano. Los que pinchaban los discos y nos ofrecían el Polar Palace debían de estar comprometidos hasta las cejas con el aletargado retraso de Le Conte. Estaban todos compinchados.

Había murales de entrañables escenas por todo el techo de la caverna helada y otros murales de osos en la cafetería donde Sue y yo nos sentábamos con un chocolate caliente y un perrito con mostaza antes de que mi amiga, a quien le gustaba todo lo relacionado con el movimiento físico, saliera disparada una vez más hacia la blancura sobre los patines negros de carreras y yo volviera con cautela y de mala gana a dar vueltas, con los tobillos rectos, sobre mis patines de acrobacias. Enderezar los tobillos era lo máximo que sabía hacer en aquel sueño de hielo vacío. Las anchas olas verdes de las playas en julio donde nos erguíamos sobre nuestras sombras negras habían caído ignominiosamente ante aquellos tobillos rectos sobre unas cuchillas de acero alquiladas.

Iba todos los viernes con Sue y no me gustaba.

En el mundo no pasaba nada, nada de nada. En el colegio no se les ocurría nada mejor para entretenerse que reevaluar constantemente quienes eran los

populares y los más populares. El término «popular» guiaba nuestras vidas y espíritus hasta excluir cualquier atisbo de realidad. De hecho, la realidad estaba prohibida por poco apropiada y maloliente. La buena gente no se mezclaba con ella. Qué espanto, por Dios.

En el orden imperante, yo pertenecía al segundo círculo de popularidad, que no era tan malo como no ser nadie pero desde luego no era tan bueno como ser el centro de cualquier cosa. En mis momentos de mayor lucidez, ocasionales, los que pasaban por mi mente como lágrimas evaporándose al sol estival, en tales momentos sabía que todo el asunto carecía de sustancia. En mis escasas conversaciones con la chica más popular, una que se llamaba Julie, me desconcertaba lo que para mí era un puñado de pétalos que no estaban unidos a la flor.

Aplastada hasta la conformidad por el peso de Le Conte, yo intentaba comportarme como se suponía correcto y evitaba buscar algo de vida real o un foco claro, aunque en secreto seguro que rogaba que algún incendio arrasara las praderas de monótono pastiche, que las desnudara. Roadside me parecía un agujero del pasado.

Conocí a Gary en el Polar Palace. Era uno de los más populares entre los populares. Era popular entre el puñado de chicos elegidos que vivían en el círculo central y había salido formalmente con Julie dos veces. Empezó a frecuentar el Polar Palace a la vez que yo y al segundo viernes me pidió patinar en pareja. Me habría costado menos pasar por el ojo de una aguja que creerme que ocurriría algo tan maravilloso y después subimos a las oscuras gradas superiores y nos besuqueamos. Ese fin de semana llené mi diario de conjeturas y el lunes me vestí y me ricé el pelo con máximo esmero.

Gary, salvo por algún que otro «hola», actuaba como si yo no existiera.

Pero cada viernes ocurría lo mismo y terminábamos en la gradería y lo peor de todo era que eso tampoco me gustaba.

Si no hubiera sido por mi pelo y su tenaz incapacidad para mantenerse rizado, probablemente estaría estirándome de la faja en Covina jugando al bridge y perdiendo. A punto estuve.

Si no hubiera sido por Aces Butler, me habría conformado con lo que trataban de endilgarte pese a saber que lo que trataban de endilgarte siempre era más Le Conte sofocante, y Le Conte era un lugar donde ni se veían ni se escuchaban los demonios del presente (que, bajo mi piel, pedían sol a gritos). Escapé por los pelos.

Aces Butler era real.

La disrupción que implicaba cada vez que miraba a un profesor en clase y se tocaba la boca con el pulgar era real. El desdén en sus ojos pajizos era sabotaje puro y duro. Su existencia estaba arrasando pasillos y tradiciones mientras se encogía de hombros y bajaba la vista al suelo aquel primer día que se sentó en la última fila de la clase de álgebra.

En el limitado vocabulario de Le Conte solo cabría describirlo mediante las palabras «mala actitud». «Actitud», ¡qué palabra tan inocente y preocupada para etiquetar a Aces! Aces era un enemigo que se había colado dentro. Era demasiado tarde y no había forma de sacarlo de allí porque solo tenía 15 años y la ley establecía que hasta los 16 no podías expulsar permanentemente a un elemento como él.

«Actitud» era la palabra que empleaban para los que sabían lo que les gustaba. No querían que descubrieran lo que les gustaba hasta que fuera demasiado tarde.

El segundo día en clase de álgebra saqué mi Tweed de costumbre para intentar rescatar mi peinado del paseo por la mañana nublada. Por las mañanas de camino a la escuela solía estar nublado y húmedo, así que cada nuevo día traía una nueva batalla. Y la laca fluía como las lágrimas de una viuda.

—Mierda, ¿qué coño es eso? —me preguntó, arrugando la cara.

—Se me aplasta el pelo —dije, tratando de decidir si debía escandalizarme por las palabrotas y fingir que me molestaban. Por razones propias de Roadside, no lo hice—. No se aguanta rizado.

—No soporto el pelo rizado. De todos modos, apuesto a que te queda mucho mejor liso. El pelo rizado es demasiado... cuco.

En todo el tiempo que llevaba estudiando en Le Conte nadie, hasta aquel momento, había dicho jamás lo que pensaba si lo que pensaba excedía los confines del pasado. Para mí, ese momento lúcido se expandió como un vendaval y abrió de golpe mi vida real. Pero luego Aces se marchó y me quedé sin nada. Ya no creía en Le Conte y en cuanto Aces salió del aula la claridad desapareció.

Al día siguiente lo expulsaron de álgebra. De hecho, una a una todas las profesoras habían ideado razones por las que no podían permitir el acceso de Aces a sus aulas. En tan solo tres semanas, había acumulado un currículo sin precedentes e ilegal (para el sistema educativo de L. A.) de cinco talleres y gimnasia. Bien pensado, estaba claro quién ganaría.

No era solo el modo en que sus ojos amarillos arrancaban el enlucido de las paredes lo que sumía el instituto en el caos. Y no era su pelo negro cayéndole hasta el mentón con actitud desafiante de delincuente. Era que las chicas lo siguieron desde el primer momento, como el resto de la escuela. ¿Quién podía resistirse al modo en que echaba atrás la cabeza y se palmeaba el muslo con un abandono inaudito en nuestra famélica colonia? Vestía de negro, chupa de cuero negro, camisas negras, Levi's negros y botas negras, con las pestañas negras enmarcando sus ojos de acetileno que titilaban de puro odio ante el concepto mismo de que algo fuera «por tu propio bien» o alguien «supiera lo que te convenía».

Sus orejas terminaban en punta como las de un marciano. Y, que

supiéramos, podría haber venido de otra galaxia y estar hecho de otra pasta. Desde luego no estaba hecho de nada que ya hubiéramos visto.

Medía más o menos 1,80, era de espaldas anchas y brazos contundentes y se movía tan rápido que nadie se planteaba siquiera la idea de retarlo. Además, contemplaba con tolerancia resignada la niñez de la que parecíamos incapaces de desprendernos y, cuando no estaba siendo mordazmente divertido, era desinteresadamente amable.

En el despacho del consejero, donde yo iba a trabajar a diario, un día que no miraba nadie, eché un vistazo a su ficha. En el apartado de CI alguien había anotado 178. Era el CI más alto que había visto. En aquella época 140 se consideraba de genio, aunque ahora resulta que es cuestión de privilegios más que de cerebro. Me pregunto por los privilegios de Aces. Otro destello de claridad me sacudió al comprender cómo debía dolerles verse derrotados en su propio juego por el rechazo radical de Aces a aliarse con ellos cuando le habían otorgado semejantes calificaciones. Las palabras «Mala Actitud» destacaban inútilmente en lo alto de la ficha anotadas en lápiz rojo.

Aces no se apuntó a nada de lo que teníamos. Ni siquiera se sumó a la camaradería masculina del círculo interior donde trataron de acogerlo. Su único amigo era un chavalín macarra que había sacado de los rangos inferiores invisibles, un crío llamado Louie, que lo seguía como si siempre hubiera estado allí.

Pasearse por la cafetería en amplios óvalos constituía la principal actividad de quienes no tenían esperanza de alcanzar la popularidad. En el Polar Palace solo podías caminar en un sentido, el de las agujas del reloj. Pero durante el almuerzo podías caminar alrededor de la cafetería en el sentido de las agujas del reloj o en el contrario, a menos que decidieras sentarte en los escalones de la pared sur a mirar. Era entonces cuando Gary nunca me saludaba.

Julie era la chica más popular del colegio y cada mediodía viajaba en

círculos invariables con sus amigas por el asfalto. Julie miraba con unos enormes ojos celestes que iban a juego con el suéter celeste y los calcetines celestes. Tenía una melena rizada negra y brillante que le bajaba por la espalda y una boca pintada de Rosa Primor tan bonita que cuando hablabas con ella solo podías pensar en magdalenas (solo después te preguntabas por todos esos pétalos sueltos). Adoptaba una postura acusada. Tenía una curva lumbar que resaltaba todavía más su ya de por sí adorable trasero y todas nos colocábamos igual aunque nadie lo hiciera tan bien como ella. Años más tarde una amiga me preguntó una vez si estaba en esa postura porque tenía que ir al lavabo, de modo que al final lo dejé. Julie se plantaba con los brazos pegados con fuerza a los costados, apretándose los pechos, con su trasero inquietantemente llamativo asomando detrás. Era el colmo de lo que significaba ser preciosa, adorable y mona.

Cuando Aces apareció aquella primera semana, se disparó el dramatismo. Julie le sonrió por encima del hombro con una sonrisa de azúcar glasé a modo de bienvenida y él reaccionó con una sonrisa encantadora, como sonreía a todo el mundo. Nadie se había mostrado educadamente desinteresado con Julie, o algo así, porque yo estaba peinándome en el lavabo de chicas del sótano cuando un alboroto en lo alto de las escaleras hizo que todas nos giráramos a ver qué pasaba. Julie estaba llorando en brazos de sus tres mejores amigas, con la boca rosa y trágica y con el primer botón del cuellito blanco desabrochado. Descubrimos, como el resto de la escuela, que el causante de aquellas lágrimas era Aces. Descubrimos que Julie le había preguntado si iría al baile de la noche siguiente y él le había respondido algo que la había hecho llorar. Yo confiaba en que no fueran solo palabrotas, puesto que a mí no me habían afectado, pero me temía que pudieran serlo. Nunca lo averiguamos.

—Creo que esta noche no me rizaré el pelo —le dije a mi madre, que

estaba preocupada por la cantidad de dinero, prácticamente toda la paga, que me gastaba en laca.

Se cuidó mucho de no decir nada y siguió fregando los platos.

—Esos rizos me recordaban a Shirley Temple... —comentó mi padre—. Eres demasiado alta para parecerte a Shirley Temple.

Medía 1,70, lo cual consideraba un defecto trágico. Julie, 1,57 (ojos azules).

Esa noche regresaron a mí los días pasados en Roadside y a la mañana siguiente los consideraba mi lugar y mi pelo algo relacionado con el océano y con aquellos días que significaban mucho más de lo que parecía a simple vista.

Fue la primera vez desde que me había rendido que hice algo que entendía.

Aquel día al salir de álgebra me topé con el resplandor de ojos ambarinos de Aces.

—¡Ves! —me dijo—. Te dije que el pelo te quedaría mejor así. —Retrocedió con los ojos entornados y la cabeza ladeada—. Estás guapísima, la verdad. Estaba hartándome de ver tanta muñequita adolescente y postiza en este vertedero.

—Oh.

Salvamos la distancia entre la cafetería y el edificio de mates con su mano relajada empujándome por el hombro hacia los escalones de la pared sur de la cafetería donde, por mediación divina, tomamos asiento.

Cogió mi libro de álgebra y lo abrió. Luego preguntó:

—¿Qué crees que vas a aprender con esto?

—¿Álgebra? —Confiaba en acertar.

—¿Qué más?

—¿Qué? —El aturdimiento me impedía funcionar.

—¿Qué esperas aprender en realidad?

Intenté pensar en la respuesta correcta y tardé tanto que empezó a reírse con un abandono desconcertante, golpeándose el muslo con el borde de la mano y sus ojos primarios destellando por la confusión en la que me había sumido con tanta facilidad. Al final, lo entendí.

—¡*Schmuck!* —le grité.

De pronto paró y se inclinó para preguntarme:

—¿*Schmuck?*

—Uf... Da igual.

Intenté refugiarme en el rubor, solo que no me ruborizo.

—Va. —Estaba impaciente—. ¿Qué significa? Quiero saberlo. Venga. Dímelo.

—Bueno... Es capullo en yidis.

—Yidis, ¿eh? —Reflexionó—. ¿Eres judía?

—Mi padre... Mi madre es de Louisiana, cajún.

—Ah, como Evangeline. Nunca había conocido a nadie como tú. —Ladeó la cabeza—. ¿Cómo es?

—No sé...

Pensé. Todavía trataba de dar con la respuesta correcta. Una de ellas era «aburrido», la que di.

—¿Aburrido? —Me miró.

En ese momento no era aburrido.

—¿Qué haces después de clase? —me preguntó.

—Voy a casa...

—Te acompaño.

—Oh.

La turbia gomosidad a la que había intentado sumarme se convirtió entonces en un caos absoluto de días espléndidos. ¿Cómo había sido capaz de evitar todo lo que ya conocía? La crudeza de Aces me precipitó a la vida real

hasta tal punto que me habría olvidado de comer de no ser porque Louie nos traía chucherías. El sol de mediodía, que caía a nuestro alrededor como un foso, aplastaba las sombras de las gradas superiores del Polar Palace. Cuando sonaba la campana de quinta hora, separarme de él me parecía horrible. Él me citaba en el Pop's después de clase, antes estaría ocupado. Así que yo iba a quinta hora y, por como era Aces, no me parecía probable que lo que le mantuviera ocupado fuera Le Conte.

Todo el mundo en todo el instituto me saludaba de camino a clase, Gary incluido, que llegó a acercarse para preguntarme, como había hecho Julie con Aces el día anterior, si iría al baile de esa noche.

—No —respondí, entrecerrando los ojos.

Así que resultaba que el poder era la cualidad de saber lo que te gustaba. Qué curioso que el poder fuera eso.

Aces y yo lo intentamos un par de semanas hasta que al final se encogió de hombros y decidió que le exigiría demasiado trabajo sacarme de mi perentoria idea de que era virgen y siempre lo sería. Cuando no estaba enredándome en besos apasionados o soplándome al oído, me cautivaba con la elegancia casi profesional con la que me contaba historias.

Me explicó que había vivido en Birmingham, Alabama, justo antes de trasladarse al Sur de California. La familia de su madre y su madre vivían allí y él seguiría en el mismo sitio de no haber sido por la escuela y su director. El director lo había acusado de robar algo y había intentado pegarle, que era el procedimiento habitual, solo que Aces agarró una silla, le rompió tres costillas y luego incendió el despacho. El director escapó por los pelos. Pensaron que Aces necesitaba una guía masculina, de modo que lo mandaron a Hollywood para vivir con su padre, actor.

Había sido su padre, me contó Aces, quien le había puesto el ridículo nombre de Rhett antes del apellido Butler como en *Lo que el viento se llevó*.

Aces se tatuó unos ases en los brazos cuando estuvo «por Liverpool» con su padre durante una gira y desde entonces cambió de nombre. Ya no se llamaba Rhett. Su padre salía de gira con compañías teatrales desde que Aces era pequeño y habían pasado mucho tiempo juntos. De manera que lo mandaron a Hollywood a vivir otra vez con su padre.

Solo que no vivía con su padre. Aces vivía en Hollywood Stables, las caballerizas que estaban en la misma colina que el cartel de Hollywood. Alquilaban caballos para los turistas y la gente que le gustaba montar por la maleza de las estribaciones (donde no crece el acebo)[1] y jugar a vaqueros. Aces vivía en el heno con los caballos. A veces se le enganchaba en los Levi's negros. Me costaba creerlo, pero era verdad.

«Palea mierda de caballo —me contó Louie, con pasmo de urbanita—. Dice que le gusta el olor.»

«Adoro cómo huele allí arriba por las mañanas —me contó Aces—. Huele a heno, a fresco.»

Una noche que mis padres no estaban en casa se presentó en un coche robado con el que estaba decidido a darme una vuelta. Yo sabía que robaba coches —me lo había contado él—, pero subirme a uno me daba pavor.

—Eh... ¿Y la policía?

—Va, venga —suplicó—. Solo una vuelta a la manzana.

La traqueteante vuelta a la manzana fue el viaje más difícil de mi vida, previa y posterior, y me rompió el amor. Cuando regresamos, le dije que aquello no me gustaba. Era demasiado para mí y supuse que debía renunciar a él. Me partió el corazón.

Al día siguiente Aces no fue al colegio ni telefoneó y Louie tampoco. De hecho, ambos desaparecieron hasta que a los 10 días más o menos encontré a Louie en el Pop's (donde buscaba a Aces a diario) bebiéndose una Coca-Cola y esperándome.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Lo han trincado.

—¿Por el coche? —No contestó—. ¿Robo de coche?

—No... —Clavó la mirada ausente al frente—. Robo de yate.

—¡Un yate!

—Sí, estábamos en Balboa y le apeteció hacerle el puente a un yate y largarnos a Tahití. Solo que la Guardia Costera nos pilló antes de salir del puerto.

—¿Y cómo que a ti no te trincaron?

—Me dijeron...

—¿Qué?

—Me dijeron que no soy más que un crío y no sabía lo que hacía.

Hundió la pajita en el hielo de la Coca-Cola con tal fuerza que la dobló sin remedio.

—Oh.

La pasión y los altos cielos se desvanecieron a la vista de los días que aún me quedaban en Le Conte y pasado un tiempo dejé de esperarle y me preparé para graduarme con el resto. El olor a Tweed, no obstante, todavía me recuerda a la época en que yo no me encontraba sentido y en su aroma centellea dorada una gota de pánico agradecido por las risas de Aces aquella tarde del pelo liso.

No recuerdo cuándo me enteré de que había ardidado el Polar Palace, pero ni un ápice de añoranza palpita siquiera momentáneamente por aquellas noches blancas del viernes. No me gustaban, con la música tonta y los patines alquilados.

Y, ¿sabes?, habría preferido ir a Tahití.

AMBICIÓN SECRETA

Mi amiga Tina y yo estuvimos charlando anoche otra vez. A veces solo nos llamamos para un minuto pero terminamos comparando impresiones durante una hora. Nuestras vidas son inesperadas y prácticamente hemos eliminado cualquier amargura que en otro tiempo pudiéramos considerar necesaria porque las cosas no salieran como se suponían. Tina no está casada con hijos y un coche familiar. En cambio, es una especie de compañera extremadamente bien pagada de un joven fabuloso, guapo, rico y talentoso al que ama pero con quien no puede hacer el amor porque «no le ve futuro». Él también la quiere, pero sale por ahí con actrices en ciernes y se droga y la telefonea a la 6 de la mañana para pedirle que no permita «que se le vaya demasiado».

«Vete a la cama —dice ella—, y todo se arreglará.»

«¿Por qué odio a todas las mujeres que me follo?», le preguntó él hace poco.

«¿Por qué te follas a mujeres que odias?», replicó ella, justo cuando la amiga de él regresaba a la mesa.

—No puedo ser Katharine Hepburn —me dijo Tina.

—Claro que sí —dije—. Ya lo eres.

—Pero cuesta demasiado.

—Sí, lo sé.

—Es imposible —insistió Tina.

Hemos dejado de decir «duro», fue el año pasado.

El año pasado salimos una mañana en coche, la primera mañana que nos hicimos amigas en serio, o en broma. Era una bonita mañana de domingo, ventosa, y condujimos por la costa hacia Ojai, que está en el interior, al Sur de Santa Bárbara. Yo no había estado en Ojai desde que tenía 9 años y vivía a la merced de mis padres, que participaban cada año en el Festival de Música de Ojai. Todos los años visitábamos a una señora mayor; nos quedábamos en su casa. Su casa era de piedra y la anciana tenía una cabra y siempre vivas y naranjos y un camino de tierra. En el estudio había un cuchillo que había traído de Oriente su hermano en 1903 o algo así y tenía una empuñadura curva con un rubí rojo que codicié cada año hasta que lo robé. Me abrumó tanto lo que había hecho que enterré el cuchillo en el jardín trasero en cuanto llegamos a casa y no volví a verlo jamás. Pero el estilo de vida de la anciana, su casa, la elegancia del viejo bungalow y los servicios alicatados con bañeras enormes y cortinas amarillas, la cocina y la alacena y el cuarto donde doblaban las sábanas... todo eso se quedó conmigo. Tina y yo nos acercamos en el coche, pero no le hablé de la casa, solo le dije que Ojai era bonito.

Confiaba en que aún lo fuera porque el trayecto era largo y conducía Tina. Pero Ojai era todavía más bonito de lo que recordaba y le habían añadido un lago y unas haciendas gigantes en venta que tampoco recordaba.

—Dios —dijo Tina—. Me gustaría comprar un terreno y echarme a dormir en el suelo.

—A mí no. —No me veía haciéndolo.

—No sé —dije, al teléfono con Tina, pensando en su atractivo jefe, que siempre se metería en problemas y rompería objetos frágiles.

»¿Sabes? Siempre he ambicionado en secreto comprar una de esas casas de piedra de Ojai.

—¿De verdad? —Sonó con un deje iluminado—. Dios, la zona es preciosa.

—Sí, bueno, yo lo que quería era una casa con montones de gatos y naranjos y hasta una cabra. Una casa de piedra con un camino de tierra.

—Oh, suena fantástico —dijo. Lo veía claro como el agua.

—La cuestión es que siempre he tenido la ambición secreta de ser una solterona.

—¿Tú también?

—Así tendríamos nuestra casa y de vez en cuando vendrían a visitarnos M. y otros personajes ostentosos, pero luego se marcharían y nos quedaríamos en casa y se pondría el sol y oleríamos el azahar y no nos moriríamos nunca.

—Dios, suena genial. Hagámoslo.

—Vale.

De modo que es lo que vamos a hacer si alguna vez conseguimos salir de Hollywood. Y luego las dos nos sentimos muchísimo mejor, quedamos en Musso's para tomar una copa y nos encontramos con unos amigos.

ESCARLATINA

Tuvimos una institutriz que había sido auxiliar de enfermería, así que cuando de pronto la temperatura me subió a 40,5° y me salió un sarpullido rojo en la barriga, supo que tenía Escarlatina.

Por fortuna, habían perfeccionado la penicilina, de modo que me pasé seis semanas acostada escuchando culebrones con el culo lleno de morados.

La casa quedó en cuarentena. De hecho, vinieron a colgar un cartel de cuarentena en la puerta como si fuera la peste mientras yo yacía en la planta alta escuchando *Our Gal Sunday* y comiendo magdalenas.

Antes de pasar la Escarlatina no sabía ortografía y solo a fuerza de escribir cientos de veces una palabra conseguía acercarme a hacerlo bien en los exámenes. Simplemente para mí la ortografía no tenía sentido, no había relación entre cómo sonaba una palabra y cómo se escribía y que no me venga nadie con lo contrario. Sé escribir italiano, o sea, que sé de lo que hablo. Pero una vez me «retrasé» en ortografía, no hubo nada que hacer.

Es raro descubrir el asombro de mis amigos la primera vez que reciben una carta mía y leen la palabra «sacrilejos»... ¿Cómo se escribe?

Cuando me gradué en Hollywood High me aterraba que la gente descubriera mi ortografía y me preguntaba si por su culpa tendría que trabajar de criada. Cuando entré en el L.A.C.C. y me matriculé en historia, la profesora me dijo:

—Tus trabajos están muy bien, pero la ortografía, me temo que...

—¿... hace que parezca tonta? —terminé, al ver que se aturullaba tratando de exponerlo con delicadeza.

—Sí. —Pareció aliviada.

—Pasé la Escarlatina.

EL JEQUE

¿Te acuerdas de Rodolfo Valentino? Su papel más famoso fue en *El jeque*, una película en que se lanzaba, con las narinas abiertas, a las vidas y sueños del mundo. El Jeque es la mascota de Hollywood High. Valentino murió de apendicitis porque se negó a ir al hospital (era demasiado valiente) y, como la frase de Jim Morrison que me viene a la cabeza cuando pienso en alguna aventura temeraria, glamurosa y letal, quedó «atrapado en una prisión de su propia invención». De hecho, el mismo Hollywood siempre estuvo atrapado en una prisión de su invención, pero no pienses en ello (porque si lo piensas empezarás a preguntarte qué es la invención sino una prisión y, si vas a tener que caer atrapado en una, ya puestos que sea una invención de Hollywood).

Hoy es uno de esos días fríos de invierno en Hollywood: se supone que no superaremos los 16° y el cielo está gris. Mañana lloverá, asegura el hombre del tiempo, y en Los Ángeles subyace una nostalgia de lluvia de verdad. Cuando el tiempo se pone así y a veces cuando huelo la lluvia, el pasado reaparece en toda su confusión, duda y placer, y emergen los días del instituto. Entran bailando como una fila de coristas bien ensayadas y, a diferencia de la mayoría de la gente de mi edad, que afirma recordar a Elvis cuando piensa en la secundaria o recordar la secundaria cuando piensa en Elvis, yo solo veo caras, ropas, y oigo la risa de las chicas con las que fui al instituto y rememoro los sentimientos: las penas y las piruetas y las alegrías no nacían de la música, los libros, el miedo a los exámenes finales, el odio o

la adoración por los profesores, sino de la gente que se sentaba a mi lado y a la que vi por los pasillos durante los años que estudié en Hollywood High.

En el Troubadour, un elegante bar de la industria musical que la Mafia apenas frecuenta, a veces la gente se sienta y rememora la época del instituto. Yo también voy, y escucho, pero nunca intento describir mis años de secundaria, que no tuvieron nada que ver con la música y no tuvieron nada que ver con coches trucados, ni acné, pelo grasiento, cates o ser fea. Aunque a veces se me meten ideas extrañas en la cabeza cuando escucho, achispada, porque a veces se sientan e intentan superarse unos a otros en lo feos, solitarios o dependientes de la música —el único interés de sus vidas— que eran. Se sobrentiende que ahora pueden hablar de ello porque ya lo han superado, han alcanzado la seguridad y la posición inamovible del presente. Como si Einstein bromeara sobre cuando suspendía mates. Solo que en el caso de estos tíos, su posición depende de quiénes son sus amigos: y sus amigos, sentados enfrente de ellos, les están contando lo feos y tontos que eran antes de sentarse a esta mesa del Troubadour. El problema de las prisiones de invención propia es que la mayoría están diseñadas para viajar y llevárselas a cualquier parte, incluso desde los pueblos de Michigan donde eras feo hasta los glamurosos espectáculos de rock donde necesitas un pase para entrar en el camerino.

En el instituto yo era guapa y lista, desdeñosa e impaciente. Detestaba historia de América, que consideraba propaganda capitalista; despreciaba la clase de arte porque no tenía nada de aventura; odiaba gimnasia porque aborrecía las filas. Solía salirme con la mía y me divertía mostrándome sarcástica e ingenua en clase.

Pero nada de lo que pasaba en mi instituto ocurría por las clases organizadas por la dirección. Lo que pasaba era la gente. Y la gente eran las chicas.

Las chicas de nuestro instituto, y seguro que también las chicas que en la actualidad estudian en Hollywood High, eran extraordinariamente bellas. Y había una veintena más o menos capaces por separado de hacer perder la razón a cualquiera. Juntas —y se mantenían bastante juntas— suponían la ruina de cualquier intento de tomarse en serio la escuela tal como suele entenderse, y todo el mundo lo sabía. Eran demasiado guapas para un centro de secundaria —eran demasiado románticas, demasiado fogosas, les gustaba demasiado maquinar— y el instituto vivía en un caos permanente de cuchicheos sobre sus aventuras amorosas, sus negativas a acatar cualquier actividad que interrumpiera sus juegos, escándalos, llantos, risas... Sus carcajadas resonaban en los pasillos vacíos mientras el resto estábamos en clase, con una condescendencia tan brutal que resultaba inconfundible para la autoridad. Poseían una belleza tan natural que los monitores escolares y los profesores encargados de disciplinarnos colaboraban en las intrigas de las chicas en lugar de intentar imponer orden.

Una rubia de rasgados ojos verdes estonios y pómulos altos y anchos consiguió que el profesor de inglés se disculpara ante toda la clase por mandarla callar en un examen: el mohín de la chica fue apabullante, trágico y universalmente personal. Como medida contra la desobediencia constante y supongo que por ese empeño americano en demostrar que «todos los hombres son creados iguales» y por tanto deberían obedecer las leyes por igual, la dirección decidió disgregar a la veintena de chicas; argumentó que las hermandades de las chicas no eran democráticas y por tanto debían finiquitarse. Acto seguido se convocó una reunión en el auditorio, no por la dirección y ni siquiera por la veintena de chicas: fue una revuelta espontánea del resto de estudiantes que no íbamos a permitir que dismantelaran el grupo y nos privaran de un espectáculo tan fantástico. La directora de las chicas se retractó públicamente.

En la mayoría de los institutos, aprendes habilidades sociales además del resto de cosas. En el mío, aprendí de manera irrevocable que la belleza es poder y que los bastiones habituales del poder restan indefensos frente a la belleza. Aunque aquellas chicas nos ningunearan, la mayoría estábamos de su parte y queríamos que triunfaran. Tener a una en clase hacía la vida mucho más interesante, puesto que nunca terminaban de amansarlas, y un profesor que tratara de argumentar que el éxito dependía de la práctica, la diligencia, la sinceridad o acostarse temprano se enfrentaba a la contradicción flagrante y silenciosa de la chica sentada en la segunda silla de la tercera fila con la vista perdida por la ventana o clavada en el reloj. Había unas 20 chicas innegablemente impactantes y otras 50 más o menos que eran motivo de preocupación, o lo habrían sido en un ambiente más disoluto.

Eran hijas de gente bella, brava y temeraria que había dejado su hogar para perseguir sus sueños cinematográficos. En la Gran Depresión, cuando llegaron la mayoría de ellos, los que tenían cerebro iban a Nueva York y los que tenían una cara bonita venían al Oeste. Nacidas de progenitores que creían en la belleza física como elemento de poder y nacidas bellas, esas chicas después se habían criado en California, donde estadísticamente los niños crecen más altos, tiene dentaduras más sanas y son más fuertes que en el resto del país. Cuando cumplen 15 años y florece su belleza resulta emocionante: como heredar y, como con las herencias, es divertido andar por los alrededores cuando reciben el dinero y ver cómo y en qué se lo gastan.

Los chicos con los que fui al instituto no podían comparárseles y la mayoría estaban igual de sobrecogidos que el resto del mundo. Dos no. Había dos chicos inmunes. A esos dos todo este asunto les hacía muchísima gracia. Las chicas los adoraban. Había otros chicos más o menos parecidos, pero no eran inmunes a todas ellas: siempre había al menos una que se tomaban en serio. Pero aquellos dos nunca se sintieron atraídos por la prisión que el resto

encontraba tan deliciosa. Parecían seguir otro camino, les interesaban otras cosas, pero para la mayoría de nosotros era un misterio el qué: no les interesaba el instituto, eso saltaba a la vista. Parecía que les gustaba el mar y cuando el tiempo acompañaba iban a la playa. No eran surfistas, pero cuando pienso en ellos, los recuerdo vestidos con unos vaqueros cortados y las caras hacia el sol de las seis en uno de esos atardeceres rosas y naranjas sobre un mar turquesa increíblemente cursi, con los pies descalzos en la arena cada vez más fresca.

Cuando el cielo se encapota, la columnata de palmeras que bordea el lado de Hollywood High de Sunset Boulevard parece molesta y enfurruñada. Pero cuando el cielo mostraba su ocasional versión sin contaminación, seca, clara y despejada, Hollywood High cobraba sentido y hasta los profesores oteaban en silencio las relucientes copas de las palmeras mecidas por la brisa. Y cuando llegaba el verano e íbamos a la playa tras una deprimente mañana de escuela veraniega, las palmeras elevándose por encima del mar en las Palisades se destacaban negras contra un cielo agresivo que chupaba el color de todo aquello que se viera obligado a perfilarse encima, a la espera de un momento de debilidad para devorarlo por completo y dejar solo un azul eléctrico tratando de ser blanco. Tendidos boca abajo en la arena caliente... No creo que ninguno de nosotros creyera en serio que la vida pudiera mejorar. Sabíamos que *El jeque* era una película, sabíamos que el aire de irrealidad —como una película de serie B sobre una esclava romana—, que California, el Pacífico, las playas blancas, el cielo tan azul y anhelante, que las palmeras, las hojas de bananero, los edificios redondeados de los años treinta, formaban parte de un trance. Teníamos calor, el mar era una ola larga que cabalgar, nuestras pieles estaban bronceadas y el tiempo incluso se detenía de vez en cuando y permitía que las cosas rielaran puesto que al tiempo también le afecta la belleza y a veces se para un momento. No

sabíamos, como parecían saber los chicos de otros colegios, lo que se suponía que debíamos ser, pero sabíamos que estaban enseñándonos algo sobre la vida y que esta no podía mejorar mucho. Y cuando el sol comenzaba a bajar y recogíamos nuestras pertenencias y regresábamos en silencio a los coches, solo nos preguntábamos cómo serían las olas al día siguiente, con curiosidad ausente, apenas consciente.

En otoño, hacia mediados de septiembre, las clases comenzaban en serio otra vez. Las 20 estaban más guapas que antes, como todos nosotros. Pero los dos chicos inmunes no se presentaban hasta que refrescaba demasiado para ir a la playa... razón, sin duda, por la que los expulsaron antes de graduarse. Un momento: a uno lo expulsaron por intentar quemar el instituto una noche con una chica que ahora es estrella de cine pero que antes irradiaba una belleza pícaro y despierta. Tom, se llamaba el chico. Y recuerdo que rondó por la playa hasta noviembre, cuando consiguió trabajo en un carguero y partió a Sudamérica, que fue lo último que supe de él durante años.

El otro chico, Mark, ahora que lo pienso, no fue expulsado: lo dejó él, probablemente se sentía solo. Siempre había desprendido un aire mágico de tragedia bajo la capa exterior de despreocupación, gracia y encanto. Así como Tom era divertido y sarcástico, Mark era engañoso y rápido. Tom era moreno y fuerte; Mark era rubio, de ojos verdes y ágil. Los padres de las chicas eran lo bastante listos para prohibir a sus hijas que los trataran. Y nosotros, los del coro y el público, observábamos, valorábamos y entendíamos. Fans.

Han pasado diez años de mi último examen final en la escuela estival en Hollywood y de la graduación, desde que tiré un pitillo al váter del lavabo de chicas o vi la actuación de una de las 20... Sin embargo, todavía, cuando el cielo se encapota y un olor particular impregna el aire de Hollywood, soy capaz de visualizar a Carolyn solo por el aroma. Si te la describiera, dirías que exagero, que algo así no existe. Pero los que estudiaron allí en la época te

dirán que no estoy exagerando y que Carolyn existió tal cual la describo. Dirían que quizá no reconocieron lo incontestable de su belleza debido a su silencio casi total y su falta de vitalidad; podrían confundir popularidad con belleza, pero no serían capaces de discutir mi descripción puesto que no es un delirio fantástico. De las 20, Carolyn era mi favorita, y demostró más allá de toda duda razonable que la belleza era poder dado que su poder no podía emanar de nada más —ni de la imaginación, ni de la amabilidad, ni del ingenio, ni de nada—, solo de su cara.

Carolyn poseía los colores. Era los colores de las Mil y Una Noches, del ocaso en El Cairo... de una ilustración infantil. Tenía un talento: exagerar los colores hasta que todo lo demás se desvanecía; tal vez se comiera los colores al entrar y se los quedara dentro. Su piel era morena y cálida: immaculada, clara con mejillas malvas como rosas escondidas. Me sorprendió descubrir que ojos castaños significaba también ojos que cambiaban de color. Carolyn tenía el pelo castaño; tenía una melena densa, sedosa, ondulada natural y que caía según su propia gravedad... adelante y... atrás. Su cabello era castaño u opalescente: variaba de color según la luz o dependiendo de los colores que hubiera alrededor dispuestos a desvanecerse. Las pestañas eran negras, o sea que el pelo debía de ser moreno, aunque a veces, cuando la veo aquí de pie y huelo la lluvia, parece verde claro o bronce o cobre anaranjado con la mirada siempre baja de Carolyn, que normalmente no consigue enfocar. Porque cuando abre los ojos y te mira, entonces es cuando todo lo demás parece gris o desteñido; en ocasiones cuando abre los ojos, todo lo demás desaparece.

Si Carolyn poseía los colores, sus ojos confundían. Sus ojos eran azul metálico, el mismo color que el cielo tras las palmeras en las Palisades en verano, el azul que ardía en sus pupilas como habría hecho el cielo con las palmeras de las Palisades, el color azul que brillaba tanto que a veces tenías que guiñar los ojos. Cuando el azul es así de brillante anhela ser blanco... y

se supone que el blanco es la ausencia de color. Lo sé. En realidad tampoco hay ocasos naranja y turquesa en el océano. Carolyn era una cautiva en el harén del Jeque, una extranjera de una tierra allende los mares que jamás aprendió a hablar ni el propósito del habla y que habría tenido más sentido muda puesto que de vez en cuando se desplegaba y se estiraba, el pelo le... resbalaba por la espalda, Carolyn apretaba las manos menudas y redondas, su boca cual arco de Cupido trataba en vano de reprimir un bostezo y enseñaba sus dientecitos níveos... luego se replegaba, suspiraba y decía: «Joder, tío, ojalá fuera viernes».

La gente cuidaba de Carolyn. Normalmente, las chicas de la hermandad, pero si no estaban, cualquiera de los presentes asumía automáticamente dicha responsabilidad. No es que fuera retrasada; era solo incapaz de arañar ni una pizca de interés por los procedimientos y tampoco veía razón para ello: al menos, cuando la mirabas, lo entendías. Sus amigas le confeccionaban el plan de estudios, le programaban las clases, la elegían para los equipos de gimnasia y no le exigían participar, se la llevaban a la playa, de compras (sus ropas eran apagadas: de tonos verdes oscuros o grisáceos o tal vez solo me lo parecieran a mí).

Los días que empezaba a chispear y los coches se deslizaban como se rasga el papel —los días como hoy—, teníamos que quedarnos dentro durante el almuerzo. Dentro, en salas calurosas, bochornosas, desquiciándonos y volviendo locos a los infortunados profesores. Se nos aplastaba el pelo y los rizos se alisaban, nos brillaba la piel: nos podía el genio o simplemente la risita interminable e intentábamos matar a quien tuviéramos delante. Carolyn mantenía la perfección porque en ella muy poco dependía del artificio: la lluvia nunca le aplastaba el pelo ni nada por el estilo. Se sentaba, miraba al frente, bostezaba, se desperezaba y volvía a hundirse con la barbilla entre las manos y la vista fija. Era una estudiante de Aprobado; pasaba de curso con

total apatía. ¿Estaría mirando a otro país? ¿Más cálido? ¿Iba envuelta en sedas, tenía estuches de alabastro al aroma de jazmín repletos de perlas, rubíes, esmeraldas: gemas con luces propias que no podía apagar? A las mujeres como ella las transportaban, sus pies sonrosados jamás tocaban la calle, solo los fríos pasillos de mármol o las aguas aromáticas de las bañeras de aquel país allende los mares dondequiera que estuviera su tierra.

Tom el Inmune parecía entenderse con Carolyn y era capaz incluso de hacerla reír: Tom tenía un don para los extraterrestres. Mark la trataba con indiferencia y eso hacía que fueran aún más íntimos: Carolyn solía juntarse con él y Tom, y Mark, agudo y sensible a las conversaciones, observaba cómo en presencia de Carolyn se apagaban no solo los colores sino a veces también las palabras. Estaban con ella a menudo, Carolyn era una de las 20: un dato indiscutible. De hecho, si le preguntaras a cualquiera del colegio quién era la más guapa, creo que la mayoría terminaría eligiendo a Carolyn simplemente porque ella no era nada más. Los que solo mirábamos primero nos prendábamos de las rubias, los rizos, las sonrisas alegres y vivaces, pero con el tiempo acabábamos hastiados, indiferentes a las vulgares herederas de fortunas norteamericanas, y Carolyn heredaría ocasos naranjas y rosas y océanos turquesas y un sofá tallado en madera de sándalo, un marido de riquezas míticas y gustos peculiares y sutiles... pero incluso en su país, Carolyn tendría orígenes inciertos, incluso si su país hubiera estado en este planeta.

La época de finales de verano cuando volvíamos a clase —la época en que perdíamos el bronceado y veíamos encapotarse el cielo— era una cuesta abajo que iba de mal en peor hasta Navidad, una ocasión triste e irremediable impuesta por el resto del país a una tierra que no la quería. Hojas de banano y renos. Hollywood, el maestro de las fantasías descabelladas, se rindió a la Navidad sin apenas inmutarse. Una mañana de Navidad a 21° te crispa los

nervios; intenta desearle «Feliz Navidad» a alguien que está regando el césped en pantalones cortos. Hollywood se ha enfrentado a lo imposible e incluso ha triunfado en numeras ocasiones, pero la Navidad nunca se ha contado entre ellas.

No hace mucho vi a Mark por primera vez desde aquellos tiempos, en el Troubadour. No le reconocí, pero él se acordaba de mí. Me pregunto si he cambiado tan poco en diez años; Mark estaba irreconocible. Llevaba el pelo por debajo de los hombros, barba, había engordado y empezaba a clarearle la coronilla... tenía los mismos ojos verdes. Y todavía conservaba una especie de encanto y elegancia y una nota de tristeza. Se me hizo extraño hablar con él, dejarle que me invitara a una copa, como si ahora fuéramos gente de verdad en lugar de los intérpretes y los fans de otro tiempo.

Imaginaba que Mark se habría convertido en un aventurero, pero, en realidad, se había hecho yonqui. Dejó los estudios, viajó por ahí y simplemente se enganchó, me contó con la intensidad desaborida de un exdrogadicto. Tom era un pintor famoso con un cuadro en el Museo de Arte Moderno, me dijo Mark, vivía en una ciudad remota y difícil de la costa mediterránea y llevaba ocho años casado con una siciliana que todavía hablaba el mismo inglés que cuando se habían conocido, es decir, cuatro palabras justas. Nos reímos. Me contó otras historias: fortunas de belleza, principalmente, heredadas y dilapidadas de forma indigna y mundana. Pregunté por Carolyn.

Había muerto, me dijo Mark. Hacía un par de meses. Sobredosis.

Carolyn sufría calambres mensuales muy fuertes, me explicó, y me sorprendió a pesar de recordar la información; hacía mucho que no pensaba en ello, pero uno de los datos sobre Carolyn eran los virulentos calambres que cada mes la postraban tres días en la camilla de la enfermería. Le recetaron unos calmantes fortísimos de los que ya por entonces tomaba más

de los prescritos, pero nunca le calmaban el dolor del todo. Aquel día se había tomado el triple de pastillas de lo debido y algo de anfetamina porque tenía una cita. Estaba triste, dijo Mark, iba por el segundo divorcio. En fin, Carolyn se tomó las pastillas, se vistió y se maquilló. Cuando una amiga pasó a visitarla por la tarde y se la encontró en el sofá, al principio pensó que Carolyn dormía. Pero llevaba muerta desde las ocho de la mañana.

—Maquillada, eso sí —dije.

—Sí —dijo Mark—, ella siempre con la sombra de ojos turquesa, por muchas pastis que se metiera.

De modo que ahora está lloviendo y el aroma hace aparecer a Carolyn. No paro de oír a Jim Morrison cantando una y otra vez «atrapado en una prisión de su invención» y a los coches fuera, en la calle mojada. La lección que nos enseña el Jeque —decidido a seguir adelante pese al dolor, a no quedarse en casa, demasiado orgulloso para no aventurarse— es el poder que tiene la belleza física para provocar una tragedia en lugar de simple vergüenza, aunque se trate solo de una invención de Hollywood. Ahora nadie se sentará mirando a Persia, ahora que está lloviendo. Los cielos negros y la previsión de mal tiempo han apagado al Jeque. Es casi Navidad, una imposición sufrida con impaciencia y tolerada solo hasta que regresen los cálidos cielos despejados con brillantes palmeras y los ojos bellos y desdeñosos de las nuevas 20 atisben por las ventanas de Hollywood High.

SANTA SOFÍA

Dicen que los pueblos se conocen a través de su arte.

En L. A. hay griegos. Están aquí como parte de los asentamientos de pueblos mediterráneos que llegaron a California porque donde vivían se morían de hambre y oyeron que California era como su tierra, pero fértil. Por Bakersfield hay montones de pastores vascos. Tantos, de hecho, que tienen un cura católico vasco que los confiesa. Hay italianos que cultivan viñas e italianos a secas. Y hay griegos.

La iglesia ortodoxa griega de Pico con Normandy se encuentra en esa zona de la ciudad donde nunca acabaría ninguno de mis amigos porque no queda cerca de ninguna salida de la autopista y además, ¿allí qué hay? Todavía se llena de griegos todos los domingos para la misa mayor. Cuando fui, para mi sorpresa, dirigía el coro el hombre que impartía la clase de Orquesta en la escuela de secundaria Le Conte. No se me había ocurrido que fuera griego cuando dirigía la banda del colegio, pero allí conducía a las voces a capela por sus intrincados cuartos de tono como música celestial caída del techo.

Mis padres alentaban mi curiosidad por los mosaicos bizantinos y pensaron que tal vez hubiera alguno en la iglesia ortodoxa griega, así que el domingo siguiente fuimos a misa mayor.

Fue una ceremonia florida mayoritariamente en inglés con un púlpito que parecía el mástil de oro barroco de un barco. El sermón versó sobre la avaricia y a mi yo adolescente le ofendió que se abordara el tema desde

escayolas doradas importadas de París. No había mosaicos, solo cuadros y murales al estilo caja de puros cubriendo el interior de las cúpulas. Nos alzamos y nos arrodillamos como el resto de asistentes y besamos las manos del sacerdote al salir como todo el mundo.

Luego cruzamos la calle con los demás hasta el colmado griego y esperamos entre ancianas de negro riguroso, niños de largas y espesas pestañas, esposas modernas con peinados y vestidos casi modernos, hombres guapos y hombres mayores y hombres viejísimos.

Compramos un queso feta blanco que se desmigajaba, jamón, pitas, otro tipo de queso y olivas. Mi padre pidió media botella de retsina frío.

Cargamos el botín a la acera de enfrente hasta el coche y, como todos los demás, desenvolvimos los paquetes y comimos. La misa mayor nos había abierto a todos el apetito y ahuequé mi pita y la rellené de jamón, feta y el otro queso y probé las olivas verdes que habrían sido las mismas en un acantilado griego pastoreando cabras que allá en Pico.

—Prueba esto —me dijo mi padre, ofreciéndome el retsina.

—Puaj, huele a trementina —dije, remilgada.

—Porque lo es.

—Oh.

Bebí y el día cambió de colores. Sabía a Atenas, y aquel día después de misa mayor supe lo que era ser griego como los demás y, para mí, a un pueblo se le entiende a través del hambre saciada.

La resina evita que los vinos se estropeen cuando suben a las montañas con el rebaño. Sabe a pino y casa a la perfección con las montañas escarpadas. Los griegos tienen que ser maravillosos, pensé, mientras bebía un segundo sorbo de la botella y adquiriría un gusto más primario de lo que el arte considera adecuado.

INGENUAS, THUNDERBIRD GIRLS Y LA GUAPA DEL BARRIO

Una tragedia confusa

Aún hoy me deprime que no me inviten a las cosas, pero en el instituto me afectaba tanto que sabía que no sobreviviría si me veía obligada a seguir la ruta prescrita. Lo que tenían previsto para los graduados de Le Conte era que, a excepción de los pocos que no vivían en el distrito, el resto pasáramos a Hollywood High. El primer año en Hollywood High estudiabas inglés, historia, mates, español y las optativas, pero si no contabas con la protección exterior de ser un capullito de alhelí, quedabas a merced de las cabronas de tus compañeras, que cuchicheaban y chillaban y reían y gritaban acerca de a quién se disputaba qué hermandad. Aún hoy a veces está a punto de partírseme el corazón cuando no me invitan a algo, así que puedes imaginarte la perspectiva que pintaban las hermandades para mí a la edad de 14 años cuando no tenía control sobre mi cordura. La única salida pasaba por no estar presente, y no estaba lo bastante esquizofrénica para no estar allí cuando sí lo estaba físicamente, de modo que me aparté físicamente y mentí. Di una dirección falsa y estudié en una pacífica escuela residencial llamada Marshall High, ubicada fuera del distrito pero no muy lejos en autobús.

Mi primer año de bachillerato, por tanto, transcurrió en el Marshall, donde obtuve buenas notas y una vaga idea de cómo sería crecer en una ciudad pequeña y estudiar en un instituto de ciudad pequeña. Yo era demasiado

melodramática para el lugar —como prueba mi foto del instituto—, pero me ahorré los juegos de poder y los filos cortantes que imaginaba inevitables en Hollywood High y fue una táctica evasiva amable y protectora que recomiendo a cualquiera que por naturaleza no guste de enfrentarse a las dificultades. Cambia de ciudad.

—Pero ¿cómo vas a curtirte y a madurar? —me preguntan.

—No —digo yo—. ¿Quién dice que tengas que madurar? No quiero envejecer y morir. Solo quiero morirme.

—Pero...

—¿Por qué madurar?

—¡No puedes evitarlo! —se escandalizan.

—Pues lo estoy evitando.

Siempre lo he hecho. No creo en enfrentarse al dolor a menos que sea del que te gusta.

Al final de *La muerte de vacaciones*, Frederic March envuelve a Grazia, la ingenua interpretada por Evelyn Venable, en una capa y desaparecen ante nuestros ojos en lo alto de unas escaleras rodeados de luz resplandeciente. March interpreta a la Muerte, que se disfraza de Príncipe Sirki para disfrutar de unos días de asueto, abandonar su reino y visitar la Vida con el fin de averiguar por qué la gente se aferra tanto a ella y qué es el Amor. Durante las vacaciones de la Muerte no muere nadie. Un tipo salta de la torre Eiffel y sobrevive. La casa del Príncipe Sirki pertenece a una rica familia estadounidense (en plena Depresión de 1934), inocente y halagada por recibir la visita de un invitado del continente. En una fiesta en honor al mismo una beldad del vecindario flirtea con el Príncipe en el patio hasta que lo mira a los ojos, ve la muerte, grita y huye. La chica es demasiado práctica para amar a la

Muerte, por atractivo que sea. Pero Grazia, la insoportable flor de pitiminí de hija de los anfitriones es tan ingenua que decide ver más allá de la mirada del Príncipe y para demostrarle su amor insiste en seguirlo hasta su reino y abandonar a su prometido, un buen chaval. La solemnidad de lo inevitable sigue flotando en el ambiente mucho después de que la televisión haya pasado a otras cosas.

Treinta y seis años después de que Evelyn Venable viera más allá de la Muerte, estaba tomándome un café en el Schwab's con mis amigos actores/jinetes a los que conocía de toda la vida pero no recordaba de dónde y estábamos debatiendo posibilidades imposibles, echando la tarde. La pregunta es: «¿Qué elegirías si te esperase la cámara de gas y en lugar de ofrecerte una última comida te ofrecieran una última película?».

—*Lassie, la cadena invisible* —responde inmediatamente Eddie. Eddie es puro de corazón.

—No, no, no —dice Louie, que es más listo que el hambre—, elige una de esas pelis interminables de Warhol. Así te morirás de aburrimiento antes de que acaben contigo.

—¿Y *La muerte de vacaciones*? —pregunta Jimmy.

Sigue una pausa mientras cala la perfección de la propuesta. No solo ofrece la esperanza milagrosa del indulto, sino la posibilidad de que al otro lado te espere Evelyn Venable.

—Se casó con el cámara —informa Jimmy.

—Dios... qué guapa era —rememora Eddie, y todos recordamos los extraños ojos de Evelyn Venable hasta que Eddie, el puro de corazón, nos devuelve al presente con—: ¿Creéis que nos permitirían una sesión doble? Porque entonces también vería *Lassie, la cadena invisible*.

Solo yo recuerdo a la guapa del barrio que huyó del patio. Era una chica descarada; flirteaba y se insinuaba desvergonzadamente. Pero flirtear con el

desastre no es lo mismo que cortejarlo como hizo la ingenua o no percibirlo como hacían las chicas de las hermandades. En el alma de las chicas de las hermandades no hay lugar para lo desconocido.

Nunca pasaré de ser la guapa del barrio. De saber detectar dónde espera el desastre y alejarme lo más que pueda. No tuve reparos en dar una dirección falsa para matricularme en el Marshall aunque me acobarde la posibilidad de que me descubran.

Tras el incendio del Reichstag habría aguantado en Berlín el tiempo justo para hacer las maletas. Los cobardes, por fuerza, tienen que estar en forma, expertos como son en evitar la extinción.

Los Héroes y las Ingenuas tienen que ser mutantes porque nunca pasan de la mitad del Tercer Acto. (Si se trata de una tragedia, como suele ocurrir.)

Entretanto, ingresé en Hollywood High en 11.º con planes suficientes para saltarme un curso y acabar un año antes. Sabía que Hollywood sin una hermandad sería duro, porque había decidido renunciar a una necesidad incuestionable de la vida en secundaria: tu mejor amiga.

Si hubiera estudiado en Hollywood el primer año, habría tenido ocasión de acabar, si no en una hermandad, al menos con una mejor amiga. Evitar la tortura de la selección supuso que, cuando por fin entré, todas estuvieran emparejadas y yo me quedara sola. Cuerda, pero sola. Pues bien, una persona madura habría afrontado las consecuencias y se habría esforzado por conseguir una amiga del alma en lugar de conformarse con el final de la moraleja calvinista de la cigarra y la hormiga, a saber: «Hala, como no ahorraste para el invierno, ahora vas a morirte de hambre». Por lo tanto, planeé escapar al menos medio año antes de lo normal, consciente de que tendría que pagar por mi inmadurez y de que, como ya era invierno, me había quedado sin amiga del alma.

De acuerdo con Calvino, Sally no debería haber aparecido en el instante

mismo en que entré en Hollywood High, pero lo hizo y se convirtió en mi «mejor amiga». Era una ingenua y las ingenuas siempre meten la pata, razón por la que apareció justo en el momento en que yo merecía quedarme sin amigas.

De haber sido fea o una retrasada social, tal vez Sally no habría supuesto un golpe maestro por parte de mi bando, el bando de la evasión. Pero Sally era guapa y en el instituto de donde la habían transferido había sido miembro de la mejor hermandad y una de las chicas más populares. Además era lista. Y rica. Fue amor a primera vista.

Fue un romance. Con Sally todo era un romance, así era ella. No era una de esas chicas alegres y soleadas que traen la primavera al entrar en una habitación. Sally era demasiado Garbo, sombría y trágica. Las ingenuas son trágicas. Son sus mejores amigas las que huyen despavoridas del patio.

Como Sally era tan callada, al principio casi nadie se fijó en ella. Creo que también fue por su deseo de desaparecer por lo que las chicas de las hermandades, que en ocasiones hacen excepciones y acogen a una recién llegada en 11.º curso, se olvidaron de ella. En mi caso, Sally me llamó poderosamente la atención al tercer día porque la vi sonreír y aquella sonrisa desde su tristeza de Garbo abrió los cielos entre arpegios corales y el chico que tenía a mi lado se quedó sentado allí, petrificado, mientras ella pasaba de largo. Sentado sin más.

Para cuando Sally acabó la obra en que participaba por las noches y reunió las fuerzas para acudir al colegio con un aspecto presentable era demasiado tarde para las Delta. Sally había decidido que los clubes eran «burgueses» (su palabra preferida aparte de «deprimida») y, además, habíamos iniciado nuestra larga asociación con las Thunderbird Girls, que superaban a Hollywood High como si este no hubiera ostentado jamás el más mínimo poder. Aunque me costó un poco darme cuenta de que ahora, en lugar de

tratar de conversar sobre peinados, estaba en el animado Sunset Strip en compañía de chicas enrolladas y peligrosas charlando sobre Sally. Porque desde el principio fue mi amistad con Sally lo que hizo que me aceptaran en aquel ambiente emocionante. Las ingenuas, para desgracia de Calvino, son las que hacen girar el mundo.

Sally también era actriz, lo que aportaba mayor realismo a las conversaciones sobre su persona porque el futuro podía depararle cualquier cosa. Era una buena actriz, brillante a la hora de fingir. Era más auténtica en la suspensión de la incredulidad que la mayoría de las cosas de la realidad. Su cuerpo, el que tocabas con las manos, se desplegaba en otras personas y Sally se metía tanto en la interpretación que canalizaba las situaciones en momentos duros como el diamante. Esos momentos permanecían, rielando, suspendidos en el aire, eran el arte de Sally.

En la habitación donde falleció Monroe encontraron paquetes de ropa nueva sin abrir amontonados de cualquier modo en el suelo y, por lo visto, el único mueble era una cama deshecha. Mi familia estaba de paso en un destino turístico de provincias en Francia, Nimes, durante unas vacaciones de agosto de lo más burguesas: de hecho, era todo tan *bourgeois* que oía a Sally decirlo en francés. Le gustaba el francés y lo hablaba bien. Las calles de Nimes estaban repletas de veraneantes, pero los titulares de la prensa nos recibieron de luto: «Marilyn Est Morte!». No especificaban qué Marilyn porque todo el mundo sabía cuál. Su cara sorprendida trataba de sonreírnos desde los diarios. Cándida como un ángel enjaulado, solo que machacada por dentro. Accidente, decidieron.

Sally tenía ese mismo segundo de vacío en la expresión del que derivaba el asombro especial y trágico de Marilyn. Pero ambas pertenecían a la categoría de «cantantes de amor desgarrado», enamoradas de lo que no debían, enamoradas de lo que veían más allá de los ojos de la Muerte.

Por otro lado, Sally y yo casi siempre nos divertíamos. Nunca discutíamos ni teníamos la impresión de que la otra actuaba con desdén. No se producían malentendidos.

Aunque con Sally nunca surgían malentendidos.

Las ingenuas no los tienen.

Sally conoció a Wendy en la clase de interpretación y a través de Wendy conocimos a las Thunderbird Girls. Como esas cajas de papel de lija mexicanas que frotan entre ellas a modo de instrumento musical que hace fiiish, de noche nos juntábamos en el Café Society y de día en el colegio. Las dos éramos vírgenes mientras bebíamos en el Garden of Allah con carnets falsos e intentábamos espabilarnos entre tipos que nos doblaban la edad. De pronto nos daba lo mismo encontrarnos en el mundo rápido y hastiado de Wendy que caminando por la autopista. Las cosas pasaban peligrosamente de largo haciendo fiiish y nosotras las mirábamos, como un par de gemelas nonatas a través de un caparazón de cristal.

Wendy tenía 24 años y una naturaleza generosa y la halagaba que una ingenua como Sally mostrara una admiración cándida por todo lo suyo. Wendy era un ave exótica y única. Aquellas chicas eran todas igual de únicas; todas conducían el mismo tipo de coche. Wendy tenía una constitución muy menuda y el rostro de una niña preciosa y temperamental. Tenía un tipo bonito, cinchado a la cintura y apretujado en los pechos, y se compraba toda la ropa en Jax, que confeccionaba prendas para starlettes sexis. El pelo le llegaba a medio camino de la cintura y era caoba oscuro, siempre enmarañado como la melena de un león. Nunca la vi peinada. Siempre parecía que acabara de levantarse de un lecho de pasión que solo ella podría haber inspirado. Y por último, era la reina de las jugarretas y la mejor narradora de los golpes pasados.

La hermana de Wendy se casó tan bien que pudo permitirse a un detective

privado que siguiera la pista del novio desde la primera mañana de luna de miel y cuando, a los seis meses, el marido por fin cometió una indiscreción, ella arrambló con todo. Se quedó hasta una casa con una piscina lavanda. La hermana de Wendy era un mito y se hablaba de ella con respeto; había ganado desde una casilla de salida difícil.

Todas las amigas de Wendy eran preciosas. Todas eran pioneras del libertinaje del diafragma y todas, salvo la hermana de Wendy, que arrambló con todo y acabó con un Mercedes y un Continental, tenían un Thunderbird.

En la película *Una mujer marcada* estaba todo mal porque Elizabeth Taylor interpretaba a una especie de promiscua neoyorquina y debería haber terminado convertida en una Thunderbird, no en un Sunbeam. Un Sunbeam solo parece un Thunderbird y todo el mundo sabe que en estas cosas lo importante son los detalles.

Las únicas que no prestan atención a los detalles son las ingenuas. Los estilos imperantes no llegan a la altura de las eternas llamas del amor en las que ellas acaban inmolándose. Por tanto Sally, que se movía entre esas chicas, que la apreciaban y la cuidaban, solo actuaba como ellas en la medida en que necesitaba de su aceptación.

Wendy y yo trabajamos amistad a través de Sally y la mantuvimos mucho después de que ambas hubiéramos renunciado a ella porque exigía demasiado. Sally era demasiado trágica para gustar de las crudas anécdotas de Wendy a propósito de las malas pasadas que había jugado a lo largo de los años, las jugarretas que había infligido a los *schmucks*. Wendy clasificaba a los hombres en dos categorías: Majos y *Schmucks*. El 90 % eran *Schmucks*.

Sally y yo solíamos ir invitadas por Wendy al Beverly Hills Health Club, donde nos repantigábamos en la sauna mientras nos hablaba de un *schmuck* que había tenido las agallas de dejarla plantada y no obstante telefonarla al día siguiente sin apenas disculparse para anunciarle que esa noche llevaría a

un amigo y pedirle que por favor preparase guacamole porque era el manjar favorito del amigo. Esa tarde Lois, una amiga de Sally, se pasó por su casa para ayudarle a planear la venganza y así fue como aquella noche pasó a llamarse «¿Recuerdas la vez que nos meamos en el guacamole?».

—Dios mío —solía exclamar Sally, experimentando el sabor mediante sus sentidos de actriz.

—Y luego, queridas —remataba Wendy—, justo cuando se iban, les conté lo que habíamos hecho, ¡y les cerré la puerta en las narices!

—Cuenta la del polvo de ducha —pedía yo.

Me gustaba escuchar sus anécdotas.

—Ya la he contado —respondía Wendy, con la maraña caoba humedecida por la sauna.

Las otras mujeres aguzaban el oído, esperando escuchar la historia de los polvos de ducha, mientras nosotras sudábamos juntas y nos frotábamos la cara con Brasivol para aniquilar los granos.

—Cuéntala otra vez —insistía yo.

—Yo no la he escuchado —decía Sally, aunque sí se la habían contado, solo que nunca atendía.

—Fue la noche que me ligué a Jean-Paul en una fiesta y a la mañana siguiente cuando me despertó no me dejaba el cuarto de baño, tardó casi media hora. Al final me dejó entrar y me di una ducha general y otra vaginal con unos polvos especiales mentolados que llevaba en un frasco de medicinas por si se me caían del bolso en una fiesta. Estaba poniéndome las pestañas postizas cuando Jean-Paul entró y se quedó mirando el frasco, lo cogió, lo olió y preguntó lo que era.

»Así que lo miré y le dije: “Polvos dentífricos”, y me creyó, así que para rematarlo añadí que eran una receta especial del dentista. Es un maniático de la salud, se moría de ganas por probarlos, ¡así que se los presté!

—Ay, Dios —decía Sally.

Sally y yo estábamos cautivadas, nosotras también queríamos hacer trastadas así. Lois era todavía más descarada y se rumoreaba que poseía un CI de 168, que era un motivo extraño para rumorear sobre alguien a quien los rizos negros le enmarcaban el rostro como nubes azabaches y cuyos ojos verdes miraban con pureza cuando decía las mayores maldades imaginables.

«Que te jodan, abuela», solía gritar Lois por encima del hombro al marcharse tras los breves períodos que debía compartir con su abuela. Sally y yo pasábamos a recogerla los domingos para ir a Cantor's a comer salmón con queso cremoso. Lois le gritaba obscenidades yidis en la calle a su abuela, que salía corriendo tras ella, tratando de que se pusiera un suéter.

Mientras, de vuelta en Hollywood High...

No tardé mucho en deducir que las Thunderbird Girls eran una versión trucada de las Delta y finalmente, puesto que se me daba la opción de elegir y no ser conducida a un vagón de tren camino del matadero, tuve que decidir si me gustaban las hermandades y los grupos. Cuando en 4.º pertenezco a las Brownies y fuimos al parque Griffith a comer perritos al aire libre, no nos dejaron vagar solas por las colinas. Teníamos que ir en grupo. Yo siempre había paseado sola por esas colinas. Estaban justo detrás de mi casa y ahora resultaba que, como existía el grupo, me cortaban las alas.

En gramática existen los sustantivos y existen los adjetivos. Los adjetivos modifican a los sustantivos, los alteran y les cortan las alas. Yo no quería ser una chica Brownie, solo quería ser una chica. De modo que dejé las Brownies. A todo el mundo le preocupó mucho mi decisión menos a mi madre porque fui la única niña de toda la escuela que abandonó las Brownies.

Las amigas estaban bien. Quería a Sally y nuestra amistad era simple porque era como si las dos hubiéramos dejado las Brownies y cada una fuera la única persona con la que podía jugar la otra. Solo que Sally quería

escondese en las Thunderbird Girls, permitir que las mayores cuidaran de ella y se ocuparan de que no tuviera que tomar más decisiones. Le concertaban «citas» y le elegían la ropa y ella lo permitía.

Y para Sally resultaba más fácil delegar el control, mientras que para mí se repetía la escena del patio una y otra vez. Marilyn seguía poniéndose en manos ajenas, depositando su fe en otros. Todos la dejaban creer que era una porquería de actriz hollywoodiense y Arthur Miller un genio brillante mientras que no era más que otro modificador en la vida, ya bastante encorsetada, de Marilyn. Normal que a la mujer le gustara dormir.

A Sally las mañanas se le antojaban tan imposibles que era lo único que ella, cuatro tazas de café aguado y 15 mg de Dexamyl podían hacer para mandarla a clase.

—Ay, Evie —me decía cada mañana cuando la subía al coche—, estoy muy deprimida.

Pero para mí estar en las Thunderbird Girls suponía por fin la prueba definitiva de quién era. Para mis deslumbrados ojos adolescentes, sus abrigos de pieles y sus párpados azules constituían una tentación casi abrumadora, sus «citas» y sus fines de semana en Palm Springs con gente como Lenny Bruce o Sinatra.

Empezó a dolerme la cabeza, por primera y última vez. A la hora y media de estar con Wendy y su círculo me atacaba un dolor de cabeza que no me calmaba nada salvo salir de donde estuvierámos. No estaba al cien por cien con ellas. Eran demasiadas modificaciones, demasiadas cosas que no podías hacer.

Con ellas también había otro par de asuntos importantes que no podía evitar porque eran fundamentales en mi vida. Uno era que no leían, no sabían de arte y no sabían de música. Elmer Bernstein era lo más que controlaban de música. Modigliani ocupaba sus paredes entre espantosas esculturas de

bronce de Hugh Hefner y *Tendidos en la oscuridad* era la Biblia porque todas se creían la protagonista. El segundo problema era que eran tan frágiles, tan estilizadas y tan modificadas que estaban al borde del fin, de acabar. Habían perfeccionado una manera de ser que las situaba a dos pinceladas del pincel japonés de Dios —los Beatles y la muerte de Marilyn— de la obsolescencia.

Y además, cuando tienes a toda esa gente detrás de ti tratando de decidir quién va en qué coche no hay forma de escalar montañas ni salir de aventura.

Es la chica que escapó la que recuerdo, la que huyó de la ciudad cuando vio algo que nunca apreciaría por muy ingenua que la hiciera o por mucho que la recordaran en el Schwab's 36 años después.

Y aunque su lección parezca trivial, yo aconsejaría a cualquiera que quiera creerse que evite el dolor que no le gusta o se expondrá a adquirir el gusto por un dolor nuevo y pensar que le gusta cuando en realidad es solo una película (como ver a Stanley Kowalski pegar a Stella y pensar: «Vaya, a lo mejor me gustaría que me pegaran»), cuando en realidad no te gustaría). Si prefieres que te froten la espalda a que te golpeen el pecho, vete de la ciudad al menor asomo de que alguien se propone hacer esto último.

Conforme las dos fuimos dejando atrás el instituto, Sally y yo nos vimos cada vez menos. Un día me la encontré en la playa y corrimos hacia el mar con copas de martini vodka con hielo hasta que Sally tropezó con unas conchas afiladas y se cortó en la pierna. Otro día la vi en Hollywood Boulevard, rubia y guapa con una falda plisada blanca en Pascua, pero ya habíamos avanzado una manzana con el coche cuando caí en la cuenta de que era ella. Wendy me contó que Sally se había ido a Las Vegas con un chulo yonqui, que ahora necesitaba cuatro Dexamyl para despertarse por la mañana y que le había hecho dos agujeros al colchón por dormirse con el cigarrillo encendido...

El gran futuro de Sally, el que todos habíamos previsto para ella cuando

era una ingenua, una actriz y una Garbo, se había escapado como el polvo de oro en *El tesoro de Sierra Madre*.

—Ayer tu padre vio a Sally —dijo mi madre.

Haría un par de años que nadie se acordaba de ella; había desaparecido.

—¿Qué hace? —pregunté.

—Es lesbiana —dijo mi padre.

Sally siempre fue una canción de amor desgarrado, de un modo u otro. Pero mi padre debía de estar equivocado.

Las canciones de amor desgarrado están bien al final de las tragedias o en un café triste de Sumatra, pero superada la primera juventud casi nadie tiene energía para intentar convencer a la chica para que no seduzca al Príncipe Sirki, aunque cuando falleció Marilyn supe que en todo el mundo la gente pensaba en Hollywood y se decía: «Yo la habría salvado, no la habría dejado morir así. Esos insensibles de Hollywood la han matado». Gente que cree que nunca ha estado cerca de una ingenua. La lógica de una ingenua es cortejar el desastre. Yo nunca intenté salvar a Sally porque la guapa del barrio no lo hace. Las chicas de las Hermandades lo intentan porque siempre hacen lo más convencional. Wendy lo intentó mucho tiempo, pero al final Sally superó lo aceptable incluso para las Thunderbird Girls.

Se hundió cada vez más siguiendo su trágica ley.

—Trabaja haciendo manicuras —me contó Wendy— a dólar sesenta la hora. ¿Tú a qué te dedicas?

—Bueno —respondí, ese día estaba de mal humor—. Trabajo en una oficina repleta de cerdos chovinistas.

—¿Sí? —Dejó una pausa, siempre controlaba los tiempos a la perfección—. ¿Qué pinta tienen?

De modo que mi personaje sigue en su escenario por estrenar, y las pocas ocasiones que tiene para ponerse a prueba se da de bruces con lágrimas y

gritos y ningún rastro de valentía. Estoy siempre intentando que me froten la espalda y beban champán conmigo al atardecer en el jardín con aroma de jazmín, y me siento mal cuando no me invitan. Las Thunderbird Girls están obsoletas. Sally se ha ido con la Muerte y la Guapa del Barrio probablemente tendrá que envejecer y morir en lugar de solo morir por muchas ciudades de las que escape. Pero tal vez no llegue nunca el invierno, ¿y ahora qué, cariño, tendrás que beber?

INTERESES LASCIVOS

El otro día pasé con el coche por La Brea y Sunset. Por allí abundan las putas y la competencia se ha puesto difícil, así que puedes ver cualquier cosa por la calle. Vivo por los alrededores y me entero de las historias sobre el millonario de 43 años al que despedazaron en el motel de la esquina y encontraron en tres bolsas de la compra en Baldwin Hills por el tipo del Consumer's Liquor: «... y la encargada de las reservas me contó que ya había visto sangre en alguna habitación, pero que esto, de verdad...».

Era una tarde tranquila de jueves y la vi esperando en el semáforo para cruzar Sunset. Era una chica negra, alta y esbelta, con un pañuelo en la cabeza y grandes pendientes dorados. El corpiño consistía en otro pañuelo anudado con gracia y, entre este y los vaqueros recortados del tamaño de un bikini, asomaban 45 centímetros de abdomen. De su mano izquierda partía una correa al cabo de la cual esperaba también un perro vulgar de tamaño medio. Y la chica llevaba patines de ruedas en línea. Me pregunté qué interés lascivo confiaba atraer, o quizá fueran todos.

El semáforo cambió y la chica cruzó la calle patinando. Quizá solo hubiera sacado a patinar al perro.

LA FANTASÍA

Dios es un pozo sin fondo de malas pasadas y una de ellas es la fantasía.

Tuve un amante que me contaba sus fantasías, y con las que me atrevía se las concedía, pero nunca sabía qué responderle cuando me preguntaba: «Pero ¿cuáles son tus fantasías, cariño?».

Yo sabía a lo que se refería y repasaba pornografía trabajosamente para despertar su fantasía con historias que siempre sonaban a falsas, porque yo no las deseaba, solo quería llevar a cabo la suya. Le quería.

El hombre que interpreta Brando en *El último tango en París* me recordaba mucho a ese amante, al que fácilmente podía imaginar alquilando una habitación y convenciendo a una chica de que no se dieran los nombres. Y en la película no me sorprendió cuando la chica cedió, porque al fin y al cabo era un divertimento y le traía sin cuidado dado que tenía un prometido encantador, juventud, belleza, el dinero de la familia y los recuerdos de la infancia. ¿Por qué no descubrir qué más podía conseguir? Y también podía querer a Brando, como yo quería a aquel tipo.

Pero para que la vida real siga adelante, debemos llegar a compromisos entre las fantasías de todos nosotros.

Tener un hijo es un acontecimiento que Dios, en su sabiduría evolutiva, ideó de la siguiente manera. Una mujer debe conocer el futuro. Esta es la fantasía que debe proveerle un hombre, de lo contrario no pasa de divertimento. Y el amor puede ser divertido, pero las mujeres no pueden

tener hijos ni una vida sin seguridad: sería una táctica errónea y nos extinguiríamos como los dodos. Pues bien, los hombres podrían adaptarse sin protestar, pero no lo hacen; por lo que sea nacen con fantasías que les dicen: «Ella tiene que quererme aunque no le diga mi nombre ni donde vivo ni nada. Tiene que superar lo que significa ser mujer y adoptar las fantasías masculinas».

Bien, es imposible.

No funcionaría. Está bien para un pasatiempo, pero si de repente en pleno divertimento el hombre, como Brando, se levanta y dice «Creo que me amas lo bastante para seguir siempre así, casémonos», cualquier mujer, pero sobre todo una burguesa francesa, va a recular y a preguntar «¿Qué?» porque ahora han entrado en su terreno y ya no es solo un divertimento. Ahora se trata de un cuadrúpedo firmemente enraizado en la tierra y le gustaría saber más de él, como cuánto dinero tiene y si los niños podrán estudiar en colegios buenos, si es de los que van follándose todo y, en particular, si es de los que viven tanto sus fantasías que hacen cosas raras como alquilar habitaciones y tener extrañas aventuras con chicas a las que no conocen.

Así pues, ¿qué tiene una mujer que pueda conseguir que un hombre renuncie a las fantasías del anonimato y participe de sus fantasías de futuro? Más fantasías. El hombre tiene que pensar: Ella me amaría aunque no tuviera este trabajo ni le prometiera quedarme para siempre. La mujer tiene que pensar: Él ha renunciado a sus maneras infantiles y comprende que lo principal es la estabilidad.

—Cuéntame tus fantasías —me pidió otra vez mi amante.

—Sácame a cenar —dije, enfrentándome directamente a sus fantasías, que dependían de no pasar nunca más de media hora seguida conmigo. Y jamás en público.

—Ni por asomo —retrocedió. Una de las escasas ocasiones en que se dolió

de verdad.

Fue la última vez que lo pedí; no iba a pasar. Y sin el compromiso de un intercambio de fantasías, la vida real no puede seguir adelante.

Es otra de las malas pasadas de Dios: que si no fuera así, a nadie le importaría.

EL TERREMOTO

El año pasado nos despertamos de repente, todo L. A., porque la casa no paraba quieta. Vi caerse el televisor de la mesa y bailar por el suelo como una marioneta. No se podía hacer otra cosa que esperar. Ya había explorado a fondo todas las formas en que puedes sufrir pensando en terremotos. Era una de las lecciones de la infancia.

—¿Y ahora crees en Dios? —me preguntó de inmediato al teléfono una amiga.

El cielo destellaba con fogonazos de relámpagos y el estruendo apenas había remitido, pero que me aspen si tengo que creer en Dios por los terremotos, ya he visto adónde conduce esa actitud.

—No —respondí, y colgué.

Una réplica retumbó debajo de la casa y el hombre con el que estaba tembló de miedo. El tipo nunca había pensado en los terremotos y llevaba pocos meses en L. A.

—Colócate bajo el marco de la puerta —le aconsejé porque estaba recogiendo la ropa y a punto de salir pitando.

Lo peor que puedes hacer es salir a la calle debido a los cables telefónicos. La tierra se meció por debajo de nosotros como una cuna y si Dios quiere que crea en él, lo haré, pero solo por el océano Pacífico y los atardeceres. Los terremotos son solo terremotos, pero una buena puesta de sol...

De niña en L. A. oía a la gente hablar de terremotos pero las sacudidas

siempre me pillaban dormida y por tanto no me quedaba más que confiar en sus palabras. No fue hasta que Dancie comenzó a trabajar de institutriz/niñera cuando mi hermana y yo empezamos a interesarnos a jornada completa por los terremotos.

Abajo, en nuestra casa, había un cuarto de sobra y a lo largo de mi niñez vivieron con nosotros diversas institutrices/niñeras. Las mujeres respondían al anuncio que mi madre publicaba en el periódico y quedaban a merced de mi hermana y yo y viceversa.

Una vez vino una chica que solo tenía 14 años y se quedó casi un año antes de casarse con un hombre con una caravana. Trajo con ella una pequeña maleta de mano para la ropa y los artículos de tocador y un baúl gigante para los tebeos. Presenciamos con asombro cómo abría el baúl y sacaba pilas y pilas de tebeos que fue amontonando en tres columnas en el suelo: románticos, de misterio y cómicos. Se llevó los tebeos cuando se casó.

Dancie vino cuando yo tenía 8 años y mi hermana 5. Llegó una noche cuando ya nos habíamos acostado. Por la mañana al despertarnos ya había deshecho todo el equipaje salvo un arcón de lata grande plantado misteriosamente en el centro de la habitación. Estaba esperándonos para abrirlo y nos sentamos en la cama a verlo.

Dentro había marionetas. Marionetas, nos explicó cuidadosamente, no títeres. Los títeres se accionaban metiendo las manos por debajo y no se parecían en nada a las marionetas, que se controlaban mediante hilos y palos desde arriba. Sacó una figura espasmódica, que se transformó en grácil y controlada y bailó una pequeña giga irlandesa. Nos volvimos conversas, enmudecidas.

Los títeres quedaron relegados para siempre; el arte verdadero eran las marionetas.

Dancie tenía marionetas que hacían de todo. Bailaban Offenbach como

coristas y terminaban sacando trasero al unísono con coquetería, bebían zumo de naranja y hacían pompas de jabón mientras montaban monociclos. Nosotras practicamos pero sin alcanzar la pericia de Dancie, que tenía un don.

Nos enseñó a fabricar papel maché con harina, agua y periódicos (no utilizaba nada más) y nos enseñó cómo se medían los hilos y se encajaban los palos. Nos enseñó incluso el tubito secreto de plástico que entraba por detrás en la boca de la marioneta y llevaba el zumo de naranja a los labios invisibles de Dancie, o por el que soplabas las pompas.

Incluso de niñas nos dábamos cuenta de que Dancie era más cría que nosotras.

Tanto daba que tuviera cuarenta y cinco años, fuera vestida anticuada y se pusiera demasiado carmín granate y agua de azahar, lo sabíamos. Sabíamos que estaba con nosotras solo porque creía en el diablo y, pese a lo niñas que éramos, sabíamos que era supersticiosa y crédula.

Dancie se había trasladado al Sur de California por el motivo expreso de satisfacer sus peculiaridades religiosas. En ningún otro sitio podría haber sacado adelante lo que pretendía. Se movía en terreno peligroso.

Pertenecía a una secta. La secta y sus marionetas constituían toda su vida salvo por un agradable señor de mediana edad que no se sabía cómo la había descubierto y quería casarse con ella. Dancie dejaba que la invitara a cenar, pero al final ganó Yahlway.

Yahlway era como llamaban a Dios. Nunca nos explicó por qué. Solo nos contó que si repetías «Yahlway» suficientes veces, el terremoto que se avecinaba te respetaría.

—Pero ¿por qué? —preguntábamos, inocentes.

—Porque en un terremoto de verdad —susurraba entrecortadamente cuando nuestra madre no miraba—, en un terremoto de verdad, la tierra

entera se abre y la gente cae por las grietas del mundo, luego la tierra vuelve a cerrarse y la gente muere abrasada.

Mi hermana y yo nos asustamos.

Mis padres habían salido a pasar cuatro días fuera y era solo el primero, y también era la primera vez que oíamos hablar de que la tierra pudiera resquebrajarse. Dancie nos enseñó dibujos de personas tratando de salir de las grietas como de arenas movedizas con las bocas abiertas de pavor y las manos estiradas hacia los seres queridos (que por lo visto estaban diciendo «Yahlway» y, por tanto, eran inmunes).

Al segundo día mi hermana y yo enfermamos. Mi hermana tenía fiebre y yo vomitaba. Tuvo que venir mi madre y, al poco, Dancie guardó las marionetas en el arcón de lata que se transformaba en escenario y se marchó a Texas con la secta al completo. Dejó atrás al novio porque no quiso acompañarla a Texas.

Durante casi un año pensé en terremotos, tuve pesadillas y me desperté llorando y gritando. Me daba miedo caminar por si la tierra se resquebrajaba.

Cuando llegó un terremoto de verdad y me desperté con la casa temblando y los cielos destellando como relámpagos por encima de un estruendo aterrador, me descubrí viendo al televisor brincar como una marioneta. Y aun en el caso de que la tierra se abriera, me niego a que Dios me mande danzando a Texas o sople pompas por mí. Si Dios quiere que crea, tendrá que esforzarse más. Estaré esperando bajo el marco de la puerta.

LA BOUTIQUE

—No, de verdad, Eve, pídete una botella. Mi padre se enrolla. El mes pasado la factura subió a Quinientos Dólares y ni pestañeó... Eh, Sylvia, ¿tenéis champán francés?

—Seco —añadí, ya puestas.

—¡Mira, Michael Caine! Este lugar es un escaparate.

—Sí, y nosotras la mercancía —puntualicé. Estábamos sentadas en un reservado con dos laterales de cristal en ángulo justo en la esquina de Little Santa Monica con Beverly Drive—. ¿Qué si no?

—No te pases de lista, Eve, siempre puedo pedir que anulen el champán.

Lo mejor que sirven en la Boutique aparte de la irresistible mousse de chocolate es una Ensalada León y vistazos a personas que jamás creerías que existen. La Ensalada León es un picadillo pero elaborado con queso suizo, jamón, salami y lechuga pasados por algo que les aporta la alegre consistencia de los linguini.

—Ay, amor, no me lo puedo creer, hoy también no —rezonga mi amiga del padre.

Acude a diario a la Boutique y se sienta en la mesa de la esquina cuando consigue pasar allí la tarde. Al cuello lleva un medallón con aspecto medicinal como los que fabrican para los diabéticos. El suyo reza: «Sufro retraso emocional». Su escritora favorita, la única a la que lee, es Sylvia Plath. También ha leído a Joan Didion, pero se pasó la película riéndose

porque sabía cuánto costaba todo el vestuario de Tuesday Weld. Cuando estuvo en el psiquiátrico no vio ningún ciprés y, no solo eso, sino que además nadie llevaba gabardina. De modo que viene a diario a la Boutique y, si me encuentro de un humor particularmente delicado y desvergonzado, me paso a ver si la veo.

Hoy se ha situado cuidadosamente para quedar frente a un examante, pero para ello ha tenido que sentarse de cara a una pelirroja horrible con pinta de mala pécora y que te corta la digestión de lo poco apetitosa que parece. Como una madrastra malvada. Por lo visto, últimamente también viene mucho. Y lleva un pintalabios de un tono naranja terroso filosóficamente incomprensible.

Mi amiga del padre nunca se maquilla, viste jerséis de cuello cisne y faldas plisadas y no podría parecer más rica ni más convencional, hasta que te fijas en el medallón. Es una fuga de Bach de un comentario a la realidad de lo que pasa ante sus ojos.

—... Dios mío, y encima con un bolso Gucci, madre mía... —desternillándose sobre el té helado—. Siempre he dicho que no hay nada más práctico que un bolso negro.

Los estilos desfilan por la Boutique y al cabo de un par de años el resto del mundo adopta algunos de los más obvios.

La pelirroja está luciendo su accesorio de ante negro de 300 dólares, el bolso Gucci, delante de Doug McClure. Doug McClure está en un parón entre series y pasa las tardes canceladas en Beverly Hills, bebiendo después del tenis.

—La calé a la primera, es malísima, ¿a que sí? —Mi amiga del padre, que pesa 42 kilos, se inclina a preguntar a otra amiga mía, a la que conozco desde que trabajaba de recepcionista en una revista musical y que ahora, 10 años después, se ha convertido en modelo de sensatez en la Boutique y demás

locales donde se reúne la progenie de Hollywood—. ¿A que te lo dije?

Mi vieja amiga parece dudar y llena el vacío a lo grande:

—En realidad no es mala... Es solo el personaje que interpreta.

—¿Eso dicen?

—No, pero podría ser, ¿no te parece?

—Ah, gracias a Dios, el champán...

La camarera se aproxima y abre la botella con maestría. Sirve tres copas de pie largo que destellan en el escaparate y dice con la boca pequeña a la amiga del padre, a la que conoce bien:

—Anoche acabé con un pajillero sobón, Dios, ¿qué se puede hacer con uno de esos?

La llaman antes de darnos tiempo de añadir algo más a las risas y mi amiga del padre bebe un sorbo de champán y lo comenta:

—Qué basto...

—¿Basto?

Era champán francés seco y le costaba treinta dólares la botella a su padre.

—Tienes que estar de humor para disfrutarlo —explicó.

—¿El champán? Se supone que te anima él, ¿no? —Pero al segundo—: ¿Ese no...? ¿Ese es Daniel Ellsberg?

—¿Qué hace con esa? —salta mi amiga asidua de la Boutique—. La tía lleva alianza y no es su mujer, ¿qué están haciendo?

—Serán temas de negocios —apunté.

Hasta ese momento no había sabido que tenía ilusiones que pudieran destrozarse, y justo ahí había una.

—¿Y su esposa? —preguntó ella.

En la Boutique se destrozaron ilusiones a diario.

Bebí más champán.

El restaurante elegante, La Scala, es a donde vas en Beverly Hills si buscas

comida italiana de primera, cara y de confianza. Es una institución. Hará unos 10 años los dueños de La Scala abrieron una «sandwichería» de tarde para recibir después del tenis a los clientes con series canceladas. La Boutique triunfa porque la comida siempre es buena y por tanto nunca ha pasado de moda, igual que La Scala aguanta de noche.

—¿Dónde está M?

—Está intentando quedarse en casa. Ha desconectado el teléfono. Dice que si vuelve a alguna fiesta como la de Navidad, se matará.

—Siempre dice que se va a matar —replica mi vieja amiga con su mezcla perpetua de asombro y cinismo.

El cinismo nunca termina de abarcar el asombro constante que constituye su reacción a lo que hacen los demás. Por eso su sensatez, al final, comienza a resultar atractiva. Eso sí, lleva su tiempo.

—Bueno, ¿y S?

—¿Sabes lo que dijo la hija de puta? Una noche la ayudé a escapar entre una lluvia de balas mientras el ex y su hermano nos disparaban a los neumáticos desde el Silver Cloud. Apenas habíamos tenido tiempo de recoger las cosas del bebé cuando me dijo que solo la había ayudado porque ¡yo era una egoísta y disfrutaba de su compañía!

—¿Más champán?

—... está la mujer esa —se percata mi vieja amiga.

—¡Ah, esa! El otro día se pasó sentada a mi lado todo el almuerzo y, como nadie nos presentaba, le pregunté a qué se dedica. ¡Me contestó que era *una socialité!*

—¡Una *socialité!*

Otra ilusión derribada. ¿La gente dice de sí misma que es una *socialité?*

—Sí, y resulta que es la mujer de Henry Fonda. ¡Exazafata! ¡Ja! ¡Una *socialité!*

Y así mientras el sol se hunde lentamente en el oeste donde ya solo queda Hawái hasta que acabe con América, apuramos la última gota de champán y el cálido destello del medallón dorado de mi amiga del padre se apaga por fin entre las sombras del escaparate de la Boutique. En la otra punta de la sala las mesas están vacías y Daniel Ellsberg y su amiga se han marchado.

—¿Nos vamos? —pregunto.

—Sí, vamos. —Mi vieja amiga recoge sus cosas.

—Yo me quedo —insiste nuestra amiga—. Quiero ver quién viene a cenar.

Mi vieja amiga y yo nos encaminamos a los coches, estacionados en las plazas con parquímetro de atrás, y nos despedimos, algo cansadas y bebidas y asombradas y desilusionadas y preguntándonos cómo puede ir a diario. Todo el mundo fingía educadamente no ver a Daniel Ellsberg, como hacen con todos los famosos, incluso los que llevan «cancelado» escrito sobre su futuro.

ROSEWOOD CASKET

La muerte, para mí, siempre ha sido el colmo de que la gente se divierta sin ti. Supongo que saqué la idea de «Rosewood Casket», una canción que me cantaba mi madre porque las nanas la aburrían y no creía que siendo tan pequeña entendiera la letra. Pero la canción trata de un hombre que está muriéndose y mientras su amor, a la que ve por la ventana, se divierte con otro. El tono que domina la canción es la aterradora melancolía de saberte atrapado en cama, agonizando, y a ella fuera, pasándolo en grande. Por tanto, aunque todavía no estaba muerto, más le habría valido.

Los católicos idearon una treta fantástica para este asunto al establecer un cielo al que accedías si eras bueno o rico. El Papa concedía dispensas para el club de campo celestial donde todos lo pasarían de miedo y, encima, el infierno no solo sería la ausencia de diversión, sino que además estaría plagado de torturas, por si no fueras de los que consideran suficiente castigo que los demás disfruten de una fiesta a la que no te han invitado, por no hablar de abrasarte los dedos de los pies.

La única forma de eludir lo antedicho es vivir una fiesta privada constante contigo mismo. Así que cuando iba a la guardería y a las dos niñas mimadas de la maestra les tocaba jugar TODOS LOS DÍAS con la Casa de Muñecas y al resto mirar, aprendí que no solo podía divertirme pintando, también podía enfurecer a la maestra queriendo pintar porque lo ensuciaba todo. Y al final, empecé a pintar tan bien que la más mimada de las niñas de la maestra se

puso celosa. Quiso pintar y le dio un berrinche al descubrir que solo era la segunda que mejor lo hacía.

Por tanto pueden cambiarse los límites del cielo, siempre y cuando no creas en él de verdad ni en nada de lo que te cuenten. Y hagas lo que hagas, no le des un céntimo al Papa a menos que se muestre abusivo y no tengas un ejército lo bastante grande para luchar contra él.

Mi madre una vez me contó que en secundaria ganó un campeonato estatal de ketchup casero. La chica con la que compartió cocina solo quedó en cuarto lugar a pesar de que habían cocinado el ketchup en el mismo cazo y no se distinguían. Mi madre metió el suyo en un tarro de cristal decorado con flores pintadas por ella misma. El cielo es pura presentación.

Son los marcos los que hacen que algunas cosas importen y otras se olviden. El contenido se construye solo a partir de los marcos. Van Gogh tuvo que ser un loco difunto para constituir el marco adecuado para sus cuadros, nadie lo habría soportado de haber sido un loco rico. Y Picasso siempre fue rico como Stravinsky, porque eran los dos encantadores, fuertes y estaban cuerdos. La gente se los creía; la presentación lo es todo.

Por supuesto, el Vaticano siempre ha puesto especial empeño en machacar constantemente lo de que no estar en el cielo era un infierno hasta que al final todo el mundo olvidó lo esencial, que era que entretanto deberían disfrutar de su fiesta personal por si acaso... Por si acaso la muerte consiste en que otros se divierten sin ti.

Las grupis son como creyentes con dispensa que pagan con sus cuerpos para que las inviten al cielo, o a lo que a ellas les parece el cielo. Pero no consiguen deducir que, si quieren una estrella, la persona real de la que ha nacido esa estrella probablemente también prefiera un poco de suspensión de la incredulidad y no solo un polvo fácil. Mick Jagger se convirtió al catolicismo para casarse con Bianca, lo cual no me sorprendió. Mick Jagger

cree en las creaciones y Bianca creó una estatuilla católica. Esperó a que la Casa de Muñecas fuera a ella.

Lo que yo quería, aunque entonces no comprendía lo que era porque nadie te cuenta nunca nada hasta que ya lo sabes, era todo. O todo cuanto pudiera conseguir con lo que tenía para trabajar. Quería, principalmente, un tipo de canción particular.

Como los aromas, ciertas canciones me disparan. Y quería que me disparasen hacia ese momento del perfume en que ya solo permanece el hechizo. No dura mucho, pero para tenerlo todo tienes que experimentar esos momentos de importancia tan inconexa que el tiempo se aleja ondeando como un marco de agua. Sin esos momentos, tu particular fiesta celestial puede morir de sed. Son como vacunas de recuerdo, te fortalecen. Sabes que merece la pena el aguijonazo de envidia cuando te has recuperado del hechizo porque el misterio de la vida se desvanece cuando la muerte, que la gente se divierte sin ti, cae en el olvido. El tiempo se escapa a escondidas y el tiempo es lo único que tienes.

Si vives en L. A. cuesta ser consciente del tiempo porque no hay inviernos. Solo hay terremotos, fiestas y algunas personas. Y canciones. Aunque la mayoría de las canciones indígenas de la ciudad son similares debido a su tersura, que se extiende a otras artes/entretenimientos: el lustre técnico de las películas, los artistas «finish Fetish» que dedican el mes previo a la inauguración de su exposición a fabricar armazones metálicos sin goznes que se diría que no han sido tocados por ningún humano. Los Byrds y los Beach Boys y los Mamas and the Papas, todos sonaban como salidos de un órgano compuesto por una máquina de helados Frostie Freeze. Y Van Dyke Parks (músico de sesión), si lo dejan a su aire, se suaviza tanto que pierde el contenido, preocupado como está por el marco y que nadie pueda penetrar la estructura ni nadie sepa adónde mirar.

Un amigo mío, artista, una vez se encaprichó hasta tal punto de los marcos que fabricó una pieza enorme de unos 10 metros cuadrados que comenzaba en el perímetro exterior como un marco que enmarcaba marcos cada vez menores hasta terminar en un estrecho espacio central de 15 por 20 centímetros que contenía el plano de la estructura.

Por tanto, en ocasiones, aunque no estemos conectados con una canción o una persona, estas adquieren una importancia casi imposible de relatar a terceros, en especial si viven donde las estaciones sí marcan la diferencia.

En mi vida nunca han existido las estaciones salvo el año que pasé en Nueva York.

Así pues, fue con esta misma explicación con la que me pegué a James Byrns por primera vez. Su importancia en mi vida no es la de un amigo, un amante, ni tan siquiera un conocido: era un reloj, una alarma que me despertaba de la uniformidad.

Por aquel entonces Marjorie todavía vivía en la acera de enfrente de mi casa en Formosa y fue ella quien me habló de James. También Marjorie le consideraba importante y, aunque su gusto y el mío rara vez coincidían, al final un día cedí y la acerqué en coche a casa de James. Marjorie tenía que cuidar de Celeste, la madre de 19 años de la hija de James. Celeste, me contó Marjorie, no era feliz, y pensé para mí que yo tampoco lo sería con una hija a esa edad, pero por otro lado no va conmigo rondar la «infelicidad» porque supone que otros están divirtiéndose sin ti y para el caso más te valdría morirte. Además, hacía tanto tiempo que nada perturbaba el transcurrir de los días que había llegado el momento de provocarlo.

James, me dijo Marjorie, tenía una casa estupenda. Entonces todos vivíamos en cuentos de hadas, pero nada comparado con la casa que James y Celeste habían descubierto.

Era una de esas casas de campo inglesas donde Ricardo Corazón de León

paraba a comer pastel de carne en mayo durante las Cruzadas. A Ricardo Corazón de León solo le habría parecido un sueño, no una pesadilla, ver las torrecillas y los vitrales y las flores rebosando, salvo que a su alrededor West Hollywood se extendía con la judaicidad de clase media de los simples estucos españoles. Solo había un puñado de casas en la manzana que tuvieran en el tejado esas cosas detrás de las que se escondían los soldados para disparar flechas y que a veces rematan las torres de ajedrez, esos montoncitos □□□. Eran los tiempos de Ivanhoe.

Pues bien, Marjorie me llevó a esa casa al atardecer y esperé dentro mientras subía a buscar a Celeste y James. Yo nunca había estado en una habitación como aquel salón. Sabía que James era músico y comprendí entonces que las casas de todos los músicos eran iguales, y solo lo comprendí porque la de James era radicalmente distinta. En lugar de estar amueblada al estilo LSD/Indios y vaqueros que solo te permitía sentarte en los amplis (o LSD/Victoriana como en San Francisco, donde solo podías sentarte en divanes) ese lugar iba a permanecer para siempre en mi historia personal.

Cubría el suelo una alfombra persa de color azul oscuro, de las paredes colgaban tapices chinos y los muebles eran de roble barnizado, había incluso una cómoda alta con copas de cristal dentro. Y remataban todas las superficies marcos de plata con flores, rosas, grabadas o repujadas, y avejentados rostros sepia que te sonreían cada vez desde más atrás en el tiempo hasta alcanzar el mismísimo nacimiento de la fotografía. Los marcos plateados me sostuvieron hasta que James, en persona, apareció y se reveló como el príncipe a quien pertenecía la sala.

Hay una estatua de Hermes que toda la vida ha representado mi idea de la belleza masculina. Está rota, pero sostiene un bebé en un brazo y extiende el otro, con el que por lo visto en otro tiempo tentaba al bebé con unas uvas mientras este trataba de atraparlas. La cara de esa estatua había flotado a lo

largo del tiempo, había sido dulcificada por el Sur y ahora pertenecía a James. En lugar de recordar a los juegos y a Platón, James trajo consigo un hechizo de plantaciones y galerías, el contenido más allá de la Línea Mason-Dixon, y un algo casi excesivo. Tenía los ojos demasiado azules, como bígaros del mar.

Permaneció en el umbral como recién llegado a casa de la Cruzada de la Guerra de Secesión. Entró en la estancia con tal elegancia que todo lo que me había contado Marjorie, que James tenía 20 años y estudiaba teología, todas esas cosas cobraron mayor sentido en aquella habitación extraña y sin precedentes.

James tenía las manos estrechas y el pulso firme. Era el heredero de un reino extraño y, de pronto, pensé en su padre, que debía transmitir deberes y privilegios a ese hijo un poco demasiado guapo.

Era como el aroma del asfalto mojado una noche de verano que de pronto confundes con lluvia. La estabilidad era una ilusión aromática porque solo un mes después la casa estaba desmantelada, Celeste desterrada, finiquitada y de vuelta en Portland con la niña y Marjorie (James era rico; recibía ingresos «trimestrales» de la familia). Su belleza de Rosa Roja no sobrevivió a la infelicidad.

O quizá fuera que justo entonces Jack Hunter telefoneó a James para invitarlo a su reseco rancho color palomino de Ventura. Con Jack Hunter, James se abandonó a los juguetes mundanos.

En L. A. cuando alguien se corrompe, siempre ocurre al borde de la piscina. Y hasta el excristiano que más alardea toma, no obstante, montones de Vitamina C. James no hizo lo que hacemos por aquí. En su defecto, se lanzó a una extemporánea disipación al por mayor cual Dimitri Karamázov. Solo salían de noche.

Jack Hunter era el líder de un grupo que tocaba rock and roll agreste y no

las melosas y pulidas producciones locales. De hecho, su música sobrevivía sin espacio para el error, sin márgenes, solo con una profundidad infinita que se enganchaba a la historia de cada uno de manera que cada una de sus canciones importantes te propulsa como solo él sabe hacerlo a un ataque de ansiedad que despierta esa sensación de que el tipo está divirtiéndose sin ti. Jack conocía a James Byrns por su reputación casi prístina hasta la fecha de incorruptibilidad musical. Por supuesto, James no sufría la tentación del dinero como razón para tocar música que lo convirtiera en estrella, pero sí la tentación de la juventud para ser una estrella. No sucumbió a ella, claro está, visto que las canciones que escribió (James componía y tocaba en un pequeño grupo al que también abandonó cuando se mudó de la Casa de la Cruzadas) formaban parte de su integridad aristocrática desubicada en el tiempo y el espacio. Hunter lo telefoneó un día para que fuera a ver el rancho y James ya nunca regresó, ni a Celeste ni a la vida.

El rancho de Ventura era perfecto para la banda de Hunter. Habían venido a L. A. para grabar un disco en verano, evitar impuestos y esquivar las tentaciones de su propio país.

James fue la única persona a la que invitaron al rancho aparte de las grupis. Por la noche se trasladaban a la ciudad y ensayaban y grababan en un estudio secreto. A veces, si acababan temprano, iban al Whiskey a tiempo para la última actuación. Yo los vi una vez.

A mí me habría dado miedo vivir en unas colinas tan resacas e inflamables en verano. Desde luego, sabía que la playa estaba cerca, lo que para mí significaba que cuando llegaran las llamas siempre podrías escapar al océano. De todos modos un calor así te consume y la noche que vi a Hunter y James estaban marchitos y demacrados, el agua del océano al secarse les había dejado capas y rayas blancas de sal en el cuello. Estaban los dos esqueléticos, eran dos jóvenes descarnados, pero Hunter te hacía pensar en el mal, no en

magnolias y lunas amarillas como James.

Fue el año en que todo el mundo, todas las estrellas del rock, vestían pantalones de raso que recordaban a colores de cloisonné chino. James y Hunter llevaban camisas indias de algodón traslúcido, de esas con bordados y lentejuelas de espejo, y todas las chicas querían lamerles la sal del pecho desnudo. Cuando entraron en el Whiskey lo cambiaron todo y de nuevo un momento convirtió el tiempo en algo valioso como un diamante recién tallado.

El Whiskey se silenció al verlos y, en semejante compañía, nadie se atrevió a recordar una amistad pasada con James.

Capté una especie de distancia formal en el modo en que Jack Hunter trataba a James y la manera en que este le correspondía. Era como si la muerte pudiera alcanzarles a la mañana siguiente y, desde luego, cuando Jack encendió el cigarrillo de su amigo, prendió una pequeña llama de celos. Al fin y al cabo, ¿quién de nosotros trata tan bien a sus amigos? ¿Y por qué no?

No obstante, sería una locura alargar esa clase de fiesta.

Se empequeñecían mutuamente como Picasso y Stravinsky compartiendo piso.

Eran bellos, pero no podías mirarlos mucho rato.

Se notaba que Hunter había elegido una distracción verdadera. Me pregunté qué almorzaban y si eran amantes y qué era el Pecado y otras cuestiones que no me había planteado en aquel verano apagado en el que nada relucía.

Me enteré de que James pensaba grabar un disco, pero cuando Hunter volvió a casa al final del verano, no se había comentado nada más.

James decidió entonces montar otro grupo y buscar casa nueva, y entretanto alquiló una suite en el Chateau Marmont. Nunca buscó casa; poco a poco empezó a considerar el Chateau su hogar.

La época de prosperidad del Festival de Pop de Monterey había pasado y algunos de los grupos se habían enriquecido mientras que otros se habían separado y desintegrado. Vi cómo las estrellas más viejas, gente que conocía, tomaban un camino tan fácilmente predecible que podrías haber cerrado los ojos y adivinar lo que estaban haciendo. Todas decidieron que «la ciudad» estaba sencillamente fuera de cuestión y que querían ser rancheros como los hombres de verdad. Así que se mudaron a ranchos.

Las estrellas de rock sin dinero se fueron a Hawái y se drogaron o se fueron a Topanga Canyon y se drogaron y esperaron a la siguiente novedad.

La siguiente novedad fue James, que reunió a un puñado de las más heterogéneas y estrafalariamente mundanas y extrajo de ellas la inocencia de su música. Nunca entenderé cómo esos tipos podían cantar «Give Me the Christian Life» y conseguir que te lo creyeras. Y después estaba James, con su aspecto famélico y salado del verano, plantado como un ángel violado con sus hondos ojos azules proyectando aristocráticos paisajes sureños por los apestosos y oscuros locales nocturnos donde nos sentábamos frente a lo imposible.

Las estrellas de rock venían de los ranchos y escuchaban extasiados, todo oídos, tratando de dilucidar de dónde robar, porque James todavía era tan puro que no podía ser una estrella y las estrellas podían coger sus canciones y pasteurizarlas para fabricar éxitos.

Después, en los camerinos, recibían con espanto propio de modernos la noticia de que James vivía en el peculiar Chateau Marmont. Pero pese a las drogas de James y pese a las amistades ambiguas y pese al dinero... pese a los pantalones de raso rasgados, James seguía siendo el mismo. Puro.

En realidad yo aún no conocía a James. James solo había sido esos momentos extraños que me ayudaban a conocer la época. En cuanto a mí, escuchaba y observaba y me preguntaba qué haría James. El grupo que había

reunido nunca grabó y duró muy poco tiempo, hasta que el primer músico abandonó y luego el resto regresó a Hawái y Topanga.

James se quedó en el Chateau, y fue allí donde coincidimos una tarde junto a la piscina. Fuera solo había algunos chicos, el tipo al que yo había ido a visitar no estaba y James estaba leyendo el periódico. El *Wall Street Journal*.

—¡Dios mío! —dije.

—Hola. —Se protegió los ojos y alzó la vista.

El *Wall Street Journal* hacía juego con los Tapices Chinos y los aposentos a lo Oxford.

—Oh —dijo—. Te he visto antes... ¿Dónde?

Nos pusimos a hablar y me colé en su vida contándole que era fotógrafa y quería sacarle algunas fotos. Llevaba una Brownie.

A mi modo de ver, cualquier cosa más allá de una Brownie era un invento de los alemanes para complicarte la existencia. Todos esos números... De hecho había sacado fotografías para portadas de discos con la Brownie, así que no era el timo que pudiera parecer a simple vista. Sin embargo, siempre llevaba otra cámara encima para que la gente creyera que sabía lo que hacía. (Colaba las fotos de la Brownie entre las otras.)

Concertamos una sesión de fotos para el día siguiente. James dijo que iba a necesitarlas porque pronto grabaría un disco y, además, sería divertido. Así pues, íbamos a pasarlo bien pese a lo deprimente de la estación.

Al día siguiente me presenté con las dos cámaras en la bolsa, pero de pronto, al llegar a su puerta, me entró la timidez. Me pregunté si no sería mejor dejar que James siguiera siendo un reloj despertador en lugar de intentar retratarlo tal como lo veía. Había aparcado el coche en la calle y sentí la monotonía absoluta de otra tarde angelina con el cielo despreocupadamente neblinoso y la temperatura en sus habituales 24°, e iba a seguir igual en el futuro y había sido igual hasta donde me alcanzaba la memoria. Me

arriesgaba a estropear las cosas por saber demasiado y no estaba acostumbrada a la timidez.

Pero llamé al timbre y James salió a recibirme a medio terminar lo que estaba haciendo en la mesilla del café, que era picar cocaína pura de unos viales sellados procedentes de Alemania. No bien me había sentado, cegada por la timidez, cuando dijo: «Tápate un agujero de la nariz y aspira fuerte un poco de esto».

La cocaína llegó con Jack Hunter el verano anterior.

Solo cabe decir tres cosas de la cocaína. Una, nunca es suficiente. Dos, nunca será tan buena como la primera vez. Tres, los dos datos precedentes constituyen una tragedia de tal alcance que no puede experimentarse a menos que hayas tomado cocaína. El coste radica en saber que alguien está divirtiéndose en el monte Olimpo sin ti y que deberías intentar no salir de allí. El cerebro se te encharcará alrededor de los senos y morirás.

—¿Ya estás? —preguntó, gran anfitrión.

—El caso es que... —empecé a decir, evaporada la timidez como una lágrima al sol— todo en ti me recuerda a F. Scott Fitzgerald.

Cómo podía haberle mentado la literatura a una estrella del rock sin mayor preámbulo constituía uno de los misterios más obvios de la cocaína.

—Sí —dijo—, es mi escritor favorito. De hecho, justo el otro día terminé el relato que más me gusta de él: «Un diamante tan grande como el Ritz».

—¿Por qué ese?

Estábamos de pie; se nos había olvidado sentarnos. La cocaína había iluminado tanto el mundo que nos quedamos plantados en mitad de las aventuras soñadas que yo había ido alimentando y que ahora se volvían realidad.

James se disponía a revelarme por qué aquel era su cuento favorito.

Aunque era perfecto en todos los sentidos puesto que trataba de un niño en

un internado caro que conoce a otro chico que es exactamente igual que el resto solo que viste un poco mejor y nadie sabe de dónde viene. Invitan al niño a pasar las vacaciones estivales en casa del niño rico, que vive con sus hermanas y su padre en Colorado, encima de un diamante del tamaño del hotel Ritz. Al final la furia de Dios cae sobre el padre con truenos y relámpagos y el padre intenta negociar mientras las hermanas y el niño escapan.

—Me ha gustado por el final —dijo James.

Estábamos en el pequeño balcón que tienen casi todas las habitaciones del Chateau con vistas a la ciudad en lo que se convertiría en un ocaso salmón, naranja blanquecino. En ese instante era casi blanco, un día blanco normal relumbrando desde los cristales blancos de la cocaína mientras mi cerebro rememoraba el final del relato.

—¿Te refieres a cuando el padre intenta sobornar a Dios con el diamante? —pregunté.

—No. Cuando lo único que se llevan las hermanas es la bisutería.

—Ah.

Para las hermanas, la bisutería era el más exótico de los tesoros.

Miré de sus pestañas negras a la ciudad blanca y le escuché añadir:

—No sé por qué, pero siempre pienso en esa bisutería.

La gente que vive sin inviernos toda la vida tal vez no conozca la necesidad de bisutería. Yo nunca la he conocido. Tal vez persista y yo no lo sepa.

Charlamos encocados toda la tarde, a veces salíamos al balconcillo y a veces conversábamos en una especie de código cocaínico. Bebimos bourbon y fumamos una mezcla de hachís libanés y paquistaní. Cuando anocheció me marché, con las ilusiones intactas.

De haber sido cualquier otro, habría dado por supuesto que acabaríamos

encamados. Con él, supe que era imposible incluso antes de que su novia volviera a casa después de ejercer de *starlette* en una nueva película. Era una belleza de 17 años, risa fácil y dientes blancos. La melena rojiza la seguía a donde fuera y te miraba con ojos de color verde menta. Antes de que llegara a casa, James me contó que satisfacía su gusto por «las chicas de la calle».

Si aquella era una chica de la calle, entonces Grace Kelly era una fregona, pensé para mí, bajando en el ascensor y de la cocaína al mismo tiempo y cayendo en la cuenta de que me había olvidado de sacar las fotos.

Unos días después volví más decidida y fotografié lo que vi. La gente que lo conoce, al ver la foto, pregunta: «¿Cuándo la sacaste?». Parece de Hace Siglos.

Pensé que podríamos ser amigos y, cuando James me contó que estaba negociando un contrato discográfico y grabaría un álbum, creí que esa vez iba de veras. Jack Hunter llegó a la ciudad a punto de arrancar su mayor gira por el país para zarpar después en un Crucero Griego, así que James y Teresa (la chica) guardaron sus pertenencias en el trastero del Chateau y desaparecieron.

—¿Has visto a James? —preguntó alguien.

—James ¿qué?

—Byrns... Creía que erais amigos. En fin, anda por aquí.

—¿Por dónde?

—Está aquí, en el bar, ahora mismo... No me podía creer que fuera él.

—¿Por qué?

—Está gordo.

—¿Qué?

El James Byrns marchito de las montañas de Ventura... ¿gordo? No me lo podía creer. Llevaba fuera tanto tiempo que me habría creído que estaba muerto, pero ¿gordo? Jamás.

De la vida en el Reino del Rock: parte de la existencia privilegiada y el

desdén dependen de estar flaco como un palillo. Los viejos están gordos y los feos están gordos, pero hasta los niños de los rockeros son esbeltos y gráciles y ya no se ven aquellos bebés rollizos de antaño. Hacía 2 años de la gira de Hunter, por tanto hacía 2 años que James no visitaba L. A., y escudriñé el bar hasta toparme con el rostro de un poli sureño malcarado, James. Sentada a su lado con aspecto ajado y famélico estaba Teresa, ataviada con un vestido Dior de punto malva que llegaba hasta el suelo y le marcaba las costillas. Pero James estaba gordo.

Por supuesto, fuera del bar Troubadour y la revista *Vogue*, nadie habría considerado que James tuviera algo más que un ligero sobrepeso. Pero estábamos donde estábamos.

—Hola —saludó, al verme.

Me había adelgazado 9 kilos desde el último encuentro y, en consecuencia, estaba merendándome el mundo, pero a James no me lo habría merendado por lo que todavía sentía por él con independencia del curso que hubiera tomado en la vida.

Me sentí y sonreí a Teresa, que respondió con una tos y una tenue sonrisa antes de apoyarse en la barra, agotada. Tenía 19 años, pensé, y él... 26.

—¿Cómo estás? —pregunté.

Le temblaba tanto la mano que se le cayó el pitillo al suelo y ni siquiera intentó recogerlo, sino que se encendió otro.

—He venido a la ciudad a grabar.

—Ah.

Me pregunté si se podía tocar la guitarra con esos temblores en las manos.

Al poco James estaba rodeado de viejos amigos y vi a Teresa sentarse junto a la pared, sola.

—Es un gamberro —me dijo su mánager.

—¿Qué?

—Que es un puto gamberro —repitió el mánager, un viejo amigo—. El primer día de grabación, se presentó en el estudio tan puesto de pastillas y alcohol que se le cayó la púa y tardó media hora en encontrarla.

—Y... ¿qué vais a hacer?

—Nada. Vamos a hacer un disco. Después de esa noche aparecieron sus colegas y lo machacaron y desde entonces está bien.

—Ah.

Otra noche y otro restaurante. El mismo ambiente, yo estaba abstraída en mi fiesta particular cuando un alboroto delante del bar hizo que levantara la vista y viera a James. No se habría tenido en pie de no ser porque se apoyaba en una grupi de las de farras de tres días que probablemente habría oído hablar de Jack Hunter y habría pensado que podría llegar a él a través de James. El maître miraba con preocupación a la pareja cargada de tequila y Tuinal y, como lo conocía, me dio pena y me acerqué.

—Hola —musitó James.

—Joder, James. —De pronto me dominó una ira que me pedía darle una paliza—. ¿Es que no puedes...? ¡Mírate! —Las canciones infantiles de mi madre suenan a poli sureño borracho—. ¿Qué coño pensaría tu familia? ¿Tu padre?

Me sorprendió tanto esta admisión de mis fantasías que retrocedí, pasmada, mientras James escudriñaba entre las drogas y me miraba con sus preciosos ojos.

—Mi padre —pronunció con delicadeza, solo para mí— murió borracho en la cárcel.

—¿Qué?

—¿No has oído hablar de Jackson Ryan? Era casi tan bueno como Hank

Williams. Algunos creían que mejor. En fin...

Se olvidó de lo que estaba diciendo; ahora hacía eso.

—Pero entonces ¿las fotos y las rosas enmarcadas en plata...?

—No era nuestro dinero, era de ellos —explicó a duras penas—. Cuando... murió mi padre... éramos pobres. ¿Sabes, pobres? Mi madre se casó y... El dinero siempre ha sido de ellos.

Y ahora el disco está terminado y publicado y suena fácil como alguien que gana a los dados, rápido y por azar. Como si lo cantara un caballero sin necesidad de esforzarse.

Para la portada me dijo que no quería utilizar la fotografía que le había sacado porque ya no le mostraba como era. Dijo también que quería aparecer con el cinturón que le había regalado Jack Hunter, pero no se ve ni en la fotografía de la portada ni en la de la contraportada, así que debió de cambiar de opinión. El cinturón que me enseñó era de bisutería y no habría combinado con aquella voz tan pura que te dispara. Las habitaciones de otras personas al atardecer valen lo que un diamante recién tallado en la ciudad donde la textura del tiempo, la vida, depende de los terremotos, las fiestas y algunas canciones.

*En un cofrecito de palisandro
Sobre un pie de mármol
Hay un fajo de cartas de amor
Escritas a mano por mi único amor*

*Ve y tráemelas, hermano
Ven y siéntate en la cama
Léemelas con dulzura, hermano
Hasta que se me muera el corazón dolorido.*

Telefoneé a mi madre para preguntarle las palabras exactas del siguiente verso y solo se acordaba de lo siguiente:

*El domingo pasado lo vi
Con una mujer a su lado
Y me pareció oírle susurrar
Tú nunca serás mi novia.*

Siempre pensé que era que ella estaba divirtiéndose sin él y que la muerte era eso. De modo que resulta que la letra no decía lo que entendí.

La fotografía, como las canciones de James, es una grabación de un pasado que solo existe en historias privadas. Los días se suceden en la uniformidad de tardes neblinosas, mantienen una agradable temperatura regular de 24° salvo los veranos que a veces se recuerdan por un calor ininterrumpido. Quizá sean solo mis ilusiones las que hayan hecho que unos días parezcan distintos de otros, quizá he salvado la bisutería y simplemente no lo sé.

Me pregunto de qué trata esa canción.

MERCADO CENTRAL

A los pies de Angels Flight, girabas a la derecha y caminabas una manzana y llegabas al Mercado Central. Este mercado ocupaba una isla urbana entera y tenía entradas por dos calles, una en cada punta, Hill y Broadway, creo. En el Mercado Central hay unos 50 puestos. A diferencia del Mercado de los Granjeros, donde turistas y angelinos se dejan timar alegremente a diario, el Mercado Central vende barato productos frescos y pescado del día y cualquier comestible que pudiera apetecer a cualquier facción de minoría poblacional de L. A. Es como Bagdad.

LOS DISTURBIOS DE WATTS

Pasé los disturbios de Watts en un ático del Chateau Marmont con un ex estudiante de filosofía de Stanford cuya familia poseía todos los terrenos más petrolíferos de Arizona, México y California y que se dedicaba a la profesión de transportar ganado. Era un Vaquero de Stanford, yo siempre pensaba en él en estos términos. Me enseñó las espuelas, así que me lo creí, y las alforjas. En las alforjas guardaba sus posesiones más preciadas, libros sobre magia y las obras de Alistair Crowley. Su caballo debía de sentirse como una biblioteca ambulante. La policía disparó a aquel tipo que llevaba en coche a su mujer a dar a luz al hospital justo mientras Nicky, el Vaquero de Stanford, debía de estar registrándose en el Chateau esa noche, procedente de Indio, el desierto de donde vienen los vientos de Santa Ana.

Creo que el tipo al que dispararon en Watts hizo que los vientos, como una fuga de gas, explotaran.

L. A. estaba cerrado.

No circulaban coches por las calles. Todo el mundo estaba en casa viendo la tele, donde Joe Pyne había vaciado una bolsa llena de pistolas sobre la mesa y había asegurado que no iba a permitir que nadie le quitara nada, mucho menos la mujer y las hijas.

Nicky se rio en silencio y me suplicó que lo acercara en coche a Watts. El televisor estaba de espaldas a las cristaleras que daban a la ciudad y minúsculas agujas de humo se elevaban en la lejanía. Lo que a Nicky le

divertía era que «ellos» estuvieran disparando a los aviones con calibres del 22.

«¿Estás loco?», me pregunté. Acababa de conocerlo justo comenzar los disturbios. Estábamos los dos solos delante del Four Oaks, un bar para artistas en Beverly Glen, y lo había tomado por un californiano del montón. Aunque tuviera esos tochos sobre magia de la colección Horace Greeley Mann o lo que fueran y aunque trabajara de vaquero. Estábamos bebiendo bourbon y comiendo patatas fritas servidas por el Liquor Locker de al lado del Chateau. Era agradable pasar los Disturbios en un ático. Parecían ganas de buscarse problemas ir a ver cómo disparaban a los aviones.

De noche vimos a una pareja desnuda entrelazada apasionadamente dos plantas más abajo, pero nosotros dormimos en camas separadas y fuimos cambiando de cadena para ver sobre todo películas viejas. Solo sintonizábamos los Disturbios durante los anuncios.

—Tom Wolfe está aquí —dijo Nicky.

—¿Sí?

Nicky había salido al Schwab's a por revistas y por tanto sabía lo que pasaba en los alrededores fuera de la habitación y no solo lo que veíamos en la tele.

Al principio, cuando me había puesto a hablar con Nicky allá fuera, en los vientos que olían a eucalipto y jazmín de Beverly Glen, lo había tomado por un actor al que acababan de cancelar la serie. Tenía la mirada triste de la cancelación y era demasiado atractivo y demasiado alto y estaba demasiado bronceado para ser cualquier otra cosa. Cuando resultó que era el heredero de una inmensa fortuna californiana, me lo creí.

—Entonces ¿por qué trabajas de vaquero? —fue todo cuanto pregunté.

—Bueno, no me gustan las vacas —explicó.

—Bien, pues entonces ¿por qué?

—Caballos. Quiero averiguar todo lo que pueda de los caballos antes de empezar a competir en las carreras.

—Los caballos de carreras cuestan una fortuna.

—Sé dónde conseguir uno barato por 60.000 dólares.

—Ah.

PECADOS DE LA MUERTE VERDE

Me desvirgaron después de dos latas de Rainier Ale con 17 años. La Rainier Ale es un producto local vendido por toda la costa y originario de Seattle (donde está el monte Rainier) y en aquel entonces una lata pequeña costaba unos 26 centavos. Pues bien, un joven guapo y ostentoso llevaba tiempo suministrándome Courvoisier y champán solo para convertirse en el instrumento, al final, de una lata y media de Rainier Ale. Me había perseguido, lo había hecho todo: me había dicho que me quería en 8 idiomas distintos, me había presentado en sociedad y en los círculos de las estrellas, me había cubierto de gardenias y me había telefoneado 4 veces al día, y además tenía un descapotable, el pelo leonado y rizado y era rico. Sin embargo, decidió la Rainier Ale y al final el chico se convirtió en mero peón de las caprichosas propiedades conocidas por los nativos costeros que siempre han llamado a ese líquido especial «La Muerte Verde».

Me habían dicho que sangraría y me dolería y me haría mujer. Pero no dolió. No sangré y, en lugar de convertirme en una persona madura, empecé a plantearme qué más había por ahí que fuera como la Rainier Ale.

Por entonces estaba tratando de acortar mi paso por Hollywood High saltándome un curso, de modo que me gradué en verano, medio semestre antes de lo normal. Mi último día en el instituto la subdirectora de la sección femenina me citó en su despacho y pensé «Ay, no, van a decirme que hago faltas de ortografía y no puedo salir de aquí», pero en cambio la señora

Standfast (señora Bertha Standfast) me soltó el discurso de «Estás a punto de embarcarte en una nueva etapa de la vida», lo cual, confiaba yo, la distraería del hecho de que me resbalaba semen por la pierna, un hecho difícilmente apropiado, pero yo no sabía que los entretenimientos no faltaban ni siquiera en la escuela de verano. Normalmente en Hollywood, cuando te entregan un diploma, la ceremonia se organiza en el Hollywood Bowl. El Hollywood Bowl tiene un aforo aproximado de 20.000 personas. La ceremonia debía de parecer muy pequeña con la única presencia de los estudiantes y sus padres, pero imagino que no podían resistirse. En aquel entonces, no se me ocurrió que yo ya me había embarcado en una nueva etapa de la vida.

Al final del discurso la señora Standfast me entregó un bonito estuche negro y me informó de que recibiría el diploma por correo porque todavía estaba en la imprenta. Y relajó las formalidades.

—Y bien, ¿qué vas a hacer, querida?

Siempre me había gustado la señora Standfast porque tenía sentido del humor e intentaba no entrometerse en la vida de nadie. (Una vez le chivaron que las chicas fumaban en los servicios del Edificio de Bellas Artes y apareció acompañada de una delegación y el lugar se vació como un coche de payasos y ella lo único que hizo fue partirse de la risa, ni siquiera fingió que no le divertía. Siempre me cayó bien.) Así pues no quería ofenderla contándole lo que tenía planeado. Yo había sido una de aquellas chicas de los servicios.

—¿Hacer? —pregunté, tratando de secarme la pantorrilla.

—Sí. Tienes buenas notas, pero has cambiado varias veces de especialidad... ¿Piensas seguir...?

«Seguir» significaba «ir a la UCLA», la Universidad de California en Los Ángeles, cuya presencia se erguía como la del Everest.

—No lo sé —dije—. Pensaba ir al L.A.C.C. mientras me decido.

—Bien... —dijo, sin disimular la decepción: les gustaba que «siguieras» y no te saltaras las normas matriculándote en el Los Angeles City College—. Buena suerte.

Nos levantamos y me estrechó la mano.

Embutí el estuche del diploma en el bolso, grande y abierto, y salí casi a la carrera hacia los lavabos, donde me fumé un cigarrillo y me puse papel higiénico en las bragas por si acaso.

Recuperada la seguridad, me paré en las escaleras del Edificio de Administración a rebuscar en el bolso atestado las gafas de sol antes de remontar Highland hacia Hollywood Boulevard para coger, por última vez, el autobús que me llevaba a casa después del colegio. El bolso iba lleno de lo de siempre, lecturas escandalosas, tabaco, anticonceptivos y maquillaje, mientras esperaba bajo el potente sol neblinoso de agosto sin la protección de los bananos que crecían en abundancia cerca de los edificios.

Las gafas estaban al fondo de todo, junto al abrebotellas. Nunca he llamado llave de iglesia al abrebotellas, la asociación no me parecía adecuada. En aquella época siempre llevaba un abridor encima, como el pintalabios.

No le conté a mi ostentoso joven que acababa de graduarme de la secundaria. Era demasiado ajeno a todo para entender la trascendencia americana del hecho o tener que plantearse si un estuche de diploma vacío entregado tras un discurso en un despacho con solo dos personas presentes era motivo de extrañeza. Era un compositor «serio» y me había inculcado su postura ante asuntos como que los Four Freshmen cantaran «Graduation Day» y el sentimentalismo de «... siempre recordaremos el Día de la Graduación» habría provocado su desprecio. Me había empapado tanto de su mundo que una noche me pasé 15 minutos en una fiesta explicándole a un agradable señor mayor que la música popular era bazofia y luego resultó que

el agradable señor había escrito «You Make Me Feel So Young», que era, en secreto, mi canción favorita del mundo mundial.

Lo que siempre iba a recordar no era al amante ostentoso, que es una postal aguada que flota, translúcida, en un expositor medio olvidado de souvenirs, ni el alivio de recibir el estuche del diploma. Lo que siempre recordaría era la Rainier Ale.

Para la Muerte Verde he reservado ese tipo de intensidad deslumbrante y preciada que se escucha en las voces de los franceses de las películas cuando hablan del primer amor, una mujer mayor que ya no está pero que saborearán en el recuerdo hasta el día que se mueran. El problema con la Rainier Ale es que todavía está. No la han cambiado, solo la han subido unos centavos más, nada más. El francés puede seguir con su vida, casarse y tener nietos: la tentación de su primer amor es inalcanzable.

En cambio yo, cada vez que entro en una licorería...

Mi amante ostentoso era ideal para la clase de virgen de tebeo romántico que yo fingía ser hasta que su textura comenzó a entrar en conflicto con la persona que era en realidad y que antes o después tenía que aparecer. Yo no era el dulce pitiminí de feminidad que habíamos ideado para mí cuando empezamos, y dio lo mismo que él consiguiera otra Fulbright y se lo llevaran a aprender otro idioma más en las camas de las chicas de otra nacionalidad más. Para entonces había empezado a darme cuenta de que para mí una vida de ensayos, de *jam sessions*, de viejos excéntricos que componían piezas seriales dodecafónicas y de que me presentaran a todo el mundo como la ahijada de Stravinsky no era vida.

Me parecía a Brigitte Bardot y era la ahijada de Stravinsky. No podía evitar que me relacionara con Stravinsky y tenía la impresión de que, al margen de mi físico, se habría empeñado en conseguirme justo por eso, por Stravinsky. Así que nunca pude enamorarme mucho de él y, de todos modos, era ridículo

imaginarme yendo de conciertos mucho más tiempo. Yo, la ahijada de Stravinsky, le cogí manía a los conciertos de niña.

Pero ahora en las licorerías cuando voy a las neveras a por un refresco Vernor de 1 cal. (el Ginger Ale de Vernor es otro producto regional de belleza y calidad innegables, solo que no de nuestra región: de Detroit), ahora cuando me planto frente a las enormes puertas de cristal y busco más allá de la Coca-Cola, el Cold Duck y el Squirt, a veces mientras mi mirada se desliza por las filas de productos de repente se ancla en el emblema monárquico de un esmeralda dorado verdoso que adorna las latas de Rainier Ale. Y entonces las latas me susurran descaradamente el éxtasis de deseos secretos consumados con pasión con los que nos topamos juntas en los días en que jamás pensábamos que pudiera aplicárse nos un concepto como «diferencias irreconciliables». La Rainier Ale, en fin, engorda demasiado.

Ahora bebo champán.

Los pecados son aquellos a los que tienes que renunciar, no los que no cambian nada. El champán no cambia nada. Media lata de Muerte Verde equivale a más de dos kilos. Yo nunca dejo los pecados hasta el último momento, con la esperanza de que la ciencia moderna halle una solución. Pero ni la ciencia ni el arte solventan nunca los pecados de verdad y, puesto que la única solución que proponen tanto la una como el otro es el champán, voy tirando. A veces, solo durante los primeros diez minutos, casi logras intuir una Rainier.

Me he percatado de que cualquier cosa que desees de corazón antes o después se convierte en pecado y acabarás solo intuyéndola, así que puedes considerarte afortunada si consigues al menos la mitad. En vista de cómo es la senda de la vida, desea algo enorme.

Yo me decidí al cien por cien por Marlon Brando. Por eso no podía contárselo a la señora Standfast y disimulé con lo del L.A.C.C.

Marlon Brando no se incluye en las charlas con la orientadora escolar ni en los folletos acerca de hacia dónde tirar al acabar el instituto para proteger tu vida de la posibilidad de que salgas sin tener ni idea de qué hacer. Pero ¿cómo vas a conseguir mandarlas a la UCLA después de que hayan visto a Zapata?

Se trataba, en pocas palabras, de una diferencia irreconciliable.

Las chicas como yo, con buenas notas (salvo por la ortografía), se suponía que debíamos girar a la derecha y desfilas por Sunset hasta la UCLA y estudiar, si éramos prácticas, Magisterio o, si teníamos conciencia social, Psicología, o, si éramos unas florecillas románticas, Literatura Inglesa. A esas alturas yo estaba harta de todo el mundo y no me imaginaba compartiendo más tiempo con nadie, rodeada todavía de más jóvenes iguales procedentes de lo largo y ancho del país.

—De verdad —me preguntaban, preocupadas—, ¿no te gustaría graduarte en el escenario? ¿Cómo es que te sacas el diploma en verano?

Los deseos de sus corazones eran mezquinos y supongo que decidieron arriesgarse a no arriesgarse.

Ni siquiera les interesaban los pecados.

Fue ¡*Viva Zapata!* Recuerdo salir sola de un cine un sábado por la tarde. Aún de día. Tenía 15 años y fue algo tan simple como eso. Al final, cuando Zapata entra en el fuerte donde le espera su caballo blanco y lo emboscan cientos de rifles hasta que las balas convulsionan su cuerpo y arrojan ese recordatorio acribillado a los campesinos, estos vuelven la vista hacia las montañas a las que ha escapado el caballo blanco. El caballo blanco relincha, agitando al viento sus crines largas y sensuales, y sabemos que en realidad Zapata no está muerto, sino que se ha escondido en el monte y regresará.

Cuando salí de aquella sala de cine casi vacía a Hollywood Boulevard, ganó Marlon Brando. La UCLA no tenía ninguna posibilidad.

—Pero ¿qué vas a hacer, cariño...? —no paraba de preguntarme la orientadora escolar mirando mi puntuación en los Test Iowa, que era altísima y no solo porque hubiera hecho trampas.

De haber estado a punto de flaquear, que no era el caso, *El rostro impenetrable* me habría clavado para siempre en la cruz de la indiferencia hacia las diminutas variaciones entre Psicología, Literatura Inglesa y Magisterio. *El rostro impenetrable* se estrenó ese verano y Sally y yo encabezamos la cola para entrar en el Pix y nos quedamos a verla tres veces seguidas. En esa película Brando estaba demasiado gordo. Era el único defecto, pero un Brando demasiado gordo seguía siendo más Todo que cualquier cosa que una universidad confiara en permitirte intuir. Me dolió, eso sí, que estuviera gordo y que por eso los de los asientos de atrás se rieran de él. Decidí no engordarme de más nunca.

—Pero, si no vas a la UCLA —la mirada de la consejera abandonó las notas de las pruebas y me enfocó la cara—, ¿qué harás?

—Estaba pensando en correr aventuras... —dije entre dientes.

—¿Qué?

—Que quizá... —Me acobardé, tenía solo 17 años y todavía me faltaba más Brando—. Puede que vaya al... L.A.C.C.

—Oh.

Está decepcionada.

No les gusta que vayas al L.A.C.C. Les jode el historial. Les gusta que un porcentaje alto se matricule en una universidad de verdad. El L.A.C.C. no era una «buena» universidad. Para empezar, no costaba lo bastante entrar. Bastaba con que contestaras «sí» cuando te preguntaran si hablabas inglés. Si respondías «no», te pasaban a una clase de recuperación de inglés. Y además, la universidad rebosaba de indeseables y había abierto sus puertas a las masas a pesar de que los Disturbios de Watts todavía pertenecían a un futuro lejano.

En el L.A.C.C. no había nada remotamente parecido a una postura erudita ni a un espíritu universitario, y el único deporte en el que recuerdo que destacaran era el fútbol. El fútbol no era un «buen» deporte. La universidad estaba unas cuatro manzanas del hospital donde nació. Estaba en Vermont cerca de Melrose, que es una especie de barrio de clase media indeterminada que no se engaña a sí misma. Westwood, donde está la UCLA, es una mierda tan grande que da ganas de vomitar. Es muy BLANCO y muy limpio y muy impermeable, y lo más parecido que he experimentado a esa sensación que provoca Westwood fue una vez que me llevaron del Lower East Side neoyorquino un día de verano horrible a casa de la madre de unos amigos, en Westport, Connecticut, y desperté tal rechazo y mala impresión en la madre (adivinó que soy judía, cosa que su hijo no había detectado) que al terminar de comer pasó 45 minutos de diapositivas de la exnovia de su hijo. Así es Westwood. Por mí, como si lo borran de la faz de la Tierra. En fin, el L.A.C.C. no intentaba desarrollar un espíritu universitario ni en broma. Solo trataba de no influir de forma irrevocable en quién iba a qué clase, no llegaban a más. Era una buena universidad. Cursé tres trimestres y nadie me preguntó jamás lo que hacía.

El resto de Hollywood High fue a la UCLA y se convirtieron en «educadoras». Salvo Sally, por supuesto, y alguna más que sencillamente no se veía haciéndolo.

Mis padres entonces, al principio de estudiar en el L.A.C.C., todavía vivían en Chermoya y yo con ellos. El amante ostentoso había obtenido una beca en el extranjero y nos escribíamos prometiéndonos fidelidad pero yo sabía que estaría tirándose a las azafatas del avión y no me importaba porque no lo deseaba de corazón.

Buscaba algo más Brando, le habría respondido a la dependienta que se hubiera ofrecido a ayudarme, algo más escandaloso y grandioso.

No quería una casita con enredaderas, estabilidad, hijos, título universitario y perro. Si el caballo blanco estaba en el monte, podría seguirlo hasta Zapata y quedarme con él.

Mi madre nunca me preguntó qué pensaba hacer, tampoco mi padre. Ambos opinaban que a las universidades iban los que no sabían lo que hacían, que es, supongo, de donde saqué la misma idea. Y después aparecieron Zapata y la Rainier Ale y todo palideció en comparación. Fue mi madre quien descubrió la Rainier Ale, solía bebérsela en un vaso mexicano azul antes de cenar, de pie junto a la ventana de la cocina contemplando el atardecer y cantando: «La luz rosa de Hollywood...» (Mi madre creía que la «Luz Rosa» era una realidad tangible.) A veces me miraba contenta, así que supongo que no la alarmaba el hecho de que estuviera tan Zapata que me encontrara al borde de tomar el doble de todo para evitar el riesgo de que me pareciera que me quedaba a medias.

—Mamá... —dije una noche mientras estábamos sentadas fuera viendo jugar a los gatos en el jardín.

—Sí, tesoro...

—Creo que seré aventurera. ¿Te parece bien?

—Siempre nos has parecido maravillosa.

—Vale —dije.

Pobre Thomas Wolfe.

Así que, al filo de los 18 años, era tan de Hollywood que aspiraba a convertirme en una especie de combinación entre Sherezade y Sheena aderezada de Mme. Récamier y Elizabeth Taylor. En realidad Elizabeth Taylor no me gustó hasta que le robó el marido a Debbie Reynolds y comencé a adorarla. No fue hasta que visité Roma y los devaneos de Elizabeth Taylor obligaron a pagar diez mil libras diarias por seis meses adicionales de rodaje a 20.000 extras y los alquileres se dispararon cuando

empecé a desear que Elizabeth Taylor se calmara un poco, pero aun así... valía la pena. Cada vez que me acordaba de que el alquiler era mucho más barato antes de *Cleopatra*, pensaba en los huesos horribles de las cuencas oculares de Debbie Reynolds. Elizabeth Taylor daba a cada uno su merecido.

El L.A.C.C. no interfirió en mis planes de convertirme en aventurera imprimiéndome su carácter porque no tenía carácter; no conseguían ni cuidar el césped como es debido. Las asignaturas que elegí no delataban ninguna intención futura, simplemente me gustaban y durante una temporada pensé que sería divertido estudiar historia, pero conocí a algunos estudiantes de historia en la facultad de la UCLA y su piel blanca y fofa me hizo cambiar de opinión.

Tras un período apropiado de fidelidad, descubrí sin lugar a dudas que mi amante ostentoso se había ido a los Alpes con una vieja amiga y me sentí con la libertad para disfrutar del inmenso, nuevo e increíblemente variado mundo de los hombres que querían acostarse conmigo. El segundo fue un arquitecto de San Francisco que tenía un ático y me invitaba a whisky escocés (no a Rainier, aunque intenté que me comprara alguna); el tercero era otro millonario demasiado mayor que me mandaba a casa en taxi. (Luego me complacería enterarme de que lo habían condenado a 6 meses de prisión. Jamás recibirás compasión de examantes a las que has mandado a casa en taxi.) Después, lo he olvidado. Solo recuerdo que eran demasiado fáciles, demasiado inexpertos y que mi idea de partida de que a la gente le gustaba divertirse estaba equivocada, aunque no debería haber obviado cómo se me pudo ocurrir que a la gente le gustaba divertirse cuando la mayoría se había matriculado en la UCLA. En un abrir y cerrar de ojos, acabé arrinconada en el mismo lugar de antes, donde las únicas pruebas con que contaba de que existía un mundo mejor eran la Rainier Ale y Marlon Brando.

Era una zorra.

El día que cumplí 18 años, Sally y yo quedamos porque todavía éramos amigas aunque cada vez nos veíamos menos. Fuimos a Pupi's, un local dedicado a los pasteles, con vistas al Strip. La invité a la fiesta de cumpleaños sorpresa que había organizado mi madre para esa noche (aunque mi madre jamás haría algo tan imperdonable como sorprenderme de verdad; odio las sorpresas). Sally me habló de su nueva clase de interpretación y de lo fantástico y adorable que era el tipo que la impartía aunque no le hacía ni caso y de que había contraído «gonorrea crónica», cosa que me pareció injusta, en particular que fuera crónica.

Lamió el glaseado de limón del tenedor y frunció el ceño:

—Mierda, estoy deprimidísima, hace 3 meses que no echo un polvo.

—No te pierdes nada —dije, tras haber llegado recientemente a dicha conclusión. El vasto hastío de los 18 años nos salía en nubecillas de humo por las orejas, como si fuéramos barcos de vapor—. Son todos unos cabrones, no tienen nada de clase, de hecho, he conocido a un tío que cree que el sexo oral con una mujer se llama «comer empanada» y es cosa de pervertidos.

—¿En serio? Qué *bourgeois*.

Contemplamos el ir y venir del moderno tráfico por el Strip un rato y nos sentó de maravilla. Sally se había convertido en rubia platino, con lo que parecía una Kim Novak con cerebro, y en cuanto a su carrera, como llamaba a su vida, prometía. De hecho, Sally sabía actuar.

Ninguna de las dos sabía lo que iba a hacer, pero no importaba.

—¿Sabes, Evie? —empezó a decir—, creo que sería divertido enamorarse.

—¿El amor? —me mofé, mientras cupido planeaba por encima de mí a la espera del momento oportuno para disparar.

—Sí...

—¿Y de quién te enamorarías?

—Ay, Evie, tendrías que ver a mi profesor de interpretación... Es

adorable... de verdad.

—¡Actores!

—Él es diferente... Es...

Como en lo tocante a Marlon Brando éramos prácticamente gemelas, no debería haberme sorprendido que su profesor de interpretación fuera adorable. Pero la clase estaba llena de Thunderbird Girls y el asunto quedó zanjado cuando resultó que me daba dolor de cabeza estar en la misma sala con más de una. De todas maneras mi idea de la palabra «amor» equivalía a una cosa que hacían otros para acostumbrarse a la idea de tener hijos. Tal como iban las cosas yo me hubiese conformado solo con Zapata y verlas pasar de lejos.

—¿Sabes? —le dije—. Me bastaría con alguien que no me hiciera sentir vieja.

—El amor es eso.

—Ah.

Me terminé el Crujiente Almendrado de Café y sopesé las definiciones de Sally. En aquella época todavía comía pasteles.

Mi fiesta de cumpleaños sorpresa estaba llena de una mezcla relajada de parientes y amigos. Sally y yo nos escabullimos por la puerta trasera sin despedirnos porque le habían hablado de una fiesta en Laurel Canyon que no era relajada. Le dije a mi madre que me iba y me dijo adiós y diviértete.

Sally vestía como las Thunderbird Girls. El conjunto entero de prendas constrictoras, liguero, corpiño, y vestidos negros de cóctel. Las chicas de 18 todavía intentaban aparentar ser «mayores» y por entonces yo más o menos también quería parecer mayor de lo que era, pero no estaba dispuesta a hacer nada si iba a clavárseme en la cintura. La fiesta estaba bien y no era relajada. Era un grupo muy animado.

Se celebraba en la casa de Laurel Canyon de un tipo que conocía a todo el

mundo y llevaba una racha de dos años ganando en las carreras, de modo que montaba fiestas constantemente y se consideraba de rigor el gusto por las jovencitas.

Estábamos acostumbradas.

Sally y yo llevábamos asistiendo a fiestas parecidas desde que conocimos a Wendy, y a veces te presentaban a alguien que no era actor. Para mí, a esas alturas, cualquiera que fuera actor dejaba de contar automáticamente, era un espacio vacío. Nada de lo que decían los actores hacía mella en mi cerebro y nada de lo que hacían pasaba por realidad.

Lo único que tenía eran los estudiantes del L.A.C.C. y aquellos actores. Todavía no conocía a ningún artista y, aunque no tenía donde elegir (puesto que los actores y los estudiantes no eran nada), me mantenía en mis trece y resistía. No iba a cambiar de opinión y a pensar que un actor o un estudiante podían ser Zapata ni iba a fingir que no importaba. Existía la Rainier Ale. Podías comprarla en las tiendas si se te olvidaba a qué sabían las cosas de verdad.

El profesor de interpretación de Sally entró con un amigo desde la noche encapotada, de modo que ¿cómo es que todavía lo recuerdo entrando solo, caído de las estrellas? Cupido disparó su arma impregnada de prosa púrpura, no una simple flecha, y luego disparó otra, de modo que fueron dos, una me atravesó el corazón según las convenciones y la otra el cerebro. Las dos medían unos 2,5 metros de largo y 5 centímetros de grosor.

Medio me levanté por el impacto y él me vio desde el extremo opuesto de la sala al tiempo que entraba solo, caído de las estrellas, y luego desaparecía. Estaba rodeado de chicas, abrumado por una maraña de brazos bellos y exclamaciones femeninas con la delicadeza de los pétalos de las flores. Tres de las preciosidades se habían zafado de sus otras conversaciones y aquello parecía la visita de Santa Claus a un orfanato.

Por lo visto, yo no era la única.

Graham, que así se llamaba el profesor, era una de esas personas que distinguen ciertos puñados de tiempo —como Brando— en las escasas ocasiones que de vez en cuando conceden las circunstancias para que parezca que la vida merece la pena. Al menos para gente como yo. Tengo amigas que lo han conocido y le tienen miedo igual que la gente se lo tenía a las brujas. Yo no. En cualquier caso, las brujas me parecen cosa de niños.

Graham vestía de negro y tenía el pelo negro, largo y brillante, que le caía por la cara y él se retiraba de los atentos ojos castaños cuando hablaba contigo. Sus ojos eran los auténticos ojos de un mentiroso. Las manos que apartaban el pelo eran las manos de alguien que ama a las mujeres y sabe qué hacer. Sus ojos te escuchaban, observaban atentamente para ver lo que querías escuchar y acortar así la espera hasta que sus manos pudieran desnudarte y tocarte para llevarte de vuelta al cielo, mandarte a un cielo azul y de mentiras. Las mentiras no lo eran porque existe el cielo azul, el caballo galopa de regreso al monte donde Zapata, que no es un cadáver acribillado, está esperándote y, si dudas, en la licorería venden Muerte Verde.

Todo encanto verdaderamente descomunal, como el que exudaba Graham, hace mucho más de lo necesario. Sale a tales borbotones que podrías vivir inmerso en él. Razón por la que Graham no solo arrasaba entre las mujeres, lo cual habría contentado a la mayoría de los hombres. Graham tenía amigos masculinos que habrían entregado sus vidas por él y hasta los empleados de las gasolineras lo intuían y le limpiaban mejor el parabrisas. Los animales se despertaban y se acercaban a sentarse en su regazo cuando Graham entraba en una habitación. Las plantas moribundas de una casa se recuperaban si las cuidaba Graham. Mi abuela lo conoció un día de casualidad y todavía pregunta por él.

Me senté en el sofá a observar a Graham y las chicas.

Aquellas chicas lo hacían todo mal. Usaban laca. Cuando descubrí que la laca era espantosa tal y como ya sabían todas aunque siguieran poniéndosela, me cuidé mucho de hacer nada parecido si podía evitarlo. Solo porque sea más fácil olvidarte de lo que estás haciendo no es razón para echarte porquerías en el pelo. Pero lo hacían todo mal, con las medias de nailon y la careta de maquillaje y los corpiños en unas cinturas que ya eran esbeltas. Iban demasiado recargadas de formalidades para que la cosa despegara.

Una de las esencias de Brando consiste en prescindir de formalidades. Si te quedas esperando a que el tío te abra la puerta, de repente descubrirás que has acabado con Ernest Borgnine y que Marlon Brando se ha largado a Ensenada con la camarera.

Graham, cuyo nombre escuché que gritaban desde la otra punta de la habitación, me miró.

Miré para otro lado y luego volví a él; seguía mirándome. Iba a seguir así, pensé, hasta el final. Sally lo arrancó de la muchedumbre y lo trajo a mi lado al sofá, donde antes estaba sentada ella. Cometió un error estratégico, aunque no sé cómo pudo pasar por alto las enormes flechas que me atravesaban. Nos presentó.

—Me gustaría charlar contigo antes de que te fueras —dijo Graham con su voz íntima de Manhattan como besos de chocolate que me recordó a los Dead End Kids, a los que adoraba, a todos menos a Mugsy, de quien era esclava. Graham me recordaba a Mugsy y yo había amado a Mugsy desde que podía ver.

—¿Ah, sí?

—¿Eres lo bastante mayor?

—Hoy he cumplido 18 —dije.

Antes de los Beatles todavía se tenía en cuenta la edad.

—Eres mayor.

Su voz era exactamente igual que el chocolate, era como el chocolate chocolate chocolate. Uno de mis sueños de infancia era abrir una puerta y encontrarme una habitación que solo contuviera chocolate, ni siquiera aire, solo chocolate que tenías que ir arrancando con un cuchillo para empezar a comértelo. Nunca me he planteado cómo había llegado el chocolate a la habitación. Su voz era un instrumento para contar mentiras, pero imagino que no importaba, puesto que el cielo azul y el sonido chocolateado conseguían que angustiarse por unas mentiras pareciera patético.

Cuando mentía era como si se saltara una formalidad para ver si eras auténtica.

Por entonces nadie aparte de mí iba de Brigitte Bardot, salvo las beatniks, que eran unas aburridas y le quitaban toda la gracia a la idea. De modo que lo que Graham debió de ver al mirarme fue a una Bardot californiana, alta y limpia y con demasiado lápiz de ojos marrón, demasiado despeinada y probablemente demasiado joven. Llevaba un vestido de tubo lavanda y sandalias, sin medias ni pulseras. Me moría por besarlo.

—Vamos —dije.

—¿Adónde?

Lo arrastré a la habitación donde dejábamos los abrigos y cerré la puerta. Me había fugado con el objeto de deseo de todas.

—¿Cómo te llamas?

—Graham Thomas.

—¿Cómo te llamas de verdad?

—Graham Thomas.

—¿Por qué eres actor?

—¿Quién te ha dicho que soy actor?

—Sally.

—Soy director. Antes actuaba, pero tienes que montar a caballo y me harté

de partirme el culo. Además, los caballos son tan tontos que se dejan azotar.

Me reí.

Ese era el problema, supongo, que siempre me hacía reír. Cambié de tema.

—¿Comes coños?

—Soy campeón olímpico. ¿Por qué? ¿No se supone que los chavales de hoy día no hacéis otra cosa?

—No. No tienen experiencia —dije.

Estaba sentada en la cama de los abrigo y me recosté apoyándome en los codos de manera que la falda subiera hasta la medida que al cabo de pocos años se pondría de moda pero que en ese momento resultaba insólito.

—¿Comes pollas?

Sus manos se me resistían, era demasiado listo.

—No muy bien.

—Alguien tiene que enseñarte.

—Oh.

—Paso a recogerte mañana por la noche.

—¿Por dónde?

—Cerca de donde vivas.

—¿Por qué no por mi casa?

Hizo una pausa.

—¡Estás casado! —dije. Acusé, certeramente.

—Sí —admitió, encogiéndose de hombros.

—¿Estás enamorado de tu mujer?

—Locamente.

—¡Cabrón!

Mi vestido lavanda y yo nos levantamos de los abrigo y nos encerramos en el baño de un portazo, donde nos doblamos en dos, desinflada por los «hombres casados». Como con la laca del pelo, lo hacía sin pensar. Marcaba

ese límite porque las que usaban laca del pelo y se matriculaban en la UCLA sin pensárselo dos veces decían que había que marcarlo. Existía un enorme anuncio de neón sobre el «hombre casado» que se leía como un titular de prensa en Times Square acerca de «arruinarte la vida» y «buscarte la infelicidad» y «solo quieren usarte». Me miré en el espejo: nada de lágrimas, por suerte para el exceso de lápiz de ojos marrón. Mierda, me dije, si me detengo ahora me arriesgo a acabar con una puta cerquita de madera alrededor de casa.

Él estaba esperando.

—¡Cabrón! —repetí, dadas las circunstancias.

—Bueno, cariño... —estiró su voz de chocolate caliente—, prefiero ser un cabrón a enamorarme de uno.

—¿Mañana a qué hora?

Duró mucho tiempo y mereció la pena.

Cuando asesinaron a Kennedy, Graham y yo estábamos enfadados y hacía 2 meses que no lo veía. Fui a Santa Monica Boulevard a buscarlo e incluso ahora, que tiene tanto dinero y poder, todavía pienso en él en el Arrow Market o en Carl's. Le encantaba pasear por los mercados y comentar la mercancía, y yo solía pegarme a su lado, riéndome. Así que pensé, con Kennedy asesinado, estará en el mercado porque para algunas personas no hay mayor solaz que el de determinados mercados.

Graham estaba delante del Arrow Market cargado con la compra cuando por fin lo encontré después de vagar por Santa Mónica durante dos horas. Estaba charlando con unos amigos.

—Hola, cariño —saludó.

Las peleas eran siempre mías, él nunca participaba, se limitaba a esperar

que se me pasara el enfado.

—Oye... —dije—. No sé, ¿qué opinas?

—Ah, ¿de Kennedy? —Se rio—. Bueno, pues mira, que es terrible y una tragedia y todo eso... pero la tele diurna ha ganado interés.

Hoy día bebo tequila cuando no consigo champán francés. Graham vive en Londres con limusinas y bellezas violentas, aunque sé que preferiría a chicas desastradas de 18 años igual que yo preferiría una Rainier. A veces telefonea desde algún estudio a 14.000 kilómetros en plena noche y me dice que siempre me quiso y que en realidad todavía me quiere.

—Sí, bueno, mándame algo de dinero —digo.

—¿Qué? No te oigo, el teléfono no va bien.

Él miente y yo no tengo un duro.

Pero cuando escucho esa voz mentirosa de chocolate, todas las veces, vuelvo a la confusión de la noche que entró solo, caído de las estrellas.

Mi prima Polly se gradúa de secundaria este verano en Long Island. Vino de visita en Nochevieja y compartimos una lata de Rainier Ale, con la que engordé más de 2 kilos. Me alegró que, pese a lo sofisticada que es respecto a las drogas, bastara un vaso para emborracharla y que saliera a bailar a Olvera Street con los mexicanos y mis padres, algo muy por debajo de su dignidad de consumidora de ácidos. Me confesó que odiaba estudiar y no sabía lo que quería hacer y la invité a instalarse conmigo si para entonces yo había conseguido algo de dinero. Nunca ha visto *Zapata*.

Graham dijo que nos haría un pase de la película cuando volviera.

La señora Standfast no estaría muy contenta conmigo. No hago honor a

Hollywood High, cuyo lema era «Alcanzar el honor mediante el servicio», y aquí me tienes, sin hijos, ni perro, ni marido, ni tan siquiera un divorcio. Pero como aventurera, hay que decir que a veces he montado un caballo blanco, me he agarrado a sus crines y he cabalgado el cielo azul y saboreado los pecados de la Muerte Verde.

ÁLBUM DE HOLLYWOOD



Valentino

PHOTO BY EVE BARITZ



Football field of
Hollywood High
with Sheik painted
on Boys' Gym.

Cancha de fútbol americano de Hollywood High con el Jeque pintado en el gimnasio de los chicos.



PHOTO BY SOL BABITZ

*One of my father's
more fabulous photos,
Stravinsky descending
from boat staircase.*

Una de las fotos más fabulosas de mi padre. Stravinsky descendiendo por la pasarela de un barco.



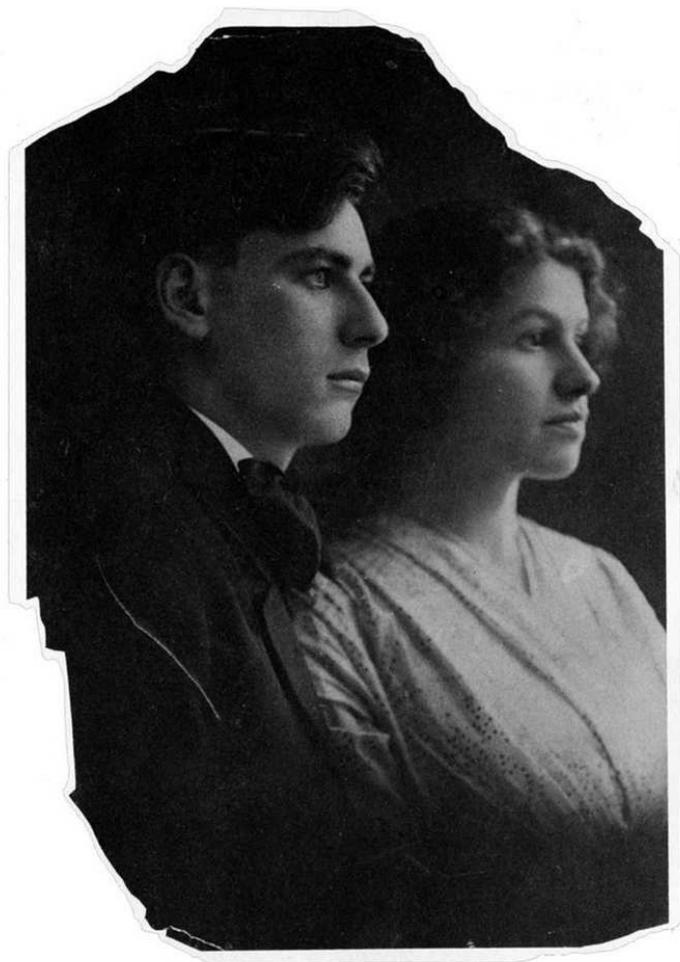
*Mother,
Mae
Babitz*

PHOTO BY SOL BABITZ



PHOTO BY SOL BABITZ

Mi madre, Mae Babitz.



*The \$5.00 picture
(grandpa piece)*

La fotografía de 5 dólares (del abuelo).



*My father's sister,
Thelma Babitz,
being Isadora
as a teenager
in some
Hollywood
ruin.*

*Agnes and her
brother in
Louisiana long
ago, attesting to
author's half-
Cajun ancestry.*



(ARRIBA) La hermana de mi padre, Thelma Babitz, de adolescente a lo Isadora en alguna ruina hollywoodiense. (ABAJO) Agnes y su hermano en Louisiana hace mucho, prueba de la ascendencia medio cajún de la autora.



PHOTO BY SOL BARITZ

*Mother, father and author
in 1943 - author disgruntled
in spite of beautiful parents.*

La autora y sus padres en 1943: la autora está enfurruñada pese a sus guapísimos padres.

Author, 1944

PHOTO BY SOL BARBITZ



Below:
author, age 14,
reading
biography of
Elinor Glyn
(author of
"It" and
"Three Weeks"
and other '20's
classics).

PHOTO BY MAE BARBITZ



(ARRIBA) Autora, 1944. 2. (ABAJO) La autora a los 14 años leyendo una biografía de *Elinor Glyn* (autora de *Ello*, *Tres semanas* y otros clásicos de los años 20).

*Sister,
mother and
author in
Petrified
Forest.*



PHOTO BY SOL BABITZ

PHOTO BY SOL BABITZ



*Mother
and author*

(ARRIBA) La autora con su madre y su hermana en el Bosque Petrificado.

(ABAJO) La autora y su madre.

PHOTO BY SOL BABITZ



*Mae Babitz
(author's mother)*

Mae Babitz (madre de la autora).



*Mother and father
in early 1940's, taken
by author's father.*

Los padres de la autora a principios de los años 40, en una fotografía tomada por el padre.

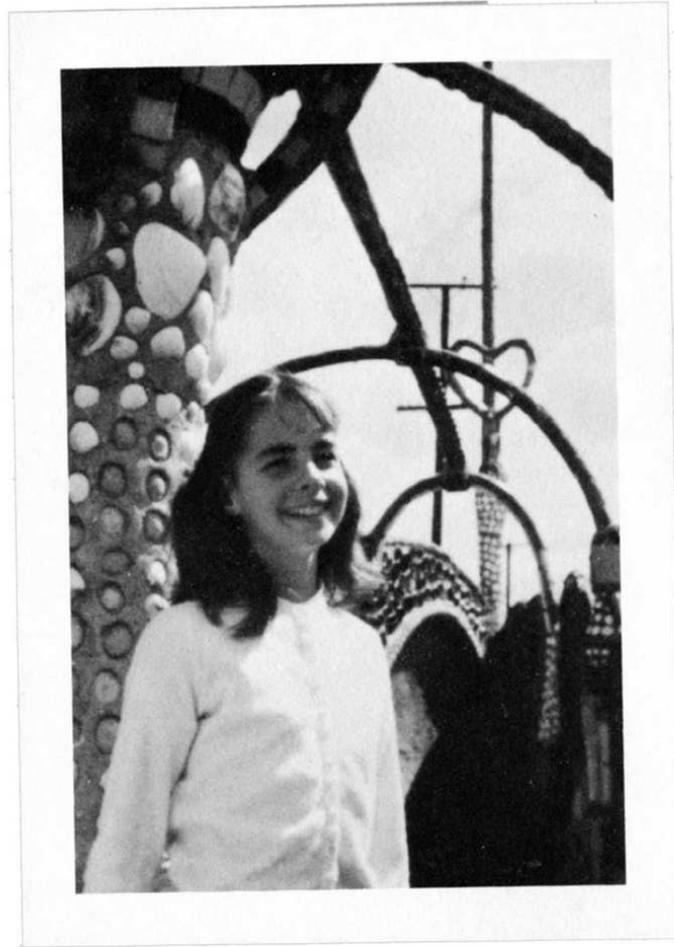
*Mrs. V. Sokoloff, Vera Stravinsky,
Igor Stravinsky, Vladimir Sokoloff,
Mae Babitz, Germaine Prevost (who
commissioned Stravinsky to write
an Elegy in memory of Laurent
Halleux for Viola),*

PHOTO BY SOL BABITZ



*Darius Milhaud (seated) and
Author dressed in purple and
white checks,*

La Sra. de V. Sokoloff, Vera Stravinsky, Igor Stravinsky, Vladimir Sokoloff, Mae Babitz, Germaine Prévost (que encargó a Stravinsky una elegía en memoria de Laurent Halleux para viola), Darius Milhaud (sentado) y la autora vestida de cuadros blancos y violetas.



*Author's sister at
Watts Towers.*

La hermana de la autora en las Torres Watts.

*Mother and father with birds-
1972*



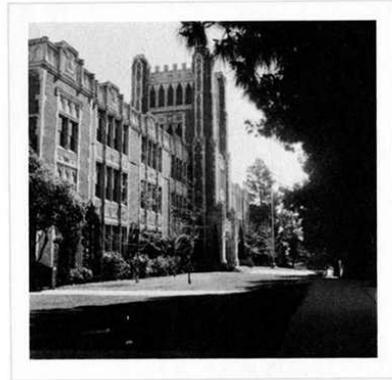
PHOTO BY STREET PHOTOGRAPHER FOR TOURISTS

Los padres de la autora con pájaros, 1972.



*Photo of Hollywood High
by author.*

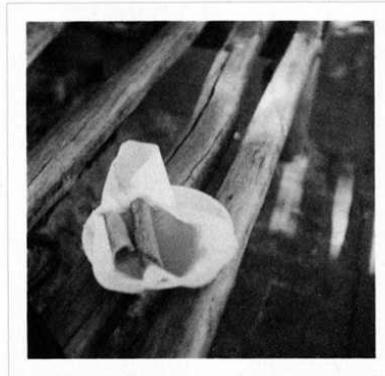
Foto de Hollywood High de la autora.



*Serene and peaceful
Marshall High.*



*Little
girl
on
Olvera
Street.*



*One-and-a-half
taquitos.*

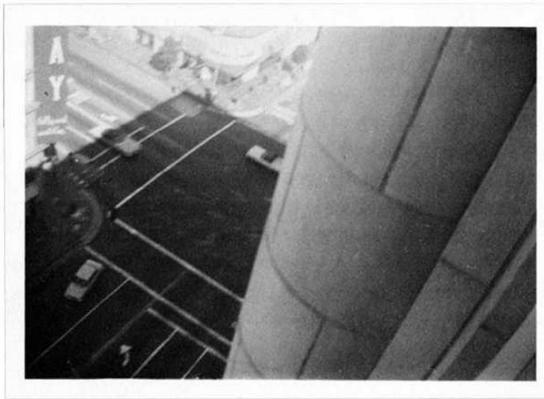
(ARRIBA) El cuerdo y apacible Marshall High. (CENTRO) Niña en Olvera Street. (ABAJO) Taquito y medio.

PHOTO BY EVE BABITZ



*Hollywood
and Vine
at 9:15 a.m. -
Friday
morning*

*Below: View
of Hollywood
and Vine
photographed
by author
hanging out
of Taft Building.*



(ARRIBA) Hollywood con Vine a las 9.15, viernes por la mañana. (ABAJO)
Vista de Hollywood con Vine fotografiada por la autora asomada al edificio
Taft.

*Malevolent banana leaves and palm,
photo taken by author at Hollywood High.*



PHOTO BY EVE BABITZ



*Hollywood High lawns facing
Sunset Blvd.*

(ARRIBA) Malévolas hojas de banano y palmera, fotografía tomada por la autora en Hollywood High. (ABAJO) Césped de Hollywood High del lado de Sunset Boulevard.

Author at Polar
Palace during
Tweed Days
(photo by booth)



Author, age 15,
in school photo
from Marshall
High.

Author in booth
in New York City
perishing from
consumption of
claustrophobic
environs.



(ARRIBA) La autora en el Polar Palace en la época de la laca Tweed (fotomatón). (CENTRO) La autora, con 15 años, en una foto escolar de Marshall High. (ABAJO) La autora en un fotomatón neoyorquino, enferma de consunción de espacios claustrofóbicos.

PHOTO BY EVE BABITZ



*Rosie,
looking
aggrieved*

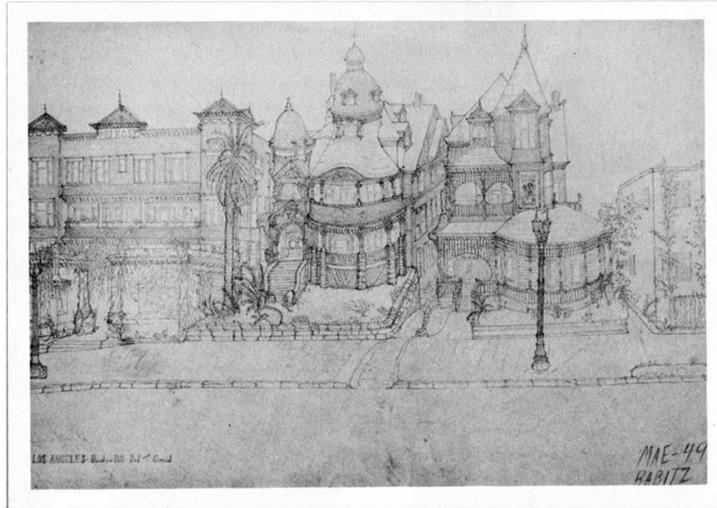
Rosie Noxie

PHOTO BY EVE BABITZ



Rosie looking "irresistible"

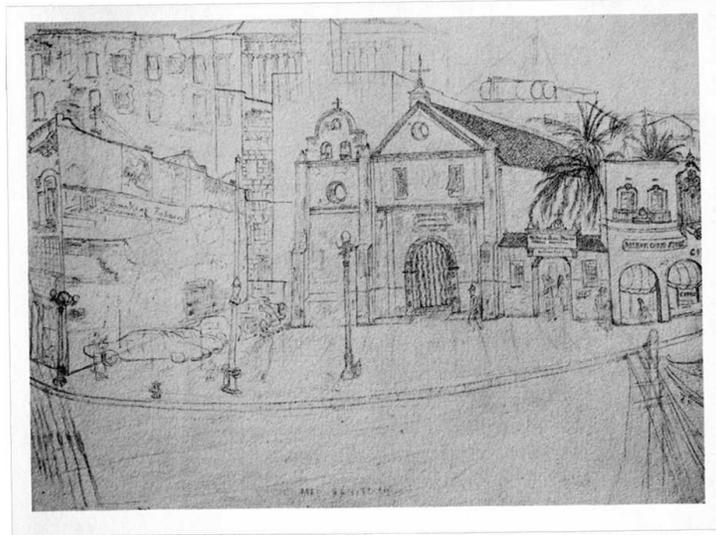
(ARRIBA) Rosie, con aire ofendido. (ABAJO) Rosie, con aire irresistible.



*Bunker Hill Drawing
by Mae Babitz*

Bunker Hill, dibujo de Mae Babitz

*Plaza Drawing by
Mae Babitz*



Plaza, dibujo de Mae Babitz



Angels Flight, dibujo de Mae Babitz

GRAMÁTICA

Sé dibujar una cara.

Según la anatomía griega, la cara perfecta mide $1/8$ del cuerpo completo (en el Renacimiento, $1/7$). O sea que, si dibujas una cara, la multiplicas por 7 hacia abajo y llegas a la planta del pie. Los ojos están exactamente en la mitad de la cabeza. La boca se mide con precisión desde la punta más alta del labio superior hasta el centro. Los pechos del desnudo femenino se sitúan exactamente entre la barbilla y la cintura y sobresalen lo justo.

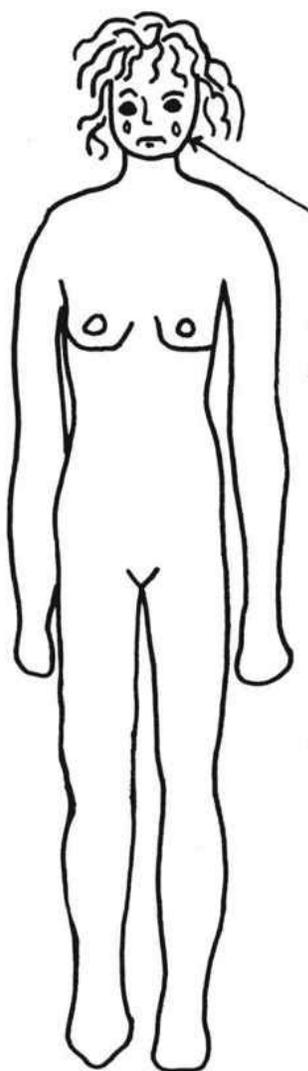
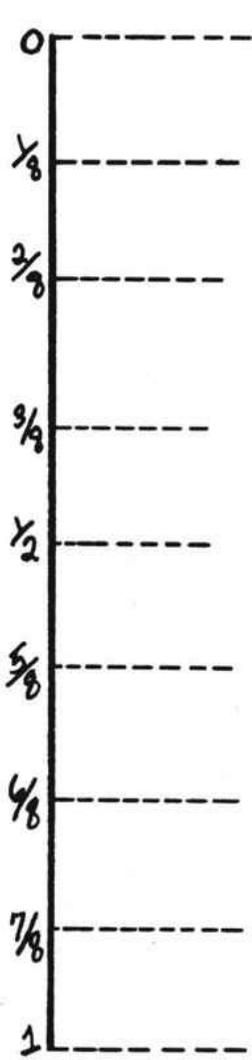
Picasso sabe dibujar una cara, pero ¿cómo ha acabado media cara en la otra punta y resulta que la boca es enorme y azul? Las caras de verdad, incluso las bellas, a veces no son $1/8$ del tamaño del cuerpo humano. Sophia Loren está mal.

En 10.º curso me examiné y obtuve la nota más alta de la ciudad en gramática. Había aprendido esa agradable sensación matemática de bienestar que puede derivarse de una oración analizada sintácticamente. Me gustaba la manera en que una frase adquiría aspecto de Familia Real con sus líneas sucesorias y ángulos correctos, todas esas razones. Pero tras la debida observación me parecía que un argumento analizado sintácticamente era un argumento ante el cual la gente preferiría ir al circo y no verlo a tener que quedarse a apreciarlo. Aunque no puedo evitar decir «fuera» con «si» en lugar de «era», he procurado adquirir un poco más de la confusión que despierta contemplar a Sophia Loren en lugar de la acogedora proporción de

1/8 de la cabeza.

↓ SUJETO ↓ VERBO ↓ ARTÍCULO ↓ SUSTANTIVO
 ↓ ADVERBIO ↓ ADVERBIO ↓ ADJETIVO
 ESTA ES LA FRASE ACADÉMICAMENTE MÁS ABURRIDA DEL MUNDO

}
 SINTAGMA
 PREPOSICIONAL
 (C.N.)



LÁGRIMAS DERRAMADAS
 (POR CAUSAS QUE NO
 SUELEN INCLUIRSE
 ANATÓMICAMENTE)

(POR CIERTO,
 LAS ESTATUAS GRIEGAS
 SOLO TIENEN PELO
 EN LA CABEZA.)

SUSTANTIVO → (SER NUNCA ES SUSTANTIVO.)
 ← (MENOS AQUÍ)

Las caras de Picasso confunden.

Sé dibujar una cara.

Me pregunto si él sentiría lo mismo cuando le decían «No puedes dibujar una cara como esa», cuando el hecho de que la persona identificase que se trataba de una cara significaba que sí podía, como me sentí yo cuando un instructor me dijo: «“Ser” nunca es sustantivo».

Si hubiera sabido no dibujar una cara, tal vez ahora me dedicara a eso.

EL ESTE EN EL ESTE

Hay ciertos aspectos de la Costa Este que resultan inconcebibles para alguien que haya vivido toda su vida en Los Ángeles y viceversa. Un amigo mío es jefe de su asociación de exalumnos de Harvard y vive en Boston. La asociación de exalumnos, Harvard y Boston me resultan inconcebibles, pero mi amigo, no obstante, existe. Me preguntó:

—¿Qué significa?

—¿Qué? —Necesitaba una aclaración. Ese día la piscina del hotel Beverly Hills acogía básicamente a gentes del glam y a Miss Plumbkiss, que estaba sentada a la sombra con la capucha puesta y zapatos plateados. Pensé que tal vez mi amigo se refiriera a ella, pero no quise arriesgar—. ¿Qué significa el qué?

—Cuando llamé a un amigo productor y le pregunté qué haría mañana, contestó: «O trabajar un poco en el avión o ir a Nueva York».

—¿Y?

—¿Qué significa?

—Significa que es rico y le gustaría trabajar en el avión pero probablemente tendrá que ir a Nueva York.

—Pero... Yo siempre sé al menos con un mes de antelación si voy a volar a la otra punta del país...

—¿Sí?

Yo nunca sé por la mañana lo que estaré haciendo a las 6.

Miss Plumbkiss se levantó y la saludé al pasar. Se detuvo a charlar de un amigo común de Nueva York, uno al que ambas conocíamos bien. Miss Plumbkiss dijo, con desamparo:

—Daría, Dios, no sé, lo que fuera por verlo ahora mismo... Cualquier cosa.

La melancolía se adueñó de su cara y Miss Plumbkiss se colgó el bolso plateado al hombro con gesto triste antes de seguir su camino.

—Dios —gimió mi amigo, revolviéndose ante la proximidad de Miss Plumbkiss al sol de la tarde.

Pero a mí Miss Plumbkiss me parecía preciosa con su piel absolutamente blanca. Y triste. Y aunque solo habíamos coincidido brevemente en la peculiar habitación de nuestro amigo común en el motel de carretera Tropicana hacía unos años, las dos nos reconocimos enseguida.

No así durante el almuerzo.

El hombre sentado al otro extremo del patio del Polo Lounge miró a mi amigo con una expresión tan intensa de «¿yo no te conozco?» y los ojos tan entornados que obligué a mi amigo a mirarle. Algo que jamás habría hecho si dependiera de él porque nunca se fijaba en nadie.

—Conozco a ese tipo de algún sitio —concluyó al fin mi amigo.

Habían sido compañeros de habitación el primer año en Harvard.

Mi amigo sabía exactamente dónde estaría al mes siguiente, pero no sabía con quién estaba en ese momento. Es una actitud de la Costa Este, diría yo. Compartir cuarto con alguien un año y no recordarlo me resulta inconcebible. Y sin embargo mi amigo existe para preguntar qué significa que un tipo podría volar a Nueva York al día siguiente a menos que pueda quedarse y trabajar en su avión, y molestarse conmigo porque saludo a Miss Plumbkiss.

Su excompañero de habitación, director de cine, se ha californizado. Miró a mi amigo con incertidumbre tímida. Tuve claro que no iba a asistir a la

próxima reunión de exalumnos de la que hablaron. De hecho, yo conocí al excompañero mucho mejor que mi amigo. No podría describírtelo excepto para decir que, tres meses después, en otro restaurante, sentados cada uno en una punta, nos vimos y nos saludamos, éramos conocidos.

Hay ciertos aspectos de la Costa Este que la gente de Los Ángeles considera daltonismo, igual que yo jamás lograré entender, de Harvard o Boston, esa especie de túnel que les corta la visión periférica y les impide mirar al extremo opuesto del restaurante, que supongo que es lo que les pasa. O no saber dónde estarás dentro de un mes.

NUEVA YORK CONFIDENCIAL

(Sin personajes de ficción: hubo historias de sobra sin ellos)

Fui a Nueva York el 6 de marzo de 1966 y me marché el 5 de marzo de 1967. Un año.

Como lo que se suponía que iba a hacer era ser la «jefa de personal» del *East Village Other* (un periódico *underground*), tuve la ventaja de conocerlo todo y a todos enseguida. No fue como si acabara de llegar de Kansas y entrara a trabajar en Woolworth's. John Wilcock (uno de los fundadores de *EVO*) hablaba tanto de mí que una de las chicas que rondaban por allí comenzó a llamarme Trepa Folladora antes incluso de que yo llegara. A John se le ocurrió que organizara una fiesta, el Baile del Día de los Inocentes del *East Village Other* (o algo) y convenció a Walter Bowart, el Editor, de que yo era la persona idónea para el trabajo. Jamás había considerado trabajo montar una fiesta.

Cuando llegué a Nueva York resultó que John estaba en Chicago, así que Walter Bowart, a quien no conocía de nada y que no creía que existiera un lugar como California y quien de todos modos desconfiaba de John porque a John le gustaba Andy Warhol y Walter creía que Andy Warhol suponía la Muerte del Arte, Walter me buscó alojamiento la primera noche en casa de un amigo. El amigo había escrito los discursos del senador McCarthy y pasó 5 años encarcelado por cambiar de parecer. En Nueva York, todo el mundo era una historia.

Walter y yo habíamos nacido en días consecutivos. Siempre nos

entendimos a la perfección y lo pasamos de miedo vendiéndoles motos a todos hasta que encontró la paloma de la paz en el ácido, un coñazo. Pero de todos modos somos amigos. Es huérfano, forma parte de su historia.

La segunda mañana me llevó a casa de Carol y fue un amor a primera vista que perdura hasta hoy, solo que ella vive en San Francisco con sus hijos y yo no soporto a los niños. Carol era perfecta. Era clavada a mí, pero negra. Venía del Bronx y trabajaba de correctora y había sido una de las amigas de Walter cuando este era camarero del Stanley's, un bar del Lower East Side. Carol y yo nos metíamos ácido a la menor ocasión.

Mientras vivía en Nueva York publicaron el álbum *Sunshine Superman* de Donovan, y también *Revolver*. El poeta Frank O'Hara murió atropellado en Fire Island.

La fiesta que monté fue una de esas a las que todos los que no fueron desearían haber ido, pero en realidad en su momento recordó a un Brueghel, demasiado sudor y gente colgando de las vigas. Invité a siete grupos y, dado que se celebraba en el Village Gate o como se llame el sitio ese de Bleecker, había solo un camerino minúsculo. Teníamos siete baterías, por no mencionar los amplificadores. Justo antes de que empezara Buzzy Linhart, que es mi amigo, me entregó un trozo de papel coloreado para que me lo comiera, y a los 20 minutos las cosas empezaron a brillar de verdad y estaba completamente puesta de ácido y no pude encargarme de nada del resto de la fiesta. Carol se ocupó de todo.

Por entonces el LSD no era ilegal.

No importó que me descontrolara porque la fiesta era completamente homogénea. Observé, complacida, que todos sabían lo que debían hacer. Los siete grupos tocaron, Timothy Leary subió al escenario y dio una charla sobre los niveles de conciencia (me reí con la boca tapada cuando se giró hacia Billy Graham y la sala entera empezó a latir), las cámaras de televisión

participaban maravillosamente de todo y fluxus, el grupo que montaba happenings y que nos dio a Yoko Ono y al marido que se fugó con la niña, Tony Cox, los miembros de fluxus llevaban monos y escaleras altas y se pasaron la noche colgando banderines de papel por aquella cueva de iniquidad como si fuera el gimnasio de un instituto. Nadie los veía, parecían invisibles. Habría unas 700 personas. En la sala cabían 500. Y todos aquellos amplis, cámaras de televisión y cuerpos sudorosos.

—¿Cómo lo soportaba Brueghel? —le pregunté a la chica que tenía al lado—. ¿Cómo podía vivir?

—Así —dijo la chica, y se apartó el volante de la camisa del interior de la muñeca, donde vi el tatuaje de un sol multicolor.

Pero justo entonces nos arrastraron a escena bajo los focos de la televisión y los empresarios decidieron que había que coronar a una falsa diosa del arroyo. La expresión «Slum goddess» venía de Ed Sanders de los Fugs (tenía un grupo de música) y aquel puñado de gordos con puro y bigote había decidido que había que coronar a una, así que acabé cogida de la mano de Carol tratando de esconderme detrás de la chica de la muñeca tatuada bajo los focos del escenario. Buzzy Linhart, el Caballero Buzzy, apareció con paso viril, cogió la corona y se la plantó en la cabeza. Buzzy no llevaba camisa y tenía unos pelos larguísimos que le crecían en todas direcciones, el toque perfecto para dejar con un palmo de narices a los tíos del puro.

—Pregúntame lo que quieras —me susurró Buzzy—, menos qué está pasando.

Buzzy tocaba en un grupo llamado Seventh Son o Sun y era un genio asombroso del vibráfono y la guitarra que en aquella época tomaba tantas drogas que me sorprende que siga con vida, pero así es. Ya ni siquiera bebe. Tiene un rostro bello y el alma de una bondad olímpica y toca la guitarra como Dios. Todo el mundo le ha robado ideas.

La historia actual de Buzzy es que compuso el tema de Bette Midler.

La chica del tatuaje acabó siendo mi amiga. Solía vivir con gatos que se colaban por la ventana de su piso en una planta novena. Una vez me contó: «Marianne Faithful tiene 36 pares de zapatos y va descalza. Es de esas chicas que van a todos lados con libros sobre brujería, pero nuevos». La chica del tatuaje, Suzanna, se pintaba los ojos con kohl y vestía como Bip, el personaje de Marcel Marceau.

Yo quería ser la diosa del arroyo. Venía a ser la Chica del Mes de *Playboy* que habían ideado en el *East Village Other* con la canción de Ed Sanders. Ya tenían chica para el número de ese mes, pero como yo estaba en la redacción, le pasé por delante. Desde entonces mantenemos una actitud ambivalente y cuando intentó robarme el novio en una fiesta, no me sorprendió. Se la devolví. Y estoy segura de que se vengará algún día. Las vicisitudes de la guerra han querido que Robin, una chica con un enorme talento para poner cara de póquer (es actriz, pero no de las de L. A.), esté siempre intentando cazarme pero simultáneamente hayamos mantenido lo que desde fuera cualquier observador confundiría con una amistad. Robin era más guapa que yo y debería haber sido la diosa del arroyo.

Los Fugs ensayaban todos los días en el Astor Theater de Cooper Union y solía ir a verlos. Ed Sanders, Tuli Kupferberg, Ken Weaver y ese crío llamado John Anderson estaban juntos en aquel rollo raro. El único que sabía tocar era John Anderson, y luego lo llamaron a filas (Weaver nunca lo superó y yo tampoco). Todos decían que Ed Sanders era un poeta.

En Nueva York conocí a montones de poetas. En L. A. no hay ni uno.

En L. A., si alguien dijera que es poeta, todos se sentirían incómodos y buscarían a otro con quien hablar.

Después me encontré con Ed Sanders en L. A. cuando estaba haciendo el libro de Manson y, poesía no sé, pero prosa sí sabía escribir.

Llegó el verano y me busqué un novio que tuviera aire acondicionado. Pertenecía a una de mis clases de hombre favoritas: los alemanes. ¿El acento alemán me pone porque soy judía? Era el tercer nombre. En todos los textos constaban tres nombres y el suyo siempre era el tercero: Leary, Alpert y Metzner. No puedo creer que ni Timothy Leary ni Richard Alpert movieran un dedo para que Ralph Metzner no cargara con la parte más dura. A mí me parecía que con el paso del tiempo habían terminado por detestarse, pero continuaron juntos porque en los artículos y los libros seguían constando los tres nombres. Y necesitaban a Ralph. El acento alemán aportaba un aire de autenticidad que de otro modo no habrían tenido.

Un viernes, Ralph propuso salir de la Ciudad para irnos al Campo. El Campo era Millbrook, la Castalia Foundation donde Tim se había instalado en la mansión de unos niños ricos que constaba de unas 40 habitaciones y un lugar llamado el bungalow. Una mansión victoriana repleta de budas no era el Campo de verdad, pero era diferente. La Rosemary de Timothy Leary cocinaba o supervisaba el desayuno, el almuerzo y la cena para 35 personas a diario. Compraban cajas enteras de queso Velveeta. Todos fumaban Pall Mall mentolados.

La vida en el Campo discurría despacio, de modo que Ralph y yo nos acostábamos a las 10.30. A la 1.00 llamaron a la puerta. Estábamos en el ático, así que era improbable que llamaran a nuestra puerta, pero llamaron.

—¿Quién es? —preguntó Ralph.

—Policía.

El hombre entró con una linterna y me senté en la cama con aire inocente, dejando que me resbalara la sábana y mostrándome desnuda, fingiendo que tenía 10 años.

—Oh —tartamudeó el hombre, desviando la linterna. Era un caballero de Poughkeepsie al que habían reclutado para la redada, no un poli de verdad—.

Oh... Volveré dentro de media hora a registrar la habitación.

Una suerte.

Marya Mannes estaba en la casa trabajando en un artículo para *McCall's* y tuvo que desnudarse delante de una policía. Me cogió de la mano y salimos bien. Éramos unos 40 adultos y detuvieron a 4. De repente el teléfono no funcionaba y nadie podía salir de la casa, de modo que no se pudo llamar a un abogado hasta la mañana siguiente desde la cabina de la gasolinera, aunque cuando Ralph regresó volvíamos a tener teléfono. Los caballeros de Poughkeepsie buscaban lo único que consideraban valioso: pornografía. Estaban convencidos de que obligábamos a jovencitas a rodar películas clandestinas y, cuando descubrieron el cuarto oscuro del hijo de Tim Leary, adoptaron ese aire policial circunspecto del «estábamos en lo cierto». Se llevaron *La agonía y el éxtasis* como prueba. Alrededor del exprofesor de Harvard nunca ocurría nada pornográfico. No era de esos. Lo que él hacía a escondidas era leer la sección de deportes y beber whisky escocés. Timothy Leary es inocente.

Pues eso fue el Campo. Fuimos un par de veces más a testificar, pero retiraron los cargos contra los cuatro. Detuvieron a un chico que estaba durmiendo fuera en el bosque por posesión de la marihuana justa para medio porro. Detuvieron a un matrimonio que no tuvo tiempo de tirar las pruebas porque consistían en un maletín cuidadosamente adaptado para contener frascos con todos los psicodélicos conocidos en el mundo civilizado debidamente identificados mediante etiquetas. También detuvieron a Timothy Leary y lo esposaron. Iba descalzo y vestido de blanco y estaba divino. En ese momento hasta Marya Mannes sucumbió, aunque luego escribiera aquel artículo para *McCall's* que consiguió que me subiera por las paredes. Detuvieron a Tim porque la casa era suya.

Intentaron que Rosemary testificara contra Tim ante el juzgado de

instrucción y, como no contestó a nada, la encerraron un mes en prisión. Pensaban dejarla allí, pero al cabo del mes Tim pasó a recogerla con una sonrisa y... bueno, decidieron que Rosemary era inocente.

Como nos interrogaron sin la presencia de un abogado (al que no pudimos avisar por culpa del teléfono), tuvieron que soltarlos a todos. El fin de semana no quedó muy Campestre.

Nunca me gustó Millbrook.

El chico que trincaron por medio porro se convirtió en mi mejor amigo y ahora no consigo encontrarlo y nadie sabe dónde está ni sabe nada de él desde hace unos 4 años. Es la única persona así que conozco.

No lo conocí hasta más adelante, meses después de dejar la casa de Ralph para regresar a mi tugurio polaco-portorriqueño de suelo inclinado por 40 dólares mensuales. Mientras viví con Ralph convirtieron mi casa en el cuartel general del Fondo de Defensa Timothy Leary, y una chica, una secretaria, apagó una colilla en mi pajarera persa de papel maché, una antigüedad. Durante mi estancia en Nueva York siempre supe que volvería a L. A. y por tanto nunca me creí que vivía allí de verdad ni amueblé el piso con nada más que una cama y una silla. En cuanto empecé a confeccionar collages, las revistas ocuparon el piso, que terminó convertido en un lugar infame, con recortes y pegamento por todo el suelo inclinado.

Un día Barry apareció por el *East Village Other* porque era fotógrafo y pensaba que le pagarían por las fotos. Allí no se pagaba por casi nada, pero lo acompañé de vuelta al Chelsea. Barry vivía en la 4.^a planta del hotel Chelsea, así que tenías que coger el ascensor con todas las ancianas de joyas turquesas. Era el ascensor más lento de la ciudad de Nueva York.

Barry era extremadamente joven; rondaría apenas los 21 años. Era de Detroit y quería ser Avedon. Fue una de mis debilidades obvias; todas las mujeres lo adoraban. Barry me habría adorado si yo hubiera pesado 50 kilos

y hubiera medido 5 centímetros más. Pero pesaba 65 kilos y medía 1,70. Estaba demasiado gorda. Pero algo tenía que hacer en Nueva York y comer parecía menos perjudicial que las otras alternativas, como el Bellevue o la aguja.

El viernes llamaba a Barry (para entonces yo trabajaba en la parte alta de la ciudad como secretaria) y le pedía que se levantara porque pasaría a verlo. Oh, gemía él, ¿qué hora es? Las cuatro, respondía yo. A veces Barry dormía durante semanas y no salía de la habitación a menos que lo llamaran. ¿Por qué no me llama ni me visita nadie?, me preguntó una vez después de tres semanas divorciado del mundo, que solo se habían interrumpido porque yo creía que podía gustarle aunque estuviera gorda. Barry, le dije, todo el mundo te quiere. Es solo que nunca tienes cerveza.

En la siguiente visita me encontré a cinco personas sentadas en el suelo bebiendo cerveza.

—¿Debería comprar unos Fritos? —me preguntó Barry, preocupado. El anfitrión joven.

—No, a menos que no quieras que se marchen nunca.

—No quiero.

—Vale, bajo a comprar Fritos.

La cerveza estaba fuera, en el alféizar de la ventana, congelándose.

El viernes telefoneaba y después del trabajo cogía el metro hasta el Chelsea y me pasaba a despertar a Barry otra vez. Era uno de los hombres más maravillosos que he conocido. Tenía aspecto leonino y agradable. Solía vestir abrigos de estilo polo y podría haberse puesto unas polainas. Tenía el pelo grueso y leonado y no lo llevaba demasiado largo y se dejó bigote y cuando se reía veías que le faltaba un diente de delante. Era muy divertido. Solía escribir LSD con rotulador en las paredes de los ascensores de la zona alta con mayúsculas pequeñas y regulares.

Hacía que lo besara en la calle Veintidós con la Séptima Avenida mientras se comía un plátano.

En Navidad le regalé un bastón con empuñadura de marfil en forma de cabeza de lobo y en adelante cojeó.

El viernes llamaba a su puerta y Barry me abría medio grogui antes de volverse a la cama. Yo encendía el televisor e iba adelantando hasta que Barry se sentía con ánimos para levantarse. Había páginas de contactos por todos lados. Se dedicaba a la fotografía de moda.

Hacia las 7, estábamos abajo tratando de conseguir un taxi. O yo me pulía todo el dinero o él se pulía todo el dinero. Era la única opción sensata. Una vez que estaba mortalmente deprimida y pensando en morirme, Barry canjeó un cheque de mil dólares y nos lo gastamos en una semana en cócteles de champán. Era la única opción sensata.

Yo me pasaba un momento por el horno de mi piso, le echaba comida a la gata y regresaba corriendo al centro otra vez y nos comíamos el mundo. Acostumbrábamos a ir al Koh-i-noor, un restaurante indio de la Segunda Avenida con la calle Cuatro o por ahí.

—Andy Warhol da una fiesta —informaba yo con delicadeza.

La noche se extendía desnuda ante nosotros. Podíamos ir a cualquier sitio o hacer cualquier cosa. Estábamos en Nueva York.

—¿Sí?

—Sí, y en el Dakota hay otra.

—¡Vaya!

—Y pasan *Un chien andalou*. —(Era la película preferida de Barry.)

—Ah, pues vamos a verla.

—Vale.

Salíamos del restaurante y cruzábamos la calle para comprar la cerveza para acompañar la comida. Ale. Ballantine. En Nueva York no había Rainier.

A mitad de la cena una sensación de bienestar prácticamente sobrenatural nos elevaba a los planos más altos de agradecimiento por la comida.

—Ahhhhh.... —exclamaba Barry, recostándose y sonriendo.

Nunca íbamos a ningún sitio. Pensábamos que al acabar iríamos al Max's, pero al final volvíamos al Chelsea y veíamos la tele. Barry tenía unas drogas fantásticas y a veces subíamos a la azotea del hotel y fumábamos DMT, pero la mayoría de las veces nos pasábamos el fin de semana fumando porros y viendo la tele. De vez en cuando iba a casa a dar de comer a la gata.

No éramos amantes.

Los amigos de Barry trabajaban casi todos para una agencia que sacaba fotografías a color extraordinariamente neoyorquinas de cosas como la pasta de dientes Gleem. Jamás me hice amiga de ellos y por eso ahora no puedo encontrar a Barry. He preguntado a Tim Leary dónde está y no lo sabe. No sabe nada de esa gente, y eso que hasta los fotógrafos formales han vivido alguna vez en Millbrook.

Salvador Dalí adoraba a Barry. Quizá él sepa dónde está. En fin, Salvador Dalí habla fatal inglés y Barry no sabe francés ni español, pero Dalí se las apañó para telefonar a Barry nada más llegar al St. Regis de Nueva York y consiguieron comunicarse como locos.

Fue Barry quien me facilitó presentarle a Salvador Dalí a Frank Zappa, una de mis cosas favoritas de todas las que he hecho. Frank Zappa siempre había vivido en Los Ángeles y yo lo conocía desde los 17 años. Frank estaba en Nueva York para grabar un disco y una noche salimos por Madison Avenue a repartir las chapas de «Os enterraremos» en las que aparecía mirando por encima de las gafas, sentado a un escritorio. Era el momento perfecto.

—Quedamos en el King Cole Bar —dijo Barry.

Frank vestía un abrigo de piel rojizo que le llegaba hasta los pies. Por debajo llevaba unos pantalones de rayas rosas y amarillas, zapatos (hacía frío)

y una camiseta de baloncesto de seda color naranja amarillento fluorescente. El tío de la puerta le dijo que necesitaba corbata.

Frank se hizo un lazo. Era de satén plateado y no era una pajarita, así que le prestaron una.

Dalí echó un vistazo a Frank desde el extremo opuesto de la habitación e inmediatamente se levantó, complacido. Si a Frank no le gustaba Dalí, a este no le importó; a Dalí le gustaba Frank.

Así que en el fondo me costó poco presentarlos.

Bebimos Chartreuse.

Dalí dijo que le gustaría ver un ensayo de los Mothers, adonde iba después Frank. Se citaron en el Dom, en St. Mark's Place, donde tocaba Frank. Dalí se moría por ver la actuación, como es natural.

La gestión del Dom tenía problemas con el mánager de Frank Zappa y no dejaron entrar a Frank, así que estábamos en las escaleras, fuera, cuando llegaron Dalí y Gala, su mujer, en un taxi y se bajaron a los peligros del Lower East Side.

Fue una pena.

Cuando se confirmó que no iban a dejarnos entrar, Dalí y Gala pararon otro taxi de mala gana y regresaron al St. Regis. Yo fui al Chelsea a ver a Barry y Frank volvió al hotel Albert o dondequiera que se hospedara a discutirse con el puto mánager que había arruinado algo que era muy delicado y solo podía pasar una vez. Dalí y Zappa juntos y solos en una sala enorme y vacía con instrumentos musicales.

Barry y yo salimos a beber.

Max's era a donde todo el mundo iba a beber.

Barry se pilló novia, una de esas chicas delgadas con aspecto Holyoke o Vassar o caballo. La chica no sabía qué era yo y Barry no supo cómo explicárselo, así que nos veíamos menos.

Además, me mudé con un camello anarquista que enseñaba arte y tenía el pelo rojo. Usaba alias. Es la única persona que he conocido con alias. Lo llamaba por el alias. Ni siquiera sabía si se lo había inventado.

Tenía el pelo rojo y un pastor alemán y conversábamos durante horas seguidas y bebíamos Wild Turkey. Tenía una silla confeccionada con cuero, una butaca que de vez en cuando se caía y terminabas mirando al techo. Él la consideraba una silla anarquista. Su alias era Mike.

Lo conocí una mañana que pasó caminando con un pastel de calabaza del día anterior que había comprado por 15 centavos. Insistió en que lo acompañara y me lo comiera, cosa que hice a pesar de que el tipo tenía perro y yo odio a los perros. Al día siguiente me mudé con él. Conservé mi piso para Rosie, la gata, que odiaba a los perros aún más que yo.

Mike era un ladrón y un gourmet.

Adelgacé casi 7 kilos viviendo con él porque solo comíamos lo mejorcito y con Mike practicabas mucho ejercicio físico aparte de follar. Salías corriendo a menudo porque robaba en tiendas. El vino y lo demás, lo robaba.

Yo trabajaba en Madison Avenue de secretaria, aunque ni sabía mecanografía ni aceptaba mis circunstancias. Odiaba ser secretaria en Madison Avenue. Odiaba que me hicieran esperar y odiaba esperar el ascensor. Mi jefe se comportaba como si acabara de chutarse anfetanas.

Entraba por la mañana con la gabardina aleteando, abría la puerta de golpe y aparecía a media pregunta aturullada y vociferante: «¿Mensajes? ¿Tengo algún mensaje? ¿Hoy qué tengo que hacer? ¿Y el correo? ¿Cómo pintan mis reuniones? ¿Tienes la cuenta de resultados?». Mierda.

Mi jefe vendía anuncios para revistas. Le dije que Barry era mi prometido y me compré un anillo en una tienda de baratillo. Lo único bueno que pasó fue cuando nevió tanto que cortaron el tráfico por Madison Avenue en ambos sentidos y mi jefe se quedó atrapado, sin poder escapar. Era gordo y tenía

unos ojos azules de bebé y creo que se consideraba un viejo zorro y tal vez lo fuera, pero, ¡joder!, me daban ganas de matarlo cuando preguntaba por los mensajes.

En febrero, el día de San Valentín, Mike y yo le pusimos una pegatina en forma de corazón en la frente al pastor alemán y fuimos a nuestro restaurante favorito, John's, en la calle Doce entre la Primera y la Segunda Avenida, creo. Caí en la cuenta de que casi estábamos en marzo, y en marzo podía irme.

Me preguntaba cómo iba a llevarme todas aquellas revistas a L. A., ya que mi vida giraba mayoritariamente alrededor de los collages. Eran como los leucocitos, conjuraban el desastre. De modo que mandé 40 kilos de *Life* a L. A. en un talego en un autobús Greyhound. Pero no salió caro.

Cogí un taxi al aeropuerto sin avisar a nadie más que a Carol y Mike de que me iba. No quise telefonar a Barry delante de Mike. Lo llamé desde el aeropuerto.

—¿Dónde te has metido? —preguntó.

Estaba trabajando. Se oía rock and roll de fondo; los fotógrafos ponían rock and roll para disparar. Barry solía poner los Stones.

—Me voy, se acabó, ha pasado un año.

—¿Adónde te vas?

—L. A.

—No te has despedido. Mañana es mi cumpleaños.

—Estoy en el aeropuerto.

—Oh... Bueno, quizá vaya a visitarte.

—No lo harás. De todos modos, te quiero.

—Te quiero.

Le envié un telegrama musical para felicitarlo. Me mandó dos postales desde Londres. Y no volví a saber de él.

Pero simplemente no podía quedarme en Nueva York, aunque, en confianza, podría ser divertido volver y buscar a Barry. Debe de andar por allí. Debería haberme quedado para el cumpleaños.

Me llevé la gata.

No he incluido cómo testifiqué sobre el LSD para Teddy Kennedy en la sala de vistas de McCarthy ni la vez que me desperté con unos tipos diciéndome que no chillara mientras me tapaban la boca con la mano ni que Walter Bowart tuvo que buscarme empleo en la zona alta porque casi lo arruino con la cantidad de dinero que estaba defalcando, pero son solo historias. En Nueva York todo era una historia.

Mi amiga Annie me contó que la última vez que estuvo en Nueva York había hecho tantas cosas que cuando por fin se quedó un rato a solas decidió salir a pasear sin rumbo fijo «solo para pensar, ¿sabes?». A la vuelta de la esquina, se topó con un borracho que blandía una botella rota, así que le arrojó cinco dólares y salió corriendo. Se diría que siempre era así; te permiten tener tus historias, pero no pensar de cierto modo. No queda espacio entre las palabras, es uno de los encantos del lugar. No debes pensar detenidamente en ciertas cosas porque siempre están empujándote por detrás. Es como un túnel donde no hay cielo.

Y WEST (NACIDO WEINSTEIN) TAMBIÉN ES EL ESTE

—Nathanael West es el mejor escritor sobre Hollywood de todos los tiempos.

—No.

El primer interlocutor es de Chicago, el segundo soy yo, nacida en Hollywood. A toda la gente del Este le gusta Nathanael West porque les muestra que no todo son cielos azules y atardeceres rosas y así no tienen que preocuparse: Hollywood es superficial, corrupto y feo.

Creo que Nathanael West era un pelota. Les aseguraba a sus amigos de Dartmouth que, aunque había estado en Hollywood, no se había hecho de Hollywood. Era una pequeña disculpa por trasladarse a la Costa por dinero y pasar un invierno sin tener que ponerse toneladas de ropa solo para salir a comprar un paquete de cigarrillos o una cerveza. Y, por tanto, la gente de Nueva York y Chicago dice: «Nathanael West es el mejor escritor sobre Hollywood de todos los tiempos».

Tenemos todo lo que Nathanael West resaltó. Los viejos moribundos, el hastío, la arquitectura y los guionistas gordos que consideran una tragedia no poder tirarse a una cría de 14 años en Gower Gulch, la misma cría de 14 años dispuesta a follarse a los vaqueros en cualquier momento. Pero si, por ejemplo, alguien hubiera escrito un libro sobre Nueva York, una novelita bonita, sucinta y precisa donde Nueva York solo se describiera como horrenda y fea y condenada y todo el resto del mundo decidiera que era «el

mejor libro sobre Nueva York de todos los tiempos», quienes se hubieran criado en Nueva York conscientes de su belleza al final, justo antes de los postres, tirarían el jerez sobre la mesa y gritarían: «Pasaré a recogerte en un taxi, guapa, y te voy a hacer un puto recorrido guiado, cegata de mierda».

—Pero está todo muy arreglado, o sea, el césped es falso, las plantas parecen de plástico, nada parece de verdad.

—El clima es tropical —señalo, con ganas de arrojarles a la cara las heladas de Chicago para recordarles lo que se pierden—. No está demasiado arreglado, es bonito.

—Sí, bueno, no sé, mi mejor experiencia en L. A. fue la vez que me quedé en un motel de Sunset Strip.

—Lo sé —replico—, porque en los moteles no te pones a adquirir posesiones. No las necesitas. Puedes alquilar cuanto necesites y el resto es gratis.

Llevo en coche a mi amigo de Chicago a su residencia temporal, la vivienda de una chica que le presta la casa mientras está en L. A. grabando. La chica vive en Gower Gulch, donde está ambientada *El día de la langosta*. Acabamos de pasar un período de lluvias extraordinarias y es primavera, así que las buganvillas están exuberantes y las flores de Pascua prácticamente se arquean para tocarse por delante de la ruinoso casa de estuco, la casa de una chica que no conozco. La vegetación devora la casa, pero ocurre otro tanto en casi todas las viviendas de la zona.

—¿Eso te parece demasiado cuidado? —pregunto.

El césped mide 30 centímetros de alto.

—Eso es maleza.

No lo ve.

—Pero ¿no te parece bonito?

Las flores como de papel, el magenta/encarnado contra el cielo de un azul

lavado por la lluvia, pendiendo sobre nosotros, es como México, la exuberancia es tan simple, cada ingrediente es de la máxima calidad, el aire, los colores, la brisa ligera.

Se encoge de hombros.

Para él, todavía, Nathanael West es todo cuanto verá con sus ojos turquesas de Chicago.

—Nueva York tiene cierto dinamismo —argumenta después.

—Lo sé. Nunca tienes tiempo para pensar. Es uno de los atractivos de la ciudad.

—Sí.

Es capaz de perdonar los defectos de Nueva York y pensarlos como atractivos, pero no puede perdonar a L. A. por los huecos entre las palabras, la indiferencia y la total ausencia de dinamismo. Yo sé apreciar los atractivos de Nueva York, pero enmudezco de rabia cuando esta misma semana alguien sentado al otro lado de la mesa dice con deje londinense:

—Nueva York no está mal, la verdad, pero Los Ángeles... No hay pubs.

«Puto imbécil lameculos —quiero gritarle—. Paleta de mierda.»

—Supongo que para que te guste —continúa diciéndole al hombre de mi izquierda (no me ha dirigido la palabra directamente en todo el almuerzo porque de donde viene no se habla con las mujeres)—, para apreciarlo como es debido, tendré que ir a Forest Lawn.

—¡No! —grito.

—Pero es muy Los Ángeles, ¿no? —Se vuelve hacia mí con indiferencia.

—No, no es muy Los Ángeles, es inglés.

—Perdona, no lo entiendo. —Es educadísimo.

—Todos los ingleses que vienen a L. A. van de cabeza al cementerio de Forest Lawn y se vuelven locos. Tiene algo que les llega. Yo nunca he ido. La gente de L. A. por lo general no pisamos Forest Lawn hasta el final.

—Si es que no hay a donde ir y, cuando quieres ir a alguna parte desde L. A., las distancias son enormes.

—Las distancias son grandes, pero se llega enseguida, las autopistas...

Pero no me escucha, ha vuelto a girarse hacia el hombre de mi izquierda, ya ha sido educado demasiado rato.

Como hablar de revueltas delante de esclavos, la gente que viaja a Los Ángeles desde lugares más civilizados va soltando insultos día tras día solo para que su propio reflejo termine devolviéndoles tanto desprecio. Tienen todo el derecho a decir «Los Ángeles es una horrerada y un páramo», sentados bajo una pérgola sirviéndose otra copa de vino a pesar de que les hayan dado las 3 de la tarde y deberían volver al estudio a ganarse el sueldo.

Pero los auténticos secretos de Los Ángeles florecen por doquier. Lo único que se permiten ver es su propia imagen reflejada en un espejo que Nathanael West les planta delante para no dejarse seducir por los atardeceres.

Me pregunto si Nathanael West se cambió el apellido antes o después de venir a L. A., casarse con mi hermana Eileen y morir en un accidente de tráfico. No es que importe, puesto que jamás se dejó seducir a menos que ocurriera a espaldas de todo el mundo mientras escribía lo asqueroso que era todo, los viejos moribundos y las crías de 14 años follándose a los vaqueros con comentarios condescendientes del calibre: «Hay algo no del todo repugnante en la gente que intenta vivir en la belleza», así que las buganvillas no tenían ninguna posibilidad de que mi amigo de Chicago las viera.

CUENTO DE HADAS

El primer año y medio en Le Conte Junior High leí cuentos de hadas. Iba andando al instituto con una chica que era otra víctima de las circunstancias porque las dos nos odiábamos y habíamos crecido una enfrente de la otra y teníamos la misma edad. Las circunstancias nos obligaban a acabar siempre juntas. Incluso en verano.

Cada mañana me vestía con resignación y atención exagerada para sumarme al enemigo y caminar hasta la escuela, a unas 8 manzanas. Durante ese período crucial antes de enfrentarme a mis amigos de verdad, aquella chica me destrozó y analizó mi patética vida. Era mayor que yo, estaba más desarrollada y por tanto lo consideraba su deber. A mí, con 14 años todavía no me había llegado la regla ni apuntaba ningún indicio de mi silueta actual y la chica evaluaba mis posibilidades: «Tal vez puedas optar por una carrera profesional». Al final llegaba a la escuela destrozada.

La Navidad pasada vi a mi vecina, pero ya no es vecina, ¿tiene que vivir en Brooklyn! Con la sabiduría que da la edad, ahora entiendo que lo que sentía por mí no era desprecio sino envidia y que la aterraba que yo pudiera tener algún futuro o llegar incluso a algo grande. Pero entonces, aquel primer año y medio, yo solo podía contraatacar con cuentos de hadas donde las ranas se convertían en príncipes: me parecían bien y desactivaban todo lo que me arrojaba cada mañana la vecina mientras repasaba de arriba abajo la ropa que había elegido y se reía.

—Ay, Evie —se mofaba—, ¿vas a ir con esa blusa?

—Eh... ¿Qué le pasa?

—Bueno, si no lo sabes, no seré yo quien te lo cuente.

¡Tiene que vivir en Brooklyn!

EL POLLO

El lugar donde viví en Formosa desprendía cierto aire rural.

Mientras viví allí, hubo un período durante el que tuve pesadillas recurrentes que me despertaban a las 5 de la madrugada con el corazón acelerado.

Fue en la estación de Primavera y eso me consoló porque incluso en los pisos de Hollywood que han sido tomados por putas extrañas y otras cosas que prefiero no descubrir en Primavera sigue siendo Primavera.

Me vestía y salía a dar paseos memorables por su serenidad bucólica cuando comprendías que el día que había de seguirlos con neblina y pecaminosidad descarada también alcanzaría a La Brea y Sunset, como siempre. Lo curioso era que, a escasos seis metros de Sunset, ya no tenías que aguantar a tipos que en lugar de bajar la ventanilla del cochazo se limitaban a tocar el claxon para recoger su premio, aunque de vez en cuando un coche cargado de negros tomaba una calle lateral por error y te miraba con solo Dios sabe qué en los ojos. En todo caso, con suficiente odio para provocarte pesadillas.

Pero por las mañanas a las 5 solía coger la cámara Brownie y recorría las calles salpicadas de gatos. Los gatos estaban sentados en los porches esperando a que «los otros» se levantaran y les dieran de comer. Entretanto, disfrutaban de las primeras gotas de luz y entrecerraban los ojos como fumetas con las patas delanteras en la segunda posición de ballet.

Todavía hay montones de árboles por todas partes y, por tanto, los pájaros,

a miles, también están despiertos. De todos los tipos, incluso cuervos y colibríes.

Pero yo siempre he salido en busca de los gatos. Solo para ver sus caras y variedades. Adoro a los peludos, adoro a los machos horribles y adoro a los gatitos en todas sus variantes.

Entre los gatos existen tres personalidades básicas: están los gatos que corren a saludarte y a frotarse con romanticismo barato, los que escapan corriendo convencidos de que piensas maltratarlos y los que se limitan a sostenerte la mirada sin mover un músculo. Adoro a los tres tipos.

Cerca de donde vivía había un parque llamado Plummer Park, que había sido donado a la ciudad por un socialista que quería que fuera un Parque para el Pueblo. Y terminó siendo un parque para el pueblo. Iba gente mayor, naturalmente, que se entretenía con juegos judíos y se sentaba al sol. Pero también acudían niños pequeños, adolescentes, adultos que se tumbaban a leer o tenistas porque había canchas de tenis y ahora todo el mundo juega al tenis. Hay una sala donde ensaya la All City Orchestra, colegiales que tocan bien. Se imparten todo tipo de clases de baile y otras actividades como el yoga. Y el puesto de la Audubon Society está enclavado en el centro del parque en un edificio minúsculo rodeado de una valla alta. Dentro hay un bebedero para pájaros y árboles de todas las clases alrededor del edificio que alberga un museo de pájaros y fotografías de pájaros que abre a diario una anciana durante el horario asignado para que la gente pueda entrar y sentarse junto al bebedero y escuchar a los pájaros. Es un santuario diminuto.

A veces, en mis paseos matutinos, me dirigía directamente al Plummer Park y me sentaba. Mientras que otras veces paseaba por diferentes calles, cada una con su propia vida, sus gatos, sus casas. Por eso encontré la Casa del Pollo.

Estaba fuera de mi recorrido habitual al otro lado del parque y una mañana

pasaba por delante cuando atisbé tres gatitos peludos acicalándose torpemente la cara al sol neblinoso.

«Hola, gatos», saludé, y crucé la calle para sentarme a su lado en el muro de piedra de la entrada. Los gatitos se abalanzaron sobre mí y treparon ronroneando hasta mis orejas, y se les sumaron más cachorros y tres gatas.

La casa parecía abandonada y hacía años que nadie usaba el caminito de entrada. De un árbol del jardín delantero colgaba una jaula que servía de pajarera y los pájaros entraban a por comida y se marchaban.

Estando sentada en el país de los mininos oí a mi espalda un tipo de graznido que no conocía. Giré la cabeza hacia la calle cuando se repitió.

Era una calle que por un lado tenía el parque del que acababa de salir y por el otro pequeños bungalows, todos de planta única y con jardín delantero. Ninguna de las casas se hallaba abandonada como aquella en la que yo estaba, pero todas eran pequeñas y algún día serían derribadas para dejar sitio a horribles bloques de apartamentos. Entretanto, las devoraban flores de todas las variedades subtropicales posibles y lucían colores de huevos de Pascua.

Unos 30 metros más adelante por la acera residencial pero acercándose cada vez más a cada paso apareció un pollo.

Era un pollo de verdad. Caminaba por la acera con los brazos bajo las alas como Toshiro Mifune interpretando a un samurái. Una pata de tres puntas seguía a la otra, izquierda, derecha, izquierda, derecha, acercándose más y más a donde yo estaba observando con los gatitos.

Cuando nos alcanzó a mí y a las criaturas, pensé que los gatos harían algo gatuno, pero ni siquiera miraron al pollo. El pollo subió de un salto al muro y esperó su turno para que lo acariciara.

Había salido el sol y eran casi las 7, de manera que disfruté de un plano corto excelente del pollo, el pico, las plumas espectaculares, la cosa de la cabeza. Era de esos pollos color óxido y me pareció un gatito. Los gatitos

creyeron que era un gatito. Las gatas no, y solo se lamían sus caras y las de sus crías.

Yo no sabía cómo se acariciaba a un pollo y, además, estaba paralizada por aquel espléndido desconocido que se había sentado conmigo sin ni siquiera pedir permiso. El pollo esperó. Cuando comprendió que no iba a acariciarlo, dejó de intentar ronronear y se dirigió con paso digno al porche delantero y subió a saltitos las escaleras hasta donde le esperaba un plato plano con comida, supongo que para pollos, a modo de consolación.

Luego bajó saltando del porche y siguió el sendero hacia la trasera de la casa, que yo no veía porque el camino estaba plantado con abundante maíz de metro y medio de altura. Ese primer día no volví a ver al pollo, dio la vuelta a la esquina por el otro lado de la casa.

Cuando llegué a casa él me dijo:

—¿Dónde estabas?

—He salido a pasear.

—Ah.

—¡Y me he encontrado con un pollo!

En adelante, a la vuelta de cada paseo, se reía y me preguntaba: «¿Has visto al pollo?».

No se creía que hubiera un pollo. Dejé de recelar del pollo. (Aunque nunca pude acariciarlo como a un gatito.)

Un domingo por la tarde fuimos al parque a pesar de que él decía que el parque lo «deprimía». El Plummer Park no podría deprimir a nadie, está demasiado animado y demasiado concurrido por «el pueblo» y, además, van demasiadas chicas de 14 años en pantalones cortos para que se «deprima».

—Vamos a ver si está el pollo —propuse.

—¿Todavía andas con el cuento del pollo?

—Vamos.

Cruzamos al otro lado del parque y fuimos a la Casa del Pollo.

Por primera vez vi a un ser humano relacionado con la casa. Era un hombre de mediana edad con la ropa sin planchar que inspeccionaba el maíz.

—¿El maíz es tuyo? —pregunté por entablar conversación.

—Sí, claro. Pero tiene demasiada agua. Ya echa flores. Todo este maíz se queda para flores.

—¿Dónde está el pollo?

—Ah, ¿el pollo?

Mi amigo fingía que apenas nos conocíamos y contemplaba embelesado la calle como si no estuviera escuchándonos.

—Sí, el pollo —confirmé, confiando en que los comentarios sobre el maíz bastaran para abordar en profundidad el tema del pollo.

—Bueno, pues está debajo de la casa. Se pasa allí casi todo el día. Los perros de los alrededores...

—¿Cómo es que tienes un pollo?

—A veces se escapan del camión de reparto que los lleva a la pollería kosher de Santa Mónica...

—¿Y te los quedas?

—Sí, pero la mayoría son demasiado bobos y los atropellan. Este, sin embargo, hace un año que lo tengo y nunca lo han atropellado.

—¿Ves? —le dije a mi amigo, que aguzaba el oído pero no nos miraba.

Se volvió y nos miró con expresión dudosa.

Un pato salió de debajo del maíz y se situó junto al hombre que se ocupaba de nuevo de los problemas de floración del maíz y nosotros enfilamos despacio hacia Fountain.

—Ya sé —dijo mi amigo, saliendo con una idea—, vamos al Café Formosa a tomar un dry martini.

—Me pregunto —me pregunté en voz alta— si el pato era kosher.

—Pero ¿cómo soportas vivir en ese barrio? —pregunta un vecino de Laurel Canyon—. Dime tú, con todas las cosas que pasan y las putas...

—Desprende cierto aire rural... —comienzo.

LA RESPUESTA

Sé que hay una carencia grave cuando la gente intenta dar con La Respuesta más allá de constatar que dos y dos son cuatro. «¿Cuál es La Respuesta?», preguntan, grises. A su vida tiene que faltarle rosa si hacen semejantes comentarios. Me avergüenza escuchar una pregunta que se me impone tan burdamente, como si los humanos pudiéramos sobrevivir a tal maltrato. Como si algo sacado a colación de forma tan sintética pudiera vivir. Es como arrastrar a algo muerto a una fiesta, algo blanco y negro.

Mi primer contacto con el LSD fue en el instituto cuando preparé un trabajo de cierta profundidad sobre la locura para la clase de Ciencias y leí sobre la existencia de una droga... Fui a investigar a la Biblioteca de Medicina de la UCLA y averigüé que eso estaría en la sección «Psicofarmacología», pero en 1961 solo tenían dos libros sobre el tema y ambos ininteligibles. Leí *Las puertas de la percepción* de Huxley pese a que ya entonces opinaba que percepción era un término demasiado crudo para aplicárselo a cualquier cosa que aconteciera durante el día y siempre había pensado que Huxley era otro de esos ingleses que se volvían locos buscando La Respuesta o, en todo caso, se lo tomaban demasiado en serio. Sin embargo, su forma de describir los colores me cautivó. Yo quería ver los colores así. Adoro los colores. Adoro el rojo, el naranja, el amarillo, el verde, el azul y el púrpura y el magenta y el chartreuse y el rosa neón y el marrón y el turquesa y el cereza. Sentí celos porque parecía que él los veía mejor. Traté desesperadamente de conseguir mescalina. La envidia permanece latente.

La única persona que conocía que estaba en situación de poder conseguir LSD era un estudiante de medicina al que conocí con 17 años. Pero estaba chalado y no quise arriesgarme. «Vaaaaaa, sé buena...», me suplicaba cuando me negaba a subirme detrás en la moto con él. La única vez que había «sido buena» y me había montado, se había puesto a 160 por la autopista y a mí en la situación de tener que rogarle a Dios, y resultó que Dios era Graham sentado en un trono de cartón con un botellín de Rainier Ale en el regazo. No me gustó un pelo y nunca se lo conté a Graham.

El estudiante de medicina me habló del Romilar, una pastilla para la tos compuesta de morfina sintética. Si te tomabas 20, dejabas de estar sujeto a las leyes de la gravedad. Enseguida las retiraron del mercado y se lo pensaron mejor cuando los mandamases descubrieron que «Romilar-har-har» era solo una forma legal de colocarse y que no había manera de comprarlo alrededor de la UCLA y la USC porque los estudiantes engullían una pastilla tras otra. Pero no lo hacían por los colores, solo por la gravedad.

Yo quería colores y sabía que el ácido los proporcionaba.

La razón de que lo supiera era que cuando estaba preparando el trabajo de Ciencias leí que unos psiquiatras vendaban los ojos de los pacientes cuando les administraban terapia de LSD porque de lo contrario no hacían nada, el alma de sus pacientes se les escapaba por la ventana a través de los ojos. Me pareció bien.

De pronto Sunset Strip se llenó de chavales de 16 años con las caras pintarrajeadas a los que les gustaba bailar. Los llamaban hippies, incluso ellos mismos se llamaban así, aunque hippie es una palabra que jamás han pronunciado mis labios, porque al igual que «toque» es tan sintética como el pan de molde Wonder. Una vez fabricamos olor a Plátano en Química y casi grité porque realmente olía a Plátano y fue fácil y quedó falso. «Toque» es una palabra que se inventaron asistentes sociales bajo los cuales nadie

florecerá jamás; es una palabra muerta en blanco y negro. El pan Wonder se convierte en goma química dentro de la boca humana. Todo el mundo lo sabe, pero se lo comen como si fuera un alimento. Onda es una palabra, Hippie y Toque son pan Wonder tostado untado con mermelada de uvas falsa. (La uva fue igual de fácil de reproducir que el plátano.)

Anhelaba los colores, pero no estaba dispuesta a mezclarme con los «hippies», y no solo porque fueran pobres, aunque fuera media razón. Dinero y colores. La otra media razón era una combinación de repulsiones. Me repelía que su arte fuera vomitivo. Los Rotuladores no eran colores de verdad; eran como decir que La Felicidad Es Un Peluche Calentito. Me repelía un instinto que me recorría de la coronilla a la punta de los dedos de los pies. También me horripilaban enormemente las religiones orientales, bastante tenía con las occidentales. Pero las religiones orientales, toda esa chorrada hindú en la que se metió todo el mundo, esa mierda absoluta que decía que La Respuesta estribaba en algún lugar de una religión en que calificaban a personas de «Intocables». Es decir, todos sabemos que los intocables existen, pero etiquetarlos así me parece una falta de tacto de proporciones insondables. Al menos los católicos los llamaban paganos y daban a entender que podían ser «salvados». El budismo con el gordo ese en la postura del loto me resultaba vagamente pornográfico porque siempre me preguntaba cómo tendría la polla entre tantas carnes. No me extraña que no «tuviera mujeres». Probablemente la polla en plena expansión pasional le medía 5 centímetros.

Pero sobre todo me mantenía lejos de los «hippies» porque no tenían dinero. Siempre andaban pidiéndoselo a la gente normal. Y parecían postular que «tenían» La Respuesta.

Yo no quería La Respuesta. Quería los colores.

El trabajo en el *Free Press* de L. A. me permitió conocer a montones de

gente que tomaban y tenían ácido. Cuando Richard Alpert (colaborador de Timothy Leary que apenas sonreía) y un tal Steve dieron una charla en el Auditorio Cívico de Santa Mónica, en el *Free Press* vendimos las entradas y así conocí a sinfín de fans del ácido. Ninguno de ellos tenía un ápice de mundo y yo siempre he tenido presente que hay que tener mundo. Es algo que siempre he pensado y no voy a dejar de pensarlo y por eso me avergonzó tanto tener que rogarle a Dios por el incidente de la moto.

Randy tenía mundo. Era el Sr. Mundo Informal con su polo, los pantalones blancos y los ojos grandes azul ácido, y me pidió una entrada. Tuve la absoluta certeza de que iba puesto de ácido.

Le sorprendió que lo notara, pero me había pillado alerta y salimos a tomar un café. Le conté que tenía muchas ganas de probar los ácidos pero me daba miedo acabar en lo alto del ayuntamiento con la cara pintada si me los tomaba con los «hippies» de S. F. y convino conmigo en que San Francisco no era lugar para una persona civilizada. (La gente de L. A. siempre ha despreciado San Francisco; lo maman en el vientre de su madre y ya nunca lo olvidan.)

Dijo que vale, que el sábado me daría ácido y que prácticamente podía garantizarme que no me pasaría nada y le creí. También me dijo que él llevaba metiéndose ácido a diario desde que se presentó voluntario a un experimento de la UCLA en 1961. Estábamos en 1966. Era rico.

El viernes por la noche asistí a la charla Alpert/Steve en el Cívico de Santa Mónica y estuvieron tan petulantes con sus secretos que parecían mujeres embarazadas que aún no hubieran dicho que estaban preñadas. Casi ninguno de los asistentes había probado el ácido, por eso lo hicieron. Yo fui con Randy, que enseguida cayó en la indiferencia.

El sábado pasó a recogerme con su Lincoln Continental granate y me llevó a su casa, que estaba en un valle de Hollywood completamente apartada del

resto de casas de manera que podías imaginar que era la Suiza rural sin necesidad de ningún esfuerzo, mucho menos de tomarte un ácido. El Lincoln Continental granate se veía exótico en el camino de entrada, como una lancha motora en Perú.

Vestíamos vaqueros y camisetas viejos y no llevábamos zapatos. Randy fue a la nevera y sirvió una copa de champán llena de LSD (Sandoz) diluido en agua mineral para cada uno. Brindamos y bebimos. Randy no era una persona seria, se bebió el ácido como si fuera champán.

Luego nos sentamos y esperamos. Debía de haberme servido unos 250 microgramos. Los psiquiatras del libro administraban 90 y los chavales del Strip se metían entre 150 y 1.500. Una dosis de 90 era cosa de niños.

Más o menos a la media hora empezó a saberme la boca a sangre y las cosas comenzaron a brillar. Se volvieron tan absolutamente bellas y radiantes que me daba miedo que terminara. Enseguida pude levantarme entre SUFICIENTES COLORES. O, al menos, el anhelo infantil por el color me dominó y me llenó de colores, de todos los que adoraba. El verde, en particular, causó sensación.

El miedo a la belleza saltó por la borda. Solo quedó belleza.

Randy tocó jazz, agradable jazz suave de la Costa Oeste que no intentaba hacerte nada ni convertirme, simplemente procuraba sumarse a la belleza. La belleza era cómoda y no asustaba, todavía hoy aparece de vez en cuando siempre que recuerdo aunque sea remotamente *Heidi* o Suiza. Hay una descripción en *Heidi* sobre el sol que tiñe las montañas de rosa al anochecer que se incrusta en las infancias igual que aquel día pasa todavía por mi lado con una sonrisa.

A los niños los abrumba constantemente la falta de palabras. Las palabras se apagan con el ácido, no funcionan. Nos callamos.

Después, escribí largas cartas a mis amistades explicándoles que las

palabras no servían.

Fuera los árboles eran preciosos y el verde lo dominaba todo. Recordaba del trabajo de Ciencias que los esquizofrénicos no sabían dónde terminaban ellos y empezaba otra cosa y yo me habría sentido igual si no fuera porque sabía que iba de ácido. Engañarse no es fácil, pero sabía a qué se referían. Mientras, los colores seguían.

Sonó el teléfono. De hecho, repicó.

Randy lo miró y el aparato volvió a repicar.

Extendió su mano larga, estrecha y bella y descolgó al tercer timbrado y se lo acercó a la oreja, toda una hazaña dadas las circunstancias. Nunca sabré cómo lo consiguió.

El teléfono estaba en la mesilla del café encima de un *Wall Street Journal* y el auricular se desenroscó hasta la cabeza de Randy, que empleaba palabras velozmente pese a que ambos habíamos mantenido silencio hasta poco antes.

El auricular abandonó la cabeza de Randy y regresó al bonito teléfono y luego vi que Randy me hablaba y mudé de colores para escucharle.

—Tengo que ir al banco —dijo.

—¿Al banco?

—Sí, al banco. Sé que es sábado, pero acaban de aceptar un préstamo de cuarenta mil dólares que he estado negociando y tengo que ir. Mierda.

—¿Dónde está?

—En el Valle.

—¿Qué hacemos?

Se quitó la ropa, los vaqueros azules y la camiseta, y lo vi ducharse con agua preciosa y cálida. Me senté en la cama mientras se iba poniendo prendas que yo nunca había visto. Primero se puso los calcetines, luego los bóxers. Cuando terminó, vestía un traje de tres piezas gris y una corbata y un reloj de pulsera de oro. Parecía un bonito anuncio del *Wall Street Journal* en *The New*

Yorker y era mi amigo de ojazos azules. Era mi amigo, así que no había intentado imponerme nada, y hasta el día de hoy el verde se desliza a mi alrededor y no estoy encajonada con un montón de razones. Es verde puro, gracias a Dios.

Me llevó a casa en coche en un mundo que parecía desmoronarse de belleza. Más tarde me telefoneó para ver cómo estaba y me dijo que había conseguido el dinero. Supongo que psiquiatras y gurús y demás vándalos dirían que no estuvo bien que me dejara a mi suerte en plena cresta de ácido, pero para mí siempre fue una persona auténtica sin opiniones fuertes que quisiera imponerte y una idea del mundo que me confortaba. Jamás intentó convencerme de que el dinero lo es todo. Para él, entonces, el dinero lo era todo. Como los colores.

En Nueva York, adonde fui tres días después, no tuve cuidado y tomé LSD en lugares oscuros de modo que la palabra «ansiedad» se encajó en mi córtex frontal como un picahielo. Ansiedad, pensaba, ansiedad, ansiedad, ansiedad. Vi las fotos a color de *Ramparts* de niños rociados de napalm en Vietnam y casi me matan. Durante el medio año siguiente tuve ataques de sordera y visiones simultáneas de gente bidimensional como Elvis de cartón. Las cosas eran tan feas como bellas habían sido en el pasado. Lo merecía por comer plátanos falsos, belleza rápida y sintética.

Quería morirme.

De vuelta en California, empecé a no temer al cielo. Nueva York era tal cueva que regresar a California fue como exponer la coronilla al horizonte en todas direcciones. El exceso de luz me hacía entornar los ojos. Había una nueva hornada de consumidores de ácido en California, sofisticados que no deambulaban por el Strip mendigando. Randy se había adentrado en las colinas con su dinero y apenas le veía.

Una noche fui a una fiesta para complacer a un amigo, aunque estaba tan

cansada que apenas me tenía en pie. Una chica me dio 1.000 microgramos de ácido Rayo Blanco y, por equivocación, me dijo que era media Dexedrina. Estaba tan agotada que me metí en una habitación a dormir.

Me desperté en plena retransmisión de La Respuesta en blanco y negro intermitente en el techo: «¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Por qué? ¿Por qué no?», exclamaba como un idiota. Era tan estúpido que me levanté y regresé a la fiesta. Esa es La Respuesta, pensé para mí, esa tontería es la razón por la que toda esa gente se da cabezazos contra la pared. Bueno, pensé, supongo que se lo merecen.

En la sala principal de la fiesta, mi amigo, un caballero inglés de ingenio e inspiración, me vio aproximarme.

—Me sabe la boca a sangre y no paro de ver la puta respuesta refulgiendo en el techo —me quejé.

—Me temo que vas puesta de ácido, querida —me dijo, cogiéndome la mano para consolarme.

Reconoció mi macilenta indefensión. Jamás había estado tan mal como para no darme cuenta de que iba de ácido. Su mano y sus palabras disiparon la ansiedad y esperamos juntos a que amaneciera.

Enfrente teníamos una horrenda fotografía en blanco y negro de un hombre peludo y una chica de mirada lasciva follando y sonriendo a cámara.

—Por favor —le dije a mi amigo—, es espantoso.

La descolgó y la escondió, aunque no era su casa y el anfitrión preguntaba a gritos dónde estaba.

Amaneció, el sol se levantó en insoportables horizontes de melocotón de los que no podía apartar la mirada. Todo se exponía bello alrededor del orondo sol naranja y la dulzura llenaba el aire como le sabe el lago a un pez.

A esas alturas hasta mi amigo inglés dormía. De modo que lo contemplé sola. Dos más dos son rosa.

Para mí, a veces.

ROSIE

La gata que he tenido durante casi toda mi vida adulta hasta la fecha se suicidó el verano pasado y la enterramos bajo el albaricoquero detrás de casa de mis padres.

Fuera lo que fuera lo que le pasara a Rosie, desentrañarlo me llevaría años de terapia y estudio de antiguas escrituras y no fue hasta que me metí mescalina cuando peregriné al jardín trasero para pensar en ella. Allí, en el lugar donde la enterramos a un metro bajo tierra, crecían la hierba, no una enramada de rosales, solo hierba. Tuve que reírme. ¿Qué otra cosa iba a crecer del corazón de Rosie sino hierba?

Rosie llegó a mí en Nueva York, regalo de un poeta que había recibido a la madre de la gata de Frank O'Hara. Esta había tenido tres gatitos. Uno murió muy joven de hemorragia craneal. Otro vive en Arizona con la exmujer del exbatería de los Fugs, Betsy. Y el tercero era Rosie, que se plantó enfrente de un coche de una vez por todas el pasado julio. Pobre Rosie.

Casi todo su primer año de vida transcurrió en mi minúsculo apartamento neoyorquino, donde jamás vio a otra criatura más que a mí, así que sobre mí recae la culpa de su personalidad increíblemente espantosa a menos que fuera culpa suya: no lo sé. La llamé Rosie Nosie, la fisgona, confiando en que actuara en consecuencia. Pero nunca superó nada. En particular, su infancia en un cuartucho.

Cuando creció y ya habíamos vuelto a California, mi vida tal como la imaginaba significaba un mínimo de otros 12 años (porque Rosie estaba sana

y a veces los gatos pueden llegar a vivir incluso 17 años) emparejada con aquel animal, Rosie. Para empezar, no podía tener amigos que tuvieran mascotas porque Rosie se volvía completamente loca en cuanto se le acercaba otro animal, sobre todo un perro, pero los gatos también la ponían enferma. ¿Y a quién podía regalársela? Mordía y no le gustaba a nadie, no la soportaban ni los amantes de los gatos. Tenía un humor de perros y se quejaba siempre de todo con voz siamesa. (La madre que había pertenecido a Frank O'Hara era siamesa.) Así pues, mi futuro apuntaba a solterona a pesar de que, al principio, solo tenía 24 años.

Alguien podría preguntarse por qué no me deshice de ella. Por qué y cómo Rosie conseguía salirse siempre con la suya. Bien, para empezar, Rosie tenía una tripa tan blanca que ni los guisantes pequineses provenían de un lugar más puro. Se echaba de espaldas y te tentaba de forma irresistible para que le tocaras el vientre magnífico... y cuando lo tocabas, te atrapaba con las zarpas y los dientes. Pero lo principal, incluso para quienes la aborrecían y la pateaban cuando yo no miraba, era la cara. Tenía la cara de gato más bonita que he visto jamás. Tenía la nariz rosa pétalo y los ojos verde gato, pero la mitad de la cara era naranja y la otra mitad a rayas grises y era tan bonita que cuando se desperezaba en el alféizar al sol sabías que nunca comprenderías nada pero que bastaba con aprovechar lo que te tocara en suerte. Y a mí me tocó Rosie.

En Formosa los coches pasaban chillando matando a niños, perros y gatos pequeños y a Rosie jamás la atropellaron. No fue hasta que nos mudamos a la casa de mis padres en una zona residencial muy tranquila de las colinas de Hollywood donde los coches circulaban a 15 kilómetros por hora cuando al fin decidió acabar con todo después de siete años de vida. La cuestión fue que no me supo mal, no era simpática.

La próxima vez que tenga un gato será del depósito y se sentirá agradecido

aunque le dé Friskies, no como el hígado que le ponía a Rosie, que luego me miraba con desdén siamés: «¿Qué, hígado otra vez, zorra inútil...? ¡Por favor!».

Que fueron las últimas palabras que me dedicó antes de salir por la puerta de atrás.

EL ARTE DEL EQUILIBRIO

SANTA MÓNICA, CALIFORNIA: MacGillivray-Freeman films estrenó su última película sobre surf, *Five Summer Stories*, el 24 de marzo, un viernes por la noche, en el Auditorio Cívico de Santa Mónica, con un aforo de 3.000 personas y todas las entradas vendidas. Los cineastas, Greg MacGillivray y Jim Freeman, acudieron para manejar los proyectores, enfrentarse a una avalancha de mil entradas falsificadas y presentar, con éxito, el primer uso del sonido estéreo en una película de 16 mm. El sonido, casi todo música, lo ponían los Beach Boys y un grupo llamado Honk, entre otros.

El viernes pasaron tres cosas en el Cívico de Santa Mónica. La primera, el público, cuya media de edad rondaba los 17 años y se componía de jóvenes bronceados, en su mayoría rubios, de ojos claros y que irradiaban salud a densas pulsaciones prácticamente audibles. Pocos eran los que fumaban tabaco o llevaban gafas y todos transmitían una sensación de animada urgencia e impaciencia mientras esperaban a que comenzara la película. La segunda, los surfers de la película, que el público reconoció inmediatamente y ovacionó al verlos batirse en duelos de fugaz belleza con brillantes y verdes sueños de muerte. Y tercera, la actitud de la película, su esencia, creada minuciosamente para esa noche, ese público, por dos de ellos, dos tipos que suponían que solo se proyectaría ante fanáticos del surf pero no obstante se gastaron miles de dólares extras para que el sonido dejara a todo el mundo alucinado: no tenían necesidad de hacerlo, pero eran *hot* y, por tanto, echaron la casa por la ventana. *Hot* es el equivalente surfero de *grande*.

El retraso condujo a los chavales, consumidos por la impaciencia, a tal extremo de expectación y dramatismo que a duras penas podían respirar. Por el aire volaban paquetes de palomitas aplastados, el ambiente se cargó de olor a hierba quemada y el lugar empezó a recordarme a una tienda circense (aquellos chicos no eran demasiado paranoicos, pensé), una manta de humo se extendió democráticamente por encima de todos, nadie escapó. Los aviones de papel volaban en círculos como golondrinas de San Juan, solo que rosas y verdes, y me enteré de que habían tenido que dejar de repartir programas en los encuentros surfistas porque lo ponían todo hecho un asco. Se suponía que primero tocaría un grupo que nadie conocía y que todavía no había comenzado y ya llevaba media hora de retraso y al que evidentemente nadie quería escuchar pero tal vez soportaran si no molestaba demasiado. Mientras, planeadores de colores chocaban en las alturas; el ambiente iba cargándose de impaciencia precipitada y silbidos y pisotones para matar el rato.

A las 8.30 más o menos, el grupo salió al escenario y estableció una comunicación instantánea, un entendimiento con el público que pocas veces se expone tan sin tapujos. El público pensaba queapestaban, los despreciaba, los abucheaba, les gritaba «¡TOCAD ROCK!» y, en general, recibió horrorizado a aquel grupo de modositos de iglesia-memorial-Joni Mitchell cuando lo único que quería era estruendo, preferiblemente improvisado. El grupo se diría que despreciaba a su público desde hacía semanas y se aseguró de que cuando terminara la actuación toda la tierna expectación y el deseo de la inmensa sala hubiera sido drenado, sofocado, aplastado. «QUITAOS LA ROPA» les aconsejó al final de la actuación alguien de la tercera fila. «Gracias por la paciencia — replicó con sorna el líder del grupo—, y ahora nuestro lacayo recogerá el escenario para que podáis ver la película.» ¡Qué cosas!

«Espera a que empiece la peli...», me aseguró con convencimiento un

amigo. Se había convertido en mi amigo porque estaba sentado a mi lado y ambos formábamos parte del público y respirábamos la misma cosa que flotaba por encima. A mí me parecía un crío —él tenía 20 años y yo 28—, pero a él los demás le parecían unos críos porque todos tenían 17 y los de 17 pensaban que cualquiera menor que ellos era un grumete (que, por lo visto, es que como los surferos llaman a un fan demasiado joven y que no sabe surfear). «... Ya verás», remachó con timidez.

No me imagino al público provocando un disturbio si la película hubiera empezado después de las 9, pero como empezó a las 9 nunca lo sabré con seguridad. Rayos de expectación recorrieron la sala en cuanto se apagaron las luces. Un clamor repentino del público recibió al cristiano que salía a la arena y la película apareció sin miedo en pantalla con unos colores irreales y abstractos, hipnóticos, colores solarizados a cámara lenta, lentísima, girando despacio, contagiándonos su ritmo y atrapándonos en un silencio sobrecogido antes de fundirse en un color cada vez más real y terminar en la luminosa y brillante verdad: un hombre deslizándose por el interior de una sábana de 4,5 metros de verde líquido rematada por diamantes disparados a cámara lenta y que, mientras la ola se curvaba perezosamente sobre sí misma, retrocedía por el bucle de aire que se formaba en el interior, el «tubo», y desaparecía y, en el último momento, el momento final, parecía imposible, pero regresaba al exterior como un patinador sobre hielo concluyendo la maniobra. El cristiano había liquidado a los leones y ahora se sentaba encima de sus restos. Nosotros, conversos estupefactos, le gritamos nuestra devoción y nos preguntamos si alguna vez podríamos imitarlo. Ya sabía lo que todos habían estado esperando.

La película se organizaba libremente en 5 «capítulos» con un «Capítulo 2 1/2» o un «4 1/2» para introducir digresiones y un intermedio después de la segunda parte. El principio trataba del parecido de Hawái con un Paraíso

casero, con frívolas escenas almibaradas de flores, vacas, chicas risueñas y una voz amistosa que se explayaba sobre el feliz descubrimiento de la Banzai Pipeline en 1963 por un tal Bruce Algo que solía ser lo más en términos de Pipeline pero al que después superó Gerry López. La voz amistosa (perteneciente al cineasta Greg MacGillivray) se extendía mientras López, que parece un revolucionario relajado y mujeriego, demostraba conservar un equilibrio primigenio, vestigio de un tiempo en que los hombres bailaban en el agua, acariciando el interior de una amenaza curva de 40 toneladas más rápido de lo que en realidad está permitido en el mundo, mucho más rápido. El público enloqueció de éxtasis y la marea de la película nos atrapó en su cadencia, a salvo...

Más adelante, en una sección dedicada al «estilo» del gran surfista, la narración de MacGillivray dejaba paso a las descripciones de algunos surfistas sobre sus colegas. Simples acentos californianos, cuyo mejor ejemplo tal vez fuera el monólogo continuo de Corkey Carroll, presentados en forma de poesía, sobre todo al describir a López. «Posee una comprensión innata de sí mismo en términos de la ola en lugar de separado de ella y eso le permite existir en situaciones muy delicadas», y López aparecía al final de un largo túnel verde acariciando con los dedos el interior de una jubilosa amenaza de 4,5 metros. «Diría que su relación con el océano es decididamente sexual.»

López estaba solo, elegante en su brutalidad, desapareciendo, reapareciendo, en las profundidades de aquella hondura atronadora. La siguiente. Una peligrosa furia aguamarina a punto de romper y a través de cuyo transparente sueño semicurvo voló López dejando una lenta estela de diamantes tras de sí, una sombra inestable. Enmudecimos incrédulos antes de reventar la sala.

Las mujeres tienen que tumbarse de espaldas y sangrar y gritar para tentar

a los dioses para que se muestren. Los hombres, por su parte, no tienen que tumbarse de espaldas ni sangrar ni gritar para rozar y respirar la fragancia celestial: a los hombres les basta con lanzarse contra enormes sábanas de monstruosos sueños amorales de color verde y mantener el equilibrio.

A media película nos deslumbró un rostro tan abrupto en su fiereza y sus rastros vestigiales del paraíso que deduje que el clamor automático del público era simplemente la reacción a la peculiaridad de la cara en sí. Desde la pantalla nos contemplaba con estupor la mirada indiferente de unos ojos de una isla olvidada. El pelo negro alborotado se enmarañaba alrededor de esa cara como un marco de espino y descendía entretejido por debajo de los hombros. Una boca tan ingenua como de antes de que se inventara la culpa adoptó, sin previo aviso, la sonrisa intensa e impotente de una de esas raras criaturas que consiguen ser felices. Por debajo de la cara se informaba de que esta correspondía a David Nuuhiwa (Niu-iii-vah), pero todos los presentes lo sabían menos yo y por eso gritaban. De fondo se veía un atardecer, naranja sombrío y gris oscuro, la sonrisa se desvaneció, habiendo agradecido ya el rugido espontáneo de quienes lo habían reconocido al instante, y sin la sonrisa nos quedamos solo con el mar calmo de esa mirada indiferente que nos contemplaba con estupor desde unos ojos de una isla olvidada.

«David», como lo llaman familiarmente en las revistas de surf y en la película, porque en el surf todo el mundo sabe quién es «David», aparecía obteniendo el primer puesto en el Campeonato Estadounidense de Surf un día «plano» (asqueroso) en que pilló una de las pocas olas aceptables. Su «estilo» consiste en subirse a la tabla y verlas venir, aguas e infiernos, como si tuviera los pies clavados. Su postura al caminar por tierra recuerda al aire de sobrio desafío que debía de transmitir Manolete o a cómo debía de escuchar T. E. Lawrence. Hay personas que esconden mitos y David Nuuhiwa, isleño de 22 años, parecer ser una de ellas. Verle conducir por las calles de su nuevo

hogar, Huntington Beach, en su Jaguar blanco, un maltrecho sedán, con las dos tablas de surf cargadas encima con petulancia no despertó los celos de los 3.000 espectadores, que en cambio aplaudieron y se rieron de aquel espectáculo de perfección y riqueza, aunque la mayoría de los surferos no tiene mucho dinero, porque David merecía ser rico y feliz. El encogimiento de hombros con que acompañaba su único comentario, comentario no explicado, acerca del campeonato («... es una repetición instantánea de lo que pasó hace un par de años»), era el gesto confuso de alguien que no está acostumbrado a tener que usar palabras o responder a preguntas. En el mar es tan veloz que se mueve como un látigo y parece que nunca se moja al atravesar centelleantes espumas plateadas que lo rodean asombradas. Don Thomas, editor de *International Surfing*, lo describía como «el surfista nato» cuya «... singularidad ... es debida al instinto» y luego parecía que ya solo era capaz de describir lo que no era (uno más de nosotros, por lo visto). Al final de la competición se veía a David escudriñando el mar con los ojos entornados a la puesta de sol antes de girarse hacia la muchedumbre y la tierra seca al aproximarse la noche.

Los cineastas opinaban sobre el surf de competición y el surf como «deporte» organizado, señalando que toda competición es una corrupción del arte impuesta por imbéciles y tarados que están gordos, no se enteran de nada y persiguen a los surfistas con fines mercenarios. El público parecía estar de acuerdo con este punto de vista a juzgar por el volumen del ruidoso aplauso. Sin embargo, cada año se celebraban más competiciones con premios también crecientes (a veces de hasta 10.000 dólares) y, como decía uno de los tipos de la revista de surf: «Es mejor que trabajar».

De todos los surfistas que aparecían en la película, uno de los mejores, Jeff Hakman, fue el único que me trajo a la cabeza la palabra «atleta». Tal vez fuera porque llevaba el pelo muy corto y parecía un jugador de fútbol

americano y la actitud del resto de los surfistas era de admiración a regañadientes porque su éxito era inevitable, pero noté que no despertaba el sobrecogimiento mudo que sentían por la habilidad de López para «existir en situaciones muy delicadas» ni la pura alegría de saber que David existía. De todas maneras Hakman es una cosa maravillosa de ver mientras sobrevive cual saco de bolitas que se las apaña para aterrizar siempre de pie. Otro surfista lo defendía: «Hay gente que dice que es solo músculo, pero es como una máquina de coser estampando la superficie de las olas». Es fuerte y rápido y te seduce poco a poco, su supervivencia se hace arte.

A Terry Fitzgerald, un australiano, lo describían así: «Va, va, va, va: sin parar y sin mirar atrás. Parece un radical, pero define los objetivos con precisión y los cumple». No está mal. («Radical» es un término surfero curioso que no entendí del todo: a veces significa algo bueno pero de lo que no deberías fiarte, a veces significa una ola difícil de manejar. Parece una palabra que se dice sin pensar con connotaciones más positivas que negativas; tal vez signifique loco.)

INTERMEDIO

Salí a los pies de la escalera a reunirme con Barbara, una amiga especial de MacGillivray («... M mayúscula-a-c; G mayúscula-i...»), me deletreó la chica para asegurarse de que lo escribiera bien), y me aturdió el humo y la belleza del agua y los vientres planos y preciosos de las jóvenes que parecían casi todos morenos y huecos porque la cinturilla de los Levi's por las caderas no alcanzaba el dobladillo de las camisetas ajustadas a la cintura, aunque a la mayoría de ellas la melena, rubia, les llegaba a los vaqueros... Entonces apareció Barbara, una típica californiana de estilo elegante desenfadado a la que le queda bien el pintalabios rosa y era franca y directa como estaba

siéndolo todo hasta el momento. Comenté lo fantástico que era el público y me dijo: «Dios mío, estos críos... Si saliera una luz blanca en la pantalla también se volverían locos...». Pensé en mencionar que habían abucheado al grupo de música, de modo que lo mencioné y resultó que gran parte de los maravillosos temas de la película era, tremendo error, del grupo, del mismo grupo... Honk.

Greg MacGillivray no parecía surfista ni cineasta: parecía un joven profesor de álgebra de instituto y hablaba como tal, con un tono claro, optimista y alegre. Sin bronceado, camisa planchada, economía en las formas: nada de titubeos, ni digresiones, ni derroches, amable y brillante. Jim Freeman parecía una persona del Big Sur a la que le tirara el Big Sur pero no necesariamente meterse un ácido detrás de otro. Era más agreste, tenía trabajo que hacer. Ninguno de los dos era nada en especial y, no obstante, habían montado aquella velada.

Empecé a preguntar tímidamente y aprendí que Greg había comenzado a surfear con 15 años y que rodó su primera película sobre el tema a los 17 antes de acabar el instituto y ahora tenía 26 y aquella era su última película de surf.

—Hemos llevado el tema al límite, sabes, y estamos trabajando en el guion de una película de verdad que debería completarse más o menos dentro de un año. El domingo vamos a Hawái a rodar un anuncio para Timex con Gerry López: sobre cómo Timex sobrevive incluso a esas circunstancias, ¿sabes?

—¿Y el resto de deportes... o artes? —pregunté.

—Hemos hecho un corto sobre buguis en las dunas y estamos pensando en rodar uno de esquí.

Me contó que la película (de 2 horas) había costado 30.000 dólares y que en un principio la habían presupuestado por 20.000, pero el sonido, que se grabó especialmente en la Twentieth Century-Fox, había salido por una

fortuna y me preguntó qué tal sonaba.

—Genial. ¿Los Beach Boys os han regalado la música?

—Sí, Brian Wilson también quería componer el tema principal pero tuvimos que renunciar por cuestiones de tiempo. Jamás podríamos permitirnos pagarles por la música que han hecho.

Mientras, Greg iba rebobinando los primeros rollos a mano porque se habían quedado por un descuido sin rollos y tenían que ir dejando caer la película en un gran cesto de lona.

—Entre los dos tardamos más o menos un año en recuperar la inversión. Vamos proyectando la película por la costa y alquilamos copias y así.

A los 5 minutos había vuelto a mi butaca y estaba esperando más, disfrutando de la generosidad de aquellos chicos sin paranoias que además compartían conmigo sus conocimientos. Llevaban acudiendo al Cívico de Santa Mónica al menos 5 años, «Hace solo 5 años nadie fumaba», me dijo uno. Pregunté a varias personas cuál era la mejor película sobre surf, pero ni una sola se atrevió a proponer un título.

Una de las *Five Summer Stories*, titulada *Close Out*, trataba de la desaparición de lugares para practicar surf y los planes para convertir en puertos muchas de las playas de Hawái perfectas para surfear. Un collage magnífico de sonido e imagen mostraba a cámara lenta a los surfistas deslizándose por las aguas salvajes con pura música clásica mientras, de fondo, el molesto ruido de un noticiario nos informaba subauralmente de los planes de Nixon para la costa americana. Sonó una canción directa sobre planos de pozos petrolíferos y demás expoliaciones titulada «California, Young but Already Old». «L. A. —como comentaba uno de los chicos al final de la sección— está hecha polvo.»

En ningún momento se habló de ecología; el término no casaba con esa noche y esas vidas. Pero el público, la mayoría del cual ha pasado veranos

enteros aprendiendo los secretos de caminar sobre las aguas, está cautivado por el mar, se mantiene sano, atento al equilibrio para tener suficiente fuerza para atravesar las sábanas verdes y rugientes, el público tiene un interés personal, íntimo, trágico, en la ecología. La mayoría de los chicos sabe que cualquiera con dos dedos de frente entiende que sería mucho mejor dejar al océano tranquilo, no alterar su abrazo libre con perfecciones, así que entre ellos y cualquier adversario que planea un puerto para yates donde poder beber en paz se levanta un muro de algo aún más monstruoso que las paredes verdes que da gusto derrotar. Es el eterno problema entre el artista y el empresario, y para frenar a los empresarios el artista tiene que renunciar a su arte. ¿Se pondrá David Nuuhiwa una camisa e irá a Washington? ¿David?

A las 11.30 terminó, estábamos saciados. Ahíto de mitos que perforaban lentamente el océano, de diamantes precipitados a un cielo azul de niño, de inestables estelas dejadas por las tablas en montañas verdes y de ojos de islas olvidadas. Nos habíamos quedado afónicos de tanto gritar a Gerry López, vitoreándolo mientras atravesaba perezosas explosiones que podían partirlo en dos como a veces pasaba con las tablas. Resplandecíamos de placer por esas tardes, por la importancia y la atemporalidad del espectáculo de esa noche. E incluso yo, que hasta el viernes pasado no sabía ni cómo llegar al Auditorio Cívico de Santa Mónica, fui capaz de «existir en situaciones muy delicadas».

LA ACADEMIA

La Academia de las Artes y las Ciencias es tan cursi, es como el beso de la muerte.

Cuando tenía 10 años, vi *Su Alteza, el ladrón* durante un año entero, estaba enamorada de Tony Curtis. Mi madre tenía que llevarme al centro y aguantar cuatro pases de *El Gran Caruso* para que pudiéramos volver a ver *Su Alteza, el ladrón*. Yo llevaba en la cartera fotos de Tony Curtis del *Photoplay* que me quedaba mirando embelesada en el cole. Conocí a su hermano. Iba a Roadside y se apellidaba Schwartz, pero para entonces ya no estaba enamorada de Tony Curtis. Ahora conozco a Tony Curtis. Lo conocí en una fiesta. Está bien. Pero no es el mismo Tony Curtis que tenía un tatuaje de Príncipe en el brazo (escondido bajo un brazalete hasta que Piper Laurie amenazaba con aplastar una perla con el pie si no dejaban de pelear; ¿ves?, me acuerdo). Ahora es sofisticado y está afianzado en el Viejo Hollywood. Es amigo de Cary Grant y él y su mujer tienen entre los dos media docena de hijos.

Desprende una especie de petulancia que todavía me atrae.

Pero al crecer, naturalmente supuse que lo había superado. No esperaba que fuera a repetirse y menos del modo en que pasó. En primer lugar, *Lawrence de Arabia* llevaba un año en cartelera y había ganado 9 Premios de la Academia antes de que yo fuera a verla. Y no habría ido de no ser porque se trataba de una «primera cita» y porque en aquella época no discutía lo que íbamos a hacer hasta la segunda. Y una película con una panda de ingleses,

sin ninguna mujer, en el desierto, con Alec Guinness y Anthony Quayle no correspondía a mi idea de lo que era una película. Como digo siempre: Que entren las chicas bailando (como en *Su Alteza, el ladrón*).

El chico, del que he olvidado todo salvo que tenía un Porsche plateado y la hierba más potente que había fumado desde hacía siglos, pasó a recogerme y acabamos tan colocados que casi llegamos tarde. Me dejó en la taquilla mientras se iba a aparcar y me dio 10 dólares. La taquillera me devolvió 3.

—¡Hostia, cuesta 7 dólares! —le dije, devolviéndole el cambio.

Sería 1963, cuando 7 dólares eran mucho dinero.

Entramos en el cine a trompicones o resbalones y elegimos butaca. La sala estaba repleta y yo detesto los cines llenos, detesto las citas, detestaba la situación. Pero la hierba me había paralizado, así que le pedí que me trajera palomitas. Obedeció y, hasta que no llevaba fuera un buen rato, no miré alrededor y deduje que aquel cine era demasiado lujoso para vender palomitas, como luego se demostró. El chico regresó justo a tiempo porque un tambor retumbó por los altavoces y de inmediato me rendí al embrujo de la película que durante más de un año, cada vez que alguien dijera «Vamos al cine», buscaría en la cartelera para ir a ver. La vi catorce veces.

Solo que esta vez no solo me enamoré de Peter O'Toole, sino que me enamoré de toda la película, en especial del astuto guion inglés con sus actitudes de boy scout de Oxford y sus diálogos sincopados.

Por ejemplo, Alec Guinness en esa película estaba divino. Su última frase mientras Lawrence se marcha, después de decirle a Allenby: «Lawrence es un arma de doble filo, ¿no es verdad, general Allenby? Ninguno de los dos lo queremos aquí». Mientras Lawrence sale de la estancia repleta de diplomáticos, Faisal (Guinness) dice: «Ah, mi deuda contigo... no tiene precio». Me mojo solo de pensarlo.

En esta película ni siquiera Anthony Quinn hacía de malo, en particular en

relación con O'Toole y esos ojos azules que parecían el cielo resplandeciendo a través de su cabeza. Como si le hubieran arrancado los ojos o nunca se los hubieran puesto.

Pero mi frase favorita es del principio, cuando Lawrence está dibujando mapas en un sótano de El Cairo y entra un soldado con una carta y luego se para a fumarse un cigarrillo. Lawrence le ofrece fuego con intención y después, todavía con más intención, apaga la llama con los dedos.

El soldado intenta imitarlo, pero se quema y dice:

—Duele. ¿Dónde está el truco?

—El truco, William Porter —O'Toole, intenso, se vuelve hacia él—, está en que no te importe que duela.

Toda la película va repleta de comentarios de boy scout así, como cuando Omar Sharif aparece por primera vez, en el desierto, como si fuera un espejismo de seis metros que se oye a ocho kilómetros de distancia, una mota en el horizonte que dispara al guía de O'Toole y luego se materializa.

—¿Cómo te llamas, inglés? —pregunta con una sonrisita Sharif.

—Mi nombre —responde O'Toole— es para mis amigos.

—Te llevaré con Faisal —dice Sharif, todavía sonriendo.

—Iré solo.

—¿Cómo? Son dos días de ruta por el desierto. Te perderás.

—Tengo esto.

O'Toole le muestra la brújula colgando de una tira de cuero.

Sharif cuele la fusta del camello (a lomos del que lleva todo este rato, mientras que Lawrence permanece en desventaja, en el suelo) por la tira de la brújula y lo mira con sorna:

—¿Y si te la quito, inglés?

—¡Serás, además, un ladrón!

Oh, ¿por qué solo existe una *Lawrence de Arabia* y por qué ya no la

pasan? Me pegaría por haberme perdido el primer año. Fueron todos los premios de la Academia los que me hicieron desconfiar. Alguien debería haberme dicho que era buena.

Vi esa película hasta que acabó arañada y recortada y todo por culpa de la cursilería de la Academia. Creí que sería un rollo de boy scouts.

LA BIBLIOTECA DE HOLLYWOOD

Mi educación ha carecido de cualquier tipo de estructura. Y, no obstante, a veces cuando me pierdo en el mundo académico me encuentro en una de mis perversiones más decadentes. En una ocasión me dediqué de lleno durante tres meses a la física para entrarle a Fred Hoyle, de quien sabía que a veces enseñaba en el Cal Tech (Fred Hoyle es el astrofísico rey si te gusta la astrofísica), pero solo descubrí a un chico muy majo con un Mercedes nuevo que conocía a C. P. Snow y le llamaba sir Charles y que era tan aburrido que al final volví al rock and roll. O me ponía a hablar con un profesor de inglés y resultaba que el hombre no había leído a Anthony Powell. Mucha gente no ha leído a Anthony Powell: es increíble. Es mucho menos plomizo que John Updike y un auténtico suflé comparado con cualquiera.

Pero me he educado mediante la lectura, que ha sido mi salvación y la columna vertebral de mi vida. La vez que quise suicidarme en Nueva York, me salvó *Dombey e hijo*. Charles Dickens es perfecto para cuando tocas fondo por accidente. Anthony Trollope también, pero es tan divino que sería una lástima gastarlo en exceso solo porque tienes problemas.

Cuando viajo hay ciertos libros que siempre van conmigo. Colette siempre me acompaña. No sabría qué hacer sin *Paraíso terrenal*, ¿y si me pasara algo y no lo tuviera? ¿Y si se fuera la luz y murieran todos mis amigos? Sin Colette, ¿dónde estaría? Para mí, Colette es una de esas escritoras que abres en cualquier parte y repasas lo que debes hacer. Cuando describe un almuerzo a solas donde lo único que tiene es la vista al Bois, una ciruela y un ala de

pollo que baja con una copa de vino blanco frío y remata con un Caporal, consigue que te sientes en el Bois a comerte un ala de pollo con una ciruela, sorbiendo vino blanco fresco y encendiendo un cigarrillo de tabaco negro. Colette me ha acompañado desde que a los 9 años descubrí a Claudine.

Casi siempre salgo de la biblioteca con libros de escritoras. No dejo de confiar en que la bibliotecaria no se dé cuenta, pero cuando 8 de cada 8 de los libros que sacas están escritos por mujeres, intentas no parecer demasiado lesbiana.

Una mujer que por lo demás fue una carga durante toda mi infancia, una vez, sin mediar palabra, me hizo un regalo especial de Navidad, uno que no regaló a nadie más: *Siete cuentos góticos* de Isak Dinesen. A partir de ese instante devoré todo lo de Isak Dinesen que cayó en mis manos, incluso *Memorias de África*, que estaba convencida de que sería un libro de safaris de civil pero resultó un pedacito de cielo que deberías guardarte en casa. Conozco a alguien cuya hermana victoriana vivía en Nairobi cuando estaba allí la condesa Karen Blixen (Isak Dinesen) y contaba que todos los blancos la llamaban Karen la Loca porque hablaba con los sirvientes. A día de hoy todavía no sé qué pensar de la mujer que me introdujo en Isak Dinesen: ¿cómo lo supo?

Virginia Woolf cuesta. Pero lo he conseguido. La leímos por primera vez en la clase de Literatura Moderna que impartía un profesor inspirado llamado señor Major. No era la típica clase de Literatura Moderna que suelen darte en el instituto. No teníamos ningún libro de texto que incluyera *La tierra baldía*. De hecho, nunca he leído *La tierra baldía*. Lo que hacía el señor Major, para garantizar que supiéramos lo que no era literatura moderna, era mandarnos leer *Green Mansions* y, para que no nos cautivara esa papilla empalagosa, nos iba repitiendo comentarios del tipo: «Soñé que volaba por la selva con mis pantalones piratas de telaraña». Luego leíamos la vida de Gandhi para

que, en el caso de que todavía quisiéramos ser románticos, supiéramos cómo hacerlo. (De hecho, un domingo nos llevó al templo vedanta para que lo entendiéramos.) Y luego leímos a Ibsen, unas tres obras, leímos la tira de Chéjov, leímos Tennessee Williams, leímos demasiado Evelyn Waugh porque todo el mundo se colgó, leímos un libro peculiar titulado *Néctar en un tamiz* de una escritora india sobre India y leímos *Orlando* de Virginia Woolf. Leímos montones de cosas más y nos mandaron ver *Fresas salvajes* y un par de películas más. El señor Major tenía que pagar por su flagrante inspiración pedagógica dando clases de repaso de inglés el resto del día. La dirección y él nunca congeniaron demasiado. También leímos a Hardy y a Dostoievski, obras difíciles como *Los hermanos Karamázov*.

Virginia Woolf me atormenta. Ojalá pudiera yo escribir así. Ella está enamorada de Londres y yo estoy enamorada de L. A., pero Londres tiene estaciones y una historia gigantesca y estratos sociales... A ella no le gustaría L. A. pero quizá me perdonara que a mí me encante. *Las olas* es lo mejor que escribió, es tan perfecto que te vuelve loca. Y después fue *Una habitación propia*, que consiguió que creyera en la Liberación de la Mujer. Nunca me gustó cuando Gloria la Burda y Grosera intentaba escribir del tema: era como leer esa propaganda radical que elige tan mal las palabras y está tan alejada de los humanos que tienes que hacer la vista muy gorda para permitir que penetre en tu cerebro lo que dicen. Pero cuando lo hace Virginia Woolf es fácil. Ella acierta y los demás se equivocan.

M. F. K. Fisher está convirtiéndose en mi escritora favorita, por encima incluso de Colette. Una vez le escribí una carta de admiradora y le dije que era como Proust pero mejor porque al menos ella daba las recetas. Me contestó que suponía que algún día alguien haría una tesis doctoral sobre las magdalenas. M. F. K. fisher se ocupa de las indigestiones y, no solo eso, es de Whittier y creció en L. A. cuando la ciudad era el puesto más avanzado del

mundo civilizado. Describe comer tarta de melocotón con su padre y su hermana en las colinas al ocaso cuando tenía unos 5 años, una imagen que siempre me ha acompañado, como me acompañará la idea de que para recorrer los 80 kilómetros que distaba la granja de melocotones de su tía tardaban 4 horas y 5 pinchazos, no había carreteras. Me llevo dos libros de M>. F. K. fisher junto con mi Colette adondequiera que voy.

La única forma de leer a Marshall McLuhan es del tirón de principio a fin.

Descubrí a C. P. Snow de casualidad. Me gustan las series de libros, confío en que serán de un buen escritor y así podré disfrutar de toda la serie. Fue la primera vez que la cordura me pareció atractiva y el aire de lucidez es tan fuerte que mientras lo lees permea toda tu vida y te impide los movimientos en falso. Además, creo que leí a C. P. Snow porque todo el mundo opinaba que era una porquería y que el tipo no sabía de lo que hablaba cuando decía que los artistas tendrían que interesarse por la física cuántica. Intenté interesarme por la física cuántica durante mi expedición por la física, pero no conseguí entenderla. Lo máximo que entendí fue cuando mi amigo Harry, que es un matemático filósofo científico (antes tocaba el bajo, por eso lo conocí), intentó explicarme las teorías de conjuntos infinitos y locuras absolutamente descabelladas ante las que reulaba automáticamente. Me habló de la Paradoja del Mentiroso, que me pareció un buen título para un libro, y por lo visto todo el mundo sabía que según la Paradoja del Mentiroso:

LA AFIRMACIÓN DE ESTE RECUADRO ES FALSA.

Me deprimió mucho. Todavía me deprime. No sé qué gracia le ve mi amigo Harry. Y desde luego yo no le dedicaría mi vida. Sobre todo visto lo aburridos que son los científicos. A excepción de Fred Hoyle. Fred Hoyle escribió un libro facilísimo de leer que se titula *La naturaleza del universo* y

unos años después otro titulado *Fronteras de la astronomía*, que era difícilísimo y negaba todo lo que afirmaba el primero. También escribe ciencia ficción, pero ODIO LA CIENCIA FICCIÓN.

Max Beerbohm llegó a mi vida por capricho del destino. Por supuesto una persona como yo tenía que acabar topando con una persona como Max Beerbohm. Decir que venero y adoro a Max Beerbohm y me acompaña siempre con mis dos escritoras es afirmar que si sabes algo de Max Beerbohm y algo de mi manía por el relumbrón ya lo sabes todo. Lo mejor de Max Beerbohm es que, como el Kaluha, puede gustarle a cualquier idiota. Resbala por el gaznate sin apenas darte cuenta.

¿Sabes qué otra cosa arrastro en la maleta? Un libro rarísimo de Reyner Banham titulado *Los Ángeles: La arquitectura de cuatro ecologías*. Por supuesto, yo estoy enamorada de L. A. y tengo más números que otras personas para defender un libro de un historiador de la arquitectura sobre este lugar. Pero aun así. El libro es todo lo que Marshall McLuhan creía ser sin llegar a serlo, es un libro acerca de caminar hacia delante con el pasado enganchado a nosotros mientras volamos por el espacio a toda velocidad. Consigue que la ciudad cobre sentido y se lo compré a un amigo rockero que se quejaba un día de L. A. y de que quería mudarse al campo, y ahora está tan cambiado que quiere comprarse un piso en un bloque, lejos de las colinas y cuanto más rollo hamburguesería McDonald's, mejor. Así pues, es una gran cosa cuando alguien consigue que veas belleza allí donde antes solo veías fealdad. Ese hombre es maravilloso.

Lo que nos trae a Joyce Carol Oates. Sabía que iba a odiar a Joyce Carol Oates, de modo que saqué de la biblioteca su libro de más imposible aspecto amarillo y gris, el más gordo, titulado *ellos* (¿cómo puedes escribir un tocho así y no titularlo en mayúsculas?) y fui retrasando la lectura hasta una mañana que me quedaron unos minutos ociosos antes de ir a la playa. Eran

las 8.15 de la mañana cuando empecé y las 11 de la noche cuando por fin me soltó. *Wonderland* es todavía más fantástico. No permitas que nadie te diga que Joyce Carol Oates no es Shakespeare; lo sabe todo, igual que Shakespeare. Sabe cómo es ser guapa y sabe cómo es tener un accidente de tráfico y cómo es ser un médico que extirpa vesículas biliares y cómo es ser un dependiente de gasolinera que planea un atraco. Lo sabe. Y si quieres averiguarlo, te lo contará. Basta con que consigas sus libros. Lo único que no sabe es ser divertida o encantadora. En eso Shakespeare le pasó la mano por la cara.

He leído a Proust de cabo a rabo porque todos decían que me gustaría, pero el pequeño esbozo que dibuja Colette de Proust entrando en una habitación cuando todos creían que se había marchado y estaban cotilleando de que era marica solo ocupaba tres párrafos y te permitía deducir los nueve millones de páginas restantes. No obstante, me gustaron los otros nueve millones de páginas y se los recomendé a todo el que estuviera en aislamiento o sin trabajo. No puedes leer a Proust en la lavandería.

Y por último, creo, aunque no por ello menos importante, Henry James. De mayor, es lo que quiero ser. Henry James es perfecto, no demasiado simple como Dickens, no demasiado imposible como Proust: perfecto. Y mi prima me cuenta (está leyendo esa biografía enorme de Henry James que acaban de publicar) que no paraba de salir a cenar y a fiestas. Así pues, de mayor, todavía podré divertirme. Eso sí, lo del celibato, no sé. No me apetece y, actualmente, me arruinaría la reputación. Y Henry James siempre entendió el espíritu de la época.

EL LUAU

En 1962 viví en Roma seis meses. A principios de cada mes mis padres me giraban un cheque de 80 dólares por American Express. Tenía 19 años, pero no fue por eso por lo que el tiempo que pasé en Roma fue inmune a la pobreza y en cambio rebosó de principio a fin de diabólicos pasteles de buenos ratos y placeres interrumpidos solo ocasionalmente por la soledad vacía de una ciudad extranjera. La razón por la que la vida fue tan maravillosa era que soy romana por naturaleza y sé que algún día conseguiré suficiente dinero para mudarme allí y se acabó. Mi meta es un apartamento en Roma, un coche pequeño y cielos azules. Pero ni siquiera importa si llueve, los cielos azules siempre vuelven y en Roma en realidad no importa que llueva.

Cada mañana me despertaba y abría las persianas de la habitación de mi pensión en una sexta planta sin ascensor y allí, a mis pies, bajo la lluvia, estaba Roma. Casi rompía a llorar de agradecimiento al ver los sauces de la Villa Borghese en la neblina.

Pero los italianos, en particular los romanos, son como niños, dicen. Y son realmente buenos actuando como niños. Te dan de comer alimentos frescos cocinados con sencillez, erigen bloques de pisos que las enredaderas cubren enseguida y ya no ofenden a la vista, y hacen películas. Son niños, no son serios.

Por lo tanto, no soy seria. Pero cual romano lejos de Roma, trato de no dejar traslucir mi nula seriedad e interesarme por cuestiones serias. No hace

mucho, por ejemplo, me puse tan serio que casi me ahogué en la desmemoria y llegué a la conclusión de que no había ninguna razón para vivir. La chica que una década atrás había abierto las persianas a los sauces de la Borghese y llorado de agradecimiento ahora se sentaba con los ojos secos en una silla tratando de encontrar una sola razón para vivir. Arrastré la seriedad de la situación a todas partes hasta que por fin lo entendí: el problema era la seriedad de la situación. Un romano no es serio y no puede creer en la seriedad, yo estaba a su merced y la misericordia nunca ha sido una de las virtudes de la seriedad. De hecho, una vez que te tomas las cosas en serio, la misericordia no ha lugar: mira a Hitler. No hay nada más serio que el suicidio.

La primera cosa seria que me pasó desencadenó lo que yo interpreté como más cielos azules, de lo contrario jamás se me habría ido tanto de las manos. Nunca había tenido dinero y de pronto se me ocurrió que si mandaba una carta en el tono correcto a un editor, tal vez obtuviera un adelanto para escribir un libro y, entonces, sin tener que preocuparme por el dinero, hasta podía ser que lo escribiera. Para demostrar que sabía escribir, envié al editor una fotocopia de una carta de una escritora, una escritora muy en boga, que opinaba que unos artículos míos para un diario local de L. A. eran magníficos. Hacía años que conocía a la mujer y nunca me había dejado afectar por su aire neoyorquino, esa seriedad profesional que no deja espacio a la diversión. Sus libros eran tan deprimentes que la única forma de disfrutar con ellos era fijarte en el estilo. De haber sido papisa, esa mujer jamás habría permitido que levantaran la Capilla Sixtina, habría preferido una nueva Cruzada. De modo que, aunque sus libros estaban muy bien escritos, la mayoría de la gente no soportaba leerlos.

La carta, la fotocopia, funcionó. Estuvo bien. La fotocopia de su carta me consiguió un adelanto de una editorial de la Coste Este y luego, de repente, el

cielo se nubló a lo sueco, no con simples chubascos. Cuestiones como dónde iba a escribir la primera novela y cómo iba a hacerlo de pronto cargaron el ambiente de serias reflexiones. El tema era importante y tenía que tratarlo como tal. El editor le pidió a la escritora que me corrigiera el libro y ella aceptó, el hecho de que estuviera tan en boga prácticamente garantizaba un éxito importante. Apareció en *Vogue* fotografiada por Avedon, alta, con sus manos inglesas medio recogidas delante y los perros a sus pies en su hacienda de Santa Bárbara. Se compró la hacienda con el dinero de sus libros deprimentes. Me llamaba, sombríamente, «superviviente», una palabra nueva, el último grito.

De pronto me encerré en casa a escribir. Dejé de salir y de ver a gente. Mis únicas amistades eran mis amigas eternas y no me follé a nadie nuevo.

La escritura fracasó, no se podía leer. Todo se plegaba en una desesperación retorcida y el estilo no era tan magnífico que pudiera disimularlo. Era ilegible.

Pero a esas alturas no podía decírselo a nadie. No me atrevía.

Lady Dana Wreaths, la dama novelista, leyó el manuscrito y me citó en Santa Bárbara para purgarlo. Con el ceño fruncido me preguntó si alguien había corregido los textos anteriores que se habían publicado en la prensa local. La insinuación estaba clara: la persona que había escrito aquellos primeros textos no era la misma que había escrito los últimos.

Me dijo que todo necesitaba tal cantidad de trabajo que no podía haber escrito aquellos artículos en un par de días como yo afirmaba. Lee a Graham Greene, me recomendó.

Así pues, terminé en una silla con los ojos secos preguntándome por qué debían permitirme seguir viviendo.

Socialmente la situación se había deteriorado hasta el extremo de que mi única conexión con el exterior pasaba por mi única amistad masculina. Era lo

único que tenía en mi vida ahora reducida y que en otro tiempo había sido ajetreadamente ecléctica. Cuando mi amigo estaba en la ciudad, me invitaba a cenar a menudo. Al principio llenaba la casa de invitados de lo más dispares, pero últimamente también se había vuelto serio (si bien la prueba de que seguía siendo un niño radicaba en el hecho de que tenía demasiados amigos romanos, príncipes y demás; aunque la aristocracia italiana en realidad no cuenta, no es difícil entrar a formar parte de ella). Se le había metido en la cabeza dedicarse a los negocios y sus amigos empresarios empezaron a robarle tiempo, pero en su caso no me importaba que tuviera amistades de negocios porque en el fondo era un italiano invisible igual que yo. Nos reíamos mucho. Así que yo acudía a las cenas como «la chica» y me ponía guapa y hacía comentarios ingeniosos porque quería a mi amigo y secundaba su engaño. Sabía simular seriedad tan bien como un romano en misa.

Era amigo de lady Dana y discutían a menudo porque ella intuía que en el fondo era un insustancial, a pesar de que una vez me confesó en privado que nuestro común amigo montaba las mejores fiestas del mundo. Sin embargo no pueden considerarse una virtud. Las fiestas.

—Pásate a cenar —me decía mi amigo.

—Vale —respondía yo.

Había dejado de preguntar hacía tiempo quién asistiría porque simplemente me gustaba mi amigo y bastaba para arreglarme. Fue el día después de que concluyera que la culpa la tenía la seriedad y no yo. Había decidido que podía salir adelante y vivir y también había decidido que lady Dana no me corregiría el libro, era un contrasentido, mutuamente excluyente. A ella le gustaba París y yo nunca lo había soportado, todo el mundo era demasiado bajo y demasiado introvertido. De repente decidí que la vida de lady Dana era absurda y su ceño preocupado despiadado y que, de hecho, aquella mujer no sabía nada de lo que yo sabía. No conseguía recordar cómo podía haber

olvidado tanto como para preguntarme por qué deberían permitirme seguir con vida.

—Hola —saludó mi amigo y me besó.

Detrás de él un socio empresarial y su mujer estaban sentados en el acogedor salón de mi amigo que yo conocía tan bien como la casa de mis padres. La mujer del socio no hizo ni el amago de levantarse, pero dio lo mismo. Era una cena.

Justo entonces llamaron a la verja de fuera y apareció un grupo de conocidos de mi amigo recién llegados de Italia. Unos romanos magníficos. La chica era tan guapa que costaba creerlo, la melena leonada le colgaba hasta la cintura, tenía los ojos verdes, los labios rojos y el cuerpo ágil y sensual. Los hombres se reían y eran jóvenes y elegantes. El sonido del italiano romano me empujó a sentarme con ellos solo para escuchar las consonantes y las vocales que de vez en cuando entendía. Sería divertido, pensé. Pero la mujer del socio no parpadeaba y mi amigo le dijo al suyo, Gianni, que se trataba de una cena de negocios y le pidió que se marcharan.

—Vente con nosotros —me propuso Gianni.

—No, se viene conmigo —dijo mi amigo.

Me alegró porque le quería y por tanto renuncié a *gli italiani*. Pero justo cuando se iban mi pasado recién recuperado dio un salto adelante y solté algo del tipo «Cuánto tiempo estaréis por aquí, por qué no dejáis que os enseñe L. A., por qué no vamos mañana a la playa si no llueve, si me das el número de teléfono os llamo». Antes se me daban bien los desconocidos, sobre todo si les gustaban cosas. No como a la mujer del socio, a la que no me llevaría ni a tomar un café en el bar de la esquina.

Habíamos salido a cenar con ese socio en concreto otras veces y siempre comenzaba a decidirse adónde ir hacia las 9. A las 10.30 una noche que me moría de hambre me levanté y dije «Me voy», ya que no se había llegado a

ningún acuerdo. Así que en cuanto se fueron los italianos, asumí las riendas del destino y las recriminaciones (que sin duda seguirían) y propuse cenar en un restaurante que conocía de Beverly Hills porque al menos sabía que la comida estaba buena, ya había comido allí, así que no podrían decir que no les gustaba.

Había ido al restaurante con dos amantes distintos y había disfrutado porque la comida era pura, la lista de vinos fantástica y el color del interior muy agradable.

Y además, servían entrantes de Gruyère frito, que no son la octava maravilla pero no están mal.

El socio y su mujer bebieron Coca-Cola y apenas tocaron los platos y no probaron los entrantes porque, por la razón que fuera, tenían algo en contra del queso suizo y el Gruyère les sabía a queso suizo. Mi amigo no paraba de hablar de negocios incluso cuando bromeaba. Y de un lado y otro de la mesa se arrojaron insultos raros y crueles que nunca había escuchado y que se suponía que eran graciosos y que interferían con la salsa holandesa, pero nadie salvo yo se fijó en la salsa.

Salimos del restaurante sumidos en una triste desgana y la camarera, a la que recordaba y que se nos había acercado con brío, se alegró de librarse de nosotros y confié en que no se acordara de mí por esa noche. Había hecho un flaco favor al restaurante al llevarlos allí.

Mi amigo y yo nos quedamos a solas de pie en el salón.

—Ha sido horrible —dije.

—Sí, bueno, doña Socia estaba cansada.

—Dios. —La sensación de vacío era lo único que habían dejado cuatro humanos con buena salud que habían cenado juntos en un restaurante caro—. Bueno... Ya te llamaré.

A la mañana siguiente me levanté con resaca y una buena idea para una

historia. Se escribió rápido, encajó como si barajara unas cartas y poseía esa destreza enloquecida que ha permitido al resto de mis historias salir adelante. Pero, claro, ahora que me había librado de lady Dana, era natural que pasara.

A las dos, había terminado el segundo y último borrador de la historia, así que telefoneé a Antonio al hotel Beverly Hills. Antonio era el italiano que me había dado el teléfono la noche anterior y me sentía tan bien que pensé que una velada con extranjeros que no hablaban inglés demasiado bien me divertiría. Al fin y al cabo, son romanos, así que como mínimo será divertido.

—Hoy he estado —dijo Antonio, entrecortadamente— paseando bajo la lluvia con mis amigos. Hemos ido a la tienda del vaquero del valle de San Fernando y hemos comprado ropa de vaquero. Divertidísimo. He comprado un caballo.

—¡Un caballo!

—Sí, un Cuarto de Milla.

—Pero ¿qué vas a hacer con un caballo?

—Lo mandan por barco —dijo, riéndose.

Estaba encantado con todo el asunto.

Quedamos en el Polo Lounge a las 10 y su inglés era tan difícil que no entendí quién más iría pero me dio lo mismo. A esas alturas me bastaba con escuchar a romanos.

Llegó 20 minutos tarde, bastante puntual para un italiano, y dijo que Ilsa, la chica guapísima, y Gianni llegarían enseguida, estaban haciendo las maletas. Se iban a Nuevo México al día siguiente, estaban viviendo en un paraíso vaquero. Los italianos son como niños.

Antes de reunirme con él había pensado dónde podríamos comer. Puesto que estábamos en mi ciudad, me tocaba a mí proponer un lugar agradable, pero me había llevado tal palo por mis sugerencias con los socios de negocios que me asustaba proponer algo más. Si no fuera de aquí, pensé, me habría

gustado que me llevaran al Luau, un tahitiano raído y absurdo de Beverly Hills con lagunas azules y gardenias en las bebidas, los Escorpiones. Cuando se lo propuse una noche a mi amigo retrocedió ante semejante ridículo: «¡El Luau!».

No volví a proponerlo, pero fui con un amante y nos divertimos.

De camino al hotel Beverly Hills paré en casa de una amiga y le pregunté adónde creía que debía llevarlos y me dio una tarjeta de plástico del espantoso Rainbow, el único sitio que frecuentaba por entonces toda la ciudad, el único sitio que se planteaban como opción para «salir» a tomar una copa. Era un antro horrible, desesperado y atestado y si tienes que beber en el Rainbow con tus amigos es que tus amigos no te gustan. No es divertido.

Pero tal vez *gli italiani* considerasen necesario visitar el Rainbow, así que acepté la tarjeta que demostraba que era una buena anfitriona de la ciudad. Tal vez no lo considerasen adecuado. Eso de salir a cenar con unos desconocidos estaba complicándose demasiado y mi seriedad recién olvidada empezó a preguntarse qué coño hacía yo con aquella gente que no conocía de nada y que no hablaban inglés y eran guapísimos y qué estarían haciendo en Estados Unidos y quiénes eran y yo estaba sola y...

Pero, recuperé el control, eran romanos y yo era romana y sabía que como mínimo saldría bien.

Tomamos tres copas mientras el resto bajaba y en mitad de la primera ya estaba contándole despacio y con palabras cortas a ese encanto de hombre que hacía películas industriales en Milán, a Antonio, que debería ver conmigo una película sobre surf que había reseñado. Le hablé de las olas y fue absolutamente directo conmigo como yo aún recordaba que era posible, sin reservas ni seriedad. Le encantaría «vere eeeesa película» y me habló de su caballo nuevo y de su piso de Milán y no estuvo simplemente bien, fue fantástico.

Entonces llegó Ilsa y electrizó la sala con su belleza de Saint-Tropez, y nunca llegué a descubrir si era modelo o qué era ni cómo ni por qué viajaban los tres juntos ni nada. Mi análisis franco y sincero de la situación es que una noche estaban los tres cenando o comiendo ostras en el Café Rosatti y decidieron ir a visitar a los vaqueros. Gianni comenzó a debatir sobre la caída de Estados Unidos y Vietnam, pero lo dejó a los dos minutos cuando descubrió que yo también era romana y no me interesaba la seriedad.

Fuimos al Luau.

Derramaron los lagunas azules y se comieron las gardenias. La comida estaba deliciosa, sabía lo que tenía que pedir, picamos con los palillos de los platos de todos, charlamos en voz alta y no recuerdo el motivo, pero al terminar de cenar Ilsa me había abrazado tres veces y todos me suplicaron que los acompañara a Nuevo México y, Dios, qué tentación.

—Tenemos que ir a casa de nuestro amigo —dijo Gianni.

—Es muy tarde —dije.

—Pero tengo que despedirme porque nos vamos por la mañana.

Mi amigo se enfadó, eran las 2 de la madrugada, pero nos invitó a pasar y empezó a recabar información.

—¿Adónde habéis ido?

—Al Luau.

—¿¡El Luau!? —Reculó—. ¿Habéis podido comer algo?

—¡Nos ha encantado! —intercedió Gianni.

Mi amigo había vuelto a pasar la noche con la pareja de negocios. Se había cerrado un «trato». Yo no entendía su mal humor puesto que lo que perseguía era un «trato». Gianni lo conocía bien. Mejor que yo.

—Vamos a Nuevo México, vente con nosotros —propuso con una seductora sonrisa.

—¡No!

—Solo tres días —insistió Gianni.

—Vaaa, sí —suspiró Ilsa, desplomándose en el sofá como una imagen de Botticelli colocada—. Ven con nosotros.

—No puedo —espetó mi amigo.

—Tendrías que haber venido al Luau —dijo Ilsa—. Las copas eran maravillosas.

—No sé cómo soportáis ese sitio.

—Tienes celos de Ivy —dijo Gianni.

En algún momento de la noche me habían cambiado el nombre a Ivy, no a Eva, como suelen hacer los italianos.

—¿Quién es Ivy?

—Ella. —Gianni me señaló.

Mi amigo me miró hecho una furia. Le daba rabia que hubiera ocurrido algo como lo de «Ivy» sin estar él presente, que la gente se divirtiera sin él, y por fin recordó lo que era la diversión. Le desesperaba que me hubiera zafado de la pareja de empresarios y me hubiera quedado con los niños, y atacó como solo él sabe hacerlo.

—¿Has hablado con lady Dana?

—No —dije.

—Se lleva tus textos a Nueva York para enseñárselos a Ira —fustigó.

Lady Dana tenía en su poder los textos ilegibles que había escrito bajo la influencia de la seriedad. Ira era un examante mío que escribía y creía que me había dado por escribir para arruinarle la vida y que probablemente recibiría mejores críticas y vendería más libros que él para torturarlo. Mi amigo estaba anunciándome que ese par iban a evaluarme.

—Lo sabes. —Me enfrenté a él, lívida—. Lo sabes, sabes que Dana es una tonta y una imbécil y está equivocada y ni siquiera es guapa, lo sabes, y sabes que Ira también es así. ¿Cómo puedes saber todo eso y usarlo en mi contra?

—Eh... bueno, no me ha dicho que fuera a enseñárselos a Ira.

Empezó a comprender que había tocado hueso.

—Sabes que está equivocada igual que lo sé yo. No es de verdad, no existe. Y esos dos... No son de los nuestros.

—No le digas a lady Dana lo que te he contado, ¿vale?

Es un cobarde. Pero los niños son cobardes y los dos somos unos niños. Y le quiero. Pero por amor de Dios...

Antonio y el resto nos subimos al coche. Llovía a cántaros y a mares, el agua formaba lagos en las calles. Todos nos queríamos y le regalé a cada uno un pin metálico de Japón, los últimos que me quedaban. Les encantaron.

Ilsa y yo nos habíamos guardado las gardenias a medio comer, que transfiguraron el coche con su cielo azul.

Prometieron regresar. Pero no pasa nada, porque volveremos a vernos de todos modos, cuando vaya a Roma.

EL PELIGRO SECRETO DE SER EL ENTRENADOR DE MARK SPITZ

Además de la muerte o la mudanza, al crecer en Hollywood corrías el peligro adicional de que «descubrieran» a un compañero del colegio. Un niño «descubierto» reaparecía irreconocible en una película. Ya no era el mismo niño. Como Linda Lou Rogers, la hija de Roy Rogers y Dale Evans, que se sentaba a mi lado en cuarto. No tenía sentido que Linda Lou con sus chaquetas vaqueras con flecos fuera la misma niña que la de aquellas historias lacrimógenas de adopciones de Roy Rogers (la adoptó a ella y a montones de niños más). Linda jugaba de maravilla al kickball.

Pero todo el mundo sabía que Yvette Mimieux era una estrella de cine, incluso cuando se te colaba en la cafetería. En el instituto llevaba un vestido de lino blanco largo con la melena rubia y ondulada formando un halo alrededor de su rostro predestinado. Saltaba a la vista que era una estrella de cine, no podía ser nada más.

Yvette tenía una hermana que era clavada a ella pero no era guapa, o tal vez lo fuera pero no se viera. La hermana y yo solíamos volver juntas del colegio y me contó que quería ser profesora de gimnasia, detalle que siempre recordaré porque me pareció una meta muy modesta. Mientras, Yvette estaba convirtiéndose en una estrella con clase a la que más tarde conocería en Nueva York cuando hacía ya mucho que las dos habíamos dejado atrás las colas de la cafetería del Le Conte, porque a Yvette la habían descubierto y yo había descubierto otras vidas que probar.

Me pregunto si la hermana se haría profesora de gimnasia y si todavía vive cerca de casa de sus padres y enseña por la zona. Me pregunto si conoce el peligro local de que su mejor jugadora de voleibol sucumba al «descubrimiento». Un peligro local.

BOB BAJONA

—Hola —saludé.

¿Cómo se llamaba la chica?

Era otra de esas caras, una amiga de Karen, colegí, y también de alguien más, del tal Bob. La chica había sido íntima de Bob y durante la moda del LSD se les veía siempre juntos en el Cantor's. Todo el mundo dejaba el Strip a las 2 cuando cerraban las discotecas y se dirigía en masa al Cantor's, tan ido de la olla que si le preguntabas a alguien la hora retrocedía con los ojos como platos, como si le hubieras expuesto una imposibilidad filosófica. Bob era adorable pero tan repelente que lucía el mote en la solapa. Se había hecho una chapa que decía: «Soy Bob Bajona».

Una bajona era cuando el ácido no te sentaba bien. También cualquier cosa desagradable y plasta, así que no podías decir que Bob no te lo hubiera advertido. Solo que parecía un arcángel. Luminoso.

La gente decía que era traficante y ladrón, pero descubrí que no era lo bastante complejo para ninguna de las dos actividades cuando le dejé instalarse en mi casa una semana con su perro blanco. Bob necesitaba un lugar donde quedarse, nadie le hablaba y, aunque no me acosté con él, era muy guapo y no podía evitar dar bajona. Nunca entendía nada y siempre hacía las preguntas equivocadas. Era tan incapaz de entender las cosas y cortocircuitaba tantas conexiones entre ideas que la gente lo tomaba por narcotraficante. No se llevó nada de mi casa mientras vivió conmigo e incluso intentó pagar la comida.

Dejó L. A. y me enteré de que se había mudado al campo.

Después de regresar de Nueva York, estando en San Francisco, me lo encontré una noche en el Fillmore. Tocaba la guitarra en un grupo y el líder, amigo mío, se había quejado de él y de que los perjudicaba.

—¿Qué vas a esperar de alguien que se llama Bob Bajona? —pregunté.

—No lo sabía.

—Pues se llama así —dije.

Estábamos arriba, en el Fillmore, y también Bob, vestido de negro con capa y chistera. Una hospitalidad repentina, completamente opuesta a la capa negra, le iluminó la expresión al verme y Bob me saludó como un niño:

—¡Evita, bonita!

Mi amigo, el líder, se sorprendió, nunca le había visto así. Poco después, Bob dejó al grupo en la estacada y abandonó el rock and roll o dijo que pensaba hacerlo.

—Casi mejor —le dije a mi amigo.

Pues bien, me topé con la chica esa en Ohrbach's y no conseguía recordar el nombre. Como yo, la chica había sido amiga de Bob cuando nadie más lo era. Y ella más que yo porque le quería, pensaba yo, y Bob la había telefoneado a diario desde mi casa porque la apreciaba. Era una época en que nadie se preocupaba por nadie, así que me fijé.

—¿Sabes algo de Bob desde que se fue a San Francisco? —le pregunté a la chica.

Habían transcurrido 5 años, pero conservaba su aire como de rocío.

—Me mandó una postal de Navidad.

Qué tierno, pensé, que por mucha bajona que diera se aferrara a detalles bonitos como las postales navideñas o las llamadas diarias.

—Qué majo —dije—. ¿Dónde vive?

—¿No te has enterado?

La vi afectada.

—¿Qué ha hecho?

Supe que Bob había hecho algo horrible por la cara de la chica. Algo... atroz.

—Está en... San Quintín. Es ese que llaman Cupido, de la familia Manson, al que suponía que Manson intentaba liberar con los otros asesinatos...

Bobby Beausoleil había correteado alegremente por mi casa con su perro. Había lucido una chapa que decía «Soy Bob Bajona». Le había dejado quedarse pero no me había acostado con él porque pensé que cualquiera que se hiciera llamar Bajona por fuerza tenía que tener gonorrea o cualquier otra enfermedad social carísima. Bob no entendía nada. Mandaba postales navideñas desde el Corredor de la Muerte.

—¿Qué te decía? —pregunté.

—Feliz Navidad.

—Por Dios —dije, devuelta sin remedio al idioma arcano que incluso él había empleado para describirse—: ¡Qué bajona!

La chica desvió rápidamente la mirada, estaba llorando en el Ohrbach's. Todavía no recuerdo su nombre y me despedí rozándole el hombro.

LA CHICA QUE FUE A JAPÓN

«Los privilegios de la belleza —dijo Cocteau— son enormes.»

Me lo pegué en la nevera y pensé en añadirle «no lo seas tú», pero habría sido un sacrilegio retocar a Cocteau con mis estrategias para adelgazar. De todas maneras, rara vez la belleza se ciñe a homilías o verdades. Y los poseedores de belleza asumen con reticencia sus privilegios o se comportan como si hubiera sido un golpe de suerte que el poli no los multara, como si sencillamente un «tío majo» les hubiera dejado pasar la aduana sin tener que hacer cola. La belleza, a diferencia del dinero, parece incapaz de centrarse en el foco del poder. Hasta el talento sabe que son especiales y por qué los invitan.

Pero la gente bella, en especial las chicas, tiene una actitud de «ay, pero qué maravilla de mundo el nuestro», y se saltan al intermediario que es su rostro y que se dedica a allanarles el camino. Quizá se lo saltan por superstición. Y entonces, a veces, deciden deprimirse como los ricos que se lamentan diciendo: «El dinero no lo es todo». A veces dicen «Que sea guapa no significa que no sea infeliz», que es una forma de añadirle profundidad a la vida, pero eso te llena la cara de arrugas y entonces sí que se deprimen de verdad. Intentar engañar a los dioses para que crean que no saben lo que les han concedido es una cosa; las patas de gallo, otra muy distinta. Cocteau dijo que la muerte era el espejo.

Aprovechar la belleza para obtener privilegios suele recibir otro nombre («tío majo», por ejemplo). Salvo en el caso de esta chica, Nellie, que me

presentó Karen.

—No lo sé —dijo Karen una vez cuando Nellie se fue al lavabo de señoras del Schwab's y la muchedumbre entera de comensales detuvo el tenedor a medio camino de los labios, paralizados por el contoneo de Nellie. Karen volvió a suspirar—. Es que no lo sé.

—Pero, a ver... —Me giré hacia Karen—. ¿Cómo ha...? ¿Cómo os conocisteis?

—No lo sé. Mierda. —Karen frunció el ceño y rememoró—. Acuérdate de que entonces yo estaba casada con Terry y, como Terry quería saber si David había regresado de la gira, telefoneé y... contestó una chica. Nellie.

—Sí, vale, pero ¿luego qué pasó?

—Pues pasó lo que pasó. Dijo que era amiga de David y que la había invitado a quedarse con él cuando pasara por L. A., así que la chica cogió un taxi del aeropuerto a casa de David con el dinero que le quedaba y en casa de David no había nadie, David todavía no había regresado, así que forzó la entrada y llevaba todo el día allí metida sin comida ni tabaco y demasiado lejos para ir a pie a cualquier lado y solo tenía 17 años y, la verdad, sonaba muy a 17 años y eso.

—O sea que caíste... —deduje.

Karen era una vieja amiga que siempre había tenido una belleza tan delicada que no me quedó otra que tragarme la natural envidia y decidir que me caía bien. Karen parecía coleccionar amigas que pesaban 45 kilos y comían chucherías. Yo era la única que no usaba una talla 34. Toda la vida he sido una chica del montón, mona, sana, y toda la vida me he preguntado cómo debe de ser que te quede bien un Dior. Seguro que parecer una obra de arte afecta al alma y ojalá supiera lo que se siente.

Sin embargo, en realidad, no puedo quejarme. No me gusta ser quisquillosa y soy bastante guapa. Y a veces, incluso delgada.

—O sea que... —continuó Karen—, fui con Terry a casa de David. —Masticó una patata frita mojada en ensaladilla mientras yo bebía té—. ¡Y nos encontramos a la chica!

—Nellie...

Intenté no pensar en la ensaladilla.

—¿Sabes lo que hizo? —Karen recordó—. A los 20 minutos había conseguido que nos metiéramos desnudos en la sauna y tres segundos después montamos una orgía.

—Pero, Karen... —Estaba estupefacta. Nos gustan las chicas guapas, pero, por norma, no nos las tiramos—. ¿Cómo se te ocurre?

—Tú la has visto, ¿no? —argumentó. La había visto—. O sea, era como tener los Uffizi entero para mí. No hacerlo habría sido un crimen contra natura. Y de todo modos Terry...

—Ya.

Yo jamás había soportado a Terry.

Terry era alguien que se arrogaba los privilegios de la belleza sin poseerla. Uno de dichos privilegios consiste en poder ser cruel y, con Terry, la crueldad y la amargura eran tan pronunciadas que te recordaban hasta qué punto la belleza podía irse de rositas. Al menos a Karen se lo recordó hasta que se divorció. A mí solo me parecía un timo barato.

Y como las películas de Stanley Kubrick, no era un timo barato de mi gusto. Era mezquino y feo y yo siempre me largaba a los 10 minutos.

—Nellie estuvo una vez en tu casa —me recordó Karen.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Hará un par de años, antes de marcharse a Japón.

Cuando Karen había pasado de imprevisto a sacarme a almorzar y se había presentado con Nellie, yo estaba tan abierta en canal de la garganta a la pelvis que apenas había tenido tiempo de volver a colocarme los riñones, mucho

menos de recordar a una chica callada que se había sentado sin hacer nada en mi casa hacía siglos mientras yo discutía con Terry y terminaba echándolos a todos a patadas. Pero entonces recordé que se trataba de la misma chica solo que mejor definida. Ahora era unos 9 kilos más flaca. Y más rubia. Y volvió cimbreándose entre la muchedumbre del comedor, reduciendo las conversaciones a un murmullo al bambolearse junto a los reservados y dejarse caer al lado de Karen.

Me preguntaba cómo sería su vida.

Como a Bella en *La bella y la bestia*, ¿le abrían unas manos invisibles todas las puertas a su paso? Pero Bella no era como Nellie, porque Bella se comportaba como si no supiera por qué le abrían las puertas y cruzaba el control aduanero sin tener que hacer cola. Bella era lerda.

Nellie no. Aquello era la vida real.

Nellie se había ido a Japón, una chica de Foxglove, Idaho, que había conocido a una estrella del rock y había venido a L. A. y había tenido que entrar por la fuerza en su casa. Se había ido con dinero prestado, por lo que solo llevaba 10 dólares al bajar del avión en Tokio sin esa baza segura que desde entonces parecía haber perfeccionado. Antes de marcharse a Japón era simplemente una grupi guapa y, ahora, en el Schwab's, era consciente de ello.

No era nada tonta, ni siquiera antes de marcharse. Porque una tonta no se habría ido a Japón a convertirse en lo que ella se había convertido.

Se parecía a Carole Lombard. Poseía su misma cualidad traslúcida, solo que en lugar de en blanco y negro y con una melena rubia elegante, Nellie era en color y su pelo refulgía como el sol y el oro. Tenía los ojos azul oscuro como las flores suizas al anochecer y la piel de un vívido Gainsborough. En el ínterin, se pavoneaba como la chica de Ipanema y pesaba 48 kilos, que, gracias a su delicada estructura ósea, no parecían escasos para su intachable

1,75. De haber sido verde, podría haber sido la rama de un sauce de tan traslúcida y, no obstante, los pechos, que difícilmente podías dejar de mirar cuando accidentalmente habías apartado la vista de su cara, eran un Botticelli mejorado. De hecho se parecía a Venus naciendo del mar, pero con menos cara de boba. Venus tiene la misma pinta de tonta que Bella, se comporta como si no supiera que un «tío majo» está cubriéndole los hombros de rosas.

Al ser esta la vida real, Nellie habría actuado como si lo supiera.

—Tendrías que ver lo que ha pasado cuando la he llevado a casa de George —me contó luego Karen—. George se ha quedado boquiabierto, y se notaba que tenía a una chica en el piso. Saltaba a la vista. Y Nellie no quería ponerlo en un compromiso, así que ¿cuándo se iría la chica para que ella pudiera volver? George le dijo que en 15 minutos. Encima era su prometida. Nellie me ha dicho después que esperaba no haber causado ningún problema... Dios.

—*La belle dame avec merci* —no pude evitar comentar.

Nada era *sans* con Nellie.

—Me parece estupendo que estés escribiendo —me dijo Nellie. Seguíamos sentadas en el Schwab's—. Karen me mandó uno de tus relatos y me pareció buenísimo.

—Oh.

Del otro lado de la mesa Nellie estaba tendiendo un extraño puente que no me sentía capacitada para derribar. Me sentía como el almuerzo anestesiado de una araña o el almuerzo futuro que la ve aproximarse. No quería que esa chica apareciera en mi vida como hacía regularmente en la de Karen.

Después del divorcio, Karen había conocido a un buen hombre en un yate que, afortunadamente, se había educado en los jesuitas y por tanto no se rindió a la lógica de Nellie, el sentimiento de culpa se lo impedía. Pero Karen vivía con suma inquietud la amistad incesante de Nellie. Yo ya tenía bastante

con intentar no comer ensaladilla para saber encima que todas las ensaladillas sin comer del mundo no me servirían para igualar tamaña perfección. La vi venir, resultaba que le gustaba lo que escribía, pero no pude hacer nada.

—Eh... Gracias —dije, incómoda.

Sonrió. Dientecitos perfectos, nariz perfecta, manitas y piecitos, juventud perfecta. Nellie vivía una juventud perfecta y me pregunté cómo sería.

—Cuando lo leí —continuó, sonriendo—, me vinieron ganas de regalarte algo. Lo he pensado mucho. Antes de volver a Japón pasaré por tu casa.

—No, no —dije, ¡mi casa no!—. ¡Por casa no! Estaré fuera de la ciudad, puedes dejárselo a Karen.

Cuando Nellie regresó a Japón, Karen me entregó un paquete primorosamente envuelto en papel de seda. Era un kimono antiguo pintado a mano, del color perfecto para mí y valorado en unos 500 dólares. En Japón, Nellie había amasado una fortuna trabajando un par de mañanas a la semana como modelo. Creo que nunca le di las gracias por el kimono.

Cuando no estaba ejerciendo de modelo estaba volviéndose cada vez más bella en su casita de papel en Kioto. Por la noche, me contó, a veces iba sola al club local y elegía a «uno de esos... aah, qué guapos son... jovencitos japoneses» y por la mañana, supongo, se lamía los delicados restos del festín y sacaba los huesos para el basurero.

Ahora la tenía sentada enfrente en el Schwab's, dejando estelas de silencio a los lados y tras de sí dondequiera que fuera.

—Lo bueno de Japón —dijo de pronto porque estábamos hablando de escribir— es que cuando mides 1,75 como yo y te calzas unos zuecos lo ves todo. Soy mucho más alta que el resto, veo por encima de cualquier multitud.

Sonrió.

—Tendrías que venir a visitarme —añadió.

Me imaginé su cabeza rubia alzándose como el sol entre una aglomeración

a la espera de que cambiase un semáforo en Tokio. Se supone que Japón es sutil, que valora la discreción. Me preguntaba qué pensarían de aquella chica que descollaba como un faro traslúcido para demostrarles que estaban equivocados. Sin talento ni dinero, Nellie había alcanzado una situación de privilegio en los puestos más avanzados de Occidente. Hasta la hija más bella del Este terminaba atrapada en el marco oriental de Nellie.

Como el almirante Perry introduciendo un arma de fuego que podía convertir a una mujer en un oponente inmune a los samuráis.

Si Nellie hubiera llevado un arma en el bolso no habría estado más serena ni resultado más invencible. Era lo que le había añadido Japón. El recuerdo del país, escondido en su mirada, diluía el aire bobalicón de la Venus de Botticelli y la alegre tontería del «tío majo» que te deja cruzar la aduana.

Japón funcionó.

—Eres alta —continuó—, tendrías que venir conmigo. Te lo pago.

—Oh, no, la verdad...

Cuando se fue adelgacé 9 kilos. A ella y su oferta inviable de irme a Japón debo mi estado actual casi perfecto hasta el extremo de que, si alguien me propusiera algo parecido, cuando respondiera que «no» no sería porque pensara que en caso de decir «sí» no estaría aprovechando al máximo la situación. Quiero cuantos privilegios pueda conseguir, en especial en Japón, donde vives encasillado. Si va a ser injusto, lo quiero todo.

Es curioso, desde que me he adelgazado, me ha cambiado la cara y a veces parece una máscara bella desde detrás de la cual observo, cual espía en la tierra de los privilegiados. (Una vez visité a un hipnotizador y le conté que quería ser buena y guapa, pero solo funcionó una semana.) Me topo con gente que me da entradas de diálogo que me paralizan como «¿Qué perfume es ese que llevas?» cuando no llevo ninguno. Es un disfraz.

Karen, entretanto, intentaba zafarse de la consideración de «mejor amiga»

que Nellie tenía de ella, pero era como intentar quitarse un chicle del pelo. Nellie le escribía con regularidad a pesar de que Karen nunca contestaba, hasta que un día escribió que había llegado la primavera y las violetas asomaban entre las nieves de Kioto y ella se había cortado las venas en la nieve entre las violetas en tres ocasiones distintas. Karen y yo comenzamos a llamarla la Suicida.

Karen le mandó una nota escueta explicándole que había que ser burra para cortarse las venas y que nadie le veía la gracia. Era aburrido, dijo Karen, así que, si no le importaba, mejor paraba de hacerlo.

Nadie quiere tener una amiga que anda por ahí rajándose las venas.

Nellie siguió escribiendo y enlató la sangre en el haiku de nieve que no había gustado a nadie ni siquiera en aerograma.

—Viene la Suicida —me anunció un día Karen, que había recibido la carta recién atracada de Hawái—. Hostia... ¡Llega mañana!

El mensaje que yo recibí decía «Nellie, 4 p.m.». Pensé que significaba que había llamado a las 4 de la tarde anterior o que llamaría al día siguiente o algo así. Lo que no esperaba ni en mis sueños más descabellados, cuando sonó el timbre, era que abriría la puerta y me encontraría a Nellie a las 4 p.m., pero así fue.

Era más, es decir, era peor.

Se había desprendido de cualquier atisbo de duda. Esa ausencia de duda era una fuerza capaz de llevarla hasta el Kremlin. Todas las reglas desaparecían cuando Nellie sonreía e incluso el dinero carecía de importancia y atractivo.

—Hola —saludó sonriendo al entrar.

Yo estaba escribiendo vestida con ropa vieja, sin peinar y, abrumada por la comparación, no supe qué hacer salvo apartarme. Nellie me siguió a la sala donde había estado escribiendo y se sentó en la alfombra con un cenicero y

sus cigarrillos Sherman.

—No sabía que ibas a venir —dije—. El mensaje...

—Dije a las 4. —Se encendió un cigarrillo—. Da igual. Sigue con lo que hacías. Solo necesito sentarme un rato. He estado enferma.

—Oh. —La miré. Tenía un leve color marfil—. ¿Gripe?

—Sí, en Guam.

—¿Guam?!

—Sí. Tuve que ir a visitar a un amante. Sus padres lo han desheredado por mi culpa y no podía volver sin pasar a verlo. Le debía algo de tiempo.

No pude evitar odiarla.

—Verás, me ayudó a escapar de la mafia japonesa... Drogas. A ver, que ni siquiera eran mías. Eran de unos *gaijins*, de unos extranjeros... de unos americanos.

Se recostó en la pared con languidez de marfil. Era como un trozo de uranio. La última vez que la había visto tenía trazas de duda. Ahora podías oír su corazón latiendo como un reloj, midiendo el tiempo que dedicaba a estar contigo.

—Estás estupenda —dije.

—Bueno, me he dado cuenta de que a medida que envejezco, ya tengo 21, aunque me salen estrías, me veo más joven o como si no hubiera cambiado ¿sabes?, —Se llevó las manitas a los pechos indudablemente perfectos, donde encontró estrías—. La primera vez que las vi comprendí que estaba envejeciendo y no pude soportarlo. Por eso me corté las venas.

Las manos abandonaron los pechos y tendieron las muñecas desnudas donde la única mácula eran las cicatrices casi imperceptibles que habían dejado las cuchillas. Eso, y las estrías.

—Pero luego... —Entrecerró los ojos—. No sé... empezó a gustarme envejecer.

—¿Y qué vas a hacer ahora que eres vieja?

—Creo que me dedicaré a los negocios. Tengo capital y gente dispuesta a ayudarme.

—¿Qué tipo de negocio?

—Uf... —Bostezó—. Cualquiera.

Ella, por supuesto, podía hacer cualquier cosa.

Me preguntaba si habría sido el reconocimiento de la imperfección lo que había teñido de rosa ese final sin dudas.

Volvió a encender el Sherman. Se le apagaba todo el rato porque en realidad no le gustaba mucho fumar. No tenía adicciones. El humo escapó de su dulce boca y Nellie levantó la vista del suelo y me preguntó:

—¿Puedo quedarme a dormir?

Te paralizaba la mente para devorarla como almuerzo si intentabas mirarla, así que miré a la máquina de escribir y mi trabajo.

—Tengo cosas que hacer después —mentí, y de pronto el comentario de Karen acerca de rechazar a Nellie me retumbó en los oídos, aquello de que sería un crimen contra natura, y mi instinto se volcó contra su poder y templanza absolutos. Sentí no solo que estaba cometiendo un crimen sino una locura por una nimiedad porque yo qué sabía, nunca me había acostado con una chica, y cómo iba a importar una sola vez y, además, aquello superaba el lesbianismo para adentrarse en los Uffizi. Me contuvo la vanidad. ¿Quién quiere meterse en una cama a compararse con todos los números en contra? Me disculpé y mentí—. Así que... lo siento. Ojalá hubiera sabido que venías....

—Bueno, no pasa nada —dijo, volviendo a levantar la vista. Lo sabía. Probablemente había encontrado resistencia otras veces. Yo confiaba en que mi resistencia fuera vana en un solo sentido—. Si me dejas usar tu teléfono, llamaré a Grant.

—Pero está en la playa —dije.

—Da igual. Cogeré un taxi. Me sobra el dinero.

—¿Le debes un poco de tu tiempo?

—Más o menos se lo prometí... —Marcó y dejó sonar el teléfono—. ¿Grant?... Sí, he vuelto... ¿Te parece bien si paso la noche en tu casa?

No puede evitar odiarla.

Al día siguiente Nellie voló a Londres y, como había alabado sus pendientes, me los mandó desde allí.

—Bueno.... Ha vuelto la Suicida —dijo la semana pasada Karen, indefensa.

—¿Qué pasa?

—Ha decidido instalarse en L después, en lugar de Londres. Para hacer pelis porno.

—Oh.

—Qué pendientes tan bonitos. Nunca te los había visto.

—Son de Guam.

—Oh.

EPÍLOGO

—Adivina.

—¿Qué?

—¿Sabes que te conté que al volver a L. A. Nellie empezó a salir con un encanto de hombre, Stuart, que se dedica al cine porno?

—Sí.

—Bueno, pues se han enamorado.

—¿Qué?

—Y tendrías que verla. Se ha cortado el pelo, trabaja en una tienda de ropa

por 2,50 dólares la hora y va andando al trabajo, tres kilómetros diarios.

—Dios.

—¿Y sabes qué más? Ya no le tira los trastos a Ted.

—Dios.

—Sí, viene al barco y se está callada.

—¿Ha cambiado de verdad?

—Bueno, yo diría —concluyó Karen— que antes no tenía nada que perder.

A Dios gracias los privilegios de la belleza no son tan enormes.

CARY GRANT

Una vez vi a Cary Grant de cerca.

Era guapo.

Clavadito a Cary Grant.

FOTOCOPIADORAS

No existe trabajo más degradante ni humillante en el mundo que hacer fotocopias. La persona que alimenta a la máquina es completamente ajena a la situación, inferior a la máquina y se muere de aburrimiento.

Las fotocopadoras se estropean en momentos cruciales y normales, son imparciales. Los reparadores de fotocopadoras son figuras Trágicas. Son jóvenes que saben reparar fotocopadoras. Las secretarias, a lo largo de los años, han pasado tanto tiempo esperando a los reparadores de fotocopadoras que han aprendido a abrir las máquinas y arreglarlas, y qué vida tan vacía la del reparador de fotocopadoras cuando basta con eso, con soltar el papel que se ha atascado.

Las fotocopias son feas, son huevos desnaturalizados nacidos sin gallo.

Esperar al teléfono y al ascensor son los únicos pasatiempos que se acercan a la humillación, el aburrimiento y la desesperación que acompañan al proceso de fotocopiar. Pero las fotocopadoras son peor porque siempre las meten en cuartos oscuros sin ventanas y no hay nadie con quien hablar y lo único que hay es una fotocopadora que se arrastra con ritmo lento de página en página para iluminar a los tontos el camino hacia la inmortalidad. Si alguna vez me encuentro en el lugar y el momento oportunos, voy a matar a una fotocopadora.

EL LANDMARK[2]

Este relato está dedicado a M. F. K. Fisher

Cuando Janis Joplin murió de sobredosis un domingo en el motel Landmark, John Carpenter escribió un artículo para el *Free Press* de L. A. donde básicamente defendía la teoría de «¿Qué otra cosa puede hacer una Janis Joplin sola un domingo por la tarde en L. A.?».

En su momento me gustó cómo sonaba y pensé: «Sí, ¿qué va a hacer una Janis Joplin sola un domingo por la tarde en L. A.?», porque por entonces no me cuestionaba la idea de que si eras de otra parte y estabas sola lo natural era que llegaras a la conclusión de que no podías hacer nada más que sentarte en la habitación del motel a chutarte. Por otra parte, Janis Joplin podría haber ido a Olvera Street a comerse unos taquitos.

En 1781 un franciscano con 24 exconvictos y esclavos fugitivos decidieron bautizar algo que no existía La Ciudad de Nuestra Señora La Reina de Los Ángeles y a continuación edificaron una iglesia y una calle llamada Olvera. La iglesia y la calle siguen ahí, conservadas por esta urbe inmensa llamada L. A. como un emblema de la época en que una calle se llamaba la Ciudad de Nuestra Señora, Reina de Los Ángeles. La calle está desnivelada y flanqueada de comercios horribles donde puedes comprar cosas que crees que quieres a precios baratos. Y puestos de taquitos por si te entra hambre. Los taquitos son mucho mejor que la heroína, solo que nadie los conoce y todo el mundo habla de la heroína.

Los taquitos fueron los que me obligaron a dejar Roma a los seis meses cuando se suponía que me quedaría todo un año, aunque no es lo que le dije al hombre que me giró los 500 dólares para el avión de vuelta a L. A. Los taquitos son lo que sacaron a mi padre de su habitación de hotel una mañana lluviosa en París en 1932 a recorrer las calles hasta que por fin encontró un colmado español donde, bajo el polvo de un estante inferior, se escondía una lata de tiernos tamales californianos. Mi padre estaba sufriendo, como sufriría yo 30 años después, locura de chili en una de sus manifestaciones más agudas. Había vivido de niño en L. A. y cuando partió en sus actividades eruditas no tenía ni idea de que viviría en un continente privado de chili y tampoco sabía que sin chili se moriría.

Mi amiga Connie es una chica muy morena y esbelta que se dedica a la moda e impregna cuanto toca de una fastidiosa elegancia por lo que nadie se imaginaría al verla que es una mexicana de L. A. incapaz de aguantar un mes sin chili, y no solo el chile... tampoco sin chorizo, una salchicha mexicana hecha con cerdo, ajo y especias. Se lo añades a unos huevos revueltos y tocas el cielo. «Lo necesito —me confesó, llevándose el tenedor a la boca como una dama en un restaurante chic y refinado—. Si no me corre por las venas no veo las cosas igual. Me cambia la perspectiva, cariño, y no aguanto hostias de nadie.»

El chili al que se refiere y del que estoy hablando es el chili de L. A.

No hablo del que venden enlatado o en el Denny's ni tan siquiera del que pueda comprarse en cualquier otra parte, por ejemplo, en México. Puede que en Arizona lo preparen bien, pero más al Este no se puede comer. Una vez pedimos enchiladas en Albuquerque y estaban hechas con maíz AZUL. ¿Te imaginas? ¿Una enchilada negra? El maíz azul se ve negro. Tampoco hablo de nada calificado de mexicano procedente del norte de Santa Bárbara o el Sur de San Diego... bueno, tal vez Tijuana, si acabas de abortar y estás

muerta de hambre, pero en el fondo la comida de Tijuana es chapucera. Solo hablo, en realidad, de la comida del centro de L. A., donde ha sobrevivido cierto grado de perfección e incluso se ha mejorado, distanciándose del Resto del Mundo y destacándose como un hito en los vaivenes de la humanidad.

Y Janis Joplin solo tenía que coger el coche y bajar al centro. Y en domingo le habría gustado todavía más, porque los domingos hay mariachis y confeti en la Plaza de al lado.

Los mariachis los importan promotores mexicanos de L. A. para que toquen en el Montezuma y otros clubes nocturnos de la zona y en su mayoría vienen de Guadalajara que, como todo el mundo sabe, tiene los mejores mariachis. Los promotores suelen dejarlos tirados y por eso puedes verlos tocar gratis los domingos. El confeti parece inseparable de esas tardes, te cubre por completo y llegas a casa sacudiéndote papelitos de encima. Muchos mexicanos llevan a los niños a la Plaza después de ir a misa al otro lado de la calle, en la iglesia monumental que sobrevive y sigue a lo suyo, bautizando bebés, casando parejas cuyos coches esperan enfrente decorados con flores de papel, oficiando misas. La iglesia se comporta como si no supiera que es el enclave original de la tercera ciudad del país y un monumento histórico, cuando entras tienes que ponerte mantilla o cubrirte la cabeza de algún modo, no se consideran un museo. Fuera, en la acera de enfrente, las bandas de mariachis se preparan mientras los feligreses salen de misa al sol.

Las madres católicas mexicanas visten a sus hijas como los pompones con que decoran los coches de las parejas recién casadas, como claveles teñidos. Las niñas parecen camelias flotantes, ángeles. Una Janis Joplin podría haberse acercado a ver a los ángeles de camelias, a comer taquitos y a emborracharse con cerveza Dos Equis. Le gustaba la Dos Equis. La vi bebiéndola más de una vez en el Barney's Beanery.

Un domingo de Pascua fui a la Plaza con mis padres solo para disfrutar del

amable gentío y preguntarme por aquellas niñas angelicales, de cuatro años, vestidas de organdí lila con flores en las trenzas o seda verde menta o volantes rosas con lazos blancos y zapatitos de charol negro con tiras y calcetines blancos. Son preciosas, con sus caras pintadas como por Fra Filippo Lippi y las manitas enguantadas, qué bonitas son...

Pero lo fundamental son los taquitos. Podrías estar ciego y sordo y aún te quedarían los taquitos. Las bandas de mariachis acelerados y desafinando juntos y las niñas como pompones flotantes no se te clavan en el corazón con la fuerza de un taquito.

El mejor lugar para conseguirlos, aunque también los venden por todo el centro comercial, está en la zona Nordeste de Olvera Street. Puedes parar el coche y pedirle a un amigo que se baje, corra al puesto con el dinero ya preparado y pida en español:

—*¡Ocho taquitos!*

—¿Ocho? —pregunta el dependiente.

El acento no es lo bastante bueno para que te siga el rollo, no te dará ese gusto.

—Sí, *ocho*, ¿vale?

—Vale, *ocho*.

Cambia de opinión y te da el gusto.

En los otros puestos no los hacen igual de buenos. Los otros platos de este puesto también son mejores. Hasta la naranjada.

Detrás del mostrador de cristal hay dos o tres tipos intercambiables en lo tocante a la tarea que realizan. Llevan camisas mexicanas, las camisas de boda bordadas, pero ahí se acaban las concesiones a los turistas. No llevan sombrero, hablan un inglés mexicano/angelino seco y sintonizan la KRLA a todo volumen y la KRLA solo pincha rock and roll. Se mueven como caballeros maestros trileros.

Estos expertos participan en la forma más elevada de empeño gastronómico igual que alguien en Maxim's o en uno de esos cruceros franceses que atienden a ancianos millonarios a los que ya solo les queda la comida. Estos tipos son el último eslabón entre tú y un taquito caliente con salsa.

Alguien se ha ocupado de todo lo que hay que hacer antes de que los tipos intervengan. Alguien ha asado las carnitas. Las carnitas para taquitos son trozos de ternera mexicana de una perfección tan inverosímil y deliciosa que no sabría cómo explicarlo salvo contándote que una vez decidí olvidarme del físico y compré un kilo de carnitas en una carnicería mexicana del otro lado de las vías férreas. Apechugué como un hombre cuando me dijeron el precio (5 dólares), pagué en silencio mientras me envolvían la carne y devoré toda la carne directamente del papel en el asiento delantero del coche antes de llegar a casa y coger un plato y un tenedor. Alguien, en alguna parte, prepara las carnitas, y yo nunca preguntaría demasiado al respecto porque ciertos fenómenos no resisten un interrogatorio concienzudo.

Luego alguien más en otra parte enrollaba las carnitas en auténticas tortillas de maíz elaboradas a mano y las entregaba a los tipos del puesto de taquitos para su transformación final. Los taquitos crudos te esperaban. Cuando llegabas, los cocinaban. Comprar taquitos crudos y llevártelos a casa para cocinártelos tú suponía un sacrilegio contra la naturaleza del universo y el día del juicio tendrías que responder a la vista de todos por semejante falta. Los tipos tienen que cocinarlos en el puesto en ese momento, de lo contrario eres un ignorante.

La primera vez que fui a Olvera Street de niña, los taquitos costaban 25 centavos el par. Después, durante una larga temporada, costaron 30 el par, luego 35 y finalmente 40. Ahora van a 45 centavos el par si los quieres en plato de papel con extra de salsa, como es el caso porque supone una mejora.

Dos taquitos por 45 centavos son mucho más baratos e infinitamente más fiables que el caballo. Hasta cuatro taquitos salen baratos, y no varían. Son de fiar.

Tienen unas sartenes negras de mango largo con un diámetro aproximado de 45 centímetros y los laterales de más de 7 centímetros de altura para que el aceite no salpique al cocinero. Este, con unas pinzas metálicas, introduce cuidadosamente el taquito en el aceite caliente sobre el fuego de carbón que genera un calor tan intenso que una nube de altos hornos engloba al cliente mientras observa cómo se cuecen los taquitos y el tipo los gira cuando se han hecho por un lado. Nunca ves dos veces al mismo cocinero; el calor es sobrenatural. Luego, cuando la sartén ya está, se la pasa al tipo de la izquierda (de tu derecha) y recibe a cambio una sartén vacía. El tipo de la sartén llena es el que te escucha decir *ocho* y te entrega ocho taquitos. Nadie sonrío y la KRLA resuena a todo volumen.

La sartén de taquitos te espera mientras la sartén vacía se llena rápidamente con taquitos crudos, aproximadamente una veintena. Verlo transforma lo que ha sido solo un leve movimiento en el córtex frontal en un ansia física desbocada. Como se supone que ocurre cuando escuchas en un burdel.

Hay solo dos sartenes, supongo, pero de algún modo parecen una y, no obstante, también parecen cinco, tal es el grado de excitación al que te abocan, sobre todo si hay más de tres personas antes que tú en la cola.

La semana pasada me desperté a las 8 de la mañana pensando en taquitos. Sabía que el puesto de la esquina no abre hasta las 11, lo que implicaba quedar a merced del tiempo al menos hasta las 10.30, cuando podría subirme al coche y disfrutar del trayecto por Sunset. La mayoría de la gente cogería la autovía, pero resulta un tanto desalmado. Es decir, coger la autovía cuando vas a comprar unos taquitos por 45 centavos es como coger un jet privado para ir a visitar al gato, no está bien. Si lo que deseas depende en gran medida

de su integridad, es mejor admitirlo o no conseguirás lo que deseas. Es como decir: «Buf, ¿para qué voy a bajar al centro? Me compraré las tortillas esas cutres de Ralph's y usaré una hamburguesa y salsa Kraft para tacos...». ¿Me entiendes?

Así que enfilé tranquilamente Sunset, que estaba precioso porque había llovido y la vegetación lo cubría todo y así es el L. A. auténtico, con las palmeras recién lavadas tratando de conquistarte. La Ciudad de Nuestra Señora, Reina de los Ángeles es fácil de aceptar circulando por el Sunset a 60 km/h con las colinas y las flores y las plazas de aparcamiento donde se trapichea y las señoras en vaqueros de camino a la lavandería con sus hijos y las adolescentes prácticamente sentadas encima de sus novios en el coche de al lado del tuyo en el semáforo y las pendientes con casas escalonadas que se alzan entre la delicada exuberancia de las campanillas. Aquí nadie conduce un Mercedes con pinta de estar jodido y tampoco sientes ese temblor desalmado que se apodera de ti cuando circulas por la autovía. La autovía, tan práctica. Es por si no quieres saber de nada, por si solo te interesa llegar. Tal vez deberías quedarte en el motel y chutarte y llegar de una vez por todas.

Enfrente del mejor puesto de taquitos hay una gasolinera con aparcamiento donde siempre dejo el coche porque he renunciado incluso a fingir que intento encontrar hueco para aparcar por la zona. No hay. Cuesta 50 centavos. La gasolinera está en la acera de enfrente de la preciosa oficina de correos rosa y en la diagonal de Union Station, la estación de tren tan magnífica y legendaria que estoy esperando a enamorarme de la persona adecuada antes de darme una vuelta por allí y coger un tren a cualquier parte. La primera naranja salió en tren de L. A. en 1870. La ciudad pertenece a los trenes y las naranjas: por eso la estación es tan bonita. Pero me la reservo.

Para cuando llegué y aparqué pasaban 5 minutos de las 11 y acababan de abrir. El cartel nuevo anunciaba 2 taquitos en un plato con extra de salsa por

45 centavos. ¡Extra de salsa! Nunca se me había ocurrido. Antes te daban el par de taquitos envueltos en papel, de modo que la salsa solo empapaba la mitad superior, mientras que la inferior era simple, pura tortilla de maíz con carnitas, suficiente para sacarme de Roma, pero ¡ahora podías pedir salsa hasta el fondo! ¡Y el extra de salsa solo costaba 5 centavos más!

Verás, la salsa es el componente celestial. Es lo mejor. Tal vez en algún otro lugar del mundo exista algo equivalente a esa salsa, pero yo jamás he probado nada que sea ni remotamente igual de maravilloso. «Con esa salsa, me comería a mi padre» es una vieja cita que descubrió mi amiga Diana Gould y con la que encabezó su guion sobre comida. Es de esa clase de salsa. Podrías comerte a tu propio padre. De hecho, seguro que era esa salsa en particular.

Cogí el plato de papel, pero el semáforo estaba en rojo, de modo que me había comido la mitad del primer taquito antes de cruzar la calle. De los dedos me goteaba salsa extra con chilis verdes y no sé qué más, puede que lleve canela o no sé, se merece el Premio Nobel de las Ciencias y las Artes. Cumplí las gestiones con el tipo que cobraba el parking, lo cual llevaba su tiempo, por lo que iba por la mitad del segundo y último taquito antes de llegar al coche dispuesta a sentarme a comerme los taquitos según el plan original. Me entristeció un poco, pero disfruté de lo que quedaba, a gusto. Supongo que debería haberme contenido y esperado a estar debidamente instalada, pero me vencieron.

Quedaba tanta salsa divina que miré alrededor y me aseguré de que no miraba nadie y luego yo, una mujer adulta, lamí todo el plato. Cuando levanté la vista, un niño me miraba fijamente.

Comprendí que el niño negro había estado allí todo el rato. Plantado detrás de una papelería, y probablemente había visto mis problemas para darle las monedas al tipo del parking y mantener el equilibrio del plato.

Parecía levemente horrorizado.

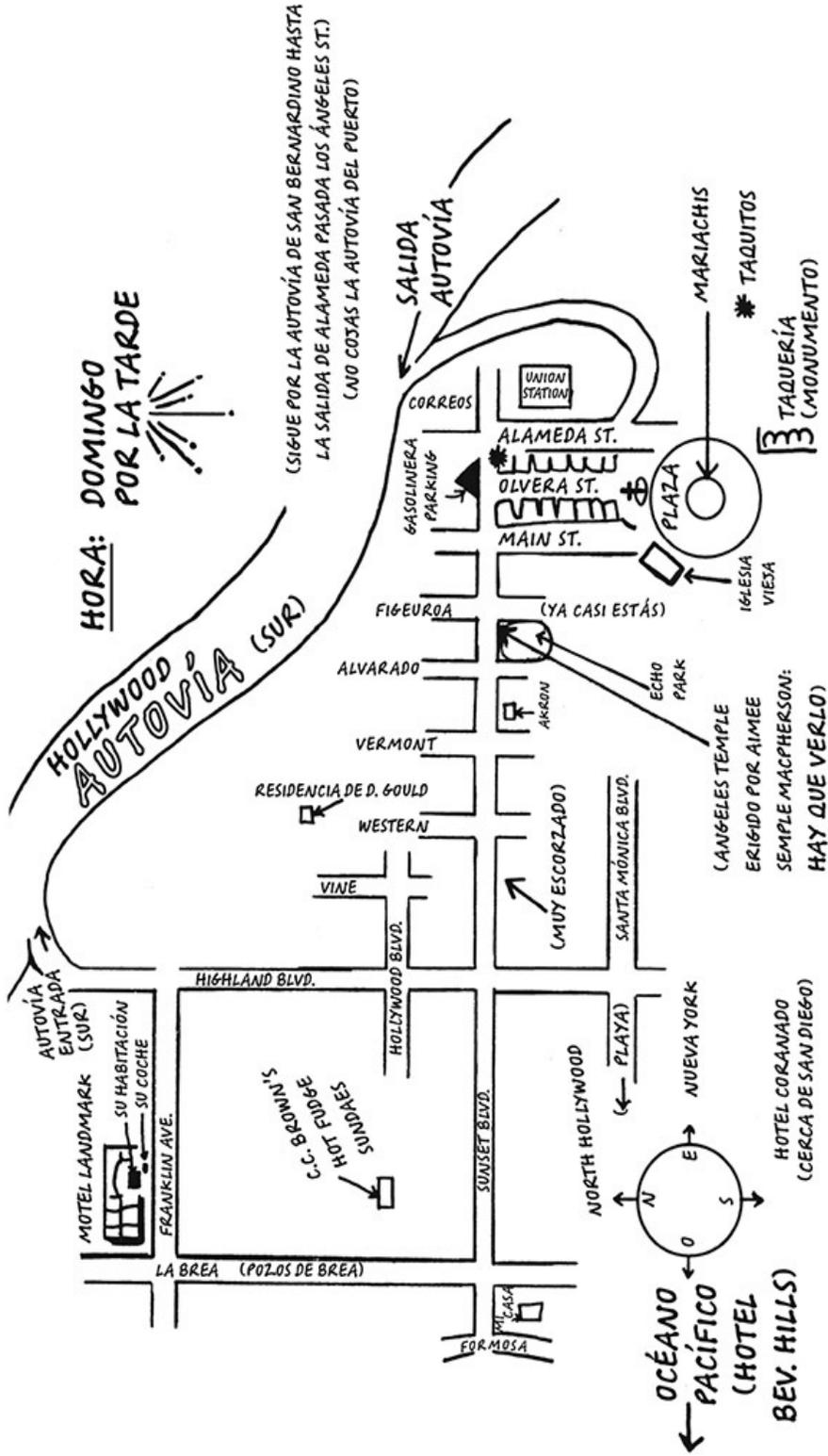
—Taquitos —expliqué.

—Claro. —Por fin lo entendió.

Saqué el coche del aparcamiento/gasolinera y tomé Sunset en dirección oeste, satisfecho el antojo y convertida mi vida en un lugar plácido con el premio añadido de saber que habían mejorado lo que ya le sacaba quince kilómetros a todo lo demás. Brillaba.

Incluso sola como estaba, estoy segura de que una Janis Joplin podría haber encontrado la felicidad en la manera en que otras personas enfocaban el tema del almuerzo. Y los domingos por la tarde, tienen a los ángeles de cuatro años con mariachis y confeti vestidos de organdí lila y zapatitos de charol negro que van a misa en una iglesia en activo desde antes incluso de que se convirtiera en monumento.

HORA: DOMINGO POR LA TARDE



LAS TORRES WATTS

Lo principal es que nunca he entendido por qué las llaman Torres. No son torres. Y encima las fotos no se parecen en nada. Al menos, ninguna de las fotografías que he visto me ha recordado en lo más mínimo la sensación de estar rodeada de aquella gracia sublime. Además, todo lo que se escribe sobre el tema, incluso lo que publica el comité de mi madre, el Comité de las Torres Watts, está mal; insisten en hablar de «arte popular». Yo me sentía como una niña con el Traje Nuevo del Emperador que veía a los adultos intercambiar palabras inútiles, como sabría cualquiera con dos dedos de frente. Las palabras no sirven.

Lo primero que nadie menciona salvo en el título es Watts. Nuestro suburbio, Watts. Por supuesto, si vivieras en Manhattan y tuvieras una casa con un patio delante y otro detrás con entradas independientes, serías la envidia de todos tus conocidos; tendrían pesadillas. Pero los suburbios de Watts son casas así.

Para llegar a las torres tienes que coger la autovía y salir en Century Boulevard y adentrarte más o menos kilómetro y medio por Watts. Watts es un lugar peligroso. Incluso en coche y al margen del color que seas, es posible que la gente que tienes al lado quiera matarte o acabe de pagar la última letra del coche y pertenezca a aquello a lo que América aspira. Pero en cualquier caso, si eres blanco, todos saben lo que el profeta Malcolm sacó a relucir. Watts no es Harlem, pero es feo y plano y el aire está contaminado y no hay plantas (a diferencia de la pobreza mexicana, donde todo florece con

la voluntad que transmiten los colores) y tienes que pasar junto a una gigantesca central eléctrica, monstruosa y lúgubre, rodeada por un cerramiento utilitarista gris que ocupa una manzana enorme y en realidad no es más que un homenaje al Dios de la Desesperación, inamovible en la sombría neblina baja de la contaminación.

Talleres mecánicos y licorerías enrejadas flanquean las calles comerciales con protecciones de hierro que pesan más que los pequeños edificios estucados que protegen. Muchachas hostiles cruzan la calle en grupo o con sus hijos y atraviesan la carrocería de tu coche con su desdén de acetileno. Niños de once años te miran los pechos si eres mujer y ni siquiera hacen comentarios soeces con los amigos, de lo solitarios que ya son. El mapa que tienes con las indicaciones para llegar a las torres comienza a falsear el lugar donde te encuentras: quienquiera que te lo diera no te contó cómo eran las calles por las que tienes que girar a derecha o izquierda.

Y de todos modos lo habrás entendido mal porque se supone que las «torres» están a solo una manzana de la calle 107 y son altas y tú estás en la 105, cerca según el mapa, y la calle no tiene salida y en las fotografías que habías visto todo era rosa y azul y aquí los únicos colores que hay los empañan la contaminación y el calor y pasan las vías del tren y reina la pura Desesperación.

¿Podría... podría ser eso? ¿Eso? Esas espirales grises una manzana más allá que se alzan, no demasiado altas, hacia el cielo, ¿en serio? ¿Eso? Bueno... Ya que has llegado hasta aquí, aparcas y te acercas, puesto que nunca más volverás a enfrentarte a las calles de Watts, nada podría convencerte para volver a atravesar semejante desolación. ¡Arte popular, los cojones! ¡Esa gente está loca!

De modo que aparcas y cierras con llave, estudiando con desconfianza a unos críos de ocho años que se han quedado mirando tu coche y tu ropa con

sus rostros negros y sus ojos silenciosos y tratas de decidir si deberías sonreír y saludar o quedaría paternalista, pero dan media vuelta y salen corriendo, así que la ocasión ha pasado. Gracias a Dios. El coche está bien cerrado, aun así no dejas nada de valor en el interior, y te encaminas con tus amigos hacia las torres.

A una manzana de distancia la única diferencia entre las Torres y la espantosa Central Eléctrica que acabas de dejar atrás es que la central es una creación humana mucho más impresionante en términos de tamaño y extensión. Lo que asoma al fondo podría ser una central eléctrica similar pero en pequeño.

A medida que te acercas las torres crecen más de lo que esperabas y la tapia gris festoneada que las rodea deja de ser gris para convertirse en un mosaico infantil de conchas y platos rotos encastados en cemento. Y corazones y martillos que parecen trazados por un molde para galletas. La tapia, cuando la alcanzas, es demasiado alta para ver por encima y tienes que rodearla hasta la entrada para acceder.

Creo que ahora hay que pagar alrededor de 50 centavos para entrar en el tesoro refulgente de las aventuras orientales de Marco Polo, en el sueño de otro.

Cuentan que durante 33 años Rodia trabajó 8 horas diarias, durmió otras 8 y dedicó las 8 restantes a edificar las torres. Quería vivir dentro de un arcoíris de cristal.

El color dominante parece ser el azul, el azul turquesa del mar con esmeraldas verde oscuro y esmaltes rosas y guijarros, verdes menta brillante, laca amarilla, conchas marinas, conchas por doquier, y solo estás en el sueño de otro, ya no estás en Watts ni en ninguna otra parte: estás total y absolutamente en el hecho consumado de un sueño.

Esas cosas que llaman «torres» son en realidad adornos verticales de

encaje para que el viento pueda atravesarlos y van ensanchándose hacia la base (empiezan por arriba) hasta que al pie, donde estás, forman un banco circular de fragmentos de esmalte para que puedas sentarte a contemplar las otras dos «torres» y los contrafuertes de esmeraldas y conchas que las conectan, sobre todo vieiras y botellas de 7-Up. Dentro de ese barco, Rodia moldeó el interior como si fuera una nave con timón porque se inspiró en Marco Polo, su compatriota, tus amigos cambian y difieren al cielo y el centelleo mientras alzas la mirada para seguir cada vez más arriba, lejos, hasta la punta del tallo de judías, el cielo es azul brillante como el suelo que pisas y toda tu vida depende de donde estás metido. Nada se ha pasado por alto, no puedes toparte con un hueco donde no supuren esmeraldas relucientes ni se graben destornilladores en el cemento ni se imponga el esmalte aguamarino.

Los niños enloquecen y comienzan a trepar hacia el cielo sin dudar ni un segundo, aunque al metro y medio miran abajo y se asustan. Pero Sam Rodia trepó y trepó, cada vez más alto con sus joyas partidas y sus fragmentos relucientes de sueños rotos y cuando terminó, se marchó y no regresó. En Watts quedan atrás 33 años de edificar un sueño y lo llaman «torres».

LA CITA

Ella sabía exactamente, más o menos, lo que iba a hacer.

Lo que quería hacer era acabarlo, pero quería que el final fuera tan bello que el episodio al completo descollara en la vida cotidiana como un ejemplo esmaltado de algo tratado como si a alguien, para variar, le importara el estilo del asunto, la forma.

El idilio había durado todo el tiempo que ella había necesitado perfección y él había sido la perfección personificada. Si ella hubiera escrito en un trozo de papel exactamente lo que quería y lo hubiera depositado en un buzón de sugerencias, jamás habría sido capaz de imaginar algo tan impecable como lo que resultó. Lo que habría anotado era que quería algo elegante, inalcanzable y levemente tenso, además no quería que la incordiaran porque tenía tres meses para pensar y no quería que los entorpecieran portazos ni esperas junto al teléfono.

Él, Michael, se enamoró de ella en cuanto se tocaron. No recordaba la última vez que se había enamorado, no esperaba enamorarse y le pilló por sorpresa. Lo curioso fue que aunque ella esperaba enamorarse, también le pilló por sorpresa. El amor, dedujo, es siempre una sorpresa. Los dos estaban tan sorprendidos que apenas se hablaban y desde luego no hablaban del hecho de que se querían. Se lo contaban a otros y estos se lo contaban a ellos por separado, de modo que mientras cenaban y conversaban sobre las Antillas, casi no podían mirarse a los ojos debido a la información que habían recibido ese día, por conferencia, acerca de lo que contaban sobre ellos. Era

maravilloso como en el instituto.

Compartieron dos noches antes de que él tuviera que volver a la vida que se suponía que vivía, que incluía mujer, niños, un cargo ejecutivo en una empresa donde el trabajo era divertido y Acción de Gracias. Aquellas dos noches fueron como las viejas canciones de amor en las que antes creías. Pero, por supuesto, ninguno de los dos habló del amor salvo una vez, cuando él le confesó que no sabía cantar, que tenía muy mala voz, y ella le contestó que su voz era un amor. Estaban de pie junto al coche de ella, a punto de irse, y él espetó: «Te quiero».

Los dos se sintieron incómodos y fingieron que no había pasado.

Cuando ella lo dejó en el aeropuerto, lo que tenía que hacer era sencillo, de modo que lo hizo.

—Gracias por el romance —dijo.

(—Ahí me mataste —le diría él después—. No pude quitármelo de la cabeza. Pensaba todo el rato en esa frase, sin parar.

—Pero fue un romance bonito —dijo ella.)

Hacía casi dos semanas que no sabía nada de él cuando un amigo común telefoneó desde el Este.

—¿Qué le pasa a Michael? —preguntó ella.

Tenía la impresión de que se querían y de que tenía que pasar algo al respecto.

—Ha dejado a su mujer.

—Que ¿qué?

—Son rumores, ya sabes... —Al instante el amigo se arrepintió de haber hablado.

Colgó el teléfono sumida en el éxtasis. Se preguntaba si estaba tan contenta

porque le quería o si porque, para variar, había acertado con alguien en lugar de equivocarse en todo desde el principio. Ella se acercaba a los treinta años y él había pasado de los cuarenta. Ocurría a diario.

A la mañana siguiente empezó lo que tenía que hacer con ánimo redoblado. Ya no necesitaba salir para descubrir si era guapa o encantadora, podía quedarse en casa y regodearse pensando en Michael (de quien no tuvo noticias) y trabajar en lo que tenía que acabar en un mes. Tenía todas las piezas de la cosa, sencillamente no tenía ni idea de cómo combinarlas, ni idea.

A la mañana siguiente empezó a trabajar y la forma de hacerlo le salió sin más. ¡La forma de hacerlo maravillosa, fabulosa, magníficamente! Veía el proceso exacto, la síntesis precisa, veía cómo acabaría. Solo le faltaba hacerlo. Y podía hacerlo, había aparcado su habitual dispersión, Michael la quería y estaba dirimiendo la situación con su mujer y ella ni siquiera necesitaba enterarse de primera mano, no necesitaba escuchar a Michael describirle escenas y espantos. Le bastaba con saber que él la quería, así podía quedarse en casa y trabajar.

La telefoneó una vez porque estaba a 800 kilómetros y consideró que, puesto que se encontraban en «el mismo estado», podía llamarla. Le dijo que podría visitarla dentro de un par de semanas.

Con lo cual, ella terminó el primer borrador.

El segundo borrador lo empezó cuando se enteró por una sucursal local de la empresa de Michael de que este no vendría al menos en cuatro semanas. Mediada la tercera había terminado la segunda parte y radiaba de felicidad por el final increíble. ¡Lo había logrado! La forma estaba allí, no cabía duda: tenía forma. Tal vez tuviera una forma imperfecta, pero *Suave es la noche* es una novela imperfecta. Para empezar, a ella lo que le interesaba sobre todo era que la cosa tuviera forma.

Entonces él telefoneó.

Iría toda una semana, por trabajo, y durante toda una semana ella celebró el final del segundo borrador con el lujo de su compañía entre champán y salsa holandesa y un hombre que la miraba con ojos de no poder creerse lo que veía.

De hecho, no podía creérselo hasta el extremo de ponerse nervioso. Ella se preguntaba si debería hacer algo al respecto, si debía decirle sin ambages que lo quería, pero conforme fue pasando la semana cada vez se fueron diciendo menos cosas hasta que al final cuando llegó el día en que tenía que irse, los dos leyeron la prensa mientras desayunaban en lugar de conversar y ella creyó encontrarse en una versión condensada del amor verdadero. Pero ¿y el intermedio? A él le daba miedo incluso tocarle la piel porque se ponía nervioso y ella detestaba que ocurriera, pero la relación estaba cargada de culpa, atrapada en una jaula culpable, Michael no podía evitarlo.

Esa vez al marcharse dijo que volvería, pero lo dijo nervioso. Tan nervioso como si ella fuera trabajo. Ahora tenía tres trabajos, su mujer, su empleo y ella. Ella no quería ser trabajo, quería ser amor. Le sorprendía que lo que había empezado como amor se hubiera convertido en un arduo trabajo culpable y, no obstante, había escrito todo el borrador bajo la divina convicción errónea de que entre ambos existía un entendimiento que los conectaba como palomas mensajeras.

¿Cómo podía ser que no pudiera tocarla, sabía él lo mucho que solía hacerlo?

—Vuelvo dentro de una semana —dijo él apresuradamente.

Estaban despidiéndose.

Ella no le había contado nada, estaba todo vacío.

Así pues esta noche ella sabía exactamente, más o menos, lo que iba a hacer. Iba a contárselo todo. Dado que no se habían visto y como era evidente que sería la última vez en que lo conduciría a la onerosa situación de su compañía, lo ligaría todo, lo embellecería y crearía una obra de arte humana para poder seguir adelante rota.

—Oye, tengo que coger un avión a las 10 —dijo él—. ¿Dónde podemos comer cerca del aeropuerto?

A ella solo se le ocurrió un restaurante japonés de La Cienega llamado Benihana y, puesto que habían empezado en un restaurante japonés, le pareció que acabar en otro cerraría el círculo. Se imaginaba la cita y lo que diría.

Primero le diría que lo quería. Podía empezar por ahí porque necesitaban cimientos firmes para lo que pensaba construir. Luego le explicaría cuánto le había aportado y cómo había dependido de su forma de ser para salir adelante y lo perfecto que había sido su comportamiento y lo agradecida que estaba por su pureza. Había decidido que no le importaba si él, a esas alturas, estaba muriéndose de ganas de escapar, pensaba contárselo todo antes de que despegara el avión de las 10. Bien, era evidente que no iban a ninguna parte y que ello lo ponía nervioso, le explicaría ella, por tanto esa cena sería la última, pero él debía recordar siempre que podía contar con ella y ella confiaba en que en el futuro, si sus caminos se cruzaban, solo quedara ternura y bondad porque era lo que sentía por él, eso y tristeza. Casi se anticipaba a la tristeza con un hormigueo delicioso.

Llegó al restaurante con sus mejores pendientes y un libro para él. Por una vez, Michael no llegó demasiado tarde y, para sorpresa de ella, le pareció un ser querido. Estaba adorable.

—Por aquí, por favor —indicó el japonés.

Los sentó en el único tipo de mesa que tenían, una mesa grande con una

parrilla lisa, una mesa que compartían con tres desconocidos. Nunca había estado allí, solo sabía que era un buen restaurante. Las personas que no conocían estaban sentadas enfrente.

Dios, pensó, ¿y ahora qué hago?

Llegó el chef y comenzó a hacer lo que ella recordaba vagamente que había hecho el chef del Benihana de Nueva York. Empezó a realizar con la comida un despliegue de trucos circenses de matador pizzero que exigían la plena atención de los comensales. Lanzó unas gambas a la parrilla con un arabesco y los tres de delante lo observaron hipnotizados.

¿Cómo voy a hacerlo aquí? Comenzó a entrarle el pánico por culpa del puto chef japonés arrojando gambas a un metro de altura. Me va a quitar de las manos toda la puñetera cena, se acabará, se irá para siempre y no habré hecho nada. ¿Por qué, Dios mío, por qué de todo L. A. habré tenido que elegir este lugar cuando podríamos estar comiéndonos unas hamburguesas tranquilamente en el aeropuerto?

—Ten, te he traído un libro —dijo ella.

Él se apartó, temeroso de rozarle la piel. Había sido su piel lo primero que lo había seducido hasta hacerle perder la cabeza. No se había enamorado de ella hasta que había rozado de casualidad su estómago desnudo una noche veraniega en el patio de un amigo. Se mantuvo lo más lejos que pudo de su piel.

—Escucha —dijo ella.

El miedo y la intriga ensombrecían la cara de él.

—Quiero decirte una cosa —insistió ella.

Esta, su última oportunidad, iba a decirlo pese a la locura de las gambas y los intrusos de enfrente.

—¿Qué cosa? —preguntó él.

Se inclinó, levemente, con cautela, más cerca.

—Quería decirte que... te quiero.

Se había desnudado, al menos en la primera parte.

La cara de Michael, para asombro de ella, se iluminó y pareció que se hubiera hundido en el sol.

—Si me dices cosas así vas a acabar conmigo...

—Pero tengo más que decir... —continuó.

—No, no... no digas más —pidió él. Ella notó que se le enrojecían las orejas y que todavía lo quería más que a nadie que hubiera conocido, algo realmente asombroso—. No puedo... con más...

—Bueno, pensaba que tal vez ya supieras que te quiero, pero se me ocurrió que debería decírtelo antes de que te fueras.

¡Bam! Le cayeron en el plato 6 gambas recién hechas y se acabó, le entró la risa. Supo que jamás sería capaz de contarle el resto, simplemente resultaba demasiado hilarante intentar comportarse como en Montecarlo en esa cita de chiste y no podía intentar remediarlo y mantener la compostura, todavía sería peor si se resistía. Le ardían las mejillas con rubor juvenil y adulto, aquello era una jugarreta de un dios lunático.

—Bueno, confiaba en que me quisieras... pero no lo sabía —dijo él.

Comieron en silencio las absurdas gambas, pero él parecía a punto de levitar de la silla y salir navegando y ella se preguntó si no estaría sembrando el caos y un lío que le venía grande y, Dios mío, ¿qué podía hacer? Aquel no era el final que había pulido hasta darle un brillo de Madeira claro, por Dios.

Fuera esperaron a los coches y volvió a intentarlo.

—Quería decirte más cosas...

—Creo... que son suficientes. Ya es más de lo que puedo soportar —dijo él, tocándola.

—Bueno, escucha. No hagas nada.

—No te preocupes —respondió él, y ella supo que no tenía necesidad de

preocuparse.

Él jamás le ocasionaría más que preocupaciones inmediatas y bonitos romances.

Ella se subió al coche y encendió las luces y miró atrás, él esperaba a que le trajeran el coche para irse al aeropuerto. Luego viró a la derecha por La Cienega.

Las lágrimas imprevistas rodaron por las mejillas desacostumbradas. Le apetecía reírse. Se dijo: «Putas gambas de mierda... ¡Por Dios!». Ella tratando de pulir el final y se diría que había esbozado un prólogo.

«Me parecía a Brigitte Bardot y era la ahijada de Stravinsky». Así se definía Eve Babitz, musa del Los Ángeles de los sesenta y setenta que con apenas treinta años publicó estas memorias dignas de una estrella de Hollywood



Fotógrafa y escritora, Babitz encarnó en su juventud una mezcla única entre la California más liberada y la élite cultural del momento. Jim Morrison le dedicó una canción, se dejó fotografiar jugando al ajedrez desnuda con Marcel Duchamp, presentó a Dalí y Frank Zappa, y contó entre sus amantes a Harrison Ford, Ed Ruscha o Steve Martin.

Babitz define sus memorias como «novela confesional», pero lo que aquí nos regala es más parecido a pasear con ella mientras la ciudad se rinde a su pedigrí provocador. Con un humor afilado, nos cuenta su vida como una amiga que ha tomado unas copas de más. Vemos a los jóvenes de L.A. a través de los ojos de una Eve adolescente tumbada en Venice Beach, compartimos viajes de LSD regados con champán en el Chateau Marmont en compañía de futuras estrellas del rock y nos enamoramos de esta *bonne vivante* capaz de dedicar un capítulo a los mejores tacos de la ciudad.

El otro Hollywood es el universo de una chica que adoraba las fiestas tanto como los libros de Henry James, Colette o Virginia Woolf. Es el paraíso de una joven que se entregó a la provocación y el ensueño de una ciudad que fue su razón de ser. Es, por encima de todo, la historia de una mujer que, en esa sociedad hipnótica y volátil, entendió las ventajas que comportaba mantenerse fiel a sí misma.

«Su vida es tan notoria que parece un crimen admitir que sí, que es la primera vez que oyes a hablar de Eve Babitz»

The Guardian

«Si no fuera tan condenadamente encantadora, envidiarías profundamente a Eve Babitz. El suyo es un encanto sin esfuerzo que brilla en un estilo franco y moderado, conciso pero sin prisas»

Esquire

«Leer a Eve Babitz es como estar en la carretera un día de verano al caer el sol con –como ella lo llamaba– «aire acondicionado 4/100». Es decir, conduciendo a cien kilómetros por hora con las cuatro ventanillas bajadas. Sintiendo el viento en el pelo»

The New York Times

Eve Babitz (Los Ángeles, 1943) es autora de cinco novelas y dos obras de no ficción. Ha colaborado con *Vogue*, *Rolling Stone* o *Esquire*, y diseñó las cubiertas de bandas como The Byrds, Buffalo Springfield o Linda Rondstadt. Desde pequeña estuvo rodeada de las estrellas de la época. Su padre, músico de la 20th Century Fox, tocaba con músicos de la talla de Nat King Cole, y su madre era una artista de origen francés. Su padrino, el compositor Igor Stravinsky, le pasaba copas de whisky a escondidas bajo la mesa después de haber cumplido los trece años, mientras su madrina le enseñaba cómo comer correctamente el caviar. Charles Chaplin, Greta Garbo o Pablo Picasso eran también amigos de la familia. A pesar de esas influencias, Babitz descartó una carrera en el cine o en la música porque su pasión eran los libros.

Brillante en los estudios, optó por formarse lejos de la perfección de los jóvenes de Hollywood High. En 1963 pasó un año en Nueva York, donde el agente de Los Beatles la presentó como “la mejor chica de Estados Unidos”. Se dedicó a ir de fiesta con Andy Warhol, Yoko Ono o el matrimonio formado por Joan Didion y John Gregory Dunne, referencia clave para ella. Babitz desapareció repentinamente de la vida pública en 1997, tras sufrir quemaduras severas a causa de un cigarrillo que prendió en su falda mientras conducía. La reedición de sus libros ha vuelto a poner en valor la importancia de su obra.

Título original: *Eve's Hollywood*

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 1972, 1974, Eve Babitz

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Cruz Rodríguez Juiz, por la traducción

La editorial no ha podido contactar con el autor o propietario de la imagen de cubierta, pero reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir los royalties que pudieran corresponderle.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3408-6

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Notas

[1] Juego de palabras entre Hollywood y *holly*, «acebo». (*N. de la T.*)

[2] *Landmark* significa «hito», «monumento», «lugar de interés». (*N. de la T.*)

Índice

El otro Hollywood

Querido lector

Dedicatoria

Hijas del páramo

Hollywood con Vine

Bunker Hill

Abuelo

Abuela

Agnes

Carmelita

El Choke

Richard Greene, el violinista

Miradas gélidas

Angels Flight

El Polar Palace

Ambición secreta

Escarlatina

El Jeque

Santa Sofía

Ingenuas, Thunderbird Girls y la Guapa del Barrio: *Una tragedia confusa*

Intereses lascivos

La fantasía

El terremoto

La Boutique

Rosewood Casket

Mercado central

Los disturbios de Watts

Pecados de la muerte verde

Álbum de Hollywood

Gramática

El Este es el Este

Nueva York Confidencial

Y West (nacido Weinstein) también es el Este

Cuento de hadas

El pollo

La respuesta

Rosie

El arte del equilibrio

La Academia

La biblioteca de Hollywood

El Luau

El peligro secreto de ser el entrenador de Mark Spitz

Bob Bajona

La chica que fue a Japón

Cary Grant

Fotocopiadoras

El *Landmark*

Las Torres Watts

La cita

Sobre este libro

Sobre Eve Babitz

Créditos

Notas